ANGEL GANIVET

LOS TRABAJOS

DEL INFATIGABLE CREADOR

PÍO CID

TOMO II

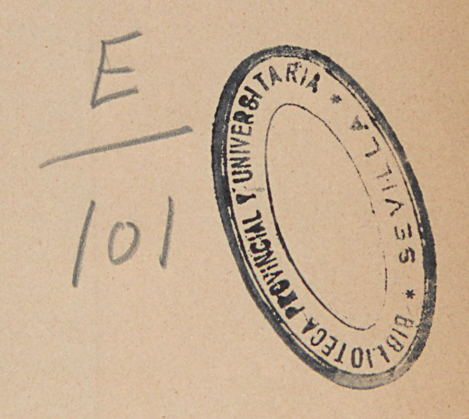


MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

1898



LOS TRABAJOS DE PÍO CID



LOS TRABAJOS

DEL INFATIGABLE CREADOR

PÍO CID

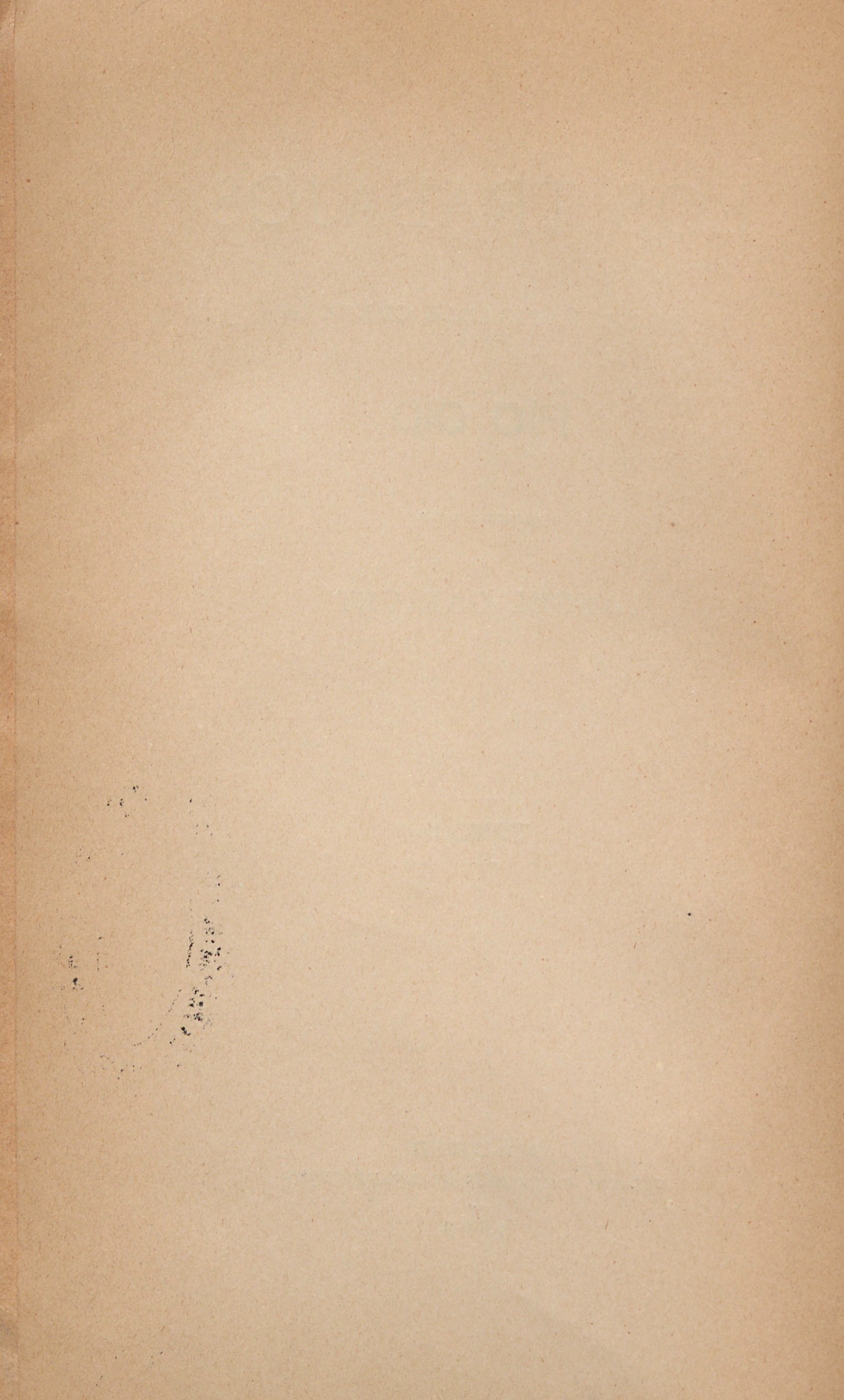
COMPUESTOS POR

ANGEL GANIVET

TOMO II

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

1898



TRABAJO CUARTO.

Pío Cid emprende la reforma política de España.

Yo tenía pensado ir á Granada á pasar las fiestas del Corpus al lado de mi familia; pero al saber que Pío Cid iba á Aldamar con motivo de su elección, y que se detendría algunos días en Granada, me decidí á adelantar mi viaje para ir con él, sin otra mira que la de nuestra desinteresada amistad. Fué cosa convenida en la Redacción de *El Eco* en menos que se dice.

—¿Qué quieres para Granada?—me preguntó, tuteándome por primera vez, aunque á poco de conocernos comenzamos á tratarnos con gran confianza.

—Lo que quisiera—le contesté—sería ir con contigo. Si fuera tres semanas después, hacíamos juntos el viaje.

—Pues figúrate—me replicó—que ya han pasado las tres semanas. Yo me alegraría de que vinieras, porque te advierto que me voy á encontrar en Granada como un forastero, al cabo de tantos años de haberla perdido de vista. Sé poco más ó menos lo que allí pasa, y que algunos de mis compañeros de estudios son ahora los directores del cotarro, y lo que no lo sé me lo imagino

y quizás salgo ganancioso. Pero á mí no me recordará nadie, primero, porque valgo poco, y segundo, porque, aunque valiera, nuestros paisanos no se distinguen por su buena memoria.

—Eso era antes—le dije yo.—Ahora van aprendiendo á recordar el mal que les hacen, y pronto aprenderán á recordar el bien, y nada habrá ya que pedir.

—De todos modos —insistió él,—me agradaría que fuéramos juntos, porque le tengo horror á los trenes, y con un buen amigo como tú, las veinticuatro mortales horas pasarían volando en gustosa conversación.

—No me lo digas dos veces, que se me está haciendo la boca agua, y soy capaz de enviar á paseo á la Redacción plena, aunque me cueste un disgusto con Cándido Vargas, que está estos días insufrible.

—A Cándido—me dijo—no le temas, que en queriendo yo le vuelvo lo de dentro afuera como un colozón.

—Como un calcetín querrás decir—rectifiqué yo.

—No he querido decir calcetín—insistió él,—sino colozón. Calcetín se dice de un cualquiera, y como yo estimo á Cándido, lo he buscado un término de comparación menos deprimente.

—Pero ¿qué es eso del colozón?—pregunté yo.

—Es un animal—me contestó él,—ó más propiamente hablando, un embrión de animal semejante á un saquito ó calcetín microscópico, que lo mismo vive al haz que al revés, porque ni tiene haz ni revés. Lo único que tiene es boca, órgano

primero, fundamental y característico de todos los animales, incluso el hombre.

—Acaba de una vez—dije yo, que hasta entonces no tenía la menor noticia de que hubiera en el mundo colozones, y que aun ahora no las tengo todas conmigo, á pesar del respeto que me inspiró siempre la palabra de Pío Cid.—Pero dejando á un lado este escarceo zoológico, lo que á mí me retiene en Madrid no es sólo el temor de que Cándido Vargas eche los pies por alto, sino el compromiso que he adquirido de acabar para fines de Mayo la cargante serie de artículos que estoy escribiendo sobre «La cuestión obrera», y que, según parece, llaman algo la atención.

—¡Cómo! ¿Eres tú el autor de esos artículos?—me preguntó con aire de extrañeza.—Pues, hijo, te compadezco por el mal rato que te has dado. Yo los he leído por encima, y después de reconocer que estás enteradísimo de la dichosa cuestión, te aseguro que estás tocando el violón con tu socialismo armónico. Déjate de armonías y vente conmigo, y en el viaje te resolveré yo la cuestión social y todas las cuestiones que quieras. ¿Convenidos?

—¿Qué hemos de hacer?—contesté yo.—Convenidos.

Esto ocurría por la tarde, y Pío Cid se despidió de mí para ir á casa de los Gandaria, donde tuvo con Consuelo la interesante entrevista de que el lector está enterado.

Por la noche nos encontramos de nuevo, conforme habíamos concertado, en la estación de Atocha, y salimos en el correo de Andalucía. Ni

él ni yo habíamos querido que nos acompañara nadie, y como sólo llevábamos un ligero equipaje de mano, nos acomodamos sin tardanza en un coche de segunda, y yo me asomé á la ventanilla para que no entraran más viajeros. Sin embargo, mi inocente estratagena surtió efecto contrario, porque á última hora, cuando el tren estaba atestado de gente, se nos metió una cuadrilla de toreros, y por si no bastaran, dos viajeros más que hablaban en francés, aunque parecían españoles. Yo me eché á temblar, porque, aunque me gustan los toros, me fastidia la jerigonza tauromáquica; pero Pío Cid no tardó en trabar amistad con la gente torera y en discutir sobre si fué buena ó mala la última corrida, á la que él había asistido con toda su familia para celebrar el cobro de los cien duros que le dió el editor de *El Médico de los pobres;* libro que, si otro mérito no tuviera, tuvo el de ser escrito en quince días y el de suministrar fondos para el viaje electoral. Por fortuna, los quites, pases, volapiés y golletazos concluyeron en Alcázar, donde la cuadrilla se apeó para tomar el tren de Valencia, y entonces nos quedamos más anchos y pudimos entablar una conversación más interesante con los otros dos viajeros. Eran dos americanos, uno de Guatemala y otro de Honduras: el primero viajante de comercio por cuenta de una casa francesa, y el segundo estudiante de Medicina en París, el cual, terminados sus estudios, venía á dar un vistazo á España antes de volver á su tierra. El hondureño, que se llamaba Fernando Ramírez, gran hablador y muy campechano, había tenido el feliz acuerdo de traer una

bota de vino tinto, que todos empinamos repetidas veces y que á cada nuevo saludo afianzaba más nuestra amistad. Yo troné contra los hispano-americanos que vienen á estudiar á Europa y no se acuerdan de España, y Ramírez se defendió como pudo, diciendo que los estudios en España no estaban á la altura que debían estar, y que la vida de París era más libre que la de Madrid; y de paso nos refirió sus proezas en el barrio Latino y el feliz ensayo de vida matrimonial que había realizado con una costurerilla muy graciosa, á juzgar por el retrato que nos enseñó. A pesar de todo, Ramírez demostraba grandes simpatías por España y lamentaba no haber venido á pasar un año al menos en un país en que se hallaba como en su casa. Pío Cid le convenció con mil pruebas de que nuestros estudios médicos eran quizás lo mejor que teníamos, y de que en punto á libertad de costumbres cada uno tiene la que se quiere tomar; y por último, le dió una carta, escrita con lápiz, para un amigo de Sevilla, á quien recomendaba con gran interés que atendiera á los dos viajeros, los cuales tenían pensado ir á Sevilla y venir después á Granada para el Corpus.

En Córdoba nos quedamos solos, sin que entraran nuevos viajeros hasta cerca de Granada, y en el trayecto tratamos de muchos pormenores insignificantes y de otros que tienen algún valor, porque justifican en parte á Pío Cid de haber emprendido un viaje que, dado su modo de pensar, á nada bueno podía conducir.

—No comprendo—le preguntaba yo—cómo se te ha ocurrido meterte en estas andancias, pues

por compromiso personal no puede ser, ni por ambición tampoco, ni menos para sacar los pies del plato en pleno Parlamento, que no otra cosa sería exponer allí tus ideas políticas.

—Hay cosas fáciles de comprender y penosas de explicar—me contestó,—y una de ellas es mi elección. Sin meterme en más honduras, te diré que si soy elegido, no sólo no despegaré los labios, ni aceptaré ningún puesto, sino que ni siquiera concurriré á las sesiones. A mi parecer, los diputados son inútiles, y creo prestar un servicio á la nación trabajando para que haya un diputado menos, puesto que si yo lo soy es lo mismo que si no lo fuera.

—Esa es una tontería indigna de ti—le repliqué;—y luego, que no se trata sólo de la nación, sino de tu distrito, de tu pueblo, al que perjudicarías dejándolo huérfano de representación.

—Te hago gracia de la orfandad—me dijo;—mi pueblo sólo apetece que le rebajen la contribución, y esto no lo podría yo conseguir aunque me desgañitara. En realidad, yo no llevo ninguna idea política, porque no me gustan los cargos decorativos, y en política todo es decoración. Y puesto que deseas que te explique lo que no quería explicar, te diré que lo que á mí me agrada en el cargo á que sin empeño ninguno aspiro, es el prestigio social de que todavía está rodeado, porque en nuestra sociedad las faltas contra las costumbres establecidas son tanto más toleradas, cuanto más alto está el que las comete. Los que insultan al pequeño, ríen la gracia al mediano, y al grande le dan la razón y aun le admiran. Yo

no doy gran importancia á la murmuración, pero ya que murmuren, mejor es que lo hagan respetándome que no ofendiéndome á mí, y lo que es peor, á quien vive conmigo. Así, pues, si algún instante he sentido deseos de ser algo exterior, no es por interés ni vanidad, es sólo para seguir haciendo lo mismo que hago y obligar á la sociedad á que me respete.

—No es posible hablar más claro—le dije yo— ni con mayor acierto tampoco. Desde que conozco tu manera de vivir, estoy algo caviloso pensando el pro y el contra que puede tener, y lo que me retiene aún y me impide decidirme á hacer lo que tú, es el temor á los sermoneos de la gente sensata. Con una persona de gran prestigio, aun los más osados se contienen y le dejan vivir en paz; pero con nosotros, conmigo más que contigo, cualquiera se creería autorizado á intervenir, llamándome joven alocado é inexperto y dando cuenta á mi familia para que me aplicaran unos cuantos azotes. Esto no significa gran cosa; pero á nadie le gusta recibir un soplamocos, y por añadidura verse obligado á dar explicaciones para justificar que lo que se hace no se hace á tontas y á locas, sino con reflexión; de suerte que si hubiera en ello disparate, el disparate sería meditado y reflexivo, y por lo tanto, tan digno de respeto como la idea más sensata.

—Empiezas á pensar y á hablar como un hombre—me interrumpió Pío Cid.

—Por lo dicho—proseguí,—me parece excelente tu idea de subir, para ponerte fuera de tiro; y si yo pudiera hacerlo, no tardaría en liarme la

manta á la cabeza, porque, después de todo, la pobrecilla Anita lo merece.

—¿Qué casta de pájaro es esa muchacha, de la que nunca me has hablado?—me preguntó, comprendiendo que yo estaba deseoso de desahogarme y de confiarle el cuento de mis amoríos.

Aquí tomé yo la palabra y hablé no sé cuánto tiempo, dos ó tres horas, sin que él me interrumpiera.

Mi historia, ahora que la recuerdo como algo que pasó, que murió, se me figura que la puedo explicar en dos ó tres minutos. El padre de Anita era maestro albañil, y en una época de paranza se fué á buscar trabajo y no volvió á dar cuenta de su persona. Las diligencias que se hicieron para averiguar qué había sido de él no dieron ninguna luz. Y al cabo de ocho años su mujer seguía ni viuda ni casada, ganándose penosamente la vida ella y los dos hijos que le habían quedado, de los cuatro que tenía al desaparecer el marido. Anita era sastra, chalequera, y Joaquinito aprendiz de cajista en la imprenta de *El Eco*, aunque no era seguro que pudiera seguir este oficio porque la vista le flaqueaba. La casualidad me hizo conocer á Anita; vivíamos en la misma casa, ella en el último piso, en un cuarto abuhardillado, de muy poco alquiler, y yo en el primero, donde tenía una habitación sólo para dormir, porque entonces comía á salto de mata. Yo empecé á subir algunos ratos á casa de Anita, é insensiblemente nos fuimos ligando, sin saber adónde iríamos á parar. No éramos novios, ni éramos amantes, ni amigos á secas, puesto que Anita había despedido

á un medio novio que tenía sólo porque yo se lo dije bromeando. Con el tiempo me acostumbré á subir á almorzar, y muchos días iba también á comer, y aunque no habíamos convenido nada, yo les daba parte de mi sueldo. Algunas veces Anita me decía que con lo que yo gastaba en cuarto inútil y en comer fuera de casa se podría montar un piso muy decente, con lo cual todos ganaríamos; pero luego añadía que esas eran sólo suposiciones. «¡Buena es la gente, exclamaba, para no sacarnos el pellejo al ver que vivíamos juntos!» Mas viviendo separados ocurrió lo mismo que si hubiéramos vivido juntos. Murmuraron antes sin motivo, y murmuraron después con él, porque las mismas murmuraciones, unidas á la flaqueza de nuestra constitución, nos pusieron en el despeñadero por donde caímos los dos, sin sentir miedo y sin hacernos ningún daño. Doña Gracia, como buena madre, cerró los ojos para no ver lo que pasaba, y Joaquinito, aunque lo comprendía todo, no le dió mayor importancia, porque aun era muy muchacho, y más interés tenía para él que le dejasen unos cuantos céntimos para pitillos, que lo que pudiera padecer el honor de su pobre hermana.

Esta era la verdad en pocas palabras; pero yo adorné la historia con todas las circunstancias que podían hacer resaltar la belleza y la gracia de Anita y su honestidad y modestia, que, á pesar del paso que había dado, eran ejemplares. No se había dejado llevar de la afición al lujo, ni del amor á la holganza, pues ahora como antes trabajaba cuanto podía, y vestía con sencillez; su único deseo era quizás salir de la clase obrera casándose con un

hombre fino, instruído y bien educado; y como esto no era fácil que viniera por el camino derecho, Anita se decidiría á echar por el atajo, para ver si con el tiempo lograba cautivarme. Y quizás, pensando más noble y piadosamente, no hubo cálculo en su proceder, sino amor puro y arrebato juvenil; y esto es lo que yo creería, aunque me tomasen por simple y bobalicón, si no fuera porque en los juicios sobre las mujeres hay que dejar siempre un ancho margen para apuntar junto á los rasgos más bellos y nobles algún asomo de doblez ó alguna leve perfidia.

Cuando concluí de relatar mi aventura llegábamos á Loja, y como nos quedaba poco tiempo que estar juntos, hablamos de cómo habíamos de vernos en Granada. Yo le ofrecí mi casa, pero él no aceptó de ningún modo, diciéndome que el undécimo Mandamiento de la ley de Dios es «no incomodar», y que esto lo sabía por un criado viejo que hubo en su casa, que, aunque no sabía leer ni escribir, tenía un entendimiento muy despejado y era un archivo de útiles sentencias.

—Iré á parar—me dijo—adonde fuí la última vez que vine á Granada cuando mi hermana murió. La casa no es de muchas campanillas, pero la conozco, y sé que D.ª Pilar me admitiría, aunque no tuviera sitio y se viera obligada á echar á la calle á su yerno.

—¿Está esa casa en la calle de Párraga?—le pregunté.—Pues entonces la conozco de sobra Como que iba á estudiar con unos compañeros que vivían allí; hace de esto la friolera de quince años. Conozco á D.ª Pilar y á su hija Jesusa, y al bribo-

nazo del yerno, que desde que se casó no ha metido una peseta por las puertas, según le dice su suegra siempre que se agarran de palabras. No es mala esa familia; pero si quieres que te diga, en las condiciones en que tú vas ahora no debías hospedarte en una casa tan modesta.

—Eso no importa—me contestó.—El caso es que yo trato á esa gente desde que era estudiante, pues estuve de huésped algunas temporadas cuando mi familia se iba al pueblo, y como me fué muy bien no quiero variar. Y luego, que yo no voy á recibir visitas. Ahora pararé sólo un día ó dos, y á la vuelta será cuando nos dedicaremos á corretearlo todo, como si estuviéramos en nuestros buenos tiempos estudiantiles.

Llegamos, pues, á Granada, y yo acompañé á Pío Cid hasta su domicilio, donde le acogieron como si fuera de la familia. Yo me detuve un instante para saludar á mis antiguos conocidos, y en el mismo coche seguí hasta mi casa, deseando ver á la mía y descansar del traqueteo y movimiento del incómodo viaje. Pero Pío Cid, aunque eran más de las diez de la noche, pues el tren había llegado con retraso, no quiso acostarse sin estirar las piernas, y como era gran andador, dió un largo paseo de dos horas. Echó por los Salones, subió por la Cuesta de Molinos, Vistillas, Caidero, á la Alhambra; bajó por la Cuesta de los Muertos, y entró en la ciudad por la Carrera de Darro, tan campante como si nunca se hubiera movido de la población. Al día siguiente, al amanecer, se levantó, y fué por el camino de Cenes á una huertecilla ó carmen de la Ribera de Genil, en busca de un

antiguo amigo de su casa, llamado el tío Rentero, en cuya compañía fué á Aldamar cuando trajo á enterrar á su hermana y sobrinilla. El tío Rentero era de Bubión ó de uno de los Mecinas, y conocía palmo á palmo casi toda la provincia de Granada y parte de la de Almería, en particular las Alpujarras, por las que había trajinado mucho antes de dedicarse á la labor. Cuando la filoxera y otras calamidades comenzaron á cebarse en esta pobre comarca, muchos alpujarreños tuvieron que emigrar para no morirse de hambre, y algunos cayeron sobre Granada, poco menos que pidiendo limosna. El tío Rentero, que conocía á los Cides, vino á pedirles colocación, y tuvo la suerte de hallar á mano una huertecilla en la Ribera, que para él, acostumbrado á labrar cuatro míseros terrones, valía más que la mejor finca de la Vega. El padre de Pío Cid le fió para que le dieran la huerta en arrendamiento, y le adelantó el dinero para las mejoras, y el tío Rentero se acomodó en ella con su mujer y seis hijos que traía, sin contar otros seis que se había dejado regados en diversos pueblos de la provincia.

No se crea, sin embargo, por este indicio, que el fecundo padre de familia era una persona de grave aspecto; según parece, se libró de quintas por corto de talla, y ahora que era viejo se había quedado más engurruñido aún; pero era más listo que una ardilla, muy trabajador y muy formal en sus tratos cuando estaban hechos, porque antes de hacerlos procuraba engañar á quien podía. En suma: era un vejete muy estimable y de fisonomía muy alegre y simpática, bien que tuviera la calamidad

de que le lloraban los ojos, porque las pestañas le salían para adentro; de vez en cuando tenía que sacar de la faja un gran pañuelo que para el caso llevaba, y después de doblarlo y enrollarlo para que estuviese muy estirado, se lo aplicaba á los ojos, irritados y encendidos del continuo lagrimeo. Sin esta circunstancia, el tio Rentero sería un hombrecillo que nada tendría que pedir á Dios.

Cuando Pío Cid entró en la placeta de la huerta, le halló ocupado con dos de sus hijos en preparar unas cuantas canastas de berza para enviarlas á la plaza. Otro de los hijos estaba llenando de habas unos serones, puestos sobre un paciente borrico, para ir á venderlas por las calles, pregonándolas á grito pelado. Por cierto que á este Renterillo, oyéndole vocear los «jabariyos, los de güerta!», nadie le tomaría por alpujarreño, pues á fuerza de pregonar había perdido el dejo forastero, que á todos los demás de su casa se les conocía. Por último, la tía Rentera, sentada en los poyos de la placeta, arreglaba unas cestícas de fresa que el habero iba á llevar á algunas casas conocidas, donde las pagarían bien.

—¡Dichosos los ojos!—exclamó el tío Rentero, viendo llegar á Pío Cid, y adelantándose á estrecharle la mano.—Ayer mesmo, que lo diga mi mujer, estuvimos hablando de osté. ¿Cómo va esa salú? ¿No sus decía yo? Si D. Pío viene á Graná, no es encapaz de pasarse de largo sin venir á vernos. Vaya, vaya, ¿conque ésas tenemos? Osté, ca día más alto, más alto. ¡Ajolaíca que le veamos á osté de menistro mu pronto!

—Por lo visto—interrumpió Pío Cid, al mismo tiempo que saludaba á toda la familia,—ha llegado la noticia antes que yo; pero no hay que sacar las cosas de quicio; eso todavía no es nada; hay que ver si sale cara ó cruz.

—Entoavía—dijo el Rentero,—vaya que me dejo yo cortar el pescuezo si osté no sale con bien de la eleción. Yo se lo digo á osté, que no soy un niño de teta.

—Pues usted lo ha de ver por sus propios ojos —dijo Pío Cid,—porque yo vengo á decirle que mañana temprano, sin falta, vaya usted con los dos mulos á buscarme, y allá vamos los dos como flechas á Aldamar. Y después que salgamos del paso, tiene usted la gran ocasión para hacer una correría y ver á algunos parientes; de seguro los tendrá usted por allí alrededor, porque los tiene desparramados por dos ó tres provincias.

—Le diré á osté—contestó el tío Rentero,— como parientes, sí que los hay; pero hay parientes de parientes, y pa mí mis parientes son mis hijos, que son el ciento y la madre. Mi Benardo, que estaba en La Rabiola, se ha venío á Güejar de la Sierra, donde le dieron un cortijillo de verano, que no da ni pa matar la jambre. Lo que es que nusotros, manque mus esté mal el decillo, semos de piedra javaluna. Osté no sabe la juerza que da esta rastra maldecía de los hijos, y mi Benardo tiene ya seis y encargao el de siete y lo que mande Su Divina Majestá. Como no sea que mus alarguemos jasta Seronete..... Allí está la Polonia, que la probetica pasa lo suyo. Como que el marío se fué á Orán á cambiar de bisiesto, y esta es la hora

que no ha resollao. Pero deje osté mi familia, que lo prencipal es su pleito.

—Bueno—dijo Pío Cid,—pero usted no sufrirá ningún trastorno; esto por sabido se calla. Yo me he acordado de usted, porque como tiene en casa un ejército, aunque falte unos cuantos días no quedará esto abandonado.

—De eso no hay que hablar—dijo el tío Rentero.—Osté es aquí el amo, y como si viniera el rey mesmo. Que el que no es agradecío no es bien nacío, y yo soy lo que soy por quien lo soy, y yo y toda mi gente estamos aquí pa servir á osté jasta la fin del mundo.

—Y ¿qué tal—preguntó Pío Cid,—qué tal va la labor?

—Toos se quejan—contestó el tío Rentero,—y la verdá es que hay que suarlo, créame osté; pero cuando ya se le han visto las orejas al lobo, se tiene pacencia; y lo que es yo, no salgo de aquí jasta que me lleven con los pies pa alante.

—Si viera osté, D. Pío—interrumpió la tía Rentera, deseosa de meter baza,—lo contenta que estoy yo, sólo por darle en los jocicos á muchos que han hablao por detrás de mi marío: que si no paraba en ninguna parte porque era un culillo de mal asiento, que si no sabía más que echar plantas, que si qué sé yo; á ver en los quince años que llevamos aquí, que ahora los hará por San Miguel, quién ha tenío que venir á darle liciones, y si esta güerta, dicho por boca de too el mundo, no es la mejor apañá del pago.

—Dice usted muy bien—contestó Pío Cid,—y no estaría de más que vinieran á Granada cin-

cuenta ó cien labrantines de la sierra, de esos que como usted están acostumbrados á penar, para que despabilaran á estos labradores regalones del llano, que se pasan la vida en el café hablando mal de los tiempos que corren, en vez de cuidar de sus haciendas y doblar la raspa cuando fuera menester.

—¡Dios me valga, D. Pío!—dijo el tío Rentero,—y cómo está osté enterao de toíco lo que pasa, que paece mesmamente que se lo soplan en las orejas.

—Hombre—añadió Pío Cid,—eso que digo pasaba en mis tiempos, y creo que todo seguirá igual ó peor. Á mí no me gusta que nadie ande á gascas, pero tampoco puedo tragar á los labradores de á caballo, que algunos necesitan cuarenta marjales para costearse las patillas, mientras usted con treinta saca la tripa de mal año, y hasta me figuro que la Rentera tendrá un calcetín lleno, y no de paja.

—Eso sí que le digo á osté—contestó la vieja poniéndose en jarras y meneando la cabeza—que va osté escaminao. ¿Sabe osté lo que tengo yo? Pus que la semana pasá paguemos las contribuciones, y tuve que sacar el trapiyo, y faltaron cuarenta riales que mus prestó el tercenista pa no pagar costas. Pero osté dirá que aquí semos selvajes, porque ahora caigo en que le tenemos ahí jecho un plantón. Hijo, Celiornio, trae una banqueta para que el señón Pío se asiente.

—No se molesten—dijo Pío Cid,—que he estado sentado veinticuatro horas en el tren y estoy de pie más á gusto. Además, ya ven que no pierdo el tiempo ni me ando con cumplidos.

Esto lo decía Pío Cid porque mientras hablaba iba cogiendo habas verdes del serón, abriendo en canal las vainas y comiéndose las pepitas, después de descogotarlas con el pulgar.

—Si le gustan á osté las jabas crúas—dijo el tío Rentero,—yo le daré más mollares. Oye tú, Meregirdo, alárgate por un brazao de jabas de las más tiernecicas pa D. Pío. Verá osté qué cañuticos, que paece que están en leche.

—Más mejor será—dijo la vieja Rentera—que si D. Pío se quea pa más tarde, le jaga yo una fritaíca con güevos y algún torrezno por entremedias.

—Cuando vuelva del viaje—dijo Pío Cid—vendré un día á comer; pero hoy no tengo tiempo. Voy con su marido á dar un vistazo á la labor, y luego me iré á almorzar á mi casa, y á arreglar algunos asuntillos.

Á pesar de lo dicho, cuando salió Pío Cid de la huerta no se lo llevaría el viento, pues, quieras que no, tuvo que tomar varias cosillas, que eran un almuerzo más que regular. Más de las once serían al llegar á su casa de vuelta de la excursión matutina, y antes de las doce, después de adecentarse un poco, se encaminó al Gobierno civil á hablar con el Gobernador, á quien tenía grandes deseos de conocer, no por interés político, sino por salir de dudas acerca de si el que desempeñaba el cargo, que se llamaba D. Estanislao Miralles, tenía algo que ver con otro Estanislao Miralles que él conoció en Inglaterra hacía muchos años, y al que, por más señas, le cedió el puesto que tenía en una casa de comercio impor-

tadora de frutas de España. No era probable que ambos Miralles fuesen una misma persona, porque su antiguo amigo era un comisionista de mala muerte, que se había marchado de Valencia, su tierra, en un buque mercante, poco menos que de limosna, y que anduvo rodando de Ceca en Meca, hasta que le cayó como bendición del cielo la colocación que Pío Cid dejó para emprender un negocio de más fuste. Pero, de todos modos, el hecho de ser los mismos el nombre y el apellido le inspiró cierta curiosidad que no hubiera sentido sin esta circunstancia. Fué recibido apenas se hizo anunciar, y no obstante ir sobre aviso, le sorprendió grandemente ver que le salía al encuentro con los brazos abiertos el antiguo comisionista, que ahora tenía todo el aire de un caballero, y no de un caballero recién salido del horno, sino de un noble rancio, en el que se aliaban tan bien la distinción con la naturalidad y la llaneza, que no había medio de descubrir á primera vista las soldaduras.

—Desde que supe que venías á tu elección—fué lo primero que dijo abrazando á Pío Cid,—estaba deseando que llegaras para ver la cara de sorpresa que ponías al encontrarme en este lugar. Yo decía que Pío Cid no podía ser nadie más que tú; ¿no te ha ocurrido pensar que yo fuera tu viejo amigo?

—Hombre—contestó Pío Cid,—se me ocurrió pensarlo, y después me pareció que esto no podía ser, no porque tú no fueras capaz de llegar á gobernador y hasta á ministro, sino por lo distante que te dejé de estos cargos, y porque me parecía una coincidencia casi novelesca que nos halláse-

mos aquí reunidos en un mismo guisado, después de correr tantos años por el mundo.

—Tú habrás corrido—replicó D. Estanislao,—que yo no dí más que una carrera, que sirvió por todas; y si á alguien se lo debo, después que á mi protectora la Duquesa, ó quizás antes, es á ti, que me pusiste en el sitio donde me sopló el viento de la fortuna. Y tú, ¿qué tal? Por lo que veo, no debes tener queja.....

—No la tengo—contestó Pío Cid;—la fortuna no me ha soplado, ó me ha soplado en contra; pero sus soplos me tienen sin cuidado, porque yo me voy defendiendo, y estas son las horas en que no tengo nada que apetecer.

—Pero tú debes haber danzado de lo lindo fuera de España—dijo D. Estanislao,—pues durante varios años no he oído tu nombre ni para bueno ni para malo. Tanto es así, que temía que te hubieras muerto, después que recibí devueltas dos cartas que te escribí á Hamburgo, si mal no recuerdo.

—De todo ha habido, como en botica—respondió Pío Cid, eludiendo este tema;—pero me has metido en curiosidad con lo que has dicho de una duquesa protectora tuya. Yo creía que ya no se encontraba una duquesa en el mundo ni por un ojo de la cara.

—Pues yo la encontré, joven y guapísima y generosa—dijo D. Estanislao;—pero ante todo te advierto, aunque lo creo excusado, que á nadie le diría lo que te digo á ti, pues aunque no hay nada misterioso en la historia, siempre hay gente amiga de dar á las cosas una torcida interpretación.

—¿De qué se trata, pues?—preguntó Pío Cid.

—¿Tú conoces á la Duquesa de Almadura?—preguntó á su vez D. Estanislao.

—La conozco de oídas, por un amigo—contestó Pío Cid, aludiendo á Gandaria.—Es decir, no sé más sino que dicen que es una señora de conducta poco ejemplar, por lo menos, algo extravagante; pero esto es no saber nada, porque yo no doy crédito á las habladurías; al contrario, cuando oigo criticar á alguien, empiezo á suponer que este alguien es alguien, es decir, que es una personalidad, lo más malo que se puede ser para el vulgo anónimo.

—Pues nunca anduviste más acertado que en esta ocasión—dijo D. Estanislao,—porque la Duquesa es una mujer de extraordinario mérito. Yo la he visto cometer tales ligerezas, que me pareció que no estaba en su cabal juicio, y luego he observado tales rasgos de virtud, que la juzgué digna de que la canonizaran ó poco menos; y en suma, después de conocerla bien me he quedado sin conocerla, y lo único que digo es que la Duquesa de Almadura es una mujer excepcional.

—Y ¿cómo fué conocer tú á esa señora?—preguntó Pío Cid.

—Del modo más natural del mundo—contestó D. Estanislao.—Fuí á Nueva York á hacer un convenio para reexpedir uva de embarque, de la que recibíamos de Almería; arreglé el asunto, y de regreso conocí en el vapor á la Duquesa, que había ido á América con el Duque (que, acá para entre nosotros, es un estúpido) y se volvía sola, después de un rompimiento, que no era el primero

ni será el último, pues los hay con frecuencia en el matrimonio. No había á bordo más español que yo; y la Duquesa, á cuyas órdenes me puse en cuanto leí su nombre en la lista de pasajeros, agradeció tanto mis atenciones, que antes que terminase el viaje me habló de la falta que le hacía un hombre de confianza que fuese español y entendido en idiomas y un poco en toda clase de negocios, pues todos los criados que tenía, á excepción de una doncella, eran extranjeros. Yo me decidí en el acto á ofrecerle mis servicios, diciéndole cuáles eran mis ocupaciones y lo cansado que estaba de ellas, y hablándole de mis buenos antecedentes. Nada de eso necesito, me contestó la Duquesa; á mí me basta la primera impresión, y usted me ha parecido un joven inteligente y formal; de suerte que si usted lo desea, puede desde ahora contar con una colocación segura y de porvenir, pues si usted se conduce bien, como yo lo espero, y más tarde queda vacante el puesto de administrador, usted sería el elegido.

Me despedí de la casa de comercio y me reuní en Ostende con la Duquesa, entrando desde entonces á su servicio. La acompañé á París; y como conocí que mi nueva ama era mujer de pocos escrúpulos, la llevé por muchos curiosos escondrijos que ella no conocía y deseaba conocer, más por curiosidad que por inclinación á la vida alegre y licenciosa. Y lo que ella estimaba más era que, á pesar de la intimidad con que debíamos tratarnos en nuestras nocturnas excursiones, algunas á los tugurios peor famados de París, yo nunca me tomé el menor asomo de libertad, aunque ella,

quizás intencionadamente, y por probarme, me dió pie para que yo me atreviera. Tuve el acierto de estarme siempre en mi sitio y conservar la distancia debida, porque aun en el caso favorable de que la Duquesa hubiera tenido por mí un momento de flaqueza, al pasar éste, mi papel habría terminado. Pocos hombres hubieran imitado mi proceder, puesto que la Duquesa es una mujer rara como no hay otra, y quizás su defecto mayor es la coquetería, una coquetería natural, de la que yo creo que ella misma no puede corregirse, y que no es la simple vanidad de ser admirada y celebrada, sino el deseo de hacer daño, de trastornar á los hombres, altos y bajos, por el gusto de reirse de ellos. Contra su coquetería no era prudente, ni cerrar los ojos, porque lo tomaría á menosprecio, ni contestar como un enamorado, porque lo tomaría quizás á ofensa, siendo yo tan insignificante sujeto como era entonces. Así, pues, sin pretensiones de doctor en materia de galantería, tuve el tacto de dar con cierta admiración respetuosa que salvó los dos escollos y me ganó la voluntad de la Duquesa. Fuí su hombre de confianza y casi como de la familia, y llegó á confiarme hasta sus secretos más graves; á poco de venir á Madrid me encargó de la administración de sus bienes, de acuerdo con el Duque, de quien yo tampoco tengo motivos de queja ni para decir de él nada malo, sino es que, á pesar de sus pretensiones de político sagaz y hombre chispeante, es un zoquete. Como administrador, tuve ocasión de granjearme grandes amistades en los varios pueblos donde los Duques (ó mejor dicho, el Du-

que, pues la Duquesa, aunque noble, era pobre antes de casarse) tienen sus haciendas, y no me fué difícil salir diputado. Si voy á decir verdad, la idea de serlo me la inspiró uno de los mayordomos, que fué el encargado de mangonear la elección, y ésta fué del agrado de la Duquesa, puesto que así, aunque la ley prohiba á las mujeres formar parte del Parlamento, ella podía decir que tenía participación en las Cortes, por estar mi voto, como mi persona, enteramente á su servicio. Dos veces he sido diputado, y ahora me han hecho gobernador, y no sé aún adónde iré á dar con mis huesos; pero sea cual fuere mi porvenir, me contento con lo presente, y casi estaría por creer que la suerte me ha favorecido demasiado, si no fuera porque conozco á otros que valen menos que yo y á los que ha favorecido más.

—Todo lo que has dicho—contestó Pío Cid—me ha complacido en extremo, y ahora veo claro por cuán naturales y sencillos caminos has llegado á ser gobernador de esta provincia. Lo único que no me ha gustado del todo es la frialdad y el cálculo constante con que procediste con la Duquesa. Si no estabas enamorado, comprendo que estuvieras atento á tu conveniencia y que no perdieras neciamente la buena fortuna que el azar te había deparado poniéndote al servicio de tan ilustre y rica señora; pero si estuviste enamorado y sacrificaste tu amor cuando tenías esperanzas de satisfacerlo, aprovechando un instante de debilidad de la veleidosa y casquivana Duquesa, y no te sacrificaste por respeto á la confianza que en ti hacían, sino por miedo de perder un sueldo más

ó menos crecido, hiciste muy mal, á mi juicio; porque el amor debe ser colocado sobre todas las cosas humanas, y yo, puesto en tu lugar, hubiera jugado el todo por el todo, y quién sabe si hoy, en vez de gobernar una provincia, gobernaría el corazón de una mujer tan ingobernable como, por las señas, es el de tu protectora. Pudiste ser amo, y te contentaste con ser protegido; yo hubiera preferido volver al escritorio donde tú estabas, á trueque de poder saborear el recuerdo de una aventura de amor, en la cual, aunque un hombre sea derrotado, saca siempre el galardón de haberse puesto á la altura de la mujer amada.

—Ya veo—dijo D. Estanislao—que el tiempo no te ha curado de tu romanticismo, y que ahora que te dedicas á la política, como cuando te dedicabas á los negocios, sigues fantaseando de lo lindo. Yo no sé si me enamoré ó no me enamoré de la Duquesa, aunque cualquiera podía enamorarse; si tú la conoces ahora que tiene treinta y cinco años, te puedes figurar cómo sería cuando tenía veinticinco, que fué cuando yo la conocí; y entonces era, y hoy es, una mujer capaz de entusiasmar á un corazón de hielo; pero yo he creído siempre que lo primero que debe saber un hombre es colocarse en el sitio que le corresponde, y si yo me hubiera metido en la aventura que á ti te seduce, probablemente me hubiera puesto en ridículo y tendría que vivir aún entre cajas de uvas, naranjas y limones. Si tú llegaras á tratar á la Duquesa, verías si estoy en lo firme; ya te digo que se complace en aparecer como mujer ligera y hasta liviana; pero yo pondría la cabeza porque

cuantos se hayan atrevido á pasar la raya han sido chasqueados. Si tú deseas conocerla, yo te ofrezco una ocasión cuando vuelvas á Madrid, pues pienso enviarle un objeto de arte y quisiera enviárselo con algún amigo, para mayor seguridad y para dar mayor realce á la cosa, que realmente lo merece.

—¿Qué objeto es ese?—preguntó Pío Cid; y añadió:—No hay que decir que yo lo llevaré, aunque no sea más que por complacerte, y un poco por curiosidad.....

—Es una cruz de plata repujada—contestó don Estanislao.—Ya verás qué labor tan admirable. Te advierto que la Duquesa es apasionada del arte y protectora de los artistas, y que, en particular, tiene manía por el arte antiguo. Yo le he enviado ya varios objetos de estilo árabe, y ahora me ha caído en las manos esta cruz, que, según los inteligentes, es una verdadera joya. Aunque soy profano en la materia, me parece un regalo digno, no ya de una duquesa, sino de la reina misma en persona.

—Pues quedamos conformes—dijo Pío Cid satisfecho;—y si salgo diputado, te ofrezco llevar la cruz envuelta en el acta para que no se estropee.

—Hombre, es verdad—dijo D. Estanislao;—soy tan egoísta, que hasta ahora no te he hablado más que de mí, y justo es que te entere de lo que más te interesa. No creas—agregó tocando el timbre y llamando al secretario, quien volvió á poco con unos papeles—que me he descuidado, pues apenas supe que tu nombre entraba en el juego, he apretado las clavijas todo lo que he podido, y te tengo

arreglada la elección que no hay más que pedir. Mira aquí en este papel la lista de los votos de todos los pueblos del distrito, con indicación de los que son seguros á tu favor, por estar ya convenidas las actas con los alcaldes. Hay pueblos que los dan todos, y otros que los dividen, porque tienen compromisos con la oposición; y en resumen, según puedes ver, tienes la mayoría asegurada. Es decir, contando los votos seguros, te faltan sólo siete para triunfar, y quedan dos pueblos en blanco, que son Aldamar y Seronete. De este último me han ofrecido la mitad de los votos, aunque no tengo confianza, porque es el pueblo donde tienen la mayor parte de su hacienda los Cañaverales, y á última hora puede volver las espaldas; pero nos queda Aldamar, que da la votación más importante y donde tú debes tener algunos amigos; así, pues, si vas allá y consigues siquiera una veintena de votos, triunfas sin necesidad de molestarte mucho. Yo he querido comprometer al alcalde de Aldamar para que me asegure los votos que faltan; pero es un sujeto duro de pelar, porque creo que es el único de la provincia que lo lleva todo en regla, no por sí, sino por el secretario, que es un pez muy largo, con el que te recomiendo que te entiendas..... Item más —prosiguió D. Estanislao, mientras Pío Cid le escuchaba con atención:—debes andar con cuidado con los Cañaverales, pues aunque se dice que se hacen la guerra, yo creo que todo es pura camama.

—Eso mismo creía yo—interrumpió Pío Cid;—conozco á D. Romualdo y sé los puntos que calza, y cuando le he visto empeñado en que yo

me presente, he pensado que su empeño no tiene más explicación que su deseo de impedir que se presente otro enemigo más temible. El cambio de casaca ha tenido por objeto asegurarse él un puesto en el Senado y traer al Congreso á su primo, con lo cual habrá un Cañaveral en cada Cuerpo colegislador; y si quieres que te diga—añadió bromeando,—me alegraría de que se salieran con la suya, porque en este régimen hueco que gozamos, el símbolo más propio de una Asamblea política sería un haz de cañas secas.

—No hay que echar á chacota estos asuntos—dijo riendo D. Estanislao,—porque al fin tú te vas á gastar algún dinero y no es cosa de que jueguen contigo esos palurdos.

—Es que yo no tengo interés en ser diputado—replicó Pío Cid,—y vengo casi por carambola y sin ganas de gastar los cuartos que me va á costar la excursión, no estando, como no estoy, para estos derroches.

—¿Cómo es eso?—preguntó D. Estanislao,—¿andas mal de fondos?

—No ando mal, pero tampoco bien—contestó Pío Cid;—tengo que trabajar para comer, y aunque no me falta, tampoco me sobra.

—Y ¿en qué trabajas?—insistió D. Estanislao.

—Trabajo para editores, escribo en algún periódico y también doy lecciones; en suma, hago todo lo que es menester para sacar setenta ú ochenta duros al mes, pues con menos no se puede vivir en Madrid. Tenía un empleo seguro, pero lo dejé hace poco.

—Pues siendo así—dijo D. Estanislao,—razón

de más para que no te descuides; porque la diputación te abriría camino, y si D. Bartolomé de la Cuadra te protege con el mismo interés que demuestra por tu elección, puede darte un gobierno y hacerte hombre.

—De eso se trataba—dijo Pío Cid;—pero yo no estoy decido á salir de Madrid ni á aceptar ningún cargo.

—En fin—concluyó D. Estanislao,—lo importante es que salgas bien de la elección, y si no sales no será por culpa mía, porque tu distrito es el que mejor he trabajado. Si tú aseguras una docena de votos en Aldamar, el acta es tuya; del resto respondo yo.

Separáronse después de recordar de nuevo su amistad y de ofrecerse sus mutuos servicios, y Pío Cid vino á buscarme al Liceo, donde yo le esperaba jugando una partida de billar, y nos fuimos los dos dando un paseo hacia la Plaza Nueva, para hacer hora de comer, puesto que habíamos quedado en comer juntos en la Alhambra. Yo había invitado también á algunos amigos míos, con los que nos reunimos en el Centro Artístico, y les presenté á Pío Cid, á quien ninguno conocía. Sólo Feliciano Miranda, que era de la misma edad, le recordaba como antiguo condiscípulo, y aunque no le había tratado porque Pío Cid no tuvo nunca estrechez con nadie, nos habló muy bien de él y nos aseguró que había sido un estudiante aventajado. Además de Miranda, vinieron con nosotros Paco Castejón, Perico Moro, los dos Monteros y el viejo Gaudente, con lo que nada faltó para que pasáramos la tarde divertidísima.

Casi todos mis amigos eran literatos y artistas de fama; de suerte que la comida se pasó discutiendo sobre literatura, y en particular sobre la magna cuestión del colorismo en el arte. Para los postres estaba anunciada la lectura de artículos y poesías de casi todos los comensales. Miranda, que además de ser hombre muy simpático y ocurrente escribía cuadros de costumbres de mano maestra, nos había ofrecido leernos una novelita titulada *La Cáscara amarga;* Gaudente, el viejo, era inventor felicísimo de un género de composiciones que él llamaba «chupaletrinas», é iba á leer por centésima vez algunas muy célebres, en las que desfogaba su genio satírico con gracia inimitable; y, por último, el joven Moro llevaba varios fragmentos de un poema descriptivo, del que se hacía lenguas toda la reunión. Pero la llegada de dos nuevos amigos á última hora cambió el programa de la alegre fiesta, y todos los asuntos literarios quedaron arrollados por la gran noticia del día. Los que llegaron eran el periodista Juan Raudo, el hombre mejor enterado de todo lo que ocurría en todas partes, y mi buen amigo Antón del Sauce, cabeza visible del impresionismo granadino, y, como quien dice, la mayor autoridad literaria de Granada, puesto que en esta ilustre ciudad sólo se vive de impresiones. Raudo venía deseoso de anunciar á la asamblea la noticia que traía, y en cuanto nos saludó se bebió sin ceremonia un monumental vaso de vino para dejar expedita la garganta, y con aire misterioso dijo:

—Señores, mañana les va á sorprender á ustedes algo que leerán en el periódico, algo de que se hablará pronto en toda España.

—De fijo que éste nos quiere tomar el pelo—dijo Miranda.

—No será mala la tomadura si llevamos á cabo el descubrimiento—afirmó solemnemente Raudo.—Tomaremos oro bastante para pagar la deuda pública, y nos sobrará para acuñar unos cuantos millones de onzas de las antiguas, que no se las encuentra ya ni con la linterna de Diógenes.

—Ea, déjanos de guasas—interrumpió Castejón, con su voz turbia y cascada por el abuso de los espirituosos.—Lee tú, Feliciano, esa novelilla de que nos has hablado.

—¿Qué guasa ni qué niño muerto?—gritó furioso Raudo.—Se trata de una verdad más grande que un templo. Me parece á mí que el doctor Medialuna es un arabista de fama casi universal, y cuando lanza á la publicidad, bajo su firma autorizada, la versión del manuscrito árabe descubierto por él, hay que ser respetuosos siquiera.....



—Pero vamos por partes—interrumpió el viejo Gaudente.—¿Se trata de papeles ó de dineros? Si es de papeles viejos, creo en Dios Padre; de eso están llenos los archivos, y como nadie los entiende bien, cada uno los interpreta á su modo y les hace decir lo que le da la gana; pero si es de dinero, y para mayor escarnio de oro, eso pertenece á la historia antigua. En Granada no queda más oro que esta onza que llevo yo en el bolsillo del chaleco para que no me hagan mal de ojo.

—Pues, amigos míos, de eso se trata—exclamó Raudo.—Ahora sí que se puede decir que vivimos sobre un volcán, sobre un volcán de riquezas; porque aquí mismo en este cerro, debajo del palacio

árabe, que está á dos pasos, se encuentra escondido el tesoro de Alhamar. Ahora que yo lo digo parece esto un disparate; pero ya leerán el trabajo que empieza mañana á publicar el periódico, y todo lo verán llano como la palma de la mano. Alhamar tuvo, durante los años que reinó, más de cuatro mil hombres ocupados constantemente en lavar las arenas del Dauro, que entonces no era lo que ahora, cuando sólo quedan los desechos; entonces, señores míos, traía más oro que arena, ó, por lo menos, la mitad de cada cosa; y la enorme cantidad de oro extraído fué depositado en un subterráneo de esta misma montaña, que por eso se llamó Alhambra, es decir, montaña dorada, y no roja, como algunos ignorantes habían traducido; y ese oro debía servir para construir un palacio maravilloso, que por desgracia se quedó en proyecto, como tantas cosas de nuestro país.

—De suerte—dijo Perico Moro, con tono zumbón,—que el alcázar que hoy existe lo construyeron provisionalmente.

—No señor—contestó Raudo;—ese alcázar fué destinado en un principio á los guardianes del tesoro; no era un palacio Real, fué más bien una fortaleza que sirvió de tesorería, ó como si dijéramos, fué el Ministerio de Hacienda del reino de Granada.

—Y las inscripciones de ese palacio, ¿cómo se explican entonces?—preguntó cándidamente el menor de los Monteros.

—Se explican mucho mejor que ahora—replicó Raudo.—Así, por ejemplo, el tan sobado «sólo Dios es vencedor», sostiene el doctor Medialuna

que quiere decir «sólo el oro es vencedor», inscripción adecuada, á más no poder, para una tesorería. Alah debe entenderse en un sentido metafórico, y esto es lo que los arabistas no habían comprendido hasta ahora. Pero, en fin, yo no digo una palabra más; el que quiera saberlo todo, que lea el trabajo y verá que el asunto tiene más miga de lo que parece.

Largamente se habló y discutió sobre el inesperado tesoro de Alhamar, y la concurrencia unánimemente se pronunció en contra del doctor Medialuna.

—Si eso fuera verdad—decía Miranda,—lo único que sacaríamos en limpio sería quedarnos sin la Alhambra, porque la destruirían para descubrir el tesoro; y si llegaban á descubrirlo, el dinero se nos volvería sal y agua, como todo lo que cae en nuestras manos. Más vale que, aunque seamos pobres, tengamos siquiera un sitio donde tomar el fresco y olvidar nuestra pobreza oyendo cantar á los ruiseñores.

Pío Cid no dijo nada en toda la tarde; pero, sin duda, en su espíritu comenzó á germinar una idea que más tarde salió á luz.

Sus únicas palabras fueron para recordar la promesa que nuestros amigos nos habían hecho de leer cosas de su invención, que seguramente serían más agradables que la exhumación del papelote arábigo; pero era tan escasa la claridad que quedaba, que ya no se veía leer y hubo que dejarlo para otro día.

Moro, el poeta, dijo á Pío Cid que, puesto que tanto le interesaban las letras, sería también cul-

tivador de ellas, y que si era así se le obligaba á escribir algo para una Revista proyectada por los amigos que allí estaban.

Pío Cid contestó que no era literato de cartel; pero que en caso de apuro, y por dar gusto á sus amigos, era capaz de escribir lo que se le pidiera.

—Puesto que en esta notable asamblea—añadió —hay poetas y novelistas, pintores y arqueólogos que tan brillantemente llenan su cometido, creo que lo único que yo puedo dar que ustedes no tengan, es algo de mi experiencia, obra no de mi capacidad, sino de los azares de mi vida. Me parece que lo único que aquí falta es fuerza; sobran buenos deseos y bellos propósitos, pero la pereza lo echa todo á perder. Cuando yo oí hablar de la revista esa de ustedes, me imaginé que sería una publicación regular, consagrada á mantener siempre vivo el fuego sagrado; y ahora resulta que están ustedes preparando desde hace siete años el primer número y que no es aún seguro que aparezca después que pasen otros siete. Ustedes se ríen del tiempo, y esta risa es muy peligrosa, porque hay en el mundo quien trabaja y puede humillarnos. Quizás sería lo mejor dejar rodar la bola, si todos lo hicieran así; pero esto no es posible, y antes que venga quien nos obligue á andar contra nuestro gusto, más vale que nosotros andemos por nuestra voluntad. Yo conozco un remedio infalible para curar la pereza intelectual, y les ofrezco á ustedes dárselo á conocer en un artículo breve, que más que artículo será receta de médico ó una combinación de aforismos útiles para reconstituir el carácter humano.

—¡Aceptado!—gritamos todos á una, y comenzamos á dejar nuestros asientos.

Á poco emprendimos la retirada, pues la mayor parte de los allí reunidos tenían que ir al carmen de los Monteros, donde había organizado para aquella noche un baile popular. Pío Cid, Raudo y yo nos separamos de la reunión y nos fuimos un rato al café. Pío Cid nos dejó pronto, porque quería acostarse temprano para estar levantado cuando llegara á buscarle el tío Rentero.

Gran obscuridad reina en todo lo tocante al viaje de Pío Cid á Aldamar. Su primer propósito era detenerse en varios pueblos del distrito; pero después que supo que la clave de la elección estaba en su pueblo, determinó hacer directamente el viaje en dos jornadas, quedándose á dormir la noche intermedia en La Rabiola. Como Pío Cid era hombre que no dejaba las cosas para mañana, se cree que fué preocupado todo el camino, componiendo mentalmente la receta que prometió á sus amigos, sin dignarse contemplar los bellos y variados paisajes que le iba ofreciendo la pródiga Naturaleza. Á eso de mediodía dicen que se detuvo á merendar á lo campestre, á la sombra de unos álamos blancos que estaban en el borde de la carretera, y que entonces, viendo á su espalda unos hermosos trigos tan altos, espesos y espigados, que parecía que la Providencia había derramado en ellos todas sus bendiciones, no pudo menos de decir:

—¡Buen año éste para los labradores, tío Renteco! Mire usted esas espigas grandes como mazorcas, que casi no pueden tenerse en pie. ¡Valientes trigos!

—Granaejos están, granaejos—respondió el tío Rentero, con su tonillo alpujarreño, que se acentuaba más conforme el vejete se iba alejando de Granada.

Aparte estas palabras, se cree que Pío Cid en la primera jornada no despegó los labios, y dejó desahogarse á su gusto á su compañero de viaje, el cual habló por los dos y un poco más, sacando á relucir todo lo que sabía de las personas de viso de la capital y de la provincia; y de quien más habló y con mayor elogio, fué de la madre de Pío Cid, de la que dijo un centenar de veces que era la señora más señora que se había echado á la cara, y que era una lástima que una mujer de tanto mérito no hubiera nacido reina ó emperatriz. Pío Cid le escuchaba con paciencia y atención, y así, el uno charlando y el otro callando, y los dos caminando al buen andar de los mulos, llegaron al obscurecer á La Rabiola, donde se alojaron en una posada sin darse á conocer, puesto que el alcalde de este pueblo era de los que habían ofrecido al Gobernador la votación íntegra, y Pío Cid no tenía gana de gastar saliva en balde. Al rayar el día el tío Rentero aparejó los mulos en un dos por tres, pues como había estado dedicado algún tiempo á la arriería, era un lince, como decía él mismo, para andar entre bestias. Salieron del pueblo sin que nadie los viera, á excepción de un muchacho que estaba recogiendo estiércol y que debía conocer al tío Rentero, porque al verle pasar le dijo:

—Güen viaje, tío Frasco; ¿va osté á Aldamar?

—Adiós, Cascabancas—contestó el tío Rentero;

—pa allá vamos. ¿Á cómo te pagan el istiércol?

—Á tres riales la carga—contestó el basurero.

—¿De las grandes?—insistió el tío Rentero.

—Grandes, que ca una paece un menumento. Como que son pa el sacristán de D. Esioro—contestó el zagalón.

Y luego, alzando la voz porque los viajeros se alejaban, gritó:

—Pa allá va tamién D. Críspulo; á ese paso presto le alantarán.

—¿Quién es ese D. Críspulo?—preguntó Pío Cid al tío Rentero.

—Es el cura de este pueblo, que estaba antes en Seronete; un alma de Dios, pero con una lengua peor que una jacha. Verdá que al probe lo tienen veinte años pasando la pena negra y está pa que lo ajoguen con un cabello. De Seronete lo echaron porque iba á matar al alcalde. Pero, mírelo osté allá lejos, aquel que va en el rucho debe de ser.

Don Críspulo era, en efecto, y á los pocos minutos Pío Cid y su acompañante le alcanzaron. Sujetaron el paso de los mulos para poder cruzar algunas palabras, y como el borrico de D. Críspulo aceleró el andar para no perder aquellos compañeros de camino que la fortuna le deparaba, bien pronto los tres viajeros se hallaron al habla y el tío Rentero rompió el silencio diciendo:

—A la paz e Dios, señón Críspulo; ¿no quié su mercé conocer á los probes?

—Hola, tío Frasco—exclamó D. Críspulo;—¡quién le iba á hacer á usted por estos caminos y á estas horas! Y luego, que está remozado usted,

y yo si no le oigo hablar no le conozco. Ya se ve lo que es buena vida. ¿Qué tal, qué tal? ¿Viene usted ahora de Granada?

—De allí vengo pa acompañar á este señor, que es el hijo de los amos, de los antiguos.

—Celebro mucho conocerle—dijo D. Críspulo inclinando la cabeza.—¿Viene usted quizás á asuntos electorales? Porque estos días, como va á haber elección, se ven por aquí algunas personas de la capital que están interesadas en estos manejos.

—Efectivamente—contestó Pío Cid, devolviendo el saludo.—Vengo con motivo de la elección; pero no es la primera vez que ando por estos caminos; toda mi familia era de Aldamar, y yo mismo me he criado allí.....

—Mi amo—interrumpió el tío Rentero—es hijo de D. Francisco, el de *Los Castaños*, que osté conocería.

—Claro que le conocí—contestó D. Críspulo,—y también le traté, aunque él vivía casi siempre en la capital. ¿Es usted, quizás—añadió encarándose con Pío Cid,—un hijo que dicen que había desaparecido sin saber cómo?

—El mesmico—contestó el tío Rentero;—como que no tenía otro; pero al fin y á la postre el que es de ley paece, manque se asconda en los centros de la tierra.

—Entonces—continuó D. Críspulo, sin que Pío Cid le contestara á sus preguntas,—usted es el candidato del Gobierno por este distrito. Aquí, en La Rabiola, decían que usted era de los Cides de Aldamar; pero yo, á pesar del apellido García del Cid, no caía en la cuenta de que pudiera ser usted

el hijo de D. Juan Francisco. De todos modos le felicito á usted por adelantado, porque su elección dicen que es cosa hecha.

—Ya veremos—dijo Pío Cid sonriendo;—tal vez esté hecha y yo venga á deshacerla.

—Yo le aseguro á usted—dijo D. Críspulo irguiéndose sobre su jumento—que el distrito está ya de Cañaverales hasta la coronilla, y que no á usted, que es hijo del país, sino al primer cunero que le enviaran, lo aceptaría por salir de las garras de esta innoble gentuza que hoy lo explota. Yo no puedo emplear cierto lenguaje á causa del traje que visto, pero le digo á usted que debía caer durante varios años una lluvia muy espesa de rayos encendidos para limpiar estos terrenos de todo lo malo que aquí vive. Estos pueblos no son pueblos, amigo mío, son nidos de víboras.

—No desageremos—dijo el tío Rentero,—que en la capital tamién hay de too, y si digo, hay más pillería que por acá.

—¡En la capital!—suspiró D. Críspulo.—Para la capital reservo yo el fuego divino que cayó sobre Sodoma y Gomorra, las ciudades malditas. Y no dejaría que se escapara nadie, ni siquiera Su Ilustrísima el Arzobispo, mi amo y señor—agregó inclinando la cabeza hasta tocar casi las orejas del pollino.

—¡Jesús, María y José!—exclamó el tío Rentero, haciendo aspavientos de susto, mientras Pío Cid se fijaba por primera vez en el lenguaraz sacerdote.

Era D. Críspulo un hombre pequeño y flaco, moreno, los ojos hundidos y las mandíbulas muy sa-

lientes. Su rostro llevaba impresa las huellas de largas privaciones; pero no se conocía á primera vista si estas privaciones eran hijas de la miseria ó del ascetismo, porque el aspecto descuidado y más sucio que limpio de toda su persona, estaba velado por cierta dignidad nada vulgar en la mirada y en el gesto. Pío Cid se hizo cargo de aquella extraña figura, y luego dijo en el mismo tono respetuoso, con puntas de malintencionado, en que el cura había lanzado su condenación:

—Señor D. Críspulo, mala idea debe usted tener de todos sus semejantes, aunque sean arzobispos.

—Mala, no; malísima—contestó el cura;—y bien sabe Dios que me duele tenerla, aunque no sea más que por el sagrado ministerio que ejerzo. Pero los años traen consigo los desengaños, y yo á veces llego hasta á compadecer á nuestro divino Redentor por haber tenido la generosidad de derramar su preciosa sangre por esta indigna humanidad, que más bien merecía estar continuamente gobernada por Nerones y Calígulas y otras bestias más feroces aún. Si á mí me dieran el mando absoluto en estas comarcas, le juro á usted que llamaría en mi ayuda á los africanos para que secretamente se introdujeran en el país y pasaran á cuchillo á todos sus habitantes. ¡Ah! Señor Cid, usted viene de lejos y no sabe de la misa la media, y no ve ni verá más que lo que le salte á los ojos; pero yo soy perro viejo para roer estos huesos, y aunque me condene á arder perpetuamente en los profundos infiernos, no transijo con la injusticia. Sin ir más lejos, hoy he leído en el diario de la capital una noticia que

le interesa á usted: dice que, en vista del estado aflictivo por que atraviesan los braceros de este distrito, el Sr. D. Romualdo Cañaveral ha dado orden á su administrador para que distribuya abundantes limosnas entre los más necesitados; y luego viene poniendo por las nubes la conducta noble y caritativa del ilustre hijo de Seronete, y expresando el deseo de que en breve se vea confirmada la noticia de su nombramiento como senador vitalicio. Pues bien, ¿sabe usted lo que hay en esto de verdad? Que D. Carlos, el contrincante de usted, está comprando votos á dos y tres pesetas, y que para no descubrir el juego dan ese dinero de Judas bajo la capa de caridad y á són de bombo y platillo, á fin de que sirva, no sólo para elegir al que lo reparte, sino también para dar lustre y charol al bandido de D. Romualdo, uno de esos seres abyectos que la misericordia de Dios tolera que existan para castigo de sus criaturas. ¡Y ver toda esta farándula, toda esta indecencia, prosperar y recibir el aplauso de las gentes, y no poder alzar la voz ni desenmascarar á los criminales! Es decir, yo no me muerdo la lengua, y si mi palabra se oyera en todo el mundo, todo el mundo sabría la verdad; pero no me oye nadie, y mi franqueza sólo me ha servido para hundirme más y más.

—Y sin embargo, usted no escarmienta—dijo Pío Cid.

—Ni escarmentaré nunca—prosiguió D. Críspulo,—porque yo estoy ya condenado sin apelación. Pregunte usted en el palacio arzobispal de Granada quién es el cura de La Rabiola, y le dirán que por lástima no me han recogido ya las licen-

cias: se contentan con dejarme en el peor pueblo de la provincia para que me muera poco á poco de hambre. ¡Asesinos!

—Me parece, amigo D. Críspulo—replicó Pío Cid,—que usted se ahoga en poca agua. Si yo fuera cura desearía estar en el peor pueblo de España para ver si le podía volver el mejor; y si estuviera mal visto de mis superiores, casi me alegraría, porque así podría realizar una de las obras más difíciles que está en nuestra mano acometer, la de destruir una mala opinión que se tenga de nosotros. En las sociedades gobernadas por la hipocresía y el artificio, es soberanamente tonto ejercer de reformador á gritos, porque todos se tapan las orejas para no oir lo que no les conviene. Hay que ser cautos; en vez de dar golpes contra el aguijón y salir luego hechos una lástima, lo prudente es quebrarlo sin herirse, y si no es posible quebrarlo, dejarlo. Usted podía desempeñar bien su importante ministerio, y por no tener cachaza para tolerar las demasías de los otros, se ve como se ve. Yo creo que el amor á la justicia tiene más virtud cuando se muestra con mansedumbre, y es una verdadera desgracia que usted eche á perder sus buenos deseos por la crudeza de sus palabras. Le hablo á usted con la misma libertad con que usted me ha hablado; y aunque no me disgusten los caracteres fuertes y abiertos como el de usted, mi parecer es que el único medio de trabajar por el bien, es trabajar uno solo, sin decirle nada á nadie. Puesto que las predicaciones, amonestaciones y reprimendas no surten ya efecto, hay que callar y obrar, y dejar á los otros hacer lo que

mejor les parezca, que si lo que hacen no es bueno, al fin no prosperará. Comprendo que le duela á usted ver que hasta la caridad es ya explotada por los pícaros; pero que éstos se lleven en su pecado su penitencia, que ni usted ni yo somos quién para acusar á nadie.

—Todo eso me parecería admirable—dijo don Críspulo—si yo tuviera libertad para enviar al demonche á estos tunantes y vivir donde fuera mi gusto; usted dice lo que dice porque lo que pasa, lo oye, no lo ve; pero yo lo veo todos los días y me moriré viéndolo, sin poder hacer nada para remediarlo y hasta teniendo que humillarme á veces para no morir de necesidad. Yo podría hacer algo si fuera rico, pero soy muy pobre y tengo sobre mis espaldas á mi madre y á dos hermanas. ¡Cuánto más me valiera á mí y á ellas haber sido arriero, como mi padre, y no llevar estos hábitos ó estos grillos que llevo arrastrando!.....

—Lo que me dice usted—interrumpió Pío Cid —me trae á la memoria á un arriero que iba á mi casa, el cual se llamaba el tío Nohales, y era padre de ocho ó diez hijos. Á uno que salió muy despejado, le dedicó á la carrera eclesiástica con la idea de que fuese el sostén de la numerosa familia. El joven estudió con extraordinario aprovechamiento, y en cuanto cantó misa obtuvo una coadjutoría, de la que se esperaba que pasara muy pronto á un buen curato, puesto que los superiores le mostraban gran afecto. Pero hete aquí que de la noche á la mañana desaparece sin dejar dicho nada á nadie, y que al cabo de algún tiempo se averigua que iba camino de Filipinas, enviado allá

por el superior de una Orden religiosa, en la que había ingresado el joven según se supo, no sólo por natural inclinación á la vida monástica, sino por huir del siglo, y más que del siglo de la familia que se había sacrificado por darle carrera y posición. Había que oir al tío Nohales contar á todo el mundo su desengaño y clamar contra el hijo desagradecido que tan mal le había recompensado sus afanes. Todos le compadecían y todos le daban la razón; pero vino á mi casa con el cuento, y mi madre se puso de parte del hijo ingrato, y recuerdo aún las palabras que le dijo al arriero, las cuales quizás le vengan á usted que ni pintadas: «Si yo estuviera en el caso de usted, me sentiría orgullosa de tener un hijo como el que usted tiene. Ustedes los pobres dedican sus hijos á la carrera eclesiástica con la idea de que, no pudiendo casarse, les sirvan de apoyo en la vejez, y por lo pronto les ayuden á llevar la carga de la familia; y no piensan ustedes que quien tiene verdadera vocación para el sacerdocio, y no lo acepta como una de tantas carreras, sino para consagrar su vida á sus semejantes, tiene que estar libre de los cuidados de su familia, porque el atender á su familia les impediría atender á los demás. Por esto no está permitido que los curas se casen; y ustedes los que desean que un hijo sacerdote pague el bien que le han hecho dándole carrera, con el olvido y abandono de sus deberes, son los principales culpables de que haya tantos eclesiásticos ambiciosos y devorados por el afán de ganar buenas prebendas. Su hijo de usted vale más que todos ustedes juntos, y ha hecho muy bien metiéndose en un con-

vento, pues de no hacerlo, quizás no tuviera corazón para volverles á ustedes las espaldas; y ustedes sin darse cuenta del mal que hacían, le hubieran obligado á ser un mal cura, más atento á ganar dinero que á cumplir su obligación.» Así habló mi madre, que era una señora muy discreta; yo le repito á usted lo que ella dijo con sobrada razón, según voy viendo. Como los oficios eclesiásticos, fuera de unos cuantos que están bien pagados, no dan ahora más que para comer, la nobleza y la clase media se dedican á otros más productivos ó brillantes, y la Iglesia tiene que estar servida por pobres, que además de su pobreza suelen llevar la reata de su familia, con lo cual el celibato ha venido á quedar sin efecto para muchos como usted, á quien más le hubiera valido ir á evangelizar á los igorrotes, que no llevar la vida que lleva por estos andurriales.

—Mire usted—dijo D. Críspulo,—más de una vez lo he pensado, y entre estos salvajes y los de allá, no sé cuáles serán peores; pero por lo pronto bien podían tener más consideración con el clero bajo, que es el que lleva la carga más pesada, y no tenernos á nosotros á media miel mientras los altos regüeldan de ahitos. En estos pueblos hay mucha miseria, y un cura que no tiene nada que repartir es un soldado sin armas. Pero, en fin, bueno está lo bueno—agregó D. Críspulo, divisando el punto donde el camino se partía en dos y donde él tenía que tomar el de Seronete y separarse de sus compañeros.—Yo me alegraré mucho de que gane usted la elección y de que haga algo por este pobre distrito, tan olvidado de los gobiernos.

—No confío mucho en el resultado—dijo Pío Cid,—y menos desde que sé que el poderoso caballero Don Dinero anda en el ajo.

—Ya que va osté á Seronete—añadió el tío Rentero,—le dirá á mi Polonia que estoy por aquí alreor, y que como pueda colaré allá.

—No lo olvidaré—contestó el cura,—y á ver si nos vemos á la vuelta y paran un día en La Rabiola. Yo vuelvo esta misma noche ó mañana.

Y sin más, llegados á la encrucijada, se separaron, después de saludarse como buenos amigos. Don Críspulo desapareció en breve tras un recodo que hacía el camino de Seronete, y Pío Cid y el tío Rentero apretaron el paso hacia Aldamar. El tío Rentero siguió hablando de los dichos y hechos que conocía del célebre D. Críspulo, y Pío Cid callando y dando vueltas en su magín á la famosa receta, que ya iba á medio componer.

Un cuarto de legua antes de llegar á Aldamar, cuando se empieza á descender la empinada cuesta del Aire, hay á mano izquierda una fuentecilla, llamada de los Garbanzos porque sus aguas tienen la virtud de ablandarlos aunque sean duros como balas; así tuvieran también la de ablandar el corazón, que si así fuera se venderían á peso de oro. Los mulos, que venían fatigados y sedientos después de cuatro horas largas de caminar cuesta arriba, en cuanto olfatearon la fuente se fueron derechos al agua, apartándose un poco del camino.

Pío Cid no se dió cuenta de ello hasta que su mulo, con el movimiento que hizo al bajar la cabeza para beber, le sacó de su distracción, faltando

muy poco para que le tirara por las orejas. Entonces vió Pío Cid que un poco más arriba de la fuente, en el sitio donde debía nacer el manantial, estaba llenando un cántaro de agua una muchacha pobremente vestida. La estuvo mirando un buen rato y recreándose en las formas admirables de aquella tosca criatura, que parecía puesta allí para que algún escultor la tomase por modelo. Estaba de perfil y se le marcaba, á pesar de su juventud, la fuerte cadera, promesa de maternidad, y por debajo del brazo, arqueado para sostener la botija, el pecho, mal encubierto por un cuerpecillo de percal medio deshilachado, que dejaba ver lo blanco de la camisa. La cabeza se apoyaba sobre el brazo, y entre el abundoso y enmarañado cabello, castaño muy obscuro, desaparecía casi por completo, dejando ver sólo la nariz, que de perfil parecía muy fina, aunque un poquillo chata. La jovenzuela del cántaro, cuando acabó de llenarlo se lo puso á la cadera y se disponía á marchar, no sin volverse á mirar de reojo á los caminantes; pero Pío Cid la detuvo, preguntándole:

—¿Va usted á Aldamar?

—Sí, señor—contestó la muchacha, mirándole con curiosidad.

—¿Quiere usted que le lleve el cantarillo?—volvió á preguntarle.

—¿Pa qué va su mercé á molestarse?—contestó la muchacha.

—No me molesto, al contrario. Usted es la que se molestará llevando el botijo á cuestas un cuarto de hora. Espérese usted—dijo arreando el mulo hacia el altillo donde estaba la muchacha. Y

echándose todo lo atrás que pudo del aparejo, de modo que casi se quedó montado en la culata, cogió en peso á la muchacha con cántaro y todo y la asentó á la mujeriega sobre el mulo, que al sentir la carga echó á andar sin que lo arrearan.

—¡Válgame Dios!—exclamó la muchacha por no saber qué decir.—Naide diría que es osté tan forzúo.

—Tenga osté cuidiao con el mulo—dijo el tío Rentero,—mire osté que es un perrera en cuantico que le dan dos deos de luz.

—Va bien sujeto—contestó Pío Cid,—no hay cuidado. La verdad es—prosiguió—que es buena ocurrencia la de venir á buscar el agua á un cuarto de legua y con el sol de justicia que ahora hace.

—Qué quié su mercé, señor—contestó la muchacha;— los agüelos han perdío ya la dentaura, y en guisando con el agua de abajo no puen ronchar los garbancejos.

—Entonces no digo nada—replicó Pío Cid, mirando á su pareja, que sin saber por qué se le apareció ahora como una figura bíblica, quizás porque la muchacha llevaba en el pecho, entre el pañolillo de colores con que se lo mal cubría, unas matas de mastranzo, cuyo perfume sano y fuerte embriagaba y despertaba el recuerdo de los tiempos felices en que las mujeres, aun las más puras y delicadas, crecían como las flores campestres. Y luego, fijándose en algo brillante que se movía en las hojas del mastranzo, preguntó:

—Lleva usted una marranica de luz. ¿La ha cogido usted, ó está ahí por casualidad?

—Estaba en la mata—contestó la muchacha, ajustándose más el pañolillo con la mano que le queda libre.

—Usted me mira como á un forastero—dijo Pío Cid,—y sin embargo, yo soy su paisano.

—¿Osté de Aldamar?—preguntó la muchacha.

—Ya verás cómo te doy señas—dijo Pío Cid.— ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Rosario, Rosarico—contestó ella.

—¿Y tus padres?—volvió á preguntarle.

—Mi padre—contestó Rosarico—se llama Juan Antonio Peña; pero le dicen el tío Rogerio.

—Pero ¿es posible—saltó el tío Rentero, que deseaba meter su cucharón—que eres tú hija de la Roqueta? Tu mae y yo semos del mesmo pueblo y algo de la familia. ¿No la has oío tú mentar al tío Frasco Rentero?

—Vaya que sí—contestó Rosarico riendo;—y tamién sé que fué osté su novio.....

—Justico—interrumpió el tío Rentero, perneando sobre su mulo para ponerle al lado del de Pío Cid;—y en güena ley tú debías haber sío mi hija si yo me hubiera casao con tu madre, que sin agraviarte á ti era una mocetona mu requería de too el mundo y con más fama en su tiempo que Barceló por la mar. Y ¿cuántos hermanos séis?

—Semos ocho vivos—contestó Rosarico,—y yo soy el rejú de la casa. Ya ve osté que mi Frasco Juan, que fué el primero, tiene una hija mayor que yo dos ú tres años.

—Vaya con Rosarico—dijo el tío Rentero,—y cuánto me he alegrao de verte. Si yo hubiera

sabío que estabais aquí cuando vine el año pasao..... Yo sus creía en Salaureña.

—Aquello se acabó—dijo Rosarico,—y hemos pasao las de Caín. El probetico de mi pae ya no pué dar golpe.

—Y ¿qué jacéis ahora?—preguntó el tío Rentero.

—Tenemos una tierrecilla—contestó Rosarico, —y mis hermanos ayúan algo. Mi Francolín es el marranero del pueblo, y el Pepillo está muy apegao á la iglesia, y algo trae tamién. Pero á este señor lo habemos dejao con la palabra cortá—añadió Rosarico.

—Eso no importa—dijo Pío Cid, muy pensativo.—Sigan hablando sin reparar en mí, que yo lo único que podría decir es que conocí también á los Rogerios y que todos eran muy hombres de bien. Díle á tu padre si se acuerda de una vez que fué á la sierra y subió al Mulhacén acompañando al señorito Pío, como él me llamaba.

—¿Pues no se ha de acordar?—contestó Rosarico, mirándole con admiración;—en cuantico que sepan su venía y le vean á osté se van á jartar de llorar. ¡Válgame Dios! ¿Con que es osté el niño de *Los Castaños?* Algo más nos relucía el pellejo cuando eran ostés los amos de la cortijá; mi padre cuenta y no acaba de ostés toos.

—Pus ahora veremos lo que jace el pueblo y si es agradecío—dijo el tío Rentero,—porque el amo viene pa eso de la eleción, y ahí se ha de ver si semos moros ú cristianos.

—Ve osté—dijo Rosarico, afinando la pronunciación para parecer más cortés,—por esa senda

se acorta pa ir á mi casa y á la de osté, con premiso de mis padres. Si quiere osté, me bajaré aquí.

—Entonces, ¿vivís en el barrio alto?—preguntó Pío Cid.—Si es así, más vale que sigamos hasta el pueblo y que subas por la vereda del barranco.

—Es que en el pueblo son mu jablaores.....—dijo Rosarico, sin atreverse á expresar su idea por completo.

—Vaya, que tienes miedo á que se lo digan á tu novio—dijo Pío Cid en tono de broma.

—No tengo novio—replicó Rosarico.

—Le habrás tenido—insistió Pío Cid.

—Ahí me habló un estornillao, pero yo no quiero noviajos—contestó Rosarico con cierto aire de despecho.

—Pues si el noviazgo se arregla y se habla de casorio, no lo dejes por falta de padrino. Yo me ofrezco á serlo, y ojalá que sea pronto—dijo Pío Cid ayudando á Rosarico á bajar del mulo, y dándole luego el cántaro.—Dale recuerdos míos á tus padres, y ya haré por verles.

—Igualmente—añadió el tío Rentero, mientras Rosarico, ligera como una cabra, subía por el empinado sendero que conducía al barrio alto, y desaparecía á poco detrás de unas higueras.

Se apeó de su mulo el tío Rentero y lo ató del ronzal á la anilla de la baticola del otro mulo, diciendo á Pío Cid:

—Deme osté las brías jasta pasar la barranquera.

Pero Pío Cid se apeó también, dejando al tío

Rentero que llevara los dos mulos y echó á andar delante por el endiablado camino que anunciaba la entrada del pueblo.

Aunque la digresión parezca inútil, diré que en Aldamar, como en muchos pueblos de nuestra provincia, se nota la influencia de la capital en que, así como Granada está cruzada por dos ríos, no muy caudalosos, y secos á temporadas, sus pueblos se asientan, por regla general, á las orillas de algún barranco que, aunque no lleve agua, da la ilusión de que es un río que se ha quedado en seco por un descuido de la Providencia. Sin contar con que un barranco, aunque no traiga aguas, puede traerlas en tiempo de lluvias y sirve para dividir los pueblos en barrios enemigos que, luchando por el predominio local, suelen trabajar sin quererlo por engrandecer, ó cuando menos agrandar, la ciudad naciente. Yo le oí decir alguna vez á Pío Cid que si Aldamar era el pueblo más grande de su distrito, esto se debía á la circunstancia feliz de estar cruzado no por uno, sino por dos barrancos; el más pequeño arranca del camino que viene de La Rabiola, y el mayor corre de Norte á Sur, quedando el pueblo dividido en cuatro cascos desiguales. Los dos más crecidos se llaman Aldamar Alto y Bajo, y sostienen la principal rivalidad; luego viene el neutral ó intermedio, llamado barrio de la Iglesia, y, por último, á espaldas de éste, y algo distanciado, el del Colmenar, llamado así por ser fama que en él vivían varios colmeneros, bien que á la sazón esta industria, antes floreciente, haya desaparecido y no quede ni una abeja en varias leguas á la redonda.

Con la cría del gusano de seda ocurre lo mismo, y la vinicultura también va de capa caída á causa de la filoxera. La única planta que se sostiene y aun prospera, es el castaño; Aldamar vivía, pues, penosamente de la exportación de castaña, y se consolaba de su decadencia con recuerdos, esperanzas é ilusiones.

Cuando Pío Cid llegó al barranco grande, que en tiempo de sequía era como la calle Mayor ó Real del pueblo, la primera persona á quien encontró al paso fué una pobre mujer que de rodillas lavaba en una poza formada por un hilillo de agua que no se cortaba nunca, porque era de un manantial que nacía un poco más arriba. Al lado de la lavandera había una canasta de ropa sucia, de la que salían gritos desesperados. Pío Cid se acercó por movimiento natural á ver dónde estaba la criatura que tan desconsoladamente chillaba, y descubrió entre los trapos sucios á un niño de teta mordisqueándose los puños; lo sacó de la canasta y se lo puso boca abajo sobre la palma de la mano, y el chiquilló calló al instante.

—No jaga su mercé caso de esta criatura—dijo la lavandera.—Es la más eshonrible del mundo. Como no tenga el pezón en la boca, siempre está dando barracás. Démelo osté á ver si se acalla con una tetica.

—Yo creo—contestó Pío Cid—que este niño está malo del vientrecillo. Debe estar un poco constipado.

—Quizás será que está mu sucio—replicó la lavandera, sentándose en un peñón que allí cerca estaba, y extendiendo los brazos para recibir á la

criatura.—Ven acá, tragón. ¿Ve osté lo que yo le icía?—añadió la madre.

Y diciendo esto se había colocado en la falda al mamoncillo, que comenzó de nuevo á llorar, y le había abierto el pañal de muletón, hecho de retazos, para sacarle el metedor, lleno de verdines.

—Lo que es cierto es lo que yo le decía—replicó Pío Cid.—Ese niño está malo.

—Y ¿qué es lo que debo de jacer?—preguntó la madre.

—Póngale usted en el vientre un pedazo de bayeta pajiza y fájelo bien; y no estaría de más que le pusiera también una chapita en el ombligo, que se le sale demasiado. No sé cómo se les cuajan á ustedes las criaturas con el abandono en que las tienen.

—Es que tengo que trabajar too el santo día de Dios—dijo la pobre mujer sacando un pecho y dándoselo al niño para que callara—y no me quea tiempo pa ná. Ya ve su mercé, son cuatro los que tengo, y naide que me dé ni una sé de agua.

—¿Es usted viuda?—le preguntó Pío Cid.

—No, señor—contestó la mujer;—pero tengo el marío en presillo. No por na que eshonre, ¿sabe su mercé? Fué un mal volunto que le dió. La culpa la tienen los malos hombres que Dios premite que haiga en el mundo—agregó en voz más baja, mirando á todos lados, como si temiera que la oyesen.

—Y ¿cuántos años le faltan todavía?—volvió á preguntar Pío Cid.

—Tres años, señor, tres añazos—respondió la mujer.—Ya ve su mercé la injusticia. Sin haber

robao ni matao le sacaron cuatro años y nueve meses, sin contar lo que había estao en la cárcel. De aquí en tres años cumple pa San José.

—¿Qué fué lo que hizo, entonces?—preguntó Pío Cid de nuevo.

—Dicen que quería matar al alcalde. Una caluña que le levantaron—contestó la mujer.

Y luego, para evitar que Pío Cid formara alguna mala idea viendo á aquel rorro, cuyo padre estaba preso hacía más de dos años, añadió:

—¡Más veces he maldecío yo este pueblo! Pero aquí he tenío que venir á la fuerza. Mi marío está en el penal de Belén, y yo he estao jasta hace poco en Graná; pero es lo que pasa..... Ya está osté viendo esta criatura. Y lo que yo le icía á mi marío. ¿Á ónde vamos á ir á parar?.....

—Pero ¿cómo es posible—insistió Pío Cid—que por una simple calumnia hayan condenado á su marido á cinco ó seis años de prisión?

—Pues ahí verá osté—replicó la mujer;—toitico el pueblo eclaró contra mi marío. Lo que fué, fué que mi marío le pegó al alcalde; eso sí, señor; pero que sacara una jerramienta, vamos..... Si mi marío no gastó enjamás ni un clavete.

—Y ¿por qué fué la cuestión?—preguntó Pío Cid.—Sería quizás por política.....

—¡Qué! No, señor—respondió la mujer, mirando de nuevo á todos lados;—fué por culpa mía, y yo tan inocente. Sepa osté que el alcalde pasao era un esmandao, que ésta veo, ésta eseo, y ni mocica ni casá se vía libre con el maldecío del hombre. Yo, aunque paezgo un vejatorio—añadió bajando los ojos con modestia,—y eso que no he

llegao entoavía á los treinta, he tenío mi algo de güen ver, y las mujeres de los probes debíamos ser más feas que pantasmas. Mi marío era un rial mozo, eso sí—dijo la mujer con orgullo;—pero más probe que las ánimas benditas, y yo me casé con él enamorá, y no le faltaría por na del mundo. Pero mi hombre tiene su sangre en el cuerpo y su alma en su almario, y quería que su mujer fuera respetá como la primera.

—Y ¿sigue el alcalde ése en el pueblo?—le preguntó Pío Cid.

—Sí, señor—contestó la mujer.—Ya no es alcalde, pero es juez munincipal, y toos son unos.

—Bien—dijo Pío Cid;—me gusta ver que es usted una mujer honrada y trabajadora, y que sobrelleva su desgracia con resignación. Tome usted esto para que salga de apuros, que, sola y con cuatro retoños, no le faltarán.

Y le alargó un billetillo rojo, que la mujer miraba sin atreverse á tomarlo.

—Si tuviera osté monea suelta.....—le dijo.—Aquí no toman esos papeles, porque dicen que casi toos son falsos.

—Voy á ver—dijo Pío Cid, echándose mano al bolsillo del chaleco y sacando todo el dinero suelto que llevaba.—Uno, dos, tres....., no llega ni á cuatro duros; á ver si viene el hombre que trae los mulos y tiene para completar..... Es extraño que no venga el tío Rentero—añadió por lo bajo.

—Pero ¿cuánto me va osté á dar, güen señor?—preguntó la mujer.

—Voy á cambiarle el billete, que es de cinco duros—contestó Pío Cid.

—Eso es mucho pa mí—replicó la mujer.—Si osté se empeña, lo tomaré. Yo, con cuarenta riales tengo pa pagar el atraso de la casa, y lo otro se lo mandaré á mi marío pa que tenga pa comprar pitillos. Eso es lo que él echa más de menos.

—Pues si usted quiere—dijo Pío Cid,—yo voy á Granada muy pronto, y yo mismo puedo entregarle los tres duros. Tome usted los dos y dígame el nombre de su marido.

—En preguntando por José Gutiérrez, no hay perdia. Pero ¿va osté mismo á ir al presillo?—observó la mujer.—Osté es más güeno que el pan.

—Eso no significa nada, ni hay que darle importancia—replicó Pío Cid marchándose.—Paciencia y buen ánimo es lo que le deseo á usted, y que no deje de ponerle al niño el pedazo de bayeta.

—Vaya su mercé con Dios y con la Virgen de los Desamparaos, y si pa algo me necesita, no tié más que preguntar en el barrio alto por Josefa la güérfana, y too el mundo le dirá dónde vivo.

Volvió Pío Cid pies atrás, y, no muy lejos, halló parados al tío Rentero y al secretario del Ayuntamiento, á quien saludó, aunque no le conocía más que de vista.

—Perdone osté, don Pío—dijo el tío Rentero; —como pensaba osté ir á casa del cura lo primero, me figuré que estaba osté allá.

—Pero ¿va usted á alojarse en casa del cura, como la otra vez?—preguntó el secretario.

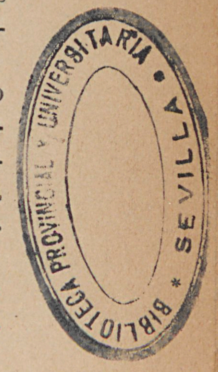
—No, porque como ahora traigo cierto carácter político, no quiero comprometer al bueno de D. Esteban, que no está ni por los blancos ni por los negros.

—No crea usted, no crea usted—dijo el secretario,—que si él pudiera ya resollaría fuerte; pero, en fin....., comprendo la delicadeza de usted....., y como quiera que aquí no hay sitio para que usted se hospede como es debido, yo no puedo hacer más, eso estaba diciendo al tío Frasco, que ofrecerle á usted mi casa como amigo, paisano y correligionario.

—Pero ¿no habrá por ahí un escondrijo donde yo me meta sin incomodar á usted?—preguntó Pío Cid.

—No hay incomodidad; al contrario, honor y satisfacción—respondió el secretario con afectación natural en él.—En materia de hospedaje hay que confesar, aunque sea triste confesarlo, que vamos para atrás, como los cangrejos.

—Entonces—dijo Pío Cid—no quiero hacerme rogar y acepto agradecido. Después de todo será muy breve mi estancia, pues el domingo después de la elección, ó el lunes á más tardar, me marcharé.



—Vamos, pues, si usted quiere, á casa—dijo el secretario,—y después de almorzar le acompañaré para dar una vuelta por el pueblo y empezar á trabajar la partida, aunque tiene usted ya admirablemente preparado el terreno, según tendrá ocasión de ver.

—Mi primera visita ha de ser para el señor cura, con el que estoy en deuda—dijo Pío Cid;—después iremos adonde usted guste.

Fueron, pues, los dos viajeros á casa del secretario, que se llamaba Ramón Barajas y era un farsante de marca mayor. Toda su gloria la cifraba

Barajas en conservar su puesto de secretario con todos los partidos que iban pasando por el Ayuntamiento, ó, como él decía, por el poder; y para conseguir su empeño gastaba tal suma de habilidad política y diplomática, que merecía con justicia que se le considerase como á un verdadero hombre de Estado, bien que sus talentos de estadista los aplicara exclusivamente á mantenerse en la secretaría y á embrollar cada día más los negocios.

Antes de almorzar fué Pío Cid á visitar á don Esteban, el párroco del pueblo. Barajas, que por dirigirle en todo quería darle hasta reglas de etiqueta, le aconsejó que fuera antes á casa del alcalde; pero él no hizo caso de la advertencia, á la que sólo contestó diciendo que tenía una deuda de gratitud con el cura, mientras que á D. Federo, el alcalde, ni siquiera le conocía. Halló al buen párroco sentado de media anqueta en un viejo sillón de cuero, leyendo en un libro antiguo de mucho volumen, abierto sobre una mesa grande, de las de barandillas. Le saludó afectuosamente, diciéndole que no se levantara, y, al acercarse á la mesa, vió que el infolio era la Biblia y que estaba abierta por el libro de Job.

—¿Qué es eso—le preguntó amistosamente,—está usted inspirándose en la vida de este pacientísimo varón para poder sobrellevar los disgustos que le dan estas gentes?

—Ya ni la paciencia de Job basta—contestó el cura,—y los tengo abandonados porque no hay medio de hacer carrera con ellos por ningún lado que se tire. Pero ¿cuándo ha llegado usted? Yo le esperaba desde hace unos días.

—Acabo de llegar ahora mismo—respondió Pío Cid.—El secretario, con quien tropecé en el camino, me ha ofrecido alojamiento, y yo lo he aceptado por no mezclar á usted en mis asuntos, aunque, si no fuera por ellos, hubiera preferido venir á esta casa.

—Ha pensado usted muy cuerdamente—dijo el cura,—porque yo estoy cada día más apartado de las discordias de este desventurado pueblo, que si no terminan, darán al traste con lo poco que queda en pie.

—Pues vea usted lo que son las cosas—replicó Pío Cid riendo;—yo creía que esto iba mejorando por cierto detalle que he notado ahora mismo, y que me ha parecido de buen augurio. He visto al pasar que en la barbería estaban afeitando á la vez dos barberos, y he visto con sorpresa que son los mismos de mi tiempo: el tío Zambomba y el compadre Elías, tales como yo los dejé, como si no hubieran pasado los años por ellos. Sólo que, en mi época, cuando trabajaba el uno tenía que cerrar el otro, y ahora están los dos en el mismo establecimiento, y hasta han puesto colgada á la puerta una bacía que me ha hecho pensar en el famoso yelmo de Mambrino. «Este no es mi Aldamar, pensé; por aquí han soplado vientos de tolerancia, cuando estos dos barberos rivales se avienen á afeitar á la vez.»

—Á desollar al prójimo, debía usted decir—replicó el cura, riendo también.—Porque ahora, como antes, separados y juntos, lo hacen pésimamente. Mire usted lo que yo he tenido que hacer—añadió, sacando de un cajón de la mesa un rollo

de cuero; y desliándolo, mostró á Pío Cid tres navajas de afeitar.—Esto he tenido que hacer para que no me martiricen más estos gañanes; hoy, á Dios gracias, me afeito solo. Únicamente llamo al tío Zambomba para que me repase la corona, y esto durará poco, porque, como ve usted, no me quedan más que cuatro pelos.

—De suerte—dijo Pío Cid,—que estamos como estábamos, ó peor.

—Le diré á usted—respondió el cura:—este alcalde de ahora no es bueno, pero es un santo comparado con el que salió. Aquél era una hechura del período revolucionario, y pudiera decirse que del mismo Satán. En su época se infiltró aquí el virus racionalista, traído en hora menguada por la prensa anticristiana, y de entonces viene el desbarajuste que en todo se nota. ¡Ah!—exclamó el cura, entusiasmado con su perorata.—Usted no sabe en qué abismo nos hallamos hundidos. ¡Ya no hay fe, ni siquiera decoro! ¿Cómo ha de haberlos, si toda esta generación está amamantada con lecturas impías ú obscenas?

—Pero ¿cómo es eso posible—interrumpió Pío Cid,—si aquí casi nadie sabe leer?

—Saben cuando les conviene—contestó el cura, —y si no leen, oyen. Yo he visto con estos ojos que ha de comerse la tierra, libros pornográficos con pinturas asquerosas, cuya vista sola ponía el pelo de punta; y esos libros los compraba y los daba á leer ese mismo alcalde infame; él decía que para ilustrar á sus gobernados; en realidad, con el siniestro designio de desmoralizar al pueblo, de arrojar en él la cizaña más perniciosa, la

de la lujuria, con lo cual convirtió estos lugares en una repugnante letrina. En fin, todo sea por Dios, hoy parece que mejoramos. Este D. Federo es siquiera buen católico y ha tomado á pechos restaurar el fuero de la religión. Porque aquí ya no iba nadie á la iglesia; los hombres por ser hombres, y las mujeres por no malquistarse con sus maridos. Iban algunas pobres viejas, y pare usted de contar. Ahora, este alcalde ha dispuesto que los domingos los escopeteros del pueblo cierren todas las entradas y salidas, para que nadie pueda irse sin haber cumplido antes sus deberes religiosos.

—Y ¿produce efecto ese rigor?—preguntó Pío Cid, á quien le hacía gracia el candor con que D. Esteban celebraba este recurso á la fuerza armada para restaurar el imperio de la fe á escopetazo limpio.

—Le diré á usted—contestó el cura:—hay algunos tan pícaros que se escapan por las bardas de los corrales por burlar á la autoridad; pero la mayoría ha comprendido la razón, y empieza á ir á misa y á oir mis sermones. Esto es todo lo que yo deseo, pues siquiera, escuchándome hay esperanza de que vuelvan al redil que en mal hora abandonaron. Le aseguro á usted, señor D. Pío —añadió el cura haciendo un gesto de dolor al intentar ponerse de pie,—que la misión más penosa que pueda caberle á un hombre en nuestros días, es tener á su cargo la cura de almas.....

—¿Qué es eso?—preguntó Pío Cid, notando el gesto de D. Esteban.—¿Está usted enfermo?

—No es cosa nueva--contestó el cura:—son

unas pícaras hemorroides que no me dejan ni descansar á gusto. También hay aquí la calamidad de que tenemos un médico del año 40, que no atina casi nunca. Á mí me está recetando desde Año Nuevo, y creo que cada día voy peor.

—¿Se figura usted—preguntó Pío Cid—que el año 40 no se sabía curar lo mismo que ahora? Diga usted que el médico no habrá acertado, porque la enfermedad que usted tiene quizás se cura ahora lo mismo que en tiempo de Hipócrates.

—¿Conoce usted alguna receta?—preguntó el cura?

—No es menester receta, puesto que conozco un aforismo muy sabio, que á usted no le será desconocido tampoco; aquel que dice: *Sublata causa, tollitur effectus*. Á mi juicio, las almorranas que usted padece provienen de la vida sedentaria que hace, y desaparecerían si dedicara usted todos los días una ó dos horas á pasear por el campo. ¿No le gusta á usted cazar?

—¿Cómo quiere usted—exclamó el cura—que yo use armas de fuego?

—No hablo yo de la caza con escopeta—replicó Pío Cid.—Hay también la caza de pájaros vivos, con arbolillo; y en lo alto de *Los Castaños* hay un soto que está siempre plagado de verderones y colorines. Con ir y volver ya tiene usted un paseo de dos horas, y no un paseo tonto, sino entretenido, con las peripecias de la caza. Pepillo, el hijo del tío Rogerio, podrá llevarle á usted el arbolillo y las jaulas.

—Pero ¿cómo sabe usted que viene aquí Pepillo?—preguntó el cura.

—Me lo ha dicho su hermana Rosarico, á la que encontré en la Fuente de los Garbanzos—contestó Pío Cid.—Por cierto que me parece que la muchacha esa tiene unos amoríos con cierto sujeto..... Usted estará enterado de la historia.

—En efecto, con uno de los Tomasines. Bastante se ha hablado de eso y no para bien; porque el Tomasín está publicando por ahí á la pobre muchacha, y como él no se case con ella, mal vamos. Hay cierta rivalidad antigua entre los Tomasines y los Rogerios; y como los unos están ahora muy subidos de punto, y los otros á la cuarta pregunta, el padre de Tomasín no consiente en el casamiento; y el hijo, por salirse con la suya, porque quiere á la muchacha, le está quitando el crédito..... ¿Qué le parece á usted? Días pasados le decía yo á ese facineroso: «Pero ven acá, infame, ¿no sabes lo que dice la copla aquella: «¿Para qué »enturbias el agua—que has de venir á beber?» ¿No es innoble, ruin y hasta criminal lo que estás haciendo?» ¡Ah, señor D. Pío, está usted en el pueblo media hora, y ya empieza á ver y á oir; si estuviera medio año saldría huyendo á uña de caballo, y al huir, sin volver la vista atrás, renegaría de esta tierra *per sæcula sæculorum*, amén!

—No haya temor de que esto suceda—dijo Pío Cid,—porque me voy el domingo. Y ahora voy á preguntarle, aunque la pregunta es ociosa, si colocaron la lápida que yo dejé encargada para el panteón de mi familia.

—La trajeron—contestó el cura,—y yo mismo estuve presente cuando la colocaron, como le ofrecí á usted. Ahora mismo, puesto que no está

lejos, vamos á ir, si usted quiere, al campo santo. Así comenzaré á hacer el ejercicio que usted me recomienda.

Se puso D. Esteban su bonete, cogió un paraguas rojo, muy descolorido, que en caso necesario servía también de quitasol, y encargó á la criada que le buscara las llaves del cementerio y se las llevara allá, mientras él y Pío Cid iban de camino, hablando de cosas del pueblo, que si fuera á contarlas todas aquí, no acabaría nunca. Pío Cid se cercioró de que su panteón de familia, que por cierto era el único de Aldamar que mereciera este nombre, estaba muy bien atendido y conservado, por lo que dió gracias á D. Esteban, el cual entonces dió comienzo á una segunda jeremiada, no para llorar los males presentes, sino para deplorar los bienes pasados.

—Yo no alcancé á conocer los tiempos de ustedes—dijo;—pero algo más valía el pueblo cuando los Cides que están en este sepulcro vivían y eran los amos de Aldamar. Todo aquello se disolvió como la sal en el agua, es decir, algo peor; cayó en manos de advenedizos que sólo miran por su medro personal. Sus padres de usted, no trato de inculparles, fueron los primeros que abandonaron sus posesiones para ir á la capital. Le dieron á usted carrera, y usted ¿qué hizo? Desligarse en absoluto de su pueblo y disipar su fortuna, yo no sé cómo. Así ocurre que nadie puede alzar la voz contra las calamidades que nos afligen, porque en este asunto se puede decir también: «Todos en él pusisteis vuestras manos.....» Por cierto—añadió el cura después de una pausa, y sin que Pío Cid

alegara para disculparse ninguna razón de las muchas que podía alegar,—que ya que hablo de su familia de usted, le voy á hacer una pregunta respecto de su linaje. Yo soy aficionado á sacar genealogías, y he compuesto desde su origen la de ustedes, que se remonta al siglo XVI ó comienzos del XVII, en que se estableció en Aldamar el primer Cid, que era burgalés de nacimiento y de pura estirpe castellana. Todos los descendientes de este Cid nacieron en este pueblo, excepto usted, que nació en Granada, y que, por lo que veo, va á ser el último de su casta. Es decir, aunque dejara hijos lo sería, porque el apellido Cid lo lleva usted ya en segundo lugar, y se perdería al pasar á su descendencia. Pero voy á mi pregunta. Así como por parte de madre conozco el árbol genealógico de usted, por parte de padre no he podido averiguar gran cosa, porque su padre se estableció aquí después de casado. Según aparece de los registros, era natural de Adra.....

—Yo no sé gran cosa de mi progenie—contestó Pío Cid.—La tradición esa de los Cides sí la conocía, y respecto de mi padre, sólo sé que, aunque nació en Adra, era levantino de origen. Esto es seguro, porque la fortuna de mi padre procedía de un hermano suyo, que murió sin hijos, dejándole por único heredero de un gran capital, invertido casi todo en un negocio considerable de exportación de vinos en Alicante. Mi padre siguió algún tiempo el negocio, valiéndose de administradores, y, por último, lo liquidó de mala manera antes que se lo echaran por completo á perder. No creo que si entrara usted en investigacio-

nes descubriera muchos pergaminos en mi rama paterna; estoy más bien por pensar que fueron gente pobre, pues mi padre, antes de casarse, era maestro bodeguero, y sabía llenar de vino una bodega con sólo que le pusieran agua á mano y le dejaran mezclar polvos y tinturas, que él mismo preparaba como si fuera químico de profesión. Esto no quita para que fuera un caballero perfecto, como lo probó cuando le vino la herencia. En menos que tardo yo en decirlo se transformó como gusano que se cambia en mariposa, y del bodeguero listo y de ancha conciencia salió un señorón en el que no había medio de descubrir la hilaza, y un hombre de bien á carta cabal. Claro está que en materia de finura nunca le llegó á mi madre al tobillo; pero con sólo que mi madre consintiera en casarse con él, está dicho que mi padre era un hombre de mérito. Esto es todo lo que le puedo decir de mi linaje.

—Le doy á usted las gracias por sus informes—dijo el cura.—Usted no sabe el interés que tienen para mí estos estudios, que á otros les parecen cosa de pasatiempo. Es curiosísimo averiguar, como yo he averiguado, el origen de muchos apellidos de esta comarca, casi todos los cuales proceden de Castilla y de Galicia. Así, por ejemplo, mi apellido, que es Chiroza, viene de un Quiroga, gallego. Vea usted qué cambios ortográficos tan caprichosos. Yo he encontrado Quirugas, Chirugas, Quirozas y Chirozas, y todos, todos no son más que variantes del apellido originario, adulterado por la mala pronunciación de la gente del pueblo. Le repito á usted que es interesantísimo el estudio de las genealogías.

De vuelta á casa del cura, despidióse de él Pío Cid, y se fué á visitar á los Tomasines, que eran hijos y nietos del Tomasín primitivo, capataz de *Los Castaños* en tiempo de los Cides; no tardó en averiguar que el difamador de Rosarico era hijo de Blas Tomasín, é inmediatamente formó propósito de emplear su influencia en beneficio de la buena muchacha. Pío Cid conocía muy bien el terreno que pisaba, y le bastó cruzar algunas palabras con Rosarico para comprender que la criatura estaba enamorada, y más aún que enamorada, gravemente comprometida.

—Si hubiera sólo un pique amoroso—pensó Pío Cid,—Rosarico hubiera entrado conmigo en el pueblo por darle cantaleta á su novio; esto lo sabe hacer hasta la mozuela más ramplona y palurda. Cuando temió que la vieran es que él es el que manda, y un hombre sólo manda cuando la mujer ha perdido los estribos. Así, pues, las difamaciones del Tomasín debían tener más de verdad que de mentira, y si no se apresuraba la boda, corría Rosarico grave riesgo de salir luego con un sietemesino.

Esta negociación matrimonial, que para otro sería asunto despreciable é indigno de fijar en él la atención, era para Pío Cid más importante que su elección; porque le había gustado ver á Rosarico venir á buscar agua para que sus padres ancianos pudieran roer los garbancejos.

—Aquí no hay más que un arreglo—se decía Pío Cid:—para que Blas Tomasín ceda hay que cegarle por el interés, porque otro lenguaje sería música celestial. Á mí no me quedan ya más que

unos cincuenta duros, y si abro la mano voy á tener que volver á Madrid de limosna; pero por algo se dice que donde mucho hubo, algo queda; ahora recuerdo que, cuando vine la vez anterior, el registrador me habló de la compra de los censos que mi familia tenía. Yo entonces no le hice caso, y los dichosos censos me van á prestar hoy un brillante servicio.

Esto que decía Pío Cid era verdad, pues, según parece, D.ª Concha, que consintió en venderlo todo, no quiso enajenar los censos, porque le había oído decir á su madre que era lo único que restaba del antiguo señorío que los Cides ejercían sobre Aldamar, y que había que conservarlos eternamente, si era posible, aunque no se cobrara, como no se cobraba, el canon anual. Hay que advertir que, aunque los censos eran más de cien, muchos se habían trasconejado en los registros, y los que quedaban eran el que más de catorce reales al año, y algunos consistían sólo en una gallina. Pero aunque la renta fuera de un millón de reales, Pío Cid la hubiera regalado: tal era el despego que tenía á la propiedad; y aunque la renta fuera de unos cuantos ochavos, los Tomasines la aceptarían con júbilo por el prestigio señorial que á ella iba anejo. No se anduvo Pío Cid con medias palabras, sino que al ver á Blas Tomasín y á su hijo, á los que tuvieron que ir á buscar al campo para que vinieran á hablar con su amo antiguo, les estrechó las manos muy campechanamente y les dijo de buenas á primeras:

—Estoy muy disgustado con vosotros, en particular con este mozuelo, porque no he hecho más

que llegar, y ya me he enterado de que anda por ahí poniendo por los suelos á una muchacha muy decente, y á la que debíais tener más consideración, siquiera por ser hija de un buen hombre, que ha pasado casi toda su vida en el cortijo con todos vosotros. Esto es indigno; y como yo no tolero que se cometan indignidades donde yo estoy, he decidido, y lo haré sin demora, regalarle á Rosarico los censos que tengo aquí perdidos, y que representan al año un puñado de duros. Ya verás tú cuando se sepa si acuden como moscas los golosos. Así los habrá—agregó Pío Cid, juntando las yemas de los dedos, y uniéndolas y separándolas muchas veces con gran presteza,—así los habrá, y tú te vas á quedar con tres palmos de narices. No me extraña—prosiguió con indignación aparente, puesto que sabía que la causa estaba ganada—que tu hijo le dé como le da á la sin hueso, porque todos los Tomasines habéis sido siempre muy largos de lengua, y «de casta le viene al galgo el ser rabilargo»; pero al fin, tu hijo es todavía una criatura sin reflexión, y tú eres el que debías corregirle, y si no lo haces eres peor que él. Quizás te extrañará que yo me tome tanto calor por lo que no me va ni me viene; pero me va en ello más de lo que os podéis figurar, y punto redondo. Conque pongamos las cartas boca arriba; yo no he dicho todavía á nadie mi pensamiento; si este caballerete se casa con la Rosarico, ya sabéis cuál es mi regalo de boda; así, nadie tiene que decir que el matrimonio ha sido por interés; si no, yo haré lo que me parezca, sin dar más explicaciones.

—Don Pío, me ha dejao osté atortolao—dijo

Blas Tomasín.—Bien sabe Dios que lo que yo siento más en el mundo es que osté reniegue de nosotros, y la verdad, me ha dejao osté jecho un pan. Empués de tanto tiempo sin verlo, que tenga yo que oir lo que oigo..... Vamos—exclamó encarándose con su hijo,—quítate de elante, bandío, que maldigo jasta la hora en que te dí el sér que tienes. Yo le juro á osté, D. Pío, por estas cruces de Dios, que no sé ná de esas jablaurías, naíca, se lo juro cien veces pares.

—No hay que echar maldiciones—dijo Pío Cid, —porque algunas veces alcanzan. Lo que hay que hacer es reparar el mal que se ha hecho; y cuando un hombre le quita el crédito á una mujer, debe casarse con ella: si es verdad, por ser verdad, y si es mentira, con mayor razón.

—¿Qué dices tú á esto?—preguntó Tomasín á su hijo.—Habla, hombre, que paeces una lechuza con esa cara tan espantá.

El muchacho no contestó nada, porque no quería descubrir la comedia de su padre, que era el que se había opuesto á sus relaciones con la hija del tío Rogerio y el que le había lanzado en el camino de las difamaciones, medio que suele producir buenos resultados para arreglar bodas imposibles.

—Yo le conozco en la cara—dijo Pío Cid— que está arrepentido de su mala acción, y que si le dejan se casará con Rosarico sin replicar.

—Yo por mí—añadió el padre,—jago lo mesmo que Pilatos. Los hijos han de casarse á su gusto, para que, si les sale mal, se aguanten y no vengan luego con dolamas.

—Pues entonces no hay más que dar un sí ó un no—dijo Pío Cid, dirigiéndose al Tomasinillo;—contesta de una vez, y sepa yo á qué atenerme.

—Yo—contestó el muchacho—no tengo más voluntá que la de osté; y si osté me dice que me tire por un tajo de cabeza, me tiro, y cruz y luz.

—No se trata de mi voluntad, sino de la tuya—replicó Pío Cid;—y yo no te digo que te tires por un tajo, sino que te cases con una mujer que ha sido tu novia y que cuando lo fué sería porque te gustaba.

—Me gustaba y me gusta, sí, señor—dijo el muchacho,—y me casaré con ella manque sea para ir á pedir limosna.

—Pues estamos hablando en tonto—concluyó Pío Cid,—porque todos estamos de acuerdo. Y lo que yo saco en limpio es que tú has hablado mal de tu novia por vengarte de algo que ella te habrá hecho, y que, aunque yo no hubiera metido mano en el asunto, tu fin era casarte con la Rogerilla. Lo único que has ganado es que ahora te vas á encontrar con una ganga que no esperabas; casi estaba por volverme atrás para castigar tus habladurías; pero no, la promesa se cumple, y sin comerlo ni beberlo te alzas con los censos y me heredas sin morirme. Tú debes haber nacido de pies.

Así terminó la notable entrevista, y Pío Cid se fué á casa de los Rogerios pasando antes por la del secretario, para que el tío Rentero le acompañase. Entretanto, Blas Tomasín ponía á su mujer al corriente de lo ocurrido, aunque ésta estaba ya en autos, pues no había dejado de entrar y salir

con diversos pretextos, y al refilón había cogido gran parte del coloquio. Y cuentan las crónicas que la mujer de Blas era tan mal pensada, que lo primero que le dijo á su marido fué:

—Esto te servirá pa que veas que yo no me mamo el deo, y que cuando yo te decía que entre el señorito y la Roqueta hubo lo que hubo.....

—No digas esatinos, mujer—interrumpió Blas; —si la Roqueta andaba ya por los cuarenta cuando el señorito escomenzó á mocear.

—Antes ú empués, fué siempre el señorito un tuno—replicó la Tomasina,—y perdía el sentido en cuanto que vía unas naguas. Yo no quieo que por mí paezga nadie, pero la Roqueta era de las de mátalas callando. ¿Por qué si no, vamos á ver, iba D. Pío á regalar, así porque sí, la única propieá que le quea? Si le tira la hija es porque le tiró la madre, y no pondría yo las manos en el fuego porque la Rosarico no sea ¿quién sabe? hija.....

—¡Jesú, María y José!—exclamó Blas;—calla esa boca, que hay días que paeces un escorpión.

—Yo lo que digo—insistió la Tomasina,—es que la Rosarico es la más fina de su casa, y que el aire suyo es de señorío, que á los Rogerios no hay por dónde les venga.

—Mujer, no icías eso enantes—reflexionó Blas, —que no querías que tu hijo se casara porque la Rosarico era mu bestia.

—Como que no la han educao—replicó la Tomasina;—pero eso ¿que tié que ver con la fisonomía de la cara?

—Pus yo te digo—sentenció Blas para concluir la conversación—que sería mucha honra empa-

rentar con los Cíes, pero que la Roqueta ha sío siempre una mujer honrá, y que lo que tú dices son figuraciones.

Al mismo tiempo que los padres tenían estas razones, el hijo corría como un gamo á casa de los Rogerios. Vió á la puerta á la tía Roqueta, y rodeó un poco para entrar por la espalda de la casa, saltando un salve de saúcos que servía de cerca al corral. Allí encontró á Rosarico tendiendo unos trapos, y se abrazó á ella, diciéndole con el poco aliento que le quedaba:

—Ya eres mi mujer, Rosarico. Ahora sí que va de veras.

—Tú estás loco—exclamó ella, desasiéndose asustada.

—Lo que estoy—contestó Tomasín,—es que la alegría no me cabe en el cuerpo. No pienses que vengo trastornao. Ha sío cosa de D. Pío, el hijo de los amos, que ha convencío á mi padre; y además nus regala los censos del pueblo pa los dos.

—Vaya, que me dejas pasmá—dijo Rosarico. —Ese señor me ha traío hoy en su mulo dende la fuente, y tié cara de ser un santo. Pero ¿cómo se ha enterao?

—Se ha enterao—contestó Tomasín,—y le ha echao á mi padre un sermón, que quisiera que hubiás estao allí, detrás de la puerta.

—Tu padre es un avaricioso—dijo Rosarico— y habrá consentío por los intereses. Y á ti no debía yo quererte ahora, y debía escupirte á la cara por las perrerías que me has hecho.

—Yo lo hacía pa que nus casaran. No me guardes rancuña.

—Toos los hombres sois unos pillos—insistió Rosarico,—y tú no te queas atrás.

—Güeno, mujer—dijo Tomasín,—vamos á contárselo á tu madre, y pelillos á la mar.

La vieja Roqueta oyó la noticia haciéndose cruces, porque cuando supo por su hija la llegada de Pío Cid, pensó ir á hablar con él y contarle lo que ocurría, para que tomara cartas en el asunto y obligase al Tomasín á tapar la falta antes que se descubriera más y no hubiera medio de cerrarles la boca á las gentes.

—No hay dúa—dijo la vieja—que el señorito Pío tiene alguien que le sopla too lo que pasa, porque esto paece cosa de brujería. ¡Quién había de pensar la cabeza que ha sacao! Yo le dí veces cuando su madre lo criaba, y de chico paecía un tontorrón.

No tardó en presentarse Pío Cid, y tanto él como el tío Rentero, fueron agasajados como príncipes. La tía Roqueta le hablaba de tú por tú, porque ya no podía acostumbrarse á llamarle de usted, aunque le imponía la estatura y la larga barba del que ella había visto en pañales. En cuanto á la Rosarico, aunque ella no lo decía y procuraba parecer serena, lo cierto es que no podía mirar á Pío Cid sin echarse á temblar, no de miedo, sino de algo que andaba muy cerca de la veneración. Hasta bien entrada la noche estuvo Pío Cid con aquella pobre familia, porque quiso esperar á que todos fuesen llegando, para conocerlos á todos y echar un párrafo con el tío Rogerio, con quien en su juventud había hecho más de un viaje desde Aldamar á Granada. También vino

por la noche Blas Tomasín y su mujer, y allí quedó concertada la boda y que desde el primer domingo empezaran á correr las amonestaciones. Pío Cid encargó que le avisaran al notario, que aunque lo era de Aldamar vivía en Seronete por haberse casado allí con una ricacha, para otorgar al día siguiente la escritura de los censos, y el tío Rentero, que deseaba ver á su hija Polonia, se prestó á desempeñar la comisión.

Esta liberalidad de Pío Cid le fué provechosa, porque en los breves momentos que habló con el notario se captó sus simpatías y le interesó, sin pretenderlo, en la contienda electoral. Según dijo D. Félix, que así se llamaba el Notario, D. Críspulo, el cura de La Rabiola, había metido el cisma en Seronete haciendo propaganda á favor de Pío Cid, y al marcharse había dejado como jefe de los anticañaveralistas á D. Cecilio Ciruela, maestro del pueblo, el cual estaba mal con las autoridades porque no cobraba el sueldo hacía una infinidad de años. Don Félix no era tampoco muy amigo de D. Carlos, y prometió espontáneamente votar él, con todos sus amigos y dependientes, á favor de Pío Cid, aunque éste le dijo que no le gustaba encizañar á las gentes, y que así como le parecía muy mal que D. Carlos estuviese en Aldamar repartiendo dinero y haciendo promesas imposibles, no le parecía bien ir él al pueblo de su adversario á hacer trabajos de zapa. Bien que estuviera distraído en sus asuntos particulares, no dejaba de notar los manejos de sus contrarios, ni que éstos estaban favorecidos abiertamente por el alcalde, y solapadamente por el secretario, que se

vendía como amigo de Pío Cid. Pero no se inquietó por ello, porque sabía que sólo le faltaban siete votos, y éstos los hallaría él al volver de una esquina. Ramón Barajas, por cubrir el papel, le hacía algunas reflexiones acerca de las funestas consecuencias que podía acarrearle su abandono.

—La elección se aproxima—le dijo—y hay que moverse. Hay que reunir á los electores y pronunciarles un discurso..... Yo le daré á usted la pauta, no porque usted la necesite, sino para que sepa cuáles son las aspiraciones del pueblo..... El barrio alto quiere que le pongan un estanco para no ser menos.....

—Voto en contra del estanco—interrumpió Pío Cid.—El fumar es un vicio tonto que no conviene prohibirlo, ni tampoco fomentarlo. Hasta ahora nadie se habrá quedado sin fumar porque haya un solo estanco; si se ponen dos, se fumará más, y más dinero se irá en humo.

—¿Y los caminos?—preguntó Barajas torciendo el gesto.—En una región eminentemente agrícola....

—En una región eminentemente agrícola—interrumpió Pío Cid,—lo que hace falta es trabajar eminentemente en el campo, y no intrigar, que es lo que usted hace.

—Don Pío, ¡por Dios!—exclamó Barajas.

—¿Cree usted—prosiguió Pío Cid—que yo he venido á Aldamar para que usted juegue conmigo? Sepa usted que la elección la ha hecho ya quien puede, y que no tengo necesidad de usted. Sepa usted que estoy enterado de que el alcalde, á quien no he visto ni quiero ver, está de acuerdo con los

Cañaverales, porque D. Carlos le ha ofrecido traerle de Madrid un sombrero para su hija, para que vaya á Granada estas fiestas del Corpus.

—Eso es verdad—interrumpió Barajas,—y es cierto también, y usted quizás no lo sepa, que le ha ofrecido, además del sombrerillo, un cinto de siete hebillas, igual que otro que D. Carlos tiene, y que dice que lo compró en Madrid en la calle de Preciados. Ya ve usted si yo estoy al corriente de todo, y este detalle del cinto es quizás lo que más ha decidido á D. Federo, porque está disgustado de tener un buche que hasta le molesta para andar.

—Pues razón de más—dijo Pío Cid—para que yo no quiera verle; porque no me gustan los hombres buchones.

—¿Y el juez municipal?—preguntó Barajas.—Ése está por usted y ha venido dos veces á buscarle.

—Ése es un mal sujeto—contestó Pío Cid,—y se me ha puesto no recibirle. Y, en resumidas cuentas, le he dicho á usted, y le repito, que la elección está ya hecha y que no necesito de ustedes.

—No son esas mis noticias—dijo el socarrón de Barajas.—Yo creía que le faltaban á usted algunos votos y que la elección se ha de decidir aquí... porque con Seronete no hay que contar para nada.

—Y ¿cree usted—preguntó Pío Cid—que los contados votos que me faltan no los tengo yo seguros sin salir de la familia de los Tomasines, que es más larga que una soga? Y aunque por sus trapacerías de usted no obtuviera yo aquí ni un

voto, ¿no es mucho hablar eso de que con Seronete no hay que contar para nada? ¿Cree usted ser el único trapalón que hay en España, y que Aldamar tiene el privilegio de las miserables envidias contra sus propios hijos? Lo mismo que ustedes me harán á mí una trastada por ser yo de aquí, en Seronete se la harán á Cañaveral por ser él de allí. Lo natural sería que los pueblos apoyasen á sus hijos, y no á los del vecino; pero quiere decir que si apoyan á los del vecino y no á los suyos, como todos caen en la misma falta, lo que se pierde por un lado se gana por otro, y no hay por qué lamentarse. Para terminar, amigo Barajas, porque este tema me incomoda: yo sé que usted hace á dos caras, y le comunico, para que luego no le coja de nuevas, que si gano la elección le quito á usted la secretaría. Al alcalde no le haré nada á pesar del buche, porque siquiera es franco y me hace la guerra á cara descubierta; pero á usted le quito la secretaría, y si no, al tiempo.

Con estas amenazas estaba el secretario que no le llegaba la camisa al cuerpo; pero su amor á la intriga era tal, que no se decidió á jugar limpio. Seguía de acuerdo con Cañaveral, y la noche antes de la elección quiso hacer ver que echaba el resto por Pío Cid, y reunió en su casa á los amigos de éste para obsequiarles con un gran convite, en que hubo vino y aguardiente en abundancia. Para amenizar la fiesta, aparte el discurso que él había preparado,quiso que hubiera intermedio cómico, y trajo al tonto Almecina, que era la figura más popular del pueblo y servía de instrumento de diversión al grupo espiritista, de que era presidente

el mismo Barajas, aunque, á decir verdad, ninguno de los agrupados sabía ni jota de espiritismo.

El tonto Almecina era una infeliz criatura de cerca de veinte años, que apenas representaba ocho ó diez de puro miserable y revejido que estaba; era cojo y manco, medio ciego y medio sordo y algo tartamudo; su familia lo había abandonado, y él andaba rodando por las calles haciendo reir con sus bobadas, á cambio de las que recogía de sobra para comer; su única habilidad consistía en roer almecinas y tirar los huesos con un canuto de caña con tal tino, que, aunque no tenía más que un ojo medio chuchurrido, donde ponía el ojo ponía el proyectil; de donde le vino el sobrenombre que tenía. Otro de los motivos de su popularidad, además de su desgracia, era la broma que los espiritistas habían hecho correr, asegurando que Almecina era ni más ni menos que Felipe II. Barajas creía en la metempsicosis, y decía que el alma de Felipe II había transmigrado al cuerpo de aquel niño tonto y lisiado, para purgar en la tierra el mucho mal que había hecho la primera vez que en ella vivió y reinó. Sin duda le daba el corazón que en tiempo de Felipe II él no hubiera podido ser secretario, y de aquí la inquina que le tenía á aquel templado Monarca.

Vino, pues, el tonto Almecina, y Pío Cid, que no sabía nada de él, le sentó en una silla á su lado, y le preguntó que cómo se llamaba.

—Me lla..... lla..... llamo Allll..... me..... me..... mecina.

—Ese es un apodo—dijo Pío Cid.—Te pregunto el nombre y el apellido.

—No lo..... lo..... lo sé—tartamudeó el tonto.

—Dichoso tú—dijo Pío Cid—que no sabes siquiera cómo te llamas. Y ¿qué es lo que tú haces? ¿Qué eres?

—Yo.... yo..... yo.....—tartamudeó el tonto—soooy Fe..... Fe..... Fe..... lipe se..... se..... segundo.

—Y ¿cómo sabes eso?—preguntó Pío Cid.

—Porque lo..... lo..... lo icen—contestó el tonto.

—Por lo visto, á ti te han tomado como cosa de juego—dijo Pío Cid.—Bien podían enseñarte algo, que tú no eres tan tonto como pareces. Vamos á ver, ¿quién es el hombre más pillo de Aldamar?

—Don..... Don..... Don Ramón—repiqueteó el tonto entre las carcajadas de la concurrencia.

Barajas rió también, pero estaba más corrido que una mona, y más cuando Pío Cid se levantó diciendo:

—Me voy á dormir, porque no me gusta divertirme á costa de la infelicidad.

Y, en efecto, se retiró, y cuando subió á su cuarto le dió al tío Rentero una camisa y unos calzoncillos para que mudaran de ropa al tonto, que estaba para que lo cogieran con tenazas.

No tardó en disolverse la asamblea alcohólico-electoral, y entonces salió Barajas á avistarse con el bando contrario. Era cosa decidida que no hubiera elección legal; de haberla, aunque Pío Cid se dedicara á insultar á los electores, habría siempre muchos que votaran por él, porque era hombre de esos que tienen buena sombra.

Barajas propuso el medio hábil para triunfar, que era avanzar tres horas el reloj de las Casas

Consistoriales, reunirse á las seis ó antes los amigos de confianza y volcar el puchero, es decir, poner todos los votos presentes y ausentes á favor de Cañaveral. Para que no hubiera duda respecto á la hora, propuso asimismo Barajas una señal segura. Francolín, el hermano de Rosarico, era porquero del pueblo, y recogía todas las mañanas los cerdos para llevarlos al monte mediante una cantidad módica, que era de quince cuartos por cabeza al mes. Antes que rayara el alba salía tocando su bocina por las calles del pueblo, á cuya señal los vecinos daban suelta al ganado. Barajas ideó que el toque de bocina sirviera aquel domingo para convocar á los conjurados, y el pobre Francolín prestó inocentemente un buen servicio á los enemigos del protector de su hermana, por el cual decía él que si tuviera voto votaría cuarenta veces seguidas, aunque tuvieran los marranos que quedarse en el pueblo. Todo salió á pedir de boca, y no eran aún las seis cuando ya estaba muñida la elección, en la que todo el pueblo había votado por D. Carlos, excepto Barajas, que se abstuvo por prudencia inocente. Sin embargo, Pío Cid lo supo todo porque se levantó muy temprano, y al notar cierto movimiento de gente, se asomó á la plaza y vió el reloj que apuntaba cerca de las ocho cuando apenas se veían los dedos de la mano. Volvió á su casa, esto es, á la del secretario, pues por no gustarle las novelerías no había querido cambiar, aunque iba á comer á casa de sus conocidos. Se entretuvo en redactar la receta que había venido elaborando aquellos días, y que en aquel momento le salió de

un tirón, y al punto de terminarla oyó que el tío Rentero llamaba á la puerta del cuarto.

—Adelante—dijo;—está abierto.

—Señor D. Pío—exclamó entrando el tío Rentero,—¿sabe su mercé que me paece que nus la han pegao?

—A buena hora se desayuna usted—dijo Pío Cid.—A las seis estaba ya hecho el amasijo.

—¡Y osté se quea tan fresco!—gritó el tío Rentero.

—Espere usted á que vengan noticias de Seronete, y entonces hablaremos—dijo Pío Cid.—Ahora váyase usted á pasear, que creo que sube el secretario.

—Don Pío—entró diciendo éste,—aquí se ha cometido con nosotros un atropello, porque de otro modo no me explico lo que pasa. Pero ¿qué es eso?—preguntó mirando los papeles que Pío Cid tenía sobre la mesa, para ver si era algún escrito relacionado con la elección.

—No es nada—dijo Pío Cid, recogiendo los papeles;—es una comunicación al Observatorio astronómico para que vea qué ocurre en este desgraciado país, porque no comprendo cómo daban las ocho en el reloj del pueblo mucho antes de que saliera el sol. Algún cataclismo nos amenaza, y bueno es vivir prevenidos.

—Es que hoy está nublado—dijo Barajas, que no las tenía todas consigo.

—Está raso como un pandero—dijo Pío Cid,—y el nublado es usted. Si no fuera por consideración á que estoy en su casa, le tiraba por la ventana de un puntapié.

—Yo le juro á usted—dijo Barajas—que no he intervenido en la elección, y si aparece mi voto en ella, que me corten el cuello.

—Hemos terminado la conversación—dijo Pío Cid.—Cuando sepamos lo que ha pasado en Seronete, hablaremos.

A eso de medio día llegó un propio enviado por D. Félix con una carta para Pío Cid, en la que el notario le daba cuenta de la elección en estos términos casi telegráficos:

«Muy señor mío y muy distinguido amigo: Apenas terminada la elección le envío estas líneas, escritas á la ligera para decirle que de los 60 votos del censo, 27 han votado por usted y el resto por Cañaveral. La elección, intervenida por mí, perfectamente legal, y D. Cecilio se ha portado brillantemente. Celebraré haber contribuído á su triunfo y que honre con su visita á su amigo afectísimo y servidor, q. b. s. m.,—*Félix Caro y Fernández.*»

Pío Cid dió la carta al secretario, que estaba presente y se la comía con los ojos, y al dársela le dijo:

—Aunque rebaje usted veinte votos, me quedan bastantes para que usted se quede sin la secretaría.

Barajas devoró el mensaje, lo dejó caer de las manos, comenzaron á flaquearle las piernas, y, por último, cayó de rodillas, diciendo:

—Señor D. Pío, usted es un hombre de corazón y no puede ensañarse en un infeliz que no le ha hecho ningún mal.

—Yo tengo el corazón más duro que una pie-

dra cuando quiero—dijo Pío Cid,—y no me ablandará usted aunque llorara más que Jeremías. No es que me ensañe con usted. Esto lo hago yo con la misma indiferencia con que me comería unos huevos fritos. Lo que quiero es castigarle á usted, y le castigaré.

—¡Me va usted á quitar el pan de mis hijos!—imploró Barajas más pálido que un muerto.

—Trabaje usted en el campo, que buenos brazos tiene. La región es eminentemente agrícola. Usted no tiene ambición ni se dejaría sobornar por dinero, le reconozco esta virtud; pero con usted no valen ni advertencias, ni consejos, ni sermones, porque está enviciado en esos trapaleos, que le engordan más que el comer; usted no aspira más que á ser secretario y hacer ver su influencia por medio de sus manejos ocultos. Yo le he conocido á usted el punto sensible, y en ese le voy á herir para curarle radicalmente. Le veo á usted como á una zorra que se ha cogido el rabo en una trampa, y en vez de compadecerme me dan ganas de pegarle cuatro palos. Levántese usted y no se humille más, porque cuanto haga es inútil.

Dicho esto, Pío Cid se volvió al mozo de don Félix y le dijo:

—Tome usted ese duro por el recado, y dígale á su amo que muchas gracias, y que ya voy para allá.

Luego le encargó al tío Rentero que aparejara los mulos y que le esperara á la entrada del camino de Seronete, á la sombra de las tapias del cementerio, adonde él iría después de despedirse de sus amigos.

Poco antes de dejar Pío Cid la casa de Barajas, dicen que se le presentó la mujer de éste, la cual estaba embarazada con la barriga hasta la boca, y gimoteando se hincó de rodillas, con las manos cruzadas, sin acertar á decir ni una palabra.

Pío Cid la levantó y se la llevó á lo más hondo del aposento, y en voz baja le dijo:

—No se sofoque usted, buena mujer, que todo lo que le he dicho á su marido ha sido para meterle miedo á ver si se mejora. Bastara que yo hubiese dormido una noche bajo el mismo techo que ustedes para que, aunque fuesen bandoleros, me guardase de hacerles ningún daño. Pero á fin de que la píldora surta el efecto apetecido júreme usted, por lo que lleva en el vientre, que hasta pasados cinco días no ha de decir á su esposo esto que yo le estoy diciendo.

—Yo se lo juro á usted—dijo la pobre secretaria sin hacérselo repetir.

—Creo en su juramento—dijo Pío Cid,—y ahora sólo me resta encargarle que aconseje bien á su marido, porque lo que hoy es broma pudiera ser veras más adelante si él sigue con sus mañas.

No se sabe si el juramento fué cumplido, aunque se cree que no se había apartado Pio Cid cien pasos de Aldamar cuando Barajas estaba en el secreto, porque la mujer no tuvo alma para verle sufrir las torturas que el desdichado sufría pensando en la hora fatídica en que la palabra *cese* sonaría en sus oídos como las trompetas de Jericó. También hay quien afirma que no es cierto que se presentase á Pío Cid la mujer del secreta-

rio, ni siquiera que estuviese preñada á la sazón, aunque solía estarlo con frecuencia, sino que al llegar Pío Cid á Seronete, el notario, que sabía lo ocurrido porque su criado se lo refirió, le dijo que no debía ser tan duro con el pobre Barajas; entonces fué cuando Pío Cid descubrió que su idea había sido sólo hacer pasar un mal rato á aquel tunante, pero que nunca le quitaría el puesto, porque cualquiera otro que le sucediera sería peor que él, pues la maldad no estaba en Barajas, sino en el país, que cría naturalmente hombres de ingenio fértil, que, faltos de cultura y de buena dirección, se desahogan en las pequeñas intrigas de campanario. Y se dice también que D. Félix envió otro mensaje á Barajas diciéndole que había influído para que Pío Cid desistiera de sus ideas de venganza, y que la secretaría no corría peligro; con lo cual Barajas, agradecido, resolvió al vuelo un expediente que D. Félix había formado para quedarse con ciertos terrenos de realengo que lindaban con otros de su propiedad. Así don Félix no perdió sus trabajos electorales, y Aldamar salió ganancioso, porque aquellos terrenos, antes baldíos, fueron metidos en labor por el nuevo propietario. Sea cual fuere la versión que se acepte, lo cierto fué que, después de despedirse de sus amigos, sin permitir que ninguno le acompañara, se encaminó Pío Cid al sitio convenido con el tío Rentero. Antes de emprender el viaje quiso ver por última vez su panteón familiar; y como no era cosa de ir á buscar las llaves, saltó por encima de las tapias del cementerio con tal destreza, que ni siquiera tocó en el caballete. Estuvo un

rato viendo el sepulcro, y no rezó ni se entristeció, y sólo se le ocurrió pensar:

—Cuando yo vuelva á este pueblo no seré yo el que venga, sino que me traerán muerto para enterrarme.

Luego volvió á saltar la tapia, se montó en su mulo y echó á andar, mientras decía el tío Rentero:

—Salta su mercé lo mesmo que un tigre.

—¿Usted sabe lo que es un tigre?—preguntó Pío Cid.

—No los he visto—contestó el tío Rentero;—pero me se esfigura que son unas alimañas de las que tienen más juerza.

El camino de Seronete cruzaba lo menos una legua por medio del inmenso cortijo de *Los Castaños*. Pío Cid pasaba por allí como si no conociera el terreno, y el tío Rentero, que lo notó, no pudo contenerse, y después de tragarse la palabra varias veces la soltó al fin y, limpiandose los ojos llorones con el pañuelo rameado que para este uso llevaba, dijo:

—¡Válgame Dios, D. Pío, que debe su mercé de tener el corazón de piedra mármol cuando pasa por estos sitios sin que le jaga mella el verlos! Yo no he sío el propetario, y estuve aquí antiyer en lo alto de aquella loma, y cuando vía toa esta dixtensión de terreno, y too de la mejor caliá, cuasi se me enrasaron los ojos en agua. Yo no sé cómo premite Su Divina Majestá que estas fincas salgan de manos de las güenas familias pa que las arrecojan cuatro agoniosos, que no son encapaces de jacer una virtú á naide.

—Todo tiene su fin en esta vida, y lo que parece malo es mejor á veces que lo bueno—dijo Pío Cid.—Antes había quien usaba humanamente de la propiedad; ahora llegan los que la desacreditan; más tarde vendrá quien la suprima.

—No he comprendío á su mercé—dijo el tío Rentero.

—He dicho que la sociedad, sin saber lo que hace, trabaja para destruir la propiedad, porque para destruir una cosa hay primero que desacreditarla. Hoy la propiedad se va concentrando en manos de ciertos bribones, que pretenden sacar de ella más de lo debido; y este mal traerá algún día un bien, que será que no quede un propietario para un remedio.

—Pero ¿cree osté, D. Pío—preguntó el tío Rentero asustado,—que se pué vivir sin propieá?

—¿Cómo que si se puede?—dijo Pío Cid.—Pues ¿yo no vivo sin propiedades, y me va divinamente? Y usted, ¿qué propiedad tiene? ¿No vive usted de su trabajo?

—Eso es verdá—dijo el tío Rentero.

—Su huerta de usted—continuó Pío Cid—mantiene á dos familias: á ustedes, que trabajan, y al amo, que cobra la renta sin trabajar. Supongamos que la huerta es de la ciudad y que ésta cobra la renta. Su amo de usted tendría que trabajar para vivir, con lo que nadie perdería nada, y la ciudad tendría ese dinero y mucho más para emprender grandes obras, en las que tendría ocupación todo el que quisiera trabajar. Así nadie pasaría hambre, y las obras que se fueran haciendo, hechas quedaban.

—Es osté encapaz de golver loco al lucero del alba—dijo el tío Rentero.—Eso que osté dice paece mesmamente el Evangelio.

En este sustancioso coloquio, del que no se dice más que lo apuntado por amor á la brevedad, llegaron á Seronete. Pararon en casa de la Polonia, y de allí fué Pío Cid á la del notario, á quien halló con su mujer, que era una señora algo basta, pero muy guapetona, y con D. Cecilio, el maestro de escuela, comentando la elección, satisfechísimos porque D. Carlos había entrado en Seronete echando sapos y culebras, había abofeteado al alcalde por inepto, y había dicho que iba á prender fuego al pueblo por los cuatro costados; lo cual indicaba claramente la derrota de los Cañaverales y la importancia decisiva de los veintisiete votos que sin gran molestia habían reunido los amigos de Pío Cid. Después de los saludos, dió el notario amplia explicación de lo ocurrido por la mañana, congratulándose de que las manipulaciones ilegales de D. Carlos en Aldamar hubieran quedado sin efecto merced al esfuerzo de los seronetenses; á lo cual contestó Pío Cid, diciendo:

—Ahora más que nunca siento ser quien soy, porque lo que ustedes han hecho por mí merecía que el candidato triunfante no fuera yo, que tomo estas cosas á beneficio de inventario, sino un hombre de combate, que adquiriese prontamente una gran influencia, y les recompensara el interés que con tanto desinterés se han tomado.

—No hay que hablar de eso—dijo D. Cecilio.—Aunque usted no volviera á acordarse de mí en toda su vida, yo me alegraría de haber contribuído

á su triunfo. Bien se dice que no hay enemigo pequeño, y que hasta las hormigas se vuelven para morder. Aquí se estaban divirtiendo conmigo los Cañaverales, y yo ahora gozo viéndolos humillados; ¡así reventaran por un ijar!

—Pero ¿qué daño le han hecho á usted esos señores—preguntó Pío Cid,—para que tanto encono les tenga?

—Me han hecho—contestó D. Cecilio—todo lo que pueden hacer. ¿Qué más que no pagarme el sueldo y tenerme sumido en la miseria en que vivo?

—Y ¿qué razón tienen para no pagarle?—preguntó Pío Cid.

—Ninguna—contestó D. Cecilio.—Dicen que como no va ningún niño á la escuela, no hace falta maestro. Ya ve usted qué lógica. ¿No van alumnos á la escuela? Oblíguenles á ir, y si no, no tengan maestro; pero mientras lo tengan, páguenle. Esto es claro como la luz del sol.

—Lo que yo no veo tan claro—dijo Pío Cid,—es que usted siga en este pueblo. ¿Usted no es de aquí? ¿Tiene familia?

—No, señor—contestó D. Cecilio.—Soy hijo de Santafé, y he estudiado en Granada. Pregunte usted por D. Cecilio Ciruela, y sabrá si no he sido tan buen estudiante como el primero, y si no he sacado esta escuela á pulso, sin conocer á nadie del Tribunal que juzgó mis oposiciones.

—Pues bien—dijo Pío Cid,—repito que no comprendo que siga usted aquí; comprendería que, si tuviera usted alumnos, siguiera aunque no cobrara, por amor á la pedagogía; y comprendería

mejor aún que, si cobrara usted sus haberes, siguiera, aunque no enseñara, por amor al dinero; lo que no me cabe en la cabeza es que esté usted aquí sin enseñar y sin cobrar, porque yo que usted, hace tiempo que hubiera cerrado la escuela y me hubiera hecho maestro ambulante.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó D. Cecilio, aturdido ante la lógica inexorable de Pío Cid.

—Muy sencillo—contestó Pío Cid.—Ya que no pueda darle á usted otra cosa, voy á darle algo que para mí vale más que una fortuna; voy á darle una idea.

—¿Cuála?—se apresuró á preguntar D. Cecilio.

—Cuál se dice, según la Academia—contestó Pío Cid,—aunque usted hace admirablemente en decir cuála, pues así se dice en nuestra tierra, y, además, es muy justo que cuál sea el macho y cuála la hembra. Y ahora voy á explicarle mi pensamiento.

El caso de usted no es único; son muchos los maestros que viven en la miseria, sin que haya remedio para este mal crónico de nuestro país. ¿Qué hacer? Ahondar en este fenómeno y descubrir, como yo he descubierto, que la causa de esa obstinación con que se desatiende al magisterio no es otra que el deseo de transformarlo en instrumento de la regeneración nacional. Supóngase usted, amigo D. Cecilio, que todos los maestros de España que se hallan en el caso de usted tuvieran la idea, desesperados ya, de abandonar los pueblos en que no hacen nada útil, y dedicarse á recorrer la nación y á esparcir á todos los vien-

tos la semilla de la enseñanza. Esto sería muy español; este profesorado andante haría lo que no ha hecho ni hará jamás el profesorado estable que tenemos. En nuestro país no se estima ni se respeta á quien se conoce, por mucho que valga. Usted sale á la plaza de Seronete, y se pone á predicar en favor de la instrucción ó á enseñar algo de lo mucho que debe saber, y es seguro que no le harán caso. Vaya usted por todos los pueblos de la provincia haciendo lo mismo, y verá cómo acuden á escucharle y á favorecerle, quién con dinero, quién con especies. ¿Cómo, dirá usted, es posible que en nuestro siglo subsistan estas formas de enseñanza, que parecen confundirse con la mendicidad? Sí, señor, es posible, y hasta que reaparezcan no adelantaremos un paso. Bajo nuestro cielo puro y diáfano, como el de Grecia, gran parte de la vida requiere aire libre, y nuestro afán de reglamentarla y meterla bajo techado, lejos de fortalecerla, la va aniquilando poco á poco. No hay deshonra en la mendicidad; pero en todo caso, el mendigo es el que pide, sin dar, en cambio, más que un «Dios se lo pague»; el que pide tocando la guitarra y cantando romances es un artista popular, el único artista conocido del pueblo pobre que no va á los teatros; y el maestro que enseñara en la plaza pública, como yo aconsejo, sería el maestro nacional por excelencia. No faltarían murmuraciones y críticas de parte de los espíritus pequeños, rutinarios; pero éstos se ensañaron también con los artistas y filósofos que formaron el alma de Grecia y que legaron su nombre á la posteridad. No hay nada tan bello como el *Omnia mea mecum porto;*

correr libre y desembarazadamente por el mundo, ganando el pan de cada día con nuestros trabajos. ¿No conoce usted la anécdota del naufragio del poeta Simónides?

—¿Qué anécdota es esa?—preguntó D. Cecilio, impresionado por el latinajo de Pío Cid.

—Se cuenta—dijo éste—que en un viaje que hizo por mar, la nave en que iba naufragó. Todos los pasajeros acudían á recoger sus riquezas para ver si podían salvarlas; muchos se ahogaron abrazados á ellas, y algunos las tuvieron que abandonar para ganar á nado la próxima orilla. Simónides vió impasible la catástrofe, y se echó al agua sin llevar más que lo puesto, que no valía gran cosa. Y cuando le preguntaron que dónde dejaba sus riquezas, contestó que todas sus riquezas las llevaba siempre consigo. Los náufragos que escaparon con vida se encaminaron al pueblo más cercano para que los socorrieran; y al llegar, vieron todos con asombro que Simónides comenzó á recitar sus poesías por las calles, y que el pueblo se lo disputaba para tener el honor de albergar á tan ilustre huésped. Todos fueron acogidos por lástima, pero Simónides lo fué por su propio mérito. Un hombre de talento que tiene el arranque de despreciar las riquezas y arrojarlas lejos de sí, si las tiene, recibe en el acto una riqueza mayor, la que da la fe en sí mismo; porque esta fe es el germen de todas las grandezas humanas.

Atónito escuchó D. Cecilio estos razonamientos del candidato triunfante por Seronete, y más atónitos quedaron él y D. Félix cuando le oyeron el

discurso que siguió. Porque Pío Cid había manifestado deseos de dar las gracias á sus electores, y D. Félix había dispuesto obsequiarles con algunos vasos de vino. Todos eran trabajadores del campo, excepto tres: dos cuñados del mismo D. Félix y el escribiente de la notaría, que era ex secretario del Municipio, y acudieron al llamamiento con puntualidad. Los dos cuñados comieron con Pío Cid y D. Cecilio en casa de D. Félix, y después de la comida, á eso de las ocho de la noche, salieron todos á un portalón grandísimo que la casa tenía, donde los electores campesinos se habían ido reuniendo. Pío Cid les saludó uno por uno dándoles la mano, y les preguntó sus nombres y algo de sus familias. Luego, entre trago y trago, hubo conversación animada sobre la política del pueblo; y cuando toda la asamblea estuvo suficientemente caldeada, el diputado electo tomó la palabra y dijo:

—No tenía yo escrito en mi libro que hubiera de venir á Seronete á dar las gracias á los electores que me han sacado triunfante; yo soy de Aldamar, y á los aldamareños les correspondía ayudarme, aunque yo no he solicitado su apoyo, como tampoco he solicitado el vuestro. Yo siento que mi triunfo ponga de manifiesto que este pueblo está dividido en bandos, que luchan sin verdadero motivo para luchar; pero yo no soy responsable de esta división, sino los que la han promovido con sus desaciertos. Y ya que hay razón, según parece, para rebelarse contra el cacique de este pueblo, más noble es rebelarse que no seguir sometidos por temor á sus demasías, y más noble

sería impedir que el cacique las cometiera, haciéndole ver que una gran fortuna no basta para dominar á un pueblo cuando los habitantes tienen dignidad y entereza. Lo primero en el hombre es la dignidad; si no se puede vivir dignamente en este pueblo, váyanse á otro, y luego á otro si es preciso; y si no encuentran en ninguno trabajo y respeto, que es lo menos á que tiene derecho un hombre, les queda aún el recurso de emigrar á otros países. La patria puede exigir mucho de sus hijos, pero no puede exigir que sacrifiquen el honor; más vale abandonar la patria que deshonrarla; una nación que cría hijos que huyen de ella por no transigir con la injusticia, es más grande por los que se van que por los que se quedan. Pero esto es hablar del último extremo en que puede verse un hombre de bien; esto lo digo sólo para taparles la boca á los que dicen que cuando á hombre rico ó poderoso se le ocurre ser amo absoluto de un pueblo, el pueblo no tiene más remedio que someterse; esto lo dicen los cobardes; los valientes, los que le tienen poco apego á la vida, no se someten nunca. Mueren, pero no se someten. Si vosotros estáis dominados, es por vuestra culpa, porque mostráis deseos de salir de vuestra condición, y el que se propone explotaros os conoce la flaqueza, y os coge por ahí, y se burla de vosotros. Van á poner un nuevo estanco, ó á nombrar un nuevo peatón, en una palabra, van á dar puestos y credenciales, y todos aguzáis las orejas. El ideal es escurrir el bulto al trabajo útil y dedicarse á esas faenas que vosotros llamáis nininanas. Y el que ha conseguido librarse del trabajo,

piensa ahora en trasladarse á la capital, y el de la capital á la corte. Porque todos sabéis que el trabajo más inútil es el mejor pagado, y que lo último que se puede ser en este pobre país es trabajador del campo. Pero lo que vosotros no debéis olvidar es que el Evangelio dice que los últimos serán los primeros; y yo os voy á decir, para que lo sepáis, que vosotros sois los primeros en la vida del país, no porque seáis los más útiles, que esto os podría tener sin cuidado, sino porque sois los más felices, los más humanos y los más grandes. No hay edad más dichosa que aquella en que el niño está mamando, en que para él no existe más gloria que estar colgado del pecho de su madre; y no hay condición más feliz que la del hombre que vive apegado á la tierra, madre de todos, recibiendo de ella la vida en pago de sus esfuerzos. El niño, por su desgracia, no puede ser siempre niño; pronto empiezan á salirle los dientes, y con ellos comienzan los sufrimientos; y después de las enfermedades viene algo peor, los desengaños; luego la vejez y la muerte irremediable. El campesino puede vivir eternamente en la venturosa infancia; no estará libre de sufrimientos, ni de envejecer y morir; pero mientras vive no pierde el calor de su madre, y cuando muere, deja hijos que viven como él vivió. Los que habitan en las ciudades se puede decir que habitan en el aire, y en un aire malsano; viven dando vaivenes, sin nada firme á que agarrarse, y mueren con la tristeza de dejar tras de sí una generación que empieza por donde ella acaba, y que ha de sufrir mucho más que ella ha sufrido. Hay hombres grandes

que llegan á conocer con su espíritu el espíritu que llena todo el universo, y que no necesitan vivir ligados á la tierra, porque han hallado otra tierra espiritual, una nueva madre que les dé abrigo y protección; pero estos hombres son contados en el mundo; los más abandonan la tierra sin tener nada á qué ligarse, y viven en las ciudades como pájaros presos en la jaula. Cuando llega un desengaño, la falsedad del amigo, la traición de la mujer, la injusticia del mundo, ese hombre sin ventura se halla entre las cuatro paredes de un triste cuarto, y si echa á andar por las calles de la ciudad, quizás no halle, entre centenares de miles de hombres, uno solo á quien confiar sus penas. Así se oye hablar todos los días de infelices que se matan ó que pretenden tomar venganza de sus miserias, promoviendo revoluciones ó cometiendo atentados espantosos con instrumentos inventados expresamente para destruir la sociedad. Vosotros no estáis libres de calamidades; pero si alguna cae sobre vosotros tenéis siempre abiertos los horizontes, y por poco que reflexionéis, al espaciar la vista por estas campiñas tan hermosas y hacia estas gigantescas montañas, todos los males y todas las injusticias os parecerán pequeños comparados con esta grandeza. Aun para el hombre más desgraciado, para el que ha perdido el amor y la fe, hay siempre una religión indestructible: la de la tierra. Y ¿quién sabe si esa felicidad que se espera que ha de venir de los cielos á la tierra, no irá más seguramente de la tierra á los cielos? Porque de la tierra no salen sólo minerales ni brotan sólo plantas; salen ideas y brotan sen-

timientos, que si vosotros supierais recogerlos como recogéis las cosechas, os enseñarían más que todos los libros de los hombres. Ojalá que esta tierra que, girando sin cesar, nos va descubriendo las estrellas innumerables del firmamento, nos lleve algún día á otros puntos del espacio donde brillen estrellas nuevas y nos iluminen ideas más humanas; pero mientras tanto, así como rezáis, si lo rezáis, el Padre nuestro para pedir el pan de cada día, debéis rezar también una nueva oración, la Madre nuestra, para rogar á la tierra que recompense con los frutos de su seno inagotable el esfuerzo de los que en ella trabajan.

Cuando Pío Cid terminó su discurso, ninguno de los concurrentes tuvo nada que decir, aunque á todos se les conocía que estaban impresionados, aun á los que, por ser más torpes, no habían comprendido con claridad el pensamiento del orador. Don Félix le felicitó, diciéndole que si hablaba en el Parlamento con la misma serenidad y limpieza con que acababa de hablar, no tardaría en ser orador famoso y en calzarse un Ministerio, ó cuando menos una Dirección. Don Cecilio estaba orgulloso del acierto que había tenido en trabajar por el triunfo de un hombre que se expresaba con tanto desahogo, y que parecía calzar muchos puntos á juzgar por las muestras. Los campesinos estaban confusos, y sólo uno de ellos, llamado Bartolo Rodríguez, tuvo alientos para decir:

—Si el señor se hubiera dedicao á la Iglesia, con cuatro sermones como ése lo jacen arzobispo.

Poco tardó en disolverse la reunión, porque Pío Cid dijo que quería descansar para emprender al

día siguiente su viaje á Granada. Se despidieron todos de D. Félix, y cada mochuelo se fué á su olivo. Aunque el notario puso empeño en que Pío Cid no se fuera á dormir á casa de la Polonia, donde lo pasaría muy mal, él no quiso causar más molestias, y se retiró también, despidiéndose como para no volver, puesto que tenía pensado dejar el pueblo muy de mañana. La hija del tío Rentero preparó las alforjas para el camino, recibiendo en cambio cinco duros que Pío Cid le dió para que se socorriera, y al amanecer salieron los dos viajeros de Seronete, tomando el camino de Júbilo, en dirección de la Sierra.

—Señor D. Pío—dijo el tío Rentero después de un buen rato de silencio,—yo no le he querío decir na á su mercé, pero creo que se acordará de que por este lao vamos á la Sierra.

—A la Sierra vamos—contestó Pío Cid.—Se me ha puesto la idea de que no he de volver vivo por estos parajes, y quiero por última vez subir á estas montañas. ¿Cree usted que se podrá cruzar al otro lado y volver á Granada por el camino de los neveros?

—Hombre, como poer, too se pué en el mundo —contestó el tío Rentero.—Trempanillo es pa subir; yo he subío siempre pa Santiago. Bien es verdá que este año ya se han bajao cuasi toas las nieves..... Vamos á tener un verano seco.

—Pues no hay más que hablar—dijo Pío Cid. —Haremos dos buenas caminatas: pasaremos por Júbilo de largo, y nos detendremos en Tontaina dos ó tres horas para que los mulos tomen un buen pienso, y después seguiremos hasta las faldas

del Veleta. Aunque se nos meta la noche no hay cuidado, porque hace luna. Tengo el capricho de subir al Picacho á ver salir el sol. Usted no tiene que subir, sino que se queda con los mulos más abajo, en el sitio que más le guste.

—Su mercé me perdonará—dijo el tío Rentero,—pero lo de encaramarse al Picacho me paece una temeriá. Y menúo fresquecillo que habrá, y empués los ventisqueros.

—Si cuando estemos allí veo que la subida es peligrosa, no subiré—dijo Pío Cid,—porque no me gusta ser temerario; no hay que huir del peligro, pero buscarlo tampoco, por aquello de que «el que busca el peligro, en él perece».

Cerca de las diez de la noche serían cuando llegaron á las faldas del Veleta, á un sitio donde el tío Rentero sabía que había unos corrales cercados, hechos de pizarras, donde se podía pasar la noche al abrigo del viento, bien que aquella noche, por fortuna, sólo soplaba una ligera brisa. Durante el camino no tuvieron encuentro bueno ni malo. Aparte la parada en Tontaina, se detuvieron dos veces para merendar, y todo el día lo pasaron muy agradablemente. El tío Rentero se desahogó á su gusto contando sucesos de su vida, y Pío Cid le escuchaba con gran atención, como si no tuviera nada en qué pensar, aunque pensaba mucho en las peripecias de su excursión y en lo que aún tenía que hacer antes de regresar á Madrid á descansar de sus ajetreos. Descansaron, por fin, de la larga jornada; y aunque los famosos corrales, que sin duda debían servir de guarida á los pastores que vienen en verano, estaban arruinados y no

eran más que montones de piedras, el tío Rentero arregló un poco uno de los rincones, y con algunas lajas grandes formó una especie de techado, bajo el que extendió las enjalmas de las bestias y su desmedrado capote, que en aquellas circunstancias valían tanto como un colchón de plumas. Pío Cid le dejó hacer, y sólo le advirtió que anduviera con cuidado al mover las piedras, no fuera á picarle alguna víbora de las que por allí es frecuente hallar. Luego se apartó unos cuantos pasos en busca de unas neveras que estaban algo más arriba, y siguiendo el curso de un arroyo llegó al sitio donde el arroyo nacía, de un quieto remanso acariciado por el continuo gotear de la nieve. Entonces sintió el deseo de bañarse en aquella pila, cuyo fondo de granos de arena, al través del agua pura y tranquila, y á la luz clara de la luna, parecía una labor de primoroso mosaico. El tío Rentero, que vino á ver en qué se entretenía su amo, comenzó á hacer grandes aspavientos cuando le vió desnudarse y meterse en aquel agua friísima.

—Por vía de Dios, señor D. Pío—le dijo,—que esto no se debía consentir. Cualisquiera diría que no está osté bien de la cabeza. ¿No ve su mercé que esa es un agua crúa que traspasa lo mesmo que una espá? Yo he metío na más que la mano, y se me ha quedao acorchá, que cuasi no la siento.

—Es un baño corto—contestó Pío Cid saliéndose del agua y comenzando á vertirse.—Ahora doy un buen paseo, y como si tal cosa. Y nadie me quita ya el gusto de haberme limpiado el cuerpo de todo lo que se me haya podido pegar en los días que he andado por aquí. Si usted su-

piera historia, mejor es que no la sepa, sabría que la gente antigua, cuando se iba de un lugar donde no lo había pasado muy bien, tenía la buena costumbre de sacudir las sandalias para indicar que no quería llevarse nada, ni polvo. Á mí me parece mucho mejor tomar un baño, porque el agua es el mejor medio de purificación.

—Pero esa agua no es agua—dijo el tío Rentero,—es nieve líquia; y Dios quiera que su mercé no coja un pasmo que nus dé que sentir.

—Lo que ocurre—dijo Pío Cid echando á andar—es que estoy más fresco que una lechuga, y ahora vamos á dar un paseo. Yo no quiero acostarme, pues pasada la media noche voy á subir al Picacho; el tiempo ya ve usted que no puede ser mejor.

Disponíase Pío Cid á emprender la ascensión, cuando el tío Rentero le retuvo, diciéndole que él no se quedaba solo ni tampoco le dejaba ir, pues había sentido que les rondaban los lobos.

—Usted está viendo visiones—dijo Pío Cid;—ahora no viene un alma por estos parajes, y no sé qué van los lobos á buscar aquí.

—Esos malditos—replicó el tío Rentero—ventean de cien leguas, y andan por aquí, no hay dúa, porque las bestias están soliviantás.

—Pero ¿usted cree que hay lobos todavía?—preguntó Pío Cid.—Yo he oído muchas historias de lobos, pero no los he visto nunca más que en los museos. Zorras sí he visto, y hasta he cogido alguna.

—Hay lobos—contestó el tío Rentero,—y no se ría su mercé; osté no los ha visto, como yo, atacar

á un pueblo, y tener todos los hombres que salir con escopetas pa ahuyentarlos.

—Pero dicen—arguyó Pío Cid—que atacan á las bestias antes que á los hombres; y en caso de que vinieran aquí, con apartarse un poco y dejar que se coman los mulos, no creo que les quedaran ganas para comernos á nosotros.

—Pronto lo vamos á ver—exclamó con voz azorada el tío Rentero.—La Virgen Santísima nus valga, porque los lobos están aquí mesmo. Mire su mercé—añadió en tono muy bajo—aquella loma que tiene unos picos; una miajica á la dizquierda, ¿no ve su mercé un bulto?

—Lo veo—contestó Pío Cid,—y veo también que se mueve.

—El Señor nus favoreja—clamó el tío Rentero.

—No hay que asustarse—dijo Pío Cid.—Somos dos hombres contra un lobo. Yo no tengo armas, pero usted tendrá alguna.

—Tengo ésta—contestó el tío Rentero, sacando de la faja un pistolón antiguo, de los de chimenea. —ahora verá osté.....

Alzó el gatillo y quitó el mixto para ver si la chimenea estaba bien cebada; volvió á colocar el fulminante y apuntó un gran rato hacia el bulto negro, que se movía de vez en cuando, y del que se percibían claramente dos á modo de orejas muy largas; dejó caer el gatillo, y sonó un chasquido, no mucho mayor que el de un eslabonazo en un pedernal.

—Más vale que guarde usted esa pistola—dijo Pío Cid, oyendo el gatillazo,—no sea que el lobo

se entere de que nuestras armas funcionan mal, y aligere más á venir.

—No lo tome osté á broma—dijo asustado el tío Rentero,—que lo peor es que un lobo no va nunca solo, y que ése que está ahí debe ser el guión de la maná, y si acúen toos, nus van á jacer trizas. Mejor sería levantar el campo.....

—Eso de ningún modo—interrumpió Pío Cid. —Yo he oído decir que con los lobos lo peor es huir. Me apuesto á que ése que está allí se pasa la noche olfateando sin atreverse á acometernos. ¿No tiene usted más arma que esa desdichada pistola?

—Aquí tengo el cuchillejo que le dí á osté enantes—contestó el tío Rentero.

—Démelo usted—dijo Pío Cid, quien cogió el cuchillo y lo desenvainó para examinarlo.—Con esto basta para escabechar una docena de lobos. Va usted á ver lo que yo hago para salir de dudas, porque me parece muy tonto estar toda la noche mirando á aquel bulto, que quizás no sea lo que nos figuramos.

—Lobo es—dijo el tío Rentero,—y si no, pierdo yo el gañote.

—Si es ó no es, pronto lo veremos—dijo Pío Cid, echando á andar con paso firme hacia la loma, mientras el tío Rentero le seguía con los ojos, sin atreverse á decirle que se volviera atrás.

Llegó Pío Cid á pocos pasos del temido lobo, y le vió dar un salto ligero y salir huyendo como una exhalación.

—Tío Rentero—gritó en voz muy alta para que le oyera,—¡no era lobo!

—¿Qué era?—preguntó el tío Rentero.

—Una cabra montés—gritó Pío Cid.—Venga usted y verá los rastros.

—Allá voy—contestó el tío Rentero, quien fué, en efecto, á cerciorarse, como se cercioró, por las pisadas del animal, de que el lobo era cabra, y de que las tiesas y horripilantes orejas eran cuernos inofensivos.

—¿Ve usted—le dijo Pío Cid—como lo mejor en todas las cosas es acercarse para verlas bien?

—Eso es verdá—dijo el tío Rentero;—mas si hubiera sío lobo.....

—Quizás hubiera huído más pronto que la cabra—contestó Pío Cid.—Todos los animales le temen á un hombre resuelto..... En fin, acuéstese usted tranquilo, que yo, desde aquí, me voy al Picacho.

—Mire su mercé que empieza á jacer frío—observó el tío Rentero,—á quien no se le había quitado el susto del todo.

—Yo tengo calor—contestó Pío Cid.

Y sin más explicaciones volvió las espaldas y empezó á subir cerro arriba, procurando pisar en sitio seguro para no hundirse en algún mal paso.

Iba Pío Cid decidido á no detenerse hasta llegar al mismo Picacho, para llegar á tiempo de ver salir el sol; pero los pensamientos del hombre son mudables, y no había andado la mitad del camino cuando comenzó á enfriársele el entusiasmo por el astro del día.

—Después de todo—pensaba,—el sol no ha sido nunca santo de mi devoción, y creo que esta ocurrencia de ir á ver cómo sale es un capricho

infundado, ó fundado en que, cuando yo era joven, vine alguna vez, como vienen muchos ascensionistas, inspirados por la curiosidad más que por el amor á la Naturaleza. De entonces acá mi espíritu ha cambiado tanto, que hoy, pensando con sinceridad, lo que á mí me inspira el sol es desprecio, porque su luz, tan cantada por los vates, nos presta una vida tan mísera como la que arrastramos. Años y aun siglos hace que el sol alumbra en España para poner al descubierto nuestra decadencia y las ruinas de nuestro antiguo poder, y para alumbrar este cuadro más propia será quizás la luz opaca de la luna.....

En este punto de sus reflexiones se detuvo, y viendo surgir por la cresta de la montaña la primera claridad de la aurora, sintió que se apoderaba de él un sentimiento inexplicable. No fué que le apareciera la visión blanca, que tanto debía influir en su vida; fué más bien que tuvo el presentimiento de la visión. Quizás se imaginó que detrás de la montaña comenzaba á levantarse, allá por el Oriente, el ideal de pureza, de amor y de justicia que él no hallaba en el mundo, y este ideal le inspiró una canción extraña, como todas las que brotaban espontáneamente de sus labios, y que decía así:

Hija de Oriente, que sueñas
Oculta tras la montaña,
Despierta y oye amorosa
La canción de la mañana:

«Yo soy la noche que llora
Con las lágrimas

Que el sol al ponerse deja
Por doquiera
Que su rastro de luz pasa.

Tú eres la noche que ríe
Cuando el alba
Nace y disipa las sombras
Con las ondas
De su luz serena y clara.

Yo soy la sombra que corre
Desolada;
Amor que va ciego y mudo
Por el mundo,
Soñando en la niña blanca.

Presa entre dos resplandores
Va mi alma,
Que á la blanca niña busca
Sin que nunca
En la tierra pueda hallarla.

Sólo una vez á lo lejos
Vi á mi amada,
Á altas horas de la noche
Por el bosque
Misterioso de la Alhambra.

Me acerqué, y no era la niña
De mis ansias;
Un rayo de luna era,
Alma en pena
Que por el bosque vagaba.

De un viejo sauce llorón
En las ramas,
Un ruiseñor solitario
Ha entonado
La canción de la esperanza.

Yo también saludo alegre
La alborada;
Hija de Oriente, despierta,
Y risueña,
Asómate á la ventana.»

No tardó el sol en coronar la cúspide del Picacho, surgiendo majestuosamente como una evocación, y esparciendo su cabellera rubia sobre las faldas nevadas de la sierra. Pío Cid sintió nuevos deseos de encaramarse en la cima para contemplar el vago y confuso panorama de la lejana ciudad, entregada aún al sueño, y la ancha vega granadina, cercada por fuerte anillo de montañas, recinto infranqueable como el huerto cerrado del cantar bíblico. Luego se sentó y se quedó largo tiempo absorto con los ojos fijos en las costas africanas, tras de cuya apenas perceptible silueta creía adivinar todo el inmenso continente con sus infinitos pueblos y razas; soñó que pasaba volando sobre el mar, y reunía gran golpe de gente árabe, con la cual atravesaba el desierto, y después de larguísima y obscura odisea llegaba á un pueblo escondido, donde le acogían con inmenso júbilo. Este pueblo se iba después ensanchando, y animado por nuevo y noble espíritu atraía á sí á todos los demás pueblos africanos, y conseguía por fin libertar á Africa del yugo corruptor de Europa.

—¡Africa!—gritó de repente; y conforme el eco de su voz, alejándose hacia el Sur, desde las costas vecinas parecía repetir:—¡Africa!, se le iba pasando aquella especie de desvarío.

Muy entrado ya el día dejó su empinado observatorio. El sol picaba de lo lindo, y la vega

que antes era un tranquilo Edén, ahora semejaba un lago de luz, en el que, como barcos en el mar, se columpiaban blancos pueblecillos, remontando ligeras columnas de humo. Por fin, á eso de las diez llegó Pío Cid adonde el tío Rentero le esperaba, el cual lo tenía ya todo dispuesto para echar á andar.

—¿Qué le paece á su mercé,—le preguntó á su señor—si fuéramos al cortijillo de la Muerte, que está aquí á dos pasos?

—Iremos adonde usted quiera—pero, ¿cree usted que estará su hijo allí?

—La semana pasá—dijo el tío Rentero—estaba pa subir desde Las Puentes, donde jace la inverná. Este año va alantaillo.

—Pues vamos allá cuando usted quiera—dijo Pío Cid.

Y allá fueron en menos de media hora, y hallaron, en efecto, á Bernardo con su mujer y su numerosa parva, y aun es fama que Pío Cid aprovechó la coyuntura para pedir que le hicieran gachas de maíz con caldo, rojo como la grana, en el que navegaban unas guindillas tan picantes que sólo de olerlas se trastornaba el sentido. Las gachas eran el plato favorito de Pío Cid, y no huelga por completo consignar aquí este detalle por el valor que pudiera tener en la complicada psicología de nuestro héroe. Después de almorzar el tío Rentero apretó las cinchas á los mulos y los trajo á la puerta del cortijo; montáronse los dos viajeros, y montados ya, se despidieron de aquella infeliz familia, y entonces el tío Rentero volvió á decir:

—¿Qué le paece á su mercé si siguiéramos esa verea y cayéramos más abajo de Quéntar?

—¿Qué tiene usted que hacer allí?—preguntó Pío Cid.

—Lo digo—contestó el tío Rentero—porque pasaríamos por Dúar, y allí tengo una hija que está casá con un papelero.

—Vamos allá—dijo Pío Cid;—usted, por lo visto, se ha propuesto abastecer de habitantes á casi todos los pueblos de España.

Fueron, pues, á Dúdar, adonde llegaron á la hora de almorzar; y es fama asimismo que la Antoñuela, la hija del tío Rentero, tenía dispuestas unas migas que dejaban atrás las gachas de Bernardo, y que Pío Cid las comió con mucho gusto, porque las migas eran otro de sus platos favoritos. En Dúdar descansaron unas cuantas horas para dejar pasar la fuga del sol, y á las cuatro de la tarde llegaron al fin á la huertecilla del tío Rentero, sin que durante el camino despegara Pío Cid los labios. Sólo al acercarse á la capital, en un punto desde el que se veían unas hazas de trigo con ramalazos obscuros y como afogarados, se le ocurrió decir:

—Estos días ha corrido el solano, tío Rentero; mire usted esos trigos, que parece que los han tostado en un horno.

—Abrasaicos están, abrasaicos—contestó el tío Rentero, y siguió hablando de las peripecias del viaje, en particular de la aventura del lobo, que se le había quedado muy bien grabada.

La tía Rentera preparó un soberbio potaje de habas para obsequiar á su huésped, y éste comió

el potaje con tanta satisfacción como había comido las gachas y las migas; por donde se infiere que era hombre de buena boca, no porque comiera mucho, sino porque comía todo lo que le guisaban. Ya era bien entrada la noche cuando Pío Cid, acompañado del tío Rentero y del hijo de éste, Celedonio, que llevaba el pequeño equipaje, se presentó en su casa, preguntando si había alguna novedad.

—No hay más—contestó Jesusa—que unas cartas que están sobre la mesa de su cuarto.

—Haga usted el favor de dármelas—dijo Pío Cid.

Y cuando las tuvo en la mano las abrió y las ojeó rápidamente, porque vió que las cinco cartas eran de Martina, y temió que hubiese ocurrido algo que motivara tan copiosa correspondencia. Rasgó y tiró los sobres, y se guardó el haz de cartas en el bolsillo de la americana, diciendo con aire ligeramente contrariado:

—Nuestro gozo en un pozo, tío Rentero. El día de campo se queda para otra vez, porque mañana mismo ó pasado, de madrugada, salgo para Madrid.

—¿Cómo es eso?—preguntó el tío Rentero.—¿Ha ocurrío alguna noveá?

—No—contestó Pío Cid;—pero me urge ir para ciertos asuntos. Ahora vamos aquí al lado, pues pienso comprarle á usted un regalillo.

—Eso sí que no—dijo el tío Rentero;—antes me quee manco que tomar un chavillo partío por la mitá.

—Muy bien dicho—replicó Pío Cid—si yo

fuera á darle á usted dinero. Sus servicios de usted son de amigo á amigo, y no se pagan con nada. Pero yo quiero dejarle á usted un recuerdo, y usted mismo va á elegir lo que más le guste ó lo que le haga más falta.

—Como falta, como falta—dijo el tío Rentero, —jacen falta muchas cosas; pero yo no quiero ser gravoso, y con unos alpargates me doy por pagao; y eso pa no despreciar á su mercé.

—Unos alpargates no valen arriba de seis reales, y se le regalan á un mendigo.

—Quien dice alpargates, dice zapatos de becerro—replicó el tío Rentero.

—Me gusta más—dijo Pío Cid—un regalo que no sirva sólo para los pies, sino para todo el cuerpo. El capote que llevaba usted en el viaje es un andrajo, y lo que voy á comprar es un buen capote de monte, para que cuando se líe usted en él parezca un personaje.

Doce duros costó el capote, y aunque hacía calor, el tío Rentero se lo puso en el acto para dar más golpe cuando apareciera por las puertas de su casa. Y en cuanto á Celedonio, también salió ganando un par de alpargatas, amén de otros cuatro pares más para los hijos de Bernardo, que estaban descalzos de pie y pierna. El tío Rentero se fué llorando, no como él lloraba de costumbre, por el lagrimeo de los ojos, sino llorando de verdad, por tener que separarse de un amo tan generoso.

Al día siguiente por la mañana vino Pío Cid á buscarme para despedirse de mí; pero yo había también decidido volver á Madrid por haber re-

cibido carta de Anita en la que me decía estaba muy enferma. Quedamos, pues, en irnos los dos en el coche de Jaén, que salía por la noche, y en reunirnos por la tarde con los amigos de la tertulia literaria cuando él hubiese despachado los asuntos que tenía aún pendientes.

Desde mi casa se fué al penal de Belén, donde se detuvo muy poco. Preguntó por el Director, y á falta de éste, uno de los vigilantes, al saber el motivo de la visita, dió orden de que inmediatamente viniera el penado Gutiérrez al despacho de la Dirección.

—Conozco muy bien á ese penado—le dijo á Pío Cid,—y es de los mejores de la casa y de confianza absoluta; aunque le dieran suelta no se iría, porque desea cumplir.

—Le advierto á usted—dijo Pío Cid con acento de convicción—que me consta que ese pobre hombre ha sido condenado injustamente y que he de gestionar su indulto. Supongo que si pidieran informes los darían ustedes buenos.

—Todo lo buenos que se pueden dar—contestó el vigilante.—Esté usted seguro. Ya le digo que es de los mejor notados de la casa.

Entró en esto el penado Gutiérrez, que se descubrió, y, sin mirar apenas, comenzó á darle vueltas á la gorra, hasta que Pío Cid se dirigió á él y le saludó, dándole la mano y diciéndole:

—Me alegro de verle á usted tan bien de salud. Parece que no le tratan mal aquí.

—No, señor—contestó Gutiérrez, el cual, en efecto, estaba grueso y de buen color, y tenía más cara de canónigo que de delincuente.—Si voy á

decir la verdad, cuasi que estoy aquí más bien que allá en el pueblo.

—Hombre—replicó Pío Cid,—eso se me figura que es ya decir demasiado.

—Le diré á osté—rectificó Gutiérrez,—dejuro que aquí se está más mal, porque no se tiene libertá y aluego separao de la familia; y la eshonra natural de que digan que uno ha estao en un presirio. Pero yo lo decía porque en el pueblo estaba siempre paeciendo del estógamo, que, en cuanto que comía, me tenía osté doblao y teniendo que meterme los puños. Y aquí, como come uno el rancho á sus horas, lo mesmo que en un cuartel, sabe osté que he entrao en caja y comería jasta jierro molío, tan y mientras que antes no podía jacer la cochura ni de un miajón de pan. Cuando yo entré aquí estaba en las guías. El señor me vió, y dirá si no venía yo que paecía que me acababan de esenterrar. Y ya ve osté lo bien que me ha sentao esto.

—Mucho me satisface que así sea—dijo Pío Cid,—porque en esto veo yo claramente que hay una justicia superior á la de los hombres. Los hombres le han condenado á usted injustamente, y la Naturaleza le ha proporcionado á usted el desquite, puesto que con el buen régimen que aquí se sigue, se le ha arreglado á usted el estómago.

—¿Ve osté, D. Ceferino—interrumpió Gutiérrez, dirigiéndose al vigilante,—cómo es verdá lo que yo decía? Me gusta que este caballero diga lo que ha dicho pa que se vea que yo no soy un creminal.

—Lo malo es—agregó Pío Cid—que el castigo no ha recaído sólo sobre usted, que, por lo visto,

casi ha salido ganando con que lo condenen. La más castigada es la pobre mujer de usted, que tiene que trabajar como una condenada para dar de comer á los cuatro chiquillos. Aunque se dice que nadie es responsable de las faltas ajenas, lo cierto es que, cuando castigan á un hombre como usted, casado y con hijos, la pena principal la sufre la mujer. Y vea usted por dónde las injusticias son más temibles por la cola que traen consigo. Pero, en fin, voy á mi asunto..... El haberle llamado á usted es para entregarle tres duros de parte de su mujer. Tómelos usted y consuélese de su desgracia, pensando en que, no sólo se ha curado del estómago, sino en que tiene una mujer que no se la merece.

—Eso es verdá—dijo Gutiérrez, tomando los tres duros,—y yo no sé en dónde habrá escarbao mi Josefa estos dineros. ¿Cómo ha sío el dárselos á osté, manque sea mucho preguntar?

—Fué estando yo en Aldamar, de donde llegué anoche. Parece que ahora, con motivo de las elecciones, ha habido reparto de limosnas.....

—Y mi mujer y los chiquillos—preguntó Gutiérrez—¿están bien?

—Todos se han quedado muy bien—contestó Pío Cid.—Yo estuve en su casa de usted con el tío Frasco Rentero, á quien usted conoce, y allí lo único que falta es que usted vuelva cuanto antes.

—En cuantico que cumpla—dijo Gutiérrez—salgo pa allá como un cohete.

—Lo que no me parece bien—dijo el vigilante interviniendo—es que su mujer, que pasa tantos

apuros, le envíe ese dinero, cuando usted tiene aquí algunos ahorrillos.

—Ha de saber osté—replicó Gutiérrez—que el dinero lo pedí yo pa tabaco jace más de tres meses, cuando no trabajaba. Y ahora no crea osté que lo voy á tirar, que lo que yo quiero es juntar una güena porra de duros pa mercar dos ú tres borriquejos, y echarme al camino tan luego como salga de aquí.

—Muy bien pensado—dijo Pío Cid,—y ¡ojalá sea pronto! Y que algún día le vea yo á usted hecho un arriero rico, con la mejor recua de la provincia. Conque á pasarlo bien y á no torcerse.

Se retiró Gutiérrez después de saludar con gran acatamiento al verse tan bien tratado, y Pío Cid se despidió en seguida del vigilante, diciéndole antes de salir:

—Si todos los presos lo pasan como Gutiérrez, le aseguro á usted que éste no es un establecimiento penal, sino un convento muy apetecible, donde se vive retirado del mundo y sus engaños, bien comido y bien dormido, y aun ahorrando para el día que haya que abandonar la celda.

—Hay de todo—contestó el vigilante.—A algunos hay que apretarles las clavijas, porque si no no habría medio de barajarlos; pero en general lo que se dice de malos tratos, son cuentos de vieja. Si usted no estuviera tan de prisa vería todo el establecimiento, y en particular el taller.

—¿Y en qué trabaja este Gutiérrez?—preguntó Pío Cid.

—No sabía ningún oficio cuando llegó, porque ha trabajado siempre en el campo, y aquí

ha aprendido á hacer cosas de albardonería; en alpargatas es en lo que más trabaja.

—Pues repito lo dicho—dijo Pío Cid sonriendo; —si por mi desgracia me ocurre encontrar á alguien que merezca que le corten la cabeza, yo se la corto sin temor y me hago fraile de esta nueva orden que acabo de descubrir.

—Si así fuera—contestó el vigilante siguiendo la broma,—á ver si viene usted á este convento. No se le dará mal trato.

Desde Belén se encaminó Pío Cid á casa del Gobernador para despedirse de él y recoger la cruz de plata que había ofrecido llevar personalmente á la Duquesa de Almadura, y de paso, para resolver el asunto de su elección de un modo radical, á fin de que no le ocasionara más molestias en lo sucesivo. No fué su decisión improvisada, puesto que durante su viaje de regreso vino reflexionando sobre ella, siendo esta la causa de que no se fijara en el paísaje, así como en el viaje de ida tampoco se había fijado, á causa de la famosa receta prometida á sus amigos. Y no está de más esta explicación, pues seguramente no faltará quien me censure por no hallar en este relato ninguna descripción de los lugares por donde fué pasando mi héroe, siendo así que yo he debido atenerme á la verdad, y la verdad es que él no hizo consideraciones de ninguna especie sobre los terrenos que iba pisando. Sea que Pío Cid amase más al hombre que á la Naturaleza, ó bien que por haber vivido en países tropicales y de vegetación espléndida le pareciese pobre su país natal, no obstante ser de los celebrados de España, está

fuera de duda que ni en esta ocasión ni en ninguna otra se entusiasmó viendo las bellezas del paisaje. Á él le gustaban más las vistas que ofrece el espíritu del hombre, cuando se tienen ojos para verlas, y quizás no veía en la tierra más que una buena madre y fecunda nodriza del hombre, puesto que lo único que en el viaje le llamó la atención fueron los trigos muy granados, que prometían cosecha abundante, y los trigos abrasados por el solano, que anunciaban mala recolección. En el viaje de vuelta, pues, y probablemente cuando subió al Picacho, decidió retirarse á la vida privada antes de haber salido de ella, y así se explica que las primeras palabras que dijera á su amigo el Gobernador, después de saludarle, fueran las siguientes:

—Tengo que irme hoy mismo á Madrid y vengo á recoger el encargo para la Duquesa, y al mismo tiempo á decirte que renuncio al acta de diputado, y que si aún hay medio de dársela á Cañaveral, se la cedo para que no haya nueva elección.

—Pero, hombre, ¿qué mosca te ha picado?—preguntó D. Estanislao oyendo aquella salida de tono inesperada.

—No me ha ocurrido nada—contestó Pío Cid;—pero mi decisión es firme y mi deseo es hablar lo menos posible de este asunto.

—Pues precisamente ayer—dijo D. Estanislao,—estuvo aquí Cañaveral, y me calentó un buen rato la cabeza diciéndome que no se da por vencido y que trata de hacer no sé qué para embrollar la elección y para que, en caso de que se

apruebe tu acta, se le hagan á él, como dice, funerales de primera clase. La derrota le ha llegado al alma, porque creo que se ha gastado un dineral.

—Que haga lo que quiera—agregó Pío Cid;—yo no intervengo más en esto. Más vale cortar por lo sano desde el principio. Yo me he dejado llevar, creyendo que la broma no tenía importancia, porque en las ciudades estamos acostumbrados á que detrás de los insultos vengan los apretones de mano; pero en los pueblos toman las cosas por donde quema, y una vez que Cañaveral no ha querido ceder y ha apelado á toda clase de medios, lo único que yo conseguiría sería avivar más la discordia y dar lugar á que el día menos pensado se cometiera algún crimen. Figúrate que algunos de mis amigos de Aldamar querían prender fuego al Ayuntamiento cuando se enteraron de que la elección había sido hecha á cencerros tapados y de que aparecían sus votos en contra mía..... Para seguir adelante sería menester que yo tuviera ganas de pelea y me propusiera aplastar á los Cañaverales, y á mí no me interesan las luchas de este género, ni aunque luchara sacaríamos nada en limpio, porque los partidarios míos no son ni peores ni mejores que los del otro, y en sustancia, el cambio sólo serviría para que los abusos que hoy existen siguieran cometiéndose en mi nombre.

—Todo eso me parece muy bien—dijo D. Estanislao,—y sólo te ruego que cuando hables con D. Bartolómé de la Cuadra me pongas con él en buen lugar, no vaya á creer que no he atendido su recomendación.

—Por este lado no tendrás nada que sentir—contestó Pío Cid,—porque te advierto que esa recomendación es de compromiso, pues yo no he hablado con el señor de la Cuadra más que dos veces, y no pienso hablar más con él. El interés que haya mostrado no es por mí, sino por don Adolfo Gandaria, que me recomendó á él.

—¿De modo—preguntó D. Estanislao—que tu protector es D. Adolfo? Le conozco de sobra. Es un tonto; más tonto que mandado hacer de encargo.

—Pues yo le estimo en más que á D. Bartolomé—replicó Pío Cid.—Lo que tiene D. Adolfo es que se entusiasma fácilmente hablando de lo que no sabe y se pone en ridículo, mientras que don Bartolomé es un hombre serio y grave, un tonto que jamás descubre su tontería. Por eso el uno tiene que contentarse con ser senador y votar, sin hablar, desahogándose después en los pasillos, y el otro es Ministro y aun gozan de gran autoridad.

—Hombre—dijo D. Estanislao,—me extraña eso que dices de D. Bartolomé; todos le tienen por el hombre de más esperanzas del partido.

—Y pueden tenerlo—añadió Pío Cid,—porque, aparte su falta de luces, es un hombre formal y sincero. Sabe muy poco, pero lo sabe á machamartillo, y lo que ignora lo cubre con frases hechas, que á nada comprometen. Su idea de España es miserable, y con esta idea, su política es la de dar largas; si le encargan de gobernar el país no hará nunca nada malo, aunque tampoco hará nada bueno, y su inacción será preferible á la de los listos, que después de no hacer nada, se

aprovecharían de la situación para llenarse los bolsillos. La cualidad esencial de un gobernante es la honradez, y D. Bartolomé huele á honrado, y por mi voto sería, á pesar de su ignorancia, ministro universal y permanente de nuestra nación..... Pero dejémonos de críticas y despáchame cuanto antes, pues tengo el tiempo tasado. Ya te dije que me tengo que ir esta noche.

—Pero al menos—dijo D. Estanislao—hazme el favor de acompañarme á almorzar. Por media hora más ó menos nada se pierde. La verdad es que me has sorprendido con tu repentina determinación, y si te vas sin más explicaciones, pensaré que no quedamos tan buenos amigos como antes lo éramos.

Quedóse Pío Cid á almorzar, y durante el almuerzo refirió algunos detalles de su excursión electoral, con lo que se divirtió no poco el Gobernador. Pío Cid, cuando estaba de vena, era un narrador habilísimo, que sabía describir los tipos y escenas tan puntualmente y con rasgos tan gráficos, que el que le escuchaba, por muy torpe que fuera, lo veía todo mucho mejor que si lo presenciase. Á D. Críspulo, el cura mal hablado, se le veía materialmente entrar por la puerta del comedor montado en su pollino y arrojando proféticas maldiciones contra la sociedad moderna. Don Esteban Chiroza parecía estar á la mesa, entre Pío Cid y el Gobernador, hablando en tono resignado y con cara de pascua, y moviéndose de vez en cuando en la silla por no poder estar sentado á gusto. El pícaro de Barajas, concertando la terrible conjura electoral y dando el cerdoso

santo y seña que dió, era, más bien que secretario de Ayuntamiento, personaje de alguna graciosa comedia. El profundo tonto Almecina; el largo y cuco notario D. Félix, y el famélico y perseverante maestro Ciruela, con algunos más, todos fueron desfilando como salsa de aquel agradable almuerzo. Don Estanislao se hacía cruces de que en tan pocos días hubiera visto Pío Cid tantas cosas, cuando él había estado en muchos pueblos de España y nunca había visto más que gente vulgar, que no tenía nada que ver con la que Pío Cid iba describiendo.

—Sin duda—le dijo—hay hombres afortunados que tienen la suerte de hallar en su camino aventuras entretenidas y novelescas, en tanto que otros no hallan más que vulgaridad y prosa. Á no ser que las aventuras estén en nosotros y no en la realidad. Quizás yo no hubiera visto nada de lo que tú me cuentas por ir preocupado con los deberes de mi oficio, y tú lo has visto todo porque no te importaba un rábano ganar la elección, y porque, digamos la verdad, eres hombre de imaginación y ves todo lo que te da la gana.

—No faltaba más—replicó Pío Cid—sino que ahora me dijeras que te he estado contando una sarta de embustes en pago de tu buen almuerzo. Puedes ir al distrito y ver si no es cierto todo lo que he relatado. Lo del toque de bocina de Francolín ha corrido tanto que hasta ha salido en la prensa de aquí; me lo acaba de decir un amigo.

—Ese toque resonará, andando el tiempo, en toda España—dijo D. Estanislao.—Y levantándose, cogió una copa de vino y exclamó: Brindo

por el sistema parlamentario....., y adelante con los faroles.

Ya iba Pío Cid á retirarse, cuando le retuvo aún la llegada de D. Carlos Cañaveral, quien probablemente había sido llamado en secreto por el Gobernador. Era D. Carlos un hombre de buena estampa, tipo acabado del caballero de pueblo. Aunque iba vestido á la moda, su aire era algo tosco, y su basteza se acentuaba viéndole los bigotazos negros y grandes, como cuernos de toro. De toro de mala casta tenía también el mirar cubierto y asoslayado, aunque en conjunto la expresión de su figura era la de un hombre más temible por su fuerza física que por su perspicacia. Su traza era la de un hombre de no muy largos alcances, muy bueno como amigo y algo peligroso como enemigo. Pío Cid y él se saludaron, y en la manera de saludar de Cañaveral se conocía que estaba ya algo enterado de la retirada de su competidor.

—Siento no haber hablado con usted antes de ahora—dijo Pío Cid, mientras el Gobernador se apartaba á un lado como para leer un periódico, —porque quizás se hubiera usted evitado algunos malos ratos y el Alcalde de Seronete las bofetadas que recibió por haber cumplido con su deber. Yo no tenía ningún interés en la elección, y quien me decidió á venir fué su primo de usted. Después he visto que la enemistad entre ustedes era falsa, de lo que me alegro, y que me habían tomado á mí como juguete.

—No piense usted eso de ningún modo—interrumpió Cañaveral.—Mi primo estaba en contra

mía, sólo que entre familia todo se arregla, y á última hora, cuando yo vi la causa perdida, le hice ciertas concesiones en un negocio que teníamos pendiente, y entonces él cejó en su oposición.

—Sea como fuere—prosiguió Pío Cid,—yo desistí ya de la idea de ser diputado y le dejo el campo libre, y lo único que le digo es que si yo he triunfado sin esfuerzo por Seronete, es porque usted tiene allí enemistades, y esto, en un pueblo de cuatro vecinos, en que usted es el amo, no habla muy en favor de usted.

—No me diga usted nada—replicó vivamente Cañaveral,—porque si yo fuera realmente el amo pondría una horca en la puerta de mi casa, y todos los días colgaría de ella un vecino.

—Eso tiene un inconveniente—observó Pío Cid;—que á la semana se quedaría usted sin súbditos, porque no es creíble que fueran allí de otras partes por el gusto de ser ahorcados por usted. Y cuando no tuviera usted súbditos, todo lo que posee usted en el distrito no valdría un céntimo. Hay que ser tolerantes con los que están debajo, porque si los de debajo se mueven se cae el que está encima.

—Eso que yo he dicho es un decir—insistió Cañaveral.—Yo soy bueno por la buena, pero por la mala no me dejo manejar por nadie, y en el distrito hay algunos gallos á los que hay que cortarles la cresta.

—No hay tales gallos—replicó Pío Cid,—como no sea en la imaginación de usted. El que ha decidido la elección ha sido realmente D. Cecilio Ciruela, y este buen hombre no es gallo ni gallina,

es un maestro que tiene exasperado el apetito porque por culpa de usted no cobra su miserable sueldo. Páguenle ustedes y eviten esas malquerencias. Le he de hacer á usted una observación en tono de amigo. Yo podría poner condiciones para ceder el puesto y no las pongo, porque confío en la caballerosidad de usted. Sería una gran cobardía de mi parte volver las espaldas y dejar que usted se vengara impunemente de las contadas personas que han votado por mí; yo no vuelvo las espaldas, pues aunque no sea diputado, escribo en uno de los periódicos más leídos de Madrid, y en cuanto supiera algo desagradable, los sacaría á ustedes á la vergüenza pública.—Hoy la prensa vale mucho—recalcó en vista del efecto que á D. Carlos le producía la advertencia,—y una pluma bien manejada vale más que una docena de diputados.

—En eso que usted dice—contestó Cañaveral—revela que no me conoce. Yo soy incapaz de vengarme del que está caído, y una vez que usted me cede el distrito, yo lo doy todo al olvido, y lo que haré será trabajar por conseguir ciertas mejoras que hacen mucha falta. Mis propósitos son los mejores, y si usted tiene interés por el distrito por ser de él, yo lo tengo mayor por ser de él y tener en él todos mis bienes y vivir en él gran parte del año. Usted manda allí gran fuerza por sus antecedentes de familia, lo reconozco; pero yo tengo intereses en la actualidad y me va más que á usted en que el distrito prospere.

—Pues por eso principalmente se ha decidido á ceder, según me ha explicado—dijo D. Estanislao interviniendo.—Sólo que el Sr. Cid es un hombre

de buena fe, y quiere que su sacrificio no sea estéril, y que ya que él se retira y rompe con su tradición de familia, los que le sustituyan no lo echen todo á leones. Yo le soy á usted franco; yo no haría lo que mi amigo, porque quizás, en vez de comprender su generosidad, busquen explicaciones tortuosas y atribuyan su retirada á motivos bajos; habrá gente capaz de decir que ha renunciado porque le han ofrecido algo en recompensa..... ¿quién sabe? Aparte de esto, dicho se está que yo tengo que consultar á Madrid antes de decidir la cuestión en lo que de mí depende.

—Por eso no hay cuidado—dijo Cañaveral, que estaba dispuesto hasta á cambiar de casaca si era preciso para que el Gobierno le dejara salirse con la suya.—Yo trabajaré la partida de acuerdo con usted, y mi primo Romualdo echará el resto.

—No me parece difícil el arreglo—dijo Pío Cid.—Pueden hacer ver que he sido yo el derrotado, y así no hay renuncia ni tienen por qué sacarme el pellejo. En fin, este asunto es de ustedes dos. Yo me voy, que ya es tarde.

—Yo le ofrezco á usted todo cuanto soy y valgo—dijo Cañaveral,—y sin necesidad de ser diputado, usted manda en el distrito con sólo indicarme sus deseos.

Cerca ya de la puerta, con el sombrero en la mano y el estuche con la cruz de plata debajo del brazo, refirió Pío Cid brevemente la historia del penado Gutiérrez y la entrevista que con él había tenido aquella mañana. Don Carlos, que era enemigo personal del antiguo alcalde, autor del atropello, se indignó oyendo el relato, y ofreció á Pío

Cid trabajar con todas sus fuerzas para obtener el indulto.

—Nada, eso corre de cuenta y poco he de valer si no lo consigo—afirmó por último Cañaveral, con aire autoritario, retorciéndose y estirándose las soberbias guías del bigote.

TRABAJO QUINTO.

Pío Cid acude á levantar á una mujer caída.

«Mi adorado Pío:

»Me alegraré de que hayas hecho el viaje felizmente. Nosotras sin novedad, y yo deseando saber de ti por horas y momentos.

»Te escribo sólo para que tengas noticias mías. Aunque te dije que te escribiría cuando recibiera carta tuya, no puedo esperar más, pues sólo hace veinticuatro horas que nos separamos, y ya me parece que hace un siglo que no te veo. Anoche no pude pegar los ojos; ya veo que si tuviera que vivir separada de ti me moriría: puedes creerlo. La casa parece que está tonta desde que te fuiste. Yo sólo te encargo, una vez más, que no estés ahí más que el tiempo preciso, pues sufro separada de ti. Tú te ríes de mis cosas; puede que algún día te convenzas de lo mucho que te quiero, por más que tú lo sabes, y aunque te disgustas cuando te muevo gresca, me perdonas porque sabes que todo es efecto de mi mucho cariño.

»Espero tu telegrama diciéndome que llegaste con bien, y mañana te volveré á escribir. Escríbeme tú también, pues así me parece que te tengo cerca de mí. No dejes de escribirme, que eres muy

distraído, y me darías muy malos ratos teniéndome sin noticias tuyas. A cualquier hora puede ocurrir una desgracia, y si no me escribes me figuraré que te sucede algo.

»Muchos recuerdos de mamá, de mi tía y primitas, y tú recibe un abrazo muy apretado de tu mujercita que te quiere mucho, muchísimo.—*Martina.*

»Adiós. No dejes de escribir.»

«Pío de mi vida:

»No he tenido noticias tuyas, y estoy intranquila. Siempre serás el mismo; parece que te duele escribirme. En fin, esperaré á mañana. Mamá dice que no habrás querido telegrafiar porque escribirías en el acto, y que la carta no llegará hasta mañana. ¡Ojalá sea así! Lo principal es que sigas bien. En ésta todo sin novedad, aunque hoy ha habido un disgustillo; ya te contaré cuando vengas. No es nada de importancia.

»Desde que te fuiste no ha venido nadie. Pablito dice que su hermano Florentino, el de San Sebastián, está para llegar de un momento á otro, porque tiene asuntos en Madrid, y ha adelantado un poco el viaje para asistir á la boda. Quizás será para conocer á la familia. Mi tía dice que para este caso quisiera que tú estuvieras aquí, aunque de todos modos tiempo tendrá de conocerte el tal D. Florentino. Mi tía está arreglándolo todo para cuando tú vengas, y creo que anda buscando cuarto. Yo en esto no digo ni bueno ni malo.

»El disgustillo que te decía es porque yo había pensado trasladar nuestra habitación á la sala

grande, en vista de que estamos muy estrechos y de que la sala no sirve para nada, pues no tenemos á quien recibir, y los que vienen, aunque no vinieran nada se perdería. Tu amigo Gandaria estuvo hoy un rato oyendo cantar á Candelita. Mi prima no le hace mala cara, pero él parece que tiene muchos humos y querrá una princesa. ¡Valiente tipo!

»Te ruego y te suplico que me escribas con frecuencia, pues desde que estoy sola no pienso más que en el momento de recibir tu carta, y luego que si no me escribes parecerá que es que me quieres poco y no te acuerdas de mí.

»Adiós, recuerdos de todos, un abrazo de mamá, y sabes te adora y piensa siempre en ti, tu fea.— *Martina.*

»En otra te explicaré la distribución que he dado á la casa, y verás cómo se está mucho mejor. Sobre todo tú que tienes que trabajar, verás que cuco te he arreglado el despacho. Adiós.»

«Mi adorado é inolvidable Pío:

»Al fin recibí tu carta, y veo por ella que estás ocupado y que piensas parar muy poco en ésa.

»No me dices si estás bien; no me dices nada; parece que tengas tanto en qué pensar que no te quede tiempo para escribirme, siquiera como yo te escribo, contándome algunos detalles de tu viaje y de cómo estás. Si fuera para alguno de los tontos que vienen aquí, ya escribirías las cuatro carillas y te faltaría espacio, y á mí sólo me escribes cuatro renglones. En fin, qué se ha de hacer: paciencia; lo principal es que sigas bien de salud.

Por aquí bien, y yo muy disgustada con unas cosas y con otras. Yo no he nacido para ser feliz; parece que me persigue mi mala estrella por todas partes. Ahora que podíamos vivir tranquilos, tú estás por un lado y yo por otro, y yo tengo además que sufrir mil impertinencias. Dios quiera que esto acabe alguna vez, porque yo siempre así no podría vivir. Además, en el estado en que estoy, dice mamá que si caigo enferma me puede costar caro.

»Si mi tía te escribe diciéndote el disgustillo que ha habido, no le des importancia. Cuando vengas ya te lo contaré todo, y verás que yo no he tenido la culpa. Ha sido cosa de Candelita, que me ha tomado entre ojos, y siempre está en contra mía. Yo lo único que dije, fué: «á ver si ya »que Paca se casa con Pablo, Valentina se casa »después con Benito, y Candelita con Gandaria, y »así cada una se va á su casa.» Ya ves tú, dicen que esto es que quiero echarlas á la calle, cuando yo te puedo jurar que mi idea era sólo que se casaran las tres, pues al fin son mis primas, y me alegraré de su felicidad. ¿No dicen que yo tengo coraje de que Paca se case, porque yo estoy en la situación en que estoy? Pues ahí verán que desearía que se casaran todas.

»Sabrás que el amigo Ferré escribió que está formando una compañía de ópera, que trabajará en Barcelona este verano. Mi tía le ha escrito para ver si puede colocar á Candelita. Se irán las dos, y Valentina se quedaría con Paca. No sé lo que resultará; ya sabes las ilusiones que mi tía tiene con el teatro, y más que el profesor de Can-

delita dice que él responde del éxito. Yo no veo las cosas tan claras; veremos lo que contesta el amigo Ferré.

»Yo estoy deseando que vengas para que tú des tu opinión, no vayas luego á echarme á mí la culpa si hacen algo sin que tú lo sepas. Te lo aviso para que estés al tanto de todo lo que ocurre.

»Escríbeme mucho, y no olvides á tu mujercita que siempre está pensando en ti y te quiere cada día más, y desea verte muy pronto, tu—*Martina.*

»Un abrazo de mi madre. Te escribo á las mismas señas: ya te enviarán la carta. Iba á ponerte las señas del pueblo, pero no estaba segura, porque no me lo has dicho, y puede que vayas antes á otros. Dime adónde te he de escribir, y lo mejor es que te vuelvas cuanto antes. Yo cada día estoy más triste desde que estamos separados. Esto no es vivir. Adiós.»

«Pío de mi vida y de mi alma:

»Ayer te escribí, y aunque no he recibido carta tuya, te pongo estas cuatro líneas para decirte que te vengas en seguida, pues estoy muy disgustada por mil razones que te explicaré cuando estés aquí. No creas que esto que te digo es hablar por hablar; créeme que haces falta en ésta antes de que yo haga algún disparate. Hoy he tenido una disputa con mi tía: el porqué ya lo sabrás. No ha sido por lo de antes, sino porque yo he echado á la calle á tu amigo Gandaria, y mi tía dice que esto es una falta de educación, y que una señora no debe de proceder así. Yo no admito lecciones de nadie y sé de sobra lo que me hago.

Cuando te enteres me darás la razón. Me río yo de los amigos; ya te convencerás de que para un hombre no hay mejor amigo que una mujer que le quiera, pues todos los amigos son falsos, y no respetan nada en cuanto se les deja dos dedos de luz. En fin, no me queda tiempo para más, pues quiero que mamá lleve esta ahora mismo al correo.

»Adiós, recibe muchos besos y abrazos y caricias de tu fea, que te adora.—*Martina.*

»Te ruego y te suplico que te vengas en cuanto recibas ésta, aunque dejes abandonados tus asuntos. Todo eso que tienes entre manos es pura tontería. Ya te diré lo que se me ha ocurrido, y verás qué felices vamos á ser si tú quieres seguir mis consejos. Adiós, otro abrazo muy fuerte de la esclava Esma. ¡Dios sabe las que me estarás jugando!»

«Pío idolatrado:

»Dos días sin tener carta tuya y sin saber si sigues bien ni dónde estás. ¡Nada! Como si te hubiera tragado la tierra. Dime si tengo razón para ofenderme, cuando yo sólo pienso en ti y sería capaz de hacer por ti los mayores sacrificios.

»Si no me contestas á ésta, creeré que te ha ocurrido alguna desgracia, y aunque sea empeñando todo lo que tengo, me voy á buscarte. Esto no puede seguir así ni un día más por los disgustos que sabes. Además, ya no tengo un cuarto, pues lo que mi tía me dió, se ha acabado hoy mismo. Ella tiene, porque ha recibido la pensión de Murcia; pero ahora guisa aparte para las cuatro, y mamá y yo comemos solas. Se les ha puesto así en la cabeza; ¿qué se le ha de hacer?

»Si me veo muy apurada, empeñaré el relojito; pero por Dios te encargo que no te entretengas ni un día más. Ten siquiera consideración por el estado en que me encuentro.

»Todo el día pensando en ti, y tú desde que te fuiste no me has escrito más que unas cuantas líneas. Yo quisiera convencerte de lo muchísimo que te quiero y de lo que soy capaz de hacer por ti. Creo que por tu cariño voy á hacer cosas muy grandes en el mundo. Ahora estoy viendo á ver si acierto á componer algunos versos, porque sé que te gustan. He emborronado la mar de papel, pero no me salen á mi gusto; yo creía que era fácil hacerlos cuando veía cómo los escribes tú; pero es muy difícil, sobre todo para mí, que no sé. Ya me enseñarás tú, á ver si salgo poetisa, pues esto me gustaría mucho más que el piano, que lo sabe tocar todo el mundo; y además que para aprender á tocar bien, bien, hay que tener mucha paciencia.

»Aunque te rías de mí, te voy á poner un verso de los que he escrito hoy. Es una tontería, pero lo que digo lo siento de corazón.

»Si dando mi vida, yo
salvar tu vida pudiera,
aun sufriendo atroz martirio,
con toda mi alma la diera.

»Te ruego mil veces que no te estés ahí con esa calma, que parece que no te acuerdas de que yo estoy en el mundo. Y luego para nada, porque todo eso no sirve para nada; pues yo tengo pensada otra cosa que nos conviene más que seguir

en Madrid como estamos. Ya te lo explicaré, y supongo que será de tu agrado.

»Mamá te envía un abrazo, y yo toda mi alma y mi vida envuelta en un millón de besos de tu mujercita que te idolatra.—*Martina.*

»Ya ves que no te escribo más porque no cabe. No sé si entenderás estos renglones cruzados. Sí los entenderás. Adiós, feo mío.»

Así decían las cartas, y Pío Cid las leyó no se sabe cuántas veces con gran atención por ser las primeras que Martina le había escrito y parecerle muy superiores á lo que de ella podría esperarse; luego se quedaba con ellas en la mano mirándolas todas juntas, que formaban un buen legajo; y moviendo la cabeza como si se diera la razón á sí mismo por algo que pensara, ó se la diera á Martina por lo que había escrito, decía:

—Esta terrible criatura me ha puesto la casa patas arriba en veinticuatro horas. Hay que ir sin tardanza y ver si esto tiene compostura, que sí la tendrá. Desde luego Martina no dice lo que ha ocurrido, pues por lo que ella dice no iba doña Candelaria á hacer lo que ha hecho. Por poco aguante que tuviera, hubiera esperado mi regreso. En fin, bueno está por hoy; mañana será otro día y estaremos todos en Madrid y veremos..... Pero ese tonto de Gandaria..... ¡Bah!

Después de la visita al Gobernador volvió á su casa; arregló en un segundo su maleta y se despidió, encargando que la llevasen á la oficina de los coches á la hora de salida. Vino á buscarme, y juntos nos encaminamos, dando un paseo, á la

fuente del Avellano, donde aquella tarde había asamblea literaria. No era una reunión casual, puesto que los poyos de la famosa fuente Agrilla estaban ya en aquella sazón lustrosos y un tanto desgastados de prestar servicio á los literatos y artistas granadinos, que habían convenido en reunirse allí todas las tardes para beber agua pura y fortaleciente y hablar de todo lo divino y lo humano con la apacible serenidad que infunde aquel apartado y silencioso paraje. Nosotros llegamos los últimos, y hallamos la asamblea en pleno. Además de Antón del Sauce y Paco Castejón, con quienes nos reunimos en el camino, estaban allí los dos Gaudentes, Feliciano Miranda, el poeta Moro, Juan Raudo, Montero el menor y Eduardo Ceres. Todos conocían á Pío Cid por haber comido juntos en la Alhambra, excepto el hijo de Gaudente, que era estudiante de Derecho y aspirante á escritor, y Eduardo Ceres, excelente joven, cuya mayor habilidad consistía en dar las noticias antes que nadie, por lo cual le llamábamos en broma *Don Teléfono*.

—Hoy tenemos gran novedad literaria—dijo Castejón aspirando con las narices dilatadas el airecillo fresco que subía de la umbría del Darro. —Se puede perdonar el trote que hay que dar para venir aquí sólo por oir la tragedia que ha escrito éste (señalando á Sauce).

—¿Tragedias á estas horas?—dijo Miranda.

—No hay que exagerar—rectificó Sauce;—es un articulejo más para la colección de *Tragedias vulgares* que voy á publicar.

—Pues Moro—agregó Miranda—trae también terminado su poema. Esto va á ser el acabóse.

—¿Que poema es ese?—pregunté yó.

—Es el mismo que tenía empezado, el de *Los olivares*—me contestó Moro.—Yo estoy condenado á vivir siempre entre olivos.

—Lo mejor—añadió Gaudente el viejo—es que yo estoy oyendo hablar de ese poema desde hace tres años, y aun no conozco ni un verso. Hijo, acábalo de desembuchar y no nos amueles más con ese parto de burra.

—Ea, comience el fuego—dijo Castejón.—Yo, si queda tiempo, os leeré el comienzo de una historia morisca que estoy sacando de unos papeles viejos que he comprado en un baratillo.

Después de tomar sendos vasos de agua, sentados todos al amor de la fuente, nos preparamos para saborear la varia é interesante lectura de aquel día memorable. Gaudente el viejo leyó su célebre proclama poética, y pudiera decirse patriótica, titulada *¡Viva la mantilla!*, en la que se cantaban las excelencias de la mantilla y se fustigaba sin misericordia el ridículo sombrero, inventado por las mujeres feas para sombrearse la cara, moda funesta que acabará por dar al traste con el carácter de las mujeres españolas; Moro, su poema *Los olivares*, en el que describía con extraordinaria riqueza de colorido las fiestas populares que se celebraban antiguamente á la sombra de los olivos, en particular los de San Antón y San Miguel, que ya van, por desgracia, desapareciendo, y Sauce el artículo elogiado por Castejón. Así estos trabajos como los que se leyeron más tarde, son dignos de alabanza y de que se los busque para leerlos en las Revistas de aquella época,

puesto que todos fueron publicados. Yo sólo he de insertar, por convenir á la mejor inteligencia de mi historia, el del impresionista Sauce, dejando la apreciación de su mérito al buen juicio del que leyere. Helo aquí:

«JUANICO EL CIEGO.

(Tragedia vulgar.)

»Hace algunos años iba por las calles de Granada un pobre ciego, llevando de la mano á una niña preciosa. Aunque vivía de la caridad pública, no era mendigo callejero. Si algún transeunte le ofrecía una limosna, él la aceptaba, diciendo: «Dios se lo pague y Santa Lucía bendita le conserve la vista»; pero pedir, no pedía nunca, porque tenía casas conocidas para todos los días de la semana, en las que recogía lo suficiente para vivir.

»Llamábase Juan de la Cruz, y todos le decían Juanico *el Ciego* ó Juanico *el Malagueño*; la niña que le servía de lazarillo era hija suya y se llamaba Mercedes, y ambos formaban una pareja muy atractiva.

»Juanico no era un pobre derrotado y miserable, de esos que inspiran tanta repulsión como lástima, sino que iba siempre limpio como los chorros del agua. Vestía invariablemente un traje de tela de lavar muy blanca, y sólo en los días en que apretaba mucho el frío se ponía encima de su vestimenta veraniega una cazadora remendada, de color pardusco, con coderas de paño negro y adornos de trencilla muy deshilachados.

»Era hombre todavía joven y podía pasar por buen mozo. Se había quedado ciego de la gota serena, y sus ojos, aunque no veían, parecían ver. Eran ojos claros y sin vista, que daban al rostro una expresión noble y grave, realzada por el esmero que ponía Juanico en ir siempre muy bien afeitado.

»La hija del ciego, Mercedillas, era un primor de criatura, á la que muchos de los que socorrían al ciego hubieran gustosamente recogido para quitarla de aquella vida peligrosa.

»—Esta niña va siendo ya grande—le decían. —¿Qué va usted á hacer, Juanico, con ella cuando crezca un poco más? Sería una lástima que esta criaturica tan mona se le echara á usted á perder.

»—Ya veremos, ya veremos—decía el ciego;—no tiene más que diez años; todavía es una mocosa.

»Y estaba siempre preocupado con lo que había que hacer con aquella niña, que era lo único que tenía en el mundo y que para él era más que una hija: era su alma y el único testigo de la historia dolorosa que el infeliz ciego llevaba incrustada en todo su sér.

»Nadie hubiera dicho al verle tan calmoso y, al parecer, tan contento, que aquel hombre vulgar llevaba á cuestas el recuerdo indestructible de una terrible tragedia.

»Juan de la Cruz había nacido en Málaga, en el barrio del Perchel, y quedádose huérfano de padre y madre cuando era muy niño. Una familia pobre le recogió y le crió, auxiliada por otras familias del barrio. El muchacho creció como planta

silvestre, sin que nadie se cuidara de dirigirle; pero debía de ser naturalmente bueno, pues desde que pudo trabajar quiso aprender un oficio, y no á uno, sino á varios se aplicó con la mejor voluntad.

»Estuvo en una carbonería, metido entre el carbón y el cisco, hasta que, harto de tizne, se decidió á entrar de aprendiz en una cerrajería, deseoso de tener un oficio formal, y, por último, se dedicó á zapatero.

»Se había establecido entonces en Málaga, en un portalillo de mala muerte un zapatero llamado Paco *el Sevillano*, con tan buena suerte, que muy pronto tuvo necesidad de meter quien le ayudara. Juanico fué el primero que entró en aquella casa, y no tardó en pasar de aprendiz á oficial y en disponer de un salario seguro, con el que pensó desde luego que podría casarse y tener casa propia.

»—Pero el noviajo que tienes con *la Perdigona* —le decía algunas veces su amo—¿es cosa formal?

»—¿Que si es formal, D. Paco?—respondía él.—Ya lo verá usted en cuanto salga libre de quintas, si salgo. Creen que no es formal porque mi novia es hija del borrachín de su padre; pero nadie puede elegir familia, y la Mercedes vale más oro que pesa.

»En esto llevaba razón Juanico, porque su novia, á la que él le hablaba desde muchacho, era la flor y nata del Perchel, y digna, por lo guapa, hacendosa y decente, de casarse, no ya con un oficial de zapatero, sino con un título.

»Cuando á Juanico le tocó ir á servir al Rey

estaba en su golfo la guerra de Cuba, la de los diez años, y quiso la mala suerte que á él le tocara pasar el charco. Y allá se fué, jurando antes á su novia que si no lo mataban volvería y se casaría con ella, y ella le juró que lo esperaría aunque fueran veinte años, pues, ó se casaba con él, ó no se casaba con nadie. Porque entre ellos no mediaban sólo palabras, sino compromisos graves, y á decir verdad, más que novios eran marido y mujer, pues á los seis meses de irse Juanico tuvo la Mercedes una niña, que era el vivo retrato de su padre.

»En los apuros que pasó la muchacha durante la ausencia de su novio y marido contó con la protección de D. Paco, que era hombre de muy buenos sentimientos. Trabajaba *la Perdigona* en todo lo que le salía, y cuando más ganaba era cuando llegaba «la faena», la época del embale de las naranjas para la exportación; pero esto no era fijo, y D. Paco la decidió á que trabajara para la zapatería, que ya no era el primitivo portal, sino una tienda muy grande, convertida después en el establecimiento casi lujoso de *La punta y el tacón*, uno de los más populares de Málaga. Mercedes aprendió pronto el oficio de aparadora, y andando el tiempo pudo emanciparse del yugo de su padre, que le daba muy mal trato, y vivir sola con su niña, sin salir más que á compras ó á entregar su tarea.

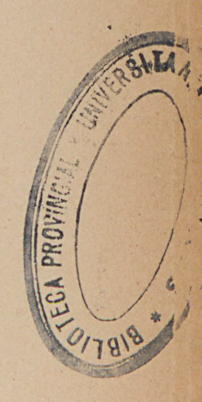
»—Cuando venga tu marido—le decía el amo,—vais á estar mejor montados que el Gobierno. Dos jornales seguros, y luego lo que él traiga.

»—¿Cree usted que traerá cuartos?—preguntaba

Mercedes.—Lo que yo quiero es que venga pronto y que no me lo hayan cambiado, porque algunos vuelven con unos humos.....

»Volvió, en efecto, Juanico, y volvió con humos. Los primeros días daba pena de oirle mezclar en su lenguaje natural algunas palabras nuevas que había recogido al revuelo, y hablar de su «masita» como si trajera un moro atado. Pero á pesar de todo, Juanico era franco y no contaba hazañas fingidas. Él había salido muy poco á operaciones, y aunque había sentido las balas cerca, disparadas por enemigos invisibles, no se había echado jamás á la cara un insurrecto. Estuvo casi siempre en un ingenio al que nunca se aproximó el enemigo; los propietarios de la finca eran muy generosos y le habían tratado á él y á sus camaradas á cuerpo de rey; había ahorrado el plus de campaña y un poco más; y, en resumen, al terminar la guerra se halló con una pequeña fortuna.

»Aunque la mayor parte estaba en pagarés, en los que perdió más de la mitad, le quedaron libres unos ocho mil reales, largos de capellada; para él casi un capital.



»—Ahora lo que debes hacer—le dijo el amo, que le recibió con los brazos abiertos,—es comprar con ese dinero una casa para vivirla. Tú no sabes lo que vale no tener que pagar casa. Luego sigues trabajando aquí, si quieres, y te casas con la que es ya tu verdadera mujer, que es una mujer para un pobre, y si llega el caso para un rico, porque te aseguro, ahora que la he tratado, que la Mercedes es una perla. Mi mujer

la quiere como si fuera de la casa, y tiene empeño en ser la madrina.

»—Ya veremos, ya veremos—contestó Juanico. —Yo había pensado establecerme.

»—Pues si lo haces ándate con ojo, no vayas á perder tontamente lo que te ha costado exponer la salud y la vida.

»Juanico no lo decía; no se atrevía á decirlo. Pero desde que llegó á Málaga y fué á ver á sus amos, tenía el diablo en el cuerpo. Había visto á Manuela, la hija de los zapateros, que cuando él se fué estaba recién vestida de largo, y ahora estaba hecha una mocetona, y al verla había tenido una idea, que debía ser la causa de su perdición. Menos mal si se hubiera enamorado; esto tendría disculpa. No se enamoró, sino que sintió el deseo de igualarse á sus antiguos amos. Mercedes era al fin y al cabo *la Perdigona*, y aunque él la quería, ya, después de ver mundo, comprendía que el querer es una farándula. Lo esencial era tener patacones y mezclarse con buena gente para tomar la alternativa y darse aires de caballero.

»Todo esto lo tendría él, ó podría tenerlo, estableciéndose y casándose con Manuela. Mercedes era más guapa, eso sí; pero Manuela era una señorita bien educada, y la educación vale más que la guapeza.

»—La única dificultad—decía—está en este maldito compromiso..... Si yo fuera libre del todo..... Pero con este lío estoy como si estuviera casado....., y hasta con una hija, que, aunque no lleva mi apellido, es mía; esto no hay perro ni gato que no lo sepa.

»Estas cavilaciones le agriaban el carácter á Juanico, y Mercedes era la que pagaba los vidrios rotos. Comenzaron los insultos, y vinieron después los golpes; al principio no hablaba claro, porque comprendía que no llevaba la razón; pero después su egoísmo se hizo tan brutal que á todas horas estaba describiendo el cuadro de dichas y prosperidades que él podía disfrutar casándose con la hija de los amos; la conclusión era siempre maldecir el día y la hora en que conoció á *la Perdigona*, á la que muchas veces, no contento con maltratarla, la echaba con su hija á la calle.

»Tomó, por fin, en traspaso una zapatería bastante desacreditada, y entonces se fué á vivir solo, para hacer ver que la Mercedes era para él cosa de pasatiempo, y comenzó á propalar él mismo, ya que no se atrevía á decirlo directamente, que estaba en relaciones formales con la hija de don Paco. No por esto dejaba de visitar á Mercedes y de martirizarla, como si se hubiera propuesto quitarle la vida á disgustos. Á dejarla no se atrevía, y á decir verdad, no sería capaz de hacerlo, pues de pensar que ella pudiera irse con otro hombre, los celos se lo comían. Ya dije que á Juanico se le metió el diablo en el cuerpo; sólo así se explica este amor que él sentía realmente por la Mercedes y este deseo de quitársela de encima y este afán de matarla poco á poco para que nadie le sucediera en el corazón de aquella infeliz mujer.

»Aunque él era tosco, á veces se echaba una ojeada por dentro, y se veía tan bajo y tan ruin, que se arrepentía, y pensaba que quizás sería mejor casarse con Mercedes y trabajar los dos unidos

en la tienda y prosperar y ser muy ricos sin deberlo al auxilio de nadie. En estos momentos cogía á Mercedillas en brazos y la mecía, y la arrullaba, y se echaba á llorar, y le bañaba al angelito el rostro con lágrimas, mientras la madre viéndoles venía y los abrazaba á los dos, y decía:

»—Juan, tú eres bueno, tú eres siempre el mismo. Ayer le recé á la Virgen para que te quite esos fantasmas de la cabeza.

»Pero después volvía á aparecer el fantasma, y con que Juanico fuera un momento á casa de don Paco, y viera á Manuela, y formara de nuevo su castillo de naipes, volvían los malos tratamientos, y cobraba mayor brío la idea fija que atormentaba al ambicioso desventurado:

»—Aunque yo fuera inmensamente rico nunca sería nada, porque al fin Mercedes sería siempre *la Perdigona*.

»El martirio de ésta no podía ser eterno, y un día, cuando menos lo esperaba Juanico, la víctima anocheció y no amaneció. No se fué con nadie, sino que se fué derecha á una casa de mal vivir; no pudo irse con nadie, porque á nadie le había hecho nunca caso, aunque no faltó quien la solicitara, y al irse se fué á la primera casa que le abrió las puertas. Así, aun hundiéndose en el vicio, podía decir *la Perdigona* que había sido fiel á su amante. Otra mujer hubiera pasado de mano en mano, como zarandillo de bruja; pero la Mercedes no era una mujer como las otras, era mucho mejor; y cuando vió que el hombre á quien ella quería era tan malo, pensó que los demás serían peores, y sin repetir la prueba se tiró al barro. Y

Juanico no la buscó, y aunque la quería, no sintió celos. Quizá si se hubiera ido con otro la hubiera buscado para matarla.

»El vulgo se puso de parte de Juanico. Veía en él un buen hombre, que, á pesar de haber vuelto con dinero, no había querido abandonar á *la Perdigona*, y el pago que había recibido era que ésta hiciera al fin de las suyas. La cabra tira al monte, y Mercedes era de mala casta para que saliera buena. Hasta se comprendía ahora la razón de las palizas que Juanico le propinaba á diario, y que sin duda serían para corregirla. Pero todo había sido inútil. ¡Condenadas mujeres!

»Sólo D. Paco no se dejó engañar; y aunque nada dijo por lo pronto, cuando supo que Juanico pregonaba por todas partes que era ya cosa decidida su casamiento con Manuela, le llamó á capítulo y le habló con su cachaza de costumbre:

—Oye tú, Juanico, ¿es cierto que andas por ahí anunciando que te vas á casar con mi hija?

»—La gente dice lo que le da la gana—contestó Juanico.—¿Qué más quisiera yo?..... Pero.....

»—Cuando corren las voces por algo será—le interrumpió D. Paco.—Nadie más que tú tiene interés en decir esas cosas, y, la verdad, me ha escocido que tengas tan poco respeto á esta casa. Tú tienes tu mujer, porque, aunque no os hayan echado las bendiciones, para mí esto no compone nada, y la Mercedes es mujer tuya y madre de tu hija..... Yo he sido pobre y no te despreciaría por cuestión de intereses; pero aunque trajeras el oro y el moro te pararía los pies y te haría volver á tus obligaciones.

»—Pero D. Paco—replicó Juanico,—parece que no sabe usted lo que esa mala pieza ha hecho conmigo; para mí ella es ya como una piedra que se va á lo hondo del mar. ¿Qué quiere usted que yo haga con una mujer tan sinvergüenza?

»—Mercedes era buena como el pan, y tú la has hecho mala—contestó D. Paco.—¿Crees tú que yo no entiendo la aguja de marear? Yo sé lo que tú has hecho con esa infeliz. No te digo que la recojas, porque esta es cuenta tuya. Déjala si quieres que corra su mala fortuna y tú arréglate á vivir con tu hija como Dios te dé á entender..... Yo te he querido siempre, porque eras un buen muchacho; pero ahora te veo con malos ojos, sin poderlo remediar, y lo único que te pido es que no aportes más por las puertas de mi casa. Mucho me duele decírtelo, pero no me gusta hacer dos caras.

»—Pero D. Paco—suplicó Juanico temblando,—eso es como quien dice leerme la sentencia de muerte..... Yo, que no he tenido nunca más padre que usted.....

»—¡Quién sabe si más adelante—dijo D. Paco,—volveremos á ser lo que éramos! Yo hablo de ahora, y ahora no quiero que pongas más los pies en mi casa.

»Fué aquel día el más amargo de la vida de Juanico. No sólo porque vió que todo el mal que había hecho era inútil, sino porque las palabras de D. Paco le parecían la voz de su propia conciencia. Aquella noche no durmió asustado de la soledad en que se encontraba y atormentado por el bullir de la sangre que parecía arderle en las venas. Por la mañana notó cierto malestar en los

ojos, y vió que la casa se iba poniendo obscura como si volviera á anochecer. Se levantó y abrió las ventanas, y aun veía menos; y, por último, no vió nada.

»Despertó á Mercedillas, y comenzó á hacerle preguntas, sin que la criatura comprendiera lo que le preguntaban; después llamó á una vecina, que era la que venía á limpiarle el cuarto, á guisar y á tener cuidado de la niña, y la vecina tampoco supo darle explicación de aquella repentina ceguera. Los ojos estaban naturales, aunque un poco apagados y como eclipsados; pero á primera vista no se notaba cambio alguno. Y sin embargo, Juanico estaba ciego para siempre.

»Todo lo que tenía, y aun lo que le dieron por el traspaso de la tienda, lo gastó en curarse, y no se curó.

»—Cuando yo tenga vista—decía—volveré á trabajar en casa de D. Paco y me dejaré de negocios. Cada uno nace para lo que nace, y yo he nacido para ganar un jornal y vivir con él, sin meterme en más ambiciones. Al menos si yo tuviera ahora una mujer que se interesara por mí.....

»Y á fuerza de darle vueltas en su majín á este pensamiento, decidió un día mandar á buscar á *la Perdigona*.

»No se hizo ésta rogar y vino en seguida, deseosa de ver á su hija, á la que todavía no le había perdido la calor. No así á Juanico, á quien casi lo tenía olvidado. Entró por las puertas del pobre cuarto y lloró al ver á su niña, á la que se abrazó fuertemente, en tanto que Juanico las buscaba á las dos y se cogía á ellas, diciendo:

»—Ya me daba el corazón que tú eras de ley y que vendrías. Mira la desgracia que ha caído sobre mí. Este es un castigo del cielo por lo mal que lo hice contigo. Pero ahora ya soy otro, y si Dios quiere que me cure, yo te juro que nos casaremos y que seré mejor que nunca.

»—Válgame Dios—exclamó *la Perdigona*,—ha sido menester que te quedes ciego para que me quieras.....

»—Yo siempre te quise—contestó Juanico,—eso te lo juro por la salud de la niña. Fué una mala hora que me vino, y ya ves qué caro lo estoy pagando.

»Al decir esto, Juanico abrazaba contra su pecho á la Mercedes y sintió un olor penetrante á almizcle que tiraba de espaldas; fué á besarle la boca y le dió en el rostro una tufarada de tabaco. Quizás debió alegrarse de estar ciego para no ver el cambio que en unos cuantos meses había sufrido el rostro de aquella desventurada mujer. Así Juanico no la veía como ahora era, sino como antes fué, y lo único nuevo que notaba en ella eran los perfumes del vicio.

»—¿Qué olor endemoniado es ese que traes?—la preguntó.—Lávate y quítate eso de la cara.

»Ella cogió una jofaina y se lavó con agua clara, y comenzó á soltar la costra que se había ido formando de rodar por los lupanares. Pero los estragos que había sufrido por dentro, éstos no se limpiaban con agua; y aunque *la Perdigona* quiso de buena fe volver á ser la Mercedes de antes, no pudo conseguirlo, en parte porque ya había adquirido algunos malos hábitos, y más aún porque ahora nadie la respetaba.

»Juanico se casó con ella por tenerla más segura y por legitimar á Mercedillas. Él, por hacer algo, se dedicó á hacer soga, y Mercedes volvió á aparar en la zapatería de *La punta y el tacón*. Lo que debió ser antes era ahora, y el matrimonio vivía feliz. Juanico, escarmentado por la desgracia, era un santo para su mujer, y ésta parecía resignada con su cruz; á veces le entraban deseos de romper la cadena ó de divertirse con unos y con otros; pero pronto se arrepentía de sus malos pensamientos por lástima de su marido y porque, al volver á la vida honrada, se le iba despertando de nuevo su antigua dignidad.

»Sin embargo, después de algún tiempo de cumplir bien comenzó á torcerse. Era buena con su marido, pero sentía, sin explicárselo, un secreto deseo de venganza. Parece que una fuerza misteriosa la impulsaba á engañar al pobre ciego, no por gusto, sino más bien por necesidad de realizar una obra de justicia. La pérdida de la vista era un castigo que borraba las culpas de la soberbia, pero no un castigo de las villanías de que *la Perdigona* había sido víctima. Ella había sufrido antes y ahora y siempre, sin culpa, y tenía sed de desquitarse; y como no acertaba á hallar el medio de tener goces en la vida, se consolaba faltando á sus deberes, á disgusto, sólo por ser acreedora á pasar las penas que pasaba. En el alma de aquella mujer se había incrustado tan honda y ferozmente la idea de justicia, que, por parecerle injusto sufrir siendo buena, quería sufrir siendo mala.

»Juanico lo adivinaba todo y callaba. Un día

oyó subir á su mujer por las escaleras, y le pareció que no venía sola, y tuvo la idea de esconderse en una alacena, aprovechando la coyuntura de estar la chiquilla fuera, en casa de unos vecinos. Entró la Mercedes, y como no vió á nadie en la casa, salió un momento á avisar á su acompañante, que era un oficial de zapatero, llamado Bautista, muy amigo de Juanico.

»—No hay nadie—dijo la mujer.—Habrá salido con la niña á dar una vuelta.

»—¿Estás segura?—preguntó Bautista, á quien el ciego conoció al punto por la voz.

»Entraron en el dormitorio, y Juanico, loco de rabia, comenzó á buscar á tientas en los vasares del fondo de la alacena algunas herramientas de zapatero que él recordaba haber puesto allí; tropezó al fin con una cuchilla larga y tan fina por la punta que parecía una daga; la empuñó con fuerza, salió con sigilo de su escondite y se acercó andando muy quedo á la puerta de la alcoba; se detuvo un momento para escuchar y orientarse, y oyó tan bien, que casi se figuraba ver á los adúlteros. Entonces penetró como un rayo en el aposento y comenzó á dar cuchilladas en el lecho, en el aire, en las paredes. Así estuvo no se sabe cuánto tiempo. Las víctimas debieron de gritar, pues acudió el vecindario y la policía; pero cuando echaron abajo la puerta no hallaron vivo más que al ciego, que aún empuñaba en la diestra la cuchilla ensangrentada. En medio de la sala estaba Bautista el oficial con la cabeza cortada á cercén, y sobre el lecho *la Perdigona*, acribillada y destrozada que casi no era posible conocerla.

»Juanico fué á la cárcel, pero la justicia de los hombres le absolvió, y el mundo le absolvió también; porque el mundo y la justicia no veían más que la falsía de la mujer y la bondad del hombre que había recibido aquel ultraje en pago de la nobleza con que quiso regenerar á una mujer perdida. Pero Juanico se juzgaba de otro modo, y cuando libre ya se vió solo en su cuarto, pensaba: La pobre de Mercedes ha sido mala, es verdad....., pero ¿por qué fué mala? Y diciendo esto se abofeteaba el rostro y se gritaba á sí mismo: ¡canalla!

»No quiso Juanico seguir viviendo en Málaga, y, sin dar cuenta á nadie, cogió consigo á su hija y se vino á Granada con ánimo de dedicarse á pedir limosna. Ya había tomado algunos informes, y cuando llegó se fué derecho á la cuesta de la Alhacaba, y allí acomodó una casucha con los cuatro trastos que traía. Comenzó á adquirir relaciones, y como era mendigo decente y bien portado, casi daba gusto de socorrerle, aparte la obra de caridad. Pero Juanico no era ya ambicioso, y pedía sólo para vivir; se contentaba con las casas que fué adquiriendo y dejaba á otros menos afortunados el mendigar por las calles.

»Cuando su hija fué demasiado crecida para servir de lazarillo iba Juanico solo, llevando un perrillo atado de una cuerda. Mercedicas se quedaba en casa y el ciego procuraba estar fuera muy poco tiempo, pues su temor constante era que le ocurriera algo á aquella criatura. Como la Alhacaba no era sitio seguro decidió también mudarse, y se vino al Barranco del Abogado, donde alquiló una

cueva que tenía por delante un pequeño chamizo que le daba el aspecto de casa. La vecindad de este lado de la población tampoco era muy recomendable, pero no había casas de trato ni soldadesca; había gitanos, pero á la gitanería no le tenía miedo Juanico, porque los gitanos no roban muchachas.

»Salía por las mañanas á recorrer su parroquia del día, encargando á su hija que se estuviese encerrada. De vuelta se entretenían los dos en contar los ochavos, comer y charlar, y los domingos echaban una cana al aire yéndose á pasar el día al campo. Cuando vivían en la Alhacaba iban á las caserías del camino de Jaén, y en el Barranco, por estar más cerca, se iban á los ventorrillos del camino de Huétor. Pedían un jarro de vino, un plato de aceitunas, roscas tiernas y una torta salada para la niña, y á veces también, si había limosna extraordinaria, pescado frito ó chorizos extremeños, bocado favorito del ciego. Se sentaban á la sombra de un olivo y merendaban con sosiego y beatitud, salvo que Juanico se sobresaltara alguna vez cuando oía que alguien celebraba la belleza de su hija.

—»Mercedes, ¿quién es el que te ha dicho eso? —preguntaba el padre.

»Y la hija respondía casi siempre:

—»Es un señor viejo; yo no le conozco.

»En un ventorrillo vió á Mercedes un señor casi viejo que iba á remachar el clavo que Juanico llevaba atravesado en el corazón desde el día que mató á su mujer. Llamábase D. Gonzalo Pérez Estirado, y era de Sevilla; mejor dicho, era

montañés, establecido desde muy joven en Sevilla, donde había ganado una regular fortuna. Estaba retirado de los negocios, y vivía de sus rentas, sin pensar más que en darse buena vida. Había sido siempre el señor Estirado un buen hombre, aficionado á los goces de la vida doméstica, y condenado á no lograrlos nunca porque su mujer era de las que toman las enfermedades como cosa de entretenimiento, y aunque nunca tuvo enfermedad formal, milagro era la semana que no la visitaba el médico.

»Su marido, harto de tantas impertinencias, se acostumbró insensiblemente á buscar distracción fuera de casa, y con los años sucedió que no podía vivir sin tener, además de su mujer, una protegida, cuando no eran varias. De esta suerte, el señor Estirado, que había nacido para ser un modelo de cónyuges, se transformó, por culpa de su mujer, en hombre de apaños y tapujos; pero aun así fué siempre un hombre de bien, que ni arruinó su casa, ni dió escándalos, ni cometió graves tropelías. Sus devaneos estaban, como todas sus cosas, sometidas á un presupuesto rigoroso. Debajo del capítulo donde inscribía la suma con que contribuía á las procesiones de Semana Santa, estaba el capítulo destinado á la protección de doncellas desvalidas; y ambas cantidades eran fijas, aunque en caso de apuro el señor Estirado era capaz de sisar algo á las procesiones en beneficio de las doncellas.

»Fué invitado el ilustre y simpático montañés á pasar unos días en Granada por un amigo y paisano que estaba establecido en esta ciudad;

vino en el mes de Mayo, y se halló aquí tan á gusto que los días se convirtieron en semanas. Como se hospedaba en casa de su amigo, los dependientes de la tienda de comercio se encargaron de llevarle por todas partes para que no le quedase nada por ver.

»En una de estas excursiones conoció el señor Estirado á Mercedes, y apenas la vió la echó el ojo y se propuso no dejarla escapar. Su idea no era mala, puesto que, al saber que aquella niña era hija del mendigo, pensó recogerla á ella y á su padre, para que éste no tuviera que pedir más limosna y para hacer de la hija una señorita de mérito.

»No quería el señor Estirado perder el tiempo, y decidió valerse de una mujer hábil en oficios de tercería, cuyo nombre y señas le dió uno de los dependientes. Era ésta una mala vieja, conocida por el apodo de *la Gusana*, y vivía en el Plegadero Alto, cerca de la parroquia de San Cecilio; tenía fama de alcahueta, y su fama no era usurpada, sino fundada en una brillante hoja de servicios, que tiempos atrás hubieran bastado para que emplumaran á la bruja.

»El señor Estirado se avistó con ella, y en pocos minutos estuvo firmado el pacto de tercería mediante la oferta de veinticinco duros, de los que cinco fueron adelantados en señal. Y *la Gusana* comenzó aquel mismo día sus indagaciones, y supo cuanto tenía que saber sobre las entradas y salidas del ciego para trabajar sobre seguro. No desplegó ningunas artes nuevas, sino las eternas y conocidas de la adulación y los ofrecimien-

tos, y Mercedes se dejó embaucar como cualquiera otra muchacha se hubiese dejado en las condiciones en que ella se encontraba. ¿Qué iba á hacer ella el día que le faltara su padre? ¿Irse á servir y á penar bajo el poder de indecentes señoritos que tampoco la respetarían? ¿Ajarse á fuerza de fregar y barrer, cuando tenía una cara como una rosa de Mayo y era digna de vivir metida en un fanal? Siquiera el señor Estirado era un honrado caballero, que sería como un padre para la muchacha; se la llevaría á Sevilla y le daría educación, y quién sabe si se casaría con ella y le dejaría toda su fortuna, puesto que no tenía hijos y se iba á quedar pronto viudo, porque la mujer estaba, como quien dice, dando las boqueadas.

»Lo más doloroso para Mercedes era abandonar á su padre; pero esto sería por muy poco tiempo, pues en cuanto el ciego se hiciera cargo de la razón se iría también á Sevilla y no tendría que mendigar más.

»Salió el ciego una mañana, y cuando volvió se encontró el nido sin pájaros. Pero lo que no averigüe un ciego no lo averigua nadie, sobre todo si el ciego tiene un perrillo de buen olfato. Aquel mismo día supo Juanico toda la verdad. Supo que su hija había ido á la estación, y supo que iba camino de Sevilla en compañía de un señor muy respetable; le dió la corazonada de que el ladrón era uno que había hablado con Mercedes en un ventorrillo, y por el ventorrillero supo quiénes eran los dependientes que con el ladrón iban y la tienda en que estaban. Todo lo supo excepto el nombre de la alcahueta, porque *la Gusana* era

maestra en su arte y no dejaba nunca ningún cabo suelto.

»Pensó Juanico ir á Sevilla; pero cuando se fué enterando de las buenas prendas que reunía el señor Estirado, y de que aquella desgracia quizás haría la felicidad de su hija, dejó que á ésta se le cumpliera su sino. Mucho le dolía verse tan solo, sin más compañía que el perrillo; algunas veces lo abrazaba y besaba diciendo:

—»¡Por qué no dispondrá Dios que sean perros los hijos que tenemos los hombres!

»Así resumía el pobre ciego su idea menguada de la humanidad.

»Mas para colmo de desventura hasta el perro le faltó, porque aquel verano cogió la estricnina en la calle y murió después de una agonía horrible. También Mercedes había muerto para su padre, porque le dieron el veneno de la seducción envuelto en palabras melosas. La muerte del perro fué la gota que hizo rebosar el vaso de la amargura, y aquella misma noche decidió Juanico dar fin á su calvario.

»Por los Mártires, tanteando con su cayado, se encaminó á la placeta de los Aljibes; se acercó al Cubo de la Alhambra y escuchó para convencerse de que no había nadie. Se subió en el pretil, y enarbolando el grueso garrote lo blandió con furia y lo lanzó al aire como si quisiera dar un palo á los cielos. Oyó el eco de un golpe, por el que midió lo hondo del abismo que tenía delante, y entonces, con una audacia sobrehumana, sin que le impusiera temor aquel vacío, se echó á volar con los brazos abiertos. Y como Juan de la Cruz iba

siempre vestido de blanco, al verlo en el aire se hubiera dicho que no era un hombre, sino una cruz blanca que caía á la tierra.

»A poco se oyó en el silencio de la noche un lamento que no parecía proferido por una garganta. Era como un lamento de la tierra al chocar con un hombre.

»Y no se oyó nada más.»

—Bravo, bravísimo—gritó el poeta Moro, que era el más entusiasta de la reunión.—Eso es hermoso, fuerte y definitivo. Sauce, eres un barbián.

—¿Qué le parece á usted esa tragedia, señor Cid?—preguntó Miranda con aire satisfecho.

—Me parece admirable—contestó Pío Cid,—tanto ó más quizás que á todos ustedes, porque yo conocí á Juanico el ciego y le veo ahora retratado de mano maestra.

—¿Usted le conoció?—preguntó Sauce con interés.

—Digo que le conocí—afirmó Pío Cid con misterio,—y no sólo le conocí, sino que sabía la historia que usted nos ha contado y algo más que usted acaso no sepa.

Y ante el movimiento de expectación de la asamblea, Pío Cid comprendió que iban á rogarle que contara lo que sabía, y antes que se lo rogaran lo contó en los términos siguientes:

—Juan de la Cruz iba á mi casa, y le llamábamos el ciego de los lunes. Yo hablé con él muchas veces y mi madre hacía subir casi siempre á Mercedillas para darle algunas prendas de vestir, pues estaba enamorada de la bondad y de la modestia

de aquella niña, que entonces no tendría arriba de seis ó siete años.

Juanico le contaba á todo el mundo su historia, pero no decía nunca que hubiera matado á su mujer, sino que ella le abandonó. Sin embargo, nosotros supimos la verdad, porque un día vino á buscar á mi padre un señor de Málaga, que se extrañó de ver al ciego á la puerta, y nos dijo que aquel pobre era paisano suyo, y que había huído de su tierra á consecuencia del crimen que había cometido. Es hombre de historia—añadió,—y el pobre parece que tiene maldición porque es hijo del crimen. Aunque no tiene apellido se sabe, ó por lo menos lo decía la mujer que lo crió, que su padre era un caballero muy rico, que después de una vida licenciosa se encastilló en una de sus posesiones acompañado de una hija que había tenido, se ignora con quién, aunque de fijo no sería con ninguna mujer buena. Dicen, no sé si esto será verdad, que el padre se enamoró de su hija, y que el fruto incestuoso de estos amores fué Juan de la Cruz.

Yo estudiaba entonces literatura clásica, y se me ocurrió sin esfuerzo comparar al ciego y á su hija con Edipo y Antígona, y aun recuerdo que empecé á componer una relación en la que además de lo sucedido ponía yo nuevas calamidades, algunas de las cuales ocurrieron, según se desprende de la última parte de la tragedia que hemos escuchado; pues yo suponía que Antígona, ó Mercedes, era engañada por un Tenorio canallesco de los que ahora se estilan; que el ciego se suicidaba desesperado y que Mercedes se quitaba

la vida también, juntamente con un hijo que tuvo. Porque mi idea era demostrar que después de la proclamación de la ley de gracia, hecha por Esquilo en su trilogía de *Orestes*, y aun después de la redención del género humano, realizada en el Gólgota, continuaba regido el mundo por la ley de sangre, y era necesario, fatal, que Juan de la Cruz y su descendencia, y los que á él se ligaran, todos perdieran violentamente la vida.

—Me ha dado usted una gran idea—dijo Sauce,—y creo que voy á modificar mi artículo, para añadir lo referente al nacimiento del ciego y explicar así sus infortunios por la influencia de esa irremediable fatalidad.

—Me parece bien que lo hagas—añadí yo,—porque, á mi juicio, la clave del trabajo está en el nacimiento, no porque fuera criminal, sino porque siendo Juan de la Cruz hijo de un caballero rico, se explica la ambición, que le acometió de repente, de ser rico y caballero.

—Yo opino al contrario—replicó Pío Cid;—que lo mejor es no cambiar punto ni coma en ese trabajo. Tal como está es como un tajo de carne cruda, y si se hace la alusión á la leyenda de Edipo, parecerá que el artículo está calcado en la tragedia clásica. Y luego que no bastaría añadir unos párrafos por el principio, sino que habría que rehacer todo el artículo, porque al tomar cierto corte clásico exigía líneas más severas y habría que suprimirle algunos rasgos demasiado realistas. Cuando un escritor cambia de punto de vista, ha de cambiar también de procedimiento, y si tiene la obra á medio hacer, no debe de remendarla, sino destruirla y hacer otra nueva.

Cada cual dió su parecer, y la mayoría estuvo conforme con Pío Cid, y Sauce se convenció al fin de que lo mejor era no tocar al artículo. Entonces me tocó á mí el turno, pues mis amigos quisieron que les leyera un poemita que les dije que había compuesto. A mí me tenían en la reunión por periodista, con mis puntas de político ó de sociólogo; y no sé si á causa de este prejuicio, ó porque mis versos fueran malos de verdad, me condenaron sin apelación á escribir toda mi vida artículos de fondo; pues, como decía Gaudente el viejo, no se debe mezclar el verso con la prosa. El poemita en cuestión era endeble, como primerizo, y lo rompí en un momento de coraje; pero daré idea del asunto por si otro poeta puede escribir sobre él con mejor plectro. El título era *Bodas de Genilio y Daura*, y su complexión puramente descriptiva y casi dijérase hidrográfica, puesto que se describía el curso del Genil y del Dauro, desde su nacimiento hasta que se juntan en Granada, y el viaje que emprenden, ya unidos, por toda Andalucía, hasta que, mezclados con otros ríos, pero sin confundirse con ellos, van á morir en el mar. Sin embargo de la gran importancia que tenía la descripción, lo esencial no era lo descriptivo, sino lo simbólico. Imaginaba yo las márgenes del Genil pobladas de ninfas de cabellera negra, quemada por el sol. Una de ellas se enamora del astro del día, recibe un beso de él y engendra un hijo, Genilio, que es proclamado rey de las ninfas morenas. Las márgenes del Dauro á su vez estaban habitadas por geniecillos rubios, casi albinos, por vivir siempre á la sombra de las avellaneras. La luna

se enamora de un geniecillo, y desciende una noche y da á luz en las aguas de un remanso una hija, Daura, que es proclamada reina de los geniecillos rubios. Genilio y Daura viven en perpetua orgía; pero no son felices, porque les falta lo más bello que hay en la vida: amor. Genilio, rodeado de morenas, desea amar á una ninfa rubia, y Daura, rodeada de rubios, sueña continuamente en un geniecillo moreno. Ambos se adivinan, aunque los separa la montaña roja, la Alhambra; ambos se aman sin haberse visto, y el amor les impulsa á ponerse en movimiento con sus cortejos respectivos de geniecillos y ninfas. Júntanse los dos amantes y las dos comitivas, y comienza el alegre viaje de bodas; cuanto más andan, la algazara es mayor, porque se agregan nuevos convidados; pero la tierra que van dejando atrás se va quedando muy triste. Genilio y Daura derraman la alegría por todo el suelo andaluz; pero esta alegría la han robado á Granada, y Granada les ve partir como las madres que despiden á sus hijos en el viaje de novios.

Este era el poema en sustancia, y tengo el orgullo de estampar aquí que Pío Cid, aunque nada aficionado á los simbolismos, fué el único que halló buena mi obra, y en particular la idea, á su juicio felicísima, de poner en la región alta andaluza el sér íntimo, grave, de Andalucía, y en la baja el sér exterior, alegre, y de explicar cómo el uno tiene su origen en el otro. Asimismo me defendió de los ataques que me dirigieron los censores de la asamblea por ciertas libertades métricas que me permití, y aseguró que un poeta sin-

cero está autorizado para poner en los versos el número de sílabas que se le antoje y para colocar el acento donde le dé la gana, pues lo que vale es la emoción, la claridad, la vibración y la sonoridad interiores, espirituales de la obra, y no los perfiles mecánicos que han pasado ya á la categoría de abuelorios.

—De suerte—preguntó el poeta Moro, que había censurado acerbamente mi poesía,—que usted no establece de hecho ninguna diferencia entre el verso y la prosa.

—Existe siempre una diferencia—respondió Pío Cid.—El verso es prosa musical, sin que esto impida que haya poesía en prosa, sin música, superior á la poesía en versos regulares. Los que creen que el verso ha de tener número fijo de sílabas y cierto orden en la colocación del acento, aparte de las asonancias y consonancias finales, son como los partidarios de la música vieja, que no comprenden más que las melodías de organillo y no toleran que en una ópera se pueda hablar musical y humanamente á la vez, sino que desean que los cantantes, como muñecos, vayan saliendo por turno á lucir sus habilidades. Primero sale el tenor y canta una romanza; luego la tiple encuentra al tenor, y sobreviene el dúo; después acude solícita la confidente de los amores, y tenemos el terceto, y, por último, entra toda la familia, y aun el pueblo en masa, y asistimos á un concertante, cuyo final ruidoso pone la carne de gallina. Todo esto es pequeño, y debe desaparecer conforme nazcan hombres capaces de abrazar mayores conjuntos y de ofrecernos escenas de la vida

humana en cuadros de mayor amplitud. La gente de cerebro estrecho resiste, pero al fin concluye por comprender lo que al principio no comprendía, y el arte sale ganancioso. Así, pues, los que en una composición buscan la armonía verso por verso, se contentan con muy poco; que busquen la armonía íntima de la obra, que es superior á la del detalle, y que piensen que el oído también progresa y no debe ceñirse eternamente á las cadencias de la métrica antigua.

—Todo eso es muy curioso—replicó Moro, deseando eludir la discusión—y nos aviva más el deseo de oir la composición que usted nos había ofrecido.

—Mi composición—dijo Pío Cid—no está escrita en verso, pues ya le indiqué que sería una receta; y además no me gusta leer en público, y prefiero que lean ustedes mi trabajo en letras de molde, si lo imprimen.

—Ya lo leeremos—afirmó Castejón,—pero eso no quita para que usted lo lea ahora, y así serán dos veces.

—¿Cómo se titula el trabajo de usted?—preguntó Ceres.

—No tiene título—contestó Pío Cid, sacando un pliego de papel de barbas con muchos dobleces.

—Eso parece una escritura de arrendamiento —dijo Miranda, viendo que el papel tenía sello de oficio.

—Lo escribí en Aldamar, en casa del secretario Barajas, y no había otro papel á mano—replicó Pío Cid.—Y lo que yo siento no es que el papel sea tan antipático, sino que el contenido no surta efecto.

—Pero, hombre—insistió Ceres,—es menester bautizar ese trabajo, porque, digan lo que quieran, el nombre sirve para dar idea de las cosas.

—Este trabajo—dijo Pío Cid—es tónico ó reconstituyente del carácter, y es también, por lo menos en mi propósito, el retrato de un hombre de voluntad. Pudiera titularse de muchos modos..... *Ecce homo*, podríamos ponerle, como dando á entender: he aquí el hombre apto para crear obras útiles.

—No está mal ese título—dijo Castejón.

—Pues entonces con él se queda—concluyó Pío Cid, y comenzó á leer:

Artis initium dolor.
Ratio initium erroris.
Initium sapientiæ vanitas.
Mortis initium amor.
Initium vitæ libertas.

—Eso suena á letanía—interrumpió Castejón.

—Será el «despáchese» de la receta—agregó Miranda.

—¡Qué diablo! Cuando se sabe un poco latín hay que lucirlo—dijo Raudo,—porque su trabajillo cuesta el aprenderlo.

Pío Cid no contestó, volvió á leer los latines pausadamente y prosiguió:

«El aire es utilísimo para la vida. Siempre que se os ponga delante un hombre, debéis recordar este aforismo: Un hombre, por mucho que valga, vale menos que el volumen de aire que desaloja.»

—Eso me recuerda el principio de Arquímedes—dijo Gaudente el mozo, que había estudiado Física el año anterior.

—Será un principio de Física espiritual—añadió Moro.

«Sin aire no se puede vivir, y sin hombres se puede vivir perfectamente. Los grandes místicos se forman en la soledad, y los grandes filósofos en el silencio. Un hombre sumergido en una numerosa asamblea humana pierde parte de su inteligencia, y la pérdida está en razón directa del número de los congregados. Y esto proviene de la sustitución del aire puro por emanaciones mefíticas, recargadas de ácido carbónico, según dicen los químicos, y de secreciones intelectuales, venenosas siempre, y más las de hombre que las de mujer. La condición esencial de la vida terrestre es el aire, y en las artes plásticas la maestría suprema está en representar los seres respirando. El pintor más grande del mundo, Velázquez, fué un pintor del aire. Si pintáis un monstruo con siete cabezas y catorce patas, y el monstruo respira, habéis pintado un sér real; y si pintáis una figura real que no respira, no habéis pintado nada.

»También es importante la luz, porque en ella se funda un criterio permanente de moral. Lo que sale de la sombra á la luz, es bueno; lo que huye de la luz y se esconde en la sombra, es malo. La sombra es el ambiente propio de la creación; pero si la creación es noble y espiritual, busca luego la luz. Los amantes que se hablan de amor puro escondidos en la sombra, son como esos timadores audaces que protestan de que se sospeche de ellos cuando llevan en el bolsillo el objeto que acaban de robar. Quizás el amante más espiritual que ha habido en el mundo fue aquel cí-

nico desvergonzado que convirtió en tálamo nupcial las plazas públicas de Atenas.

»De los agentes exteriores que nos rodean, el más molesto es la sociedad; y el arte de vivir consiste en conservar nuestra personalidad sin que la sociedad nos incomode. Hay quien vive en paz sometiéndose á las exigencias sociales, y hay quien vive en guerra resistiéndose á sufrirlas. Lo mejor es someterse en todo, menos en un punto importante, el que más nos interese. En vez de llevar un traje estrambótico y exponernos á que nos apedreen, debemos de ir á la moda, sin perjuicio de marcar nuestro desprecio hacia la indumentaria ridícula de nuestra época por medio de algún detalle caprichoso. Yo no veo inconveniente en que se vaya de levita y sombrero de alas anchas, ni en que se salga sin corbata un día que otro, ni en que se lleve al hombro, en lugar de gabán, unos pantalones.»

—Pero eso, ¿lo está usted leyendo ó inventándolo?—interrumpió Miranda, mientras el auditorio comentaba por lo bajo las alusiones de Pío Cid.

Aquel día Castejón había bebido más de la cuenta, y se había metido la corbata en el bolsillo para que no le fatigara el cuello; lo del sombrero y la levita cuadraba muy bien á Miranda, y del viejo Gaudente se contaba el lance de haber salido un día al paseo con unos pantalones al hombro. Y lo extraño es que Pío Cid había acertado por casualidad, puesto que las alusiones no eran inventadas, como al oirlas habíamos creído, sino que venían escritas en el papel, el cual fué pasando de mano en mano, hasta que todos nos con-

vencimos de que el autor no estaba divirtiéndose con nosotros y de que leía textualmente los conceptos allí consignados.

—«Estas pequeñas infracciones de la etiqueta —prosiguió Pío Cid— son á veces útiles. Cuando yo iba á la escuela me salí un día sin corbata, y por no volver pies atrás tuve una idea atrevida. Vi en medio de la calle una mata de maíz, arranqué de ella una hoja, y saqué de la hoja una tira, con la cual formé una corbata de lazo. Me la puse, sujetándola bien con el chaleco y la chaqueta, que era muy cerrada, y fuí á clase y pasé el día felizmente, sin que nadie notara la superchería. Sólo á última hora un condiscípulo, que era el más tonto de la escuela y el hazmerreir de todos, se fijó en mi falsa corbata é hizo correr la voz para que se burlaran de mí los escolares. Y yo sufrí la burla, pero descubrí una verdad, muy valiosa en estos tiempos en que se cree que la sustancia del arte es la observación: la observación, como todo, puede ser buena ó mala, y hay observadores tontos y discretos; pues lo esencial no es observar, si no lo que se observa. De esta suerte, un hombre (ó un niño), que osa cometer una discreta extravagancia, da á entender que es fuerte y que se atreve á quebrantar los estatutos de la moda y aun los de la urbanidad, si á mano viene, y de paso lleva en sí una piedra de toque para aquilatar á sus prójimos ó para descubrir verdades trascendentales. El carácter humano es como una balanza: en un platillo está la mesura, y en el otro la audacia. El mesurado tímido y el audaz indiscreto son balanzas con un brazo, trastos inútiles.

»La audacia se adquiere conociendo el mundo, y la discreción conociendo al hombre. Si me preguntáis cuál es el hombre más sabio, os diré: el que, viendo un mapamundi, ve en él con amplio espíritu un escenario donde se mueve la humanidad entera; y el abarcarlo todo de una ojeada no ha de estorbarle para conocer á fondo el espíritu de cada uno de los hombres con quien el azar le ponga en contacto.

»¡Hay que trabajar! Pero ¿en qué, cómo y para qué? El trabajo más productivo es el más libre; yo he trabajado bastante en mi vida, y nunca he trabajado más ni con más gusto que ahora, que no sólo trabajo con entera libertad, sino que ni siquiera me mueve el deseo de adquirir la riqueza. La propiedad, lejos de ser un estímulo, es la expresión de la fuerza que domina hoy con no menor suavidad que la de las armas. El arte de trabajar no tiene nada que ver con el de enriquecerse; el que aprende á trabajar ha aprendido á ser eternamente pobre; para ser rico hay que aprender á explotar á los que trabajan; para ser millonario hay que saber engañar á los explotadores.»

—Pues ahí le duele—interrumpí yo.—Hay que destruir este régimen abusivo por medio de leyes justas; por eso he sostenido en los artículos que tanto has maltratado que la caridad no basta, y que hay que transformarla en reparación social, en algo que no dependa de la dureza ó blandura de corazón de los que poseen.

—Esa idea—me dijo—la has tomado de los autores positivistas, que son una plaga más temible que la langosta. Lo mismo da endulzar las amar-

guras de la miseria con una limosna anónima que con una pensión consignada en algún presupuesto. La limosna parece más denigrante, pero la pensión es una limosna fría, sin alma. Puesto en el extremo, yo preferiría mendigar por las calles á vivir encasillado en un asilo. Todas esas componendas son inútiles, porque en ellas se conserva la causa permanente del mal; más bello que dar es no tener nada que dar, cuando se posee sólo lo necesario para el día y se deja lo demás para que otro lo recoja.

»Mejor que la observación de la vida es la acción sobre la vida. La acción exterior y casi mecánica en las obras de arte, nos parece ya ridícula. ¿Qué importa lo que los hombres hagan si es lo mismo que ya se ha hecho mil veces? ¿Y qué importa observar si no cambia el objeto de la observación? Lo bello sería obrar sobre el espíritu de los hombres. Si hay gloria en matar, más glorioso es un microbio que el héroe triunfador en la batalla. Los héroes del porvenir triunfarán en secreto, dominando invisiblemente el espíritu y suscitando en cada espíritu un mundo ideal.

»Todos los hombres creen que hay que buscar los medios de sostener una familia antes de tenerla. Esto se llama prudencia y sensatez, y yo lo llamo necedad. Tú habrás pensado en casarte, y no te decides á hacerlo hasta que tengas recursos holgados con que atender á la que será tu esposa y á los que serán tus hijos. El centro de tu vida actual ese se porvenir desconocido, y mientras llega vives sin hacer cosa de provecho. Mejor sería que miraras el presente y que pensaras que un

hombre debe vivir siempre como si no hubiese de cambiar jamás. El que se reserva el día de hoy para ser más el día de mañana, es tan cobarde como el soldado ó el general que aspira á ser héroe de la batalla decisiva, dejando que otros luchen y caigan en las pequeñas escaramuzas sin provecho y sin gloria; como si las escaramuzas no influyesen en el éxito final de las guerras. Vive, pues, hoy, sin reservarte para mañana, que tu valor te será recompensado; la fuerza que hoy gastes reaparecerá en ti mañana con creces; porque el espíritu del hombre ruin es cada día más pequeño, y el del hombre generoso cada día más grande. Tú vives solo y apenas tienes para vivir, cuando con lo que tienes podrían vivir contigo diez más. Vas á tardar varios años en constituir una familia, cuando podías constituirla ahora mismo sin quebraderos de cabeza. ¿Cómo? Uniéndote á una mujer del pueblo.

»La familia actual es un centro de guerra, que justifica los egoismos más execrables de los individuos. Hay perfectos padres de familia que cometen á diario grandes barrabasadas sin remordimiento de conciencia, porque les disculpa el amor á sus hijos, el deseo de dejarles bien abrigados, á cubierto de las contingencias del porvenir, sin pensar que antes que al porvenir de sus propios hijos deberían atender al presente de los hijos ajenos. Contra esa inexpugnable fortaleza de la familia de sangre y de intereses, causa de nuestras luchas enconadas, hay que levantar otra fortaleza más alta: la de la familia de voluntad y de ideas.

»Deja que se acerquen á ti cuantos quieran acercarse y vive con ellos; y si no tienen educación te ha caído un trabajo, el de educarlos á tu gusto; y si te dan mal pago, como es de esperar, no te importe, porque sin querer te pagarán, dándote ocasión para que por ellos seas más hombre que eras antes. Ahora vives vida falsa, porque el centro de tu vida es el porvenir; te casarás con una mujer muy distinguida, y quizás pretenciosa, que te secará el poco jugo que te queda, y tendrás unos chiquillos que parecerán arrancados de un figurín. Yo os aseguro, y credlo, que un hombre no posee verdadera energía espiritual sino cuando trabaja para remontarse á las cumbres más altas del pensamiento y descansa de sus tareas acostándose al lado de una mujer esencialmente proletaria. Si mediante un tan feliz concierto sale á luz un hijo bien dotado, puedes formar con él un verdadero hombre; le enseñas un oficio para que sepa ganarse el sustento con los brazos; le instruyes en ciencias y artes para que pueda aplicarse á diversas profesiones, y le aficionas á la filosofía, que da la superioridad intelectual.

»Mientras los hombres que creen ser listos reducen cada día más la familia y aumentan sin cesar las ganancias para que nada falte, tú, como más torpe, agrandas la familia y no te molestas en ganar más que lo preciso para vivir. Y al cabo de algún tiempo notarás que los listos se van achicando y que tú te vas agrandando, y que de las familias pequeñas, por falta de choque espiritual, no salen más que mentecatos instruídos; en

tanto que de la tuya, aun siendo de gente pobre, que es la que se avendría á vivir del modo que voy diciendo, verás nacer la fuerza y la originalidad, que en vano buscan los hombres por el mundo.

»—Y si me muero—preguntarás,—¿qué será de esa familia sin recursos?

»—Si te mueres—te contesto,—diremos como en el juego: otro talla. Condúcete humanamente mientras vivas, y deja que otros, con el temor y el pretexto de lo que ocurrirá después de su muerte, continúen viviendo tan mal que los juzguemos indignos de haber nacido. Aunque no dejes recursos, dejas jirones de tu personalidad adheridos á cuantos cerca de ti vivieron, y dejas el ejemplo de tu vida, que es el único testamento que debe dejar un hombre honrado.

»Hay quien coloca el centro de la vida humana en el poder exterior, en la riqueza, en un bien convencional. Yo pongo el centro en el espíritu. ¿Qué soy? Nada. ¿Qué apetezco? Nada. ¿Qué represento? Nada. ¿Qué poseo? Nada. Ahora estoy en camino de ser un verdadero hombre, puesto que si existe mi personalidad sin buscar apoyo fuera de sí, es porque dentro tiene su fuerza.

»La personalidad se acentúa con el ejercicio. Al derrocharla en trabajos al parecer improductivos, se adquieren fuerzas para crear obras útiles. Y lo esencial no es la obra, sino que la máquina esté siempre expedita para funcionar. En una herrería lo importante es la fragua, porque sin ella, la herrería no existe; lo accidental es que de la herrería salgan trébedes, tenazas, badilas, rejas de ara-

do ó instrumentos de varias aplicaciones. Así, en el hombre lo de menos es seguir estos ó aquellos estudios, dedicarse á esta ó aquella profesión; lo de más es ser hombre, y para serlo hay que tener encendida la fragua.

»¿Cómo se consigue esto? Muy fácil: dándole al fuelle. La fragua del hombre está en el cerebro, y el fuelle es la palabra. El cerebro es un antro desconocido; pero la palabra depende de nuestra voluntad, y por medio de la palabra podemos influir en nuestro cerebro. La transformación de la humanidad se opera mediante invenciones intelectuales, que más tarde se convierten en hechos reales. Se inicia una nueva idea, y esta idea, que al principio pugna con la realidad, comienza á florecer y á fructificar y á crear un nuevo concepto de la vida. Y al cabo de algún tiempo la idea está humanizada, triunfa, impera y destruye de rechazo la que le precedió. También el hombre se transforma á sí mismo expresando en alta voz ideas, que al principio son conceptos puramente intelectuales, y luego, por reflexión, se convierten en pauta de la vida; porque la realización material de una idea exige la previa realización ideal. Cuando no se tienen ideas, la palabra es inútil y aun nociva. Si la fragua está apagada, ¿qué se consigue con darle al fuelle? Enfriar más los carbones. De aquí la conveniencia del silencio pitagórico, precursor de la idea é indicio de preñez espiritual. Quienquiera que, teniendo el cerebro vacío, hable sólo para aturdir á los que le escuchan, debe callar en el acto. El hablar maquinalmente revela temor en la inteligencia; es como el

canto con que disfraza su cobardía el pusilánime cuando pasa por un sitio que le inspira miedo. En cambio, la palabra que anuncia una idea es utilísima, porque es el primer paso para realizarla. Al principio nos parece la idea imposible ó absurda; después de anunciada nos va pareciendo posible y natural, aunque superior á nuestras fuerzas; por último, nuestras fuerzas se excitan, se ponen á la altura del propósito, y á veces lo superan. Una arenga impetuosa decide el triunfo en una batalla. Una palabra empeñada lleva á un hombre á acometer empresas superiores á sus propios intentos. Un hombre tenaz, animado por una idea claramente concebida y expresada, triunfa siempre, aunque luche contra él la sociedad entera. No sólo el hombre, hasta los animales se dejan influir por la acción sugestiva de la palabra; por esto la cualidad esencial de un carretero es tener buenos pulmones.

»La mayoría de los hombres son comparables á un viajero tonto, que emprende un largo viaje llevando todo lo necesario, excepto espíritu para ver las cosas. Todos procuran ser algo, y casi todos se olvidan de ser. Por lo cual, entre tantos hombres clasificados ó clasificables como existen sobre la superficie del globo, no es fácil hallar un hombre verdadero. Aunque en vez de una linterna llevásemos una lámpara incandescente, no adelantaríamos hoy más que adelantó Diógenes en su tiempo, porque conforme va aumentando la potencia de la luz artificial va disminuyendo la humanidad del género humano.

»Hay, pues, que ser hombre ante todo, dejando

para después los estudios y trabajos que nos entretienen ó nos dan el pan de cada día. Y la calidad del hombre se ha de conocer, no en simples palabras, sino en hechos, en la comprensión total de la vida. He aquí un hecho usual, que puede servirnos de medio de prueba: ¿Qué hombre no ha hallado alguna vez á una mujer caída en el vicio? Este hallazgo vulgar inspira varios pensamientos, en los cuales cada hombre da la medida de su humanidad. La mayor parte no piensa más que en aprovecharse de la desgracia para satisfacer su sensualidad; éstos son hombres apagados, mejor dicho, son bestias. En otros más intelectuales, la sensualidad queda dominada por la curiosidad; el médico ve allí un caso patológico; el literato, un caso novelesco ó dramático; el pintor, un caso pictórico, y así por el estilo mil casos ó asuntos, según los diversos puntos de vista. ¿Cuánto más noble no es el que siente piedad y ama á la mujer caída, y por el amor la regenera y la redime? El que mira con amor al desvalido, es más humano que el que le estudia sin amarle. Pero se puede hacer por esa mujer caída algo más que redimirla por el amor: se puede subir aún más alto.....»

Pío Cid dobló el papel y lo dió á Moro, diciéndole:

—Guarde usted eso, y si le parece que sirve publíquelo en la Revista nonata.

—Pero ¿ha concluído usted ya?—preguntó Moro.

—Sí, ya he concluído; y el papel, aunque era grande, se concluyó también al llegar ahí.

—Pues falta precisamente lo esencial—dijo

Moro—porque yo le confieso á usted que no sé qué se pueda hacer más por una mujer mala que amarla y rehabilitarla á los ojos del mundo.

—Se puede hacer más—contestó Pío Cid;—pero esto no está en mi mano declararlo, porque, si lo declarara, les habría descubierto á ustedes la ley primitiva y perenne de la creación.

—¿Y qué mal habría en ello?—preguntó Moro mirando á Pío Cid, como si dudase de que éste hablara en serio ó se hallara en su cabal juicio.

—Ya ha oído usted—contestó Pío Cid—que para mí el carácter humano está constituído por el equilibrio de dos fuerzas antagónicas: la mesura y la audacia. Yo he tenido ó creo haber tenido (que para el caso es igual) la audacia de concebir una ley nueva, que, más que ley, es aspiración permanente del universo; y como sé que todos los inventores lo pasan muy mal y yo no estoy por que nadie me fastidie, quiero demostrar mi mesura reservándome el secreto. Así conseguiré ser un inventor feliz, especie nueva en la historia humana.

—Dispense usted que le diga—arguyó Miranda algo amoscado, porque creía que Pío Cid hablaba en tono zumbón—que por el sistema de usted todos podemos ser grandes inventores. Basta decir que hemos descubierto un nuevo planeta, pero que nos reservamos fijar el punto del espacio en que se halla.

—Yo he descubierto más que todo eso—contestó Pío Cid,—porque he descubierto que no hay tales planetas, ni tales satélites, ni tales cometas, ni astro alguno en el espacio, y en su día lo de-

mostraré. Cuando yo digo que me reservo el secreto de mi descubrimiento, debo decir que aplazo la revelación para después de mi muerte. Si después de muerto se demuestra que desgraciadamente me había equivocado, la demostración llega tarde, y yo me he ido al otro mundo con mi ilusión en el cuerpo; y si, al contrario, mi invención es verdadera, la envidia no puede ya tocarme. Yo desprecio la gloria; utilidad no la busco, ni mi invento es útil, que si lo fuera lo descubriría en el acto, porque entonces no tendría importancia mayor. Así, pues, no hay razón ninguna que me aconseje romper mi silencio, y les ruego á ustedes que tengan espera y suspendan su juicio hasta después de mi muerte, que poco ha de tardar.

—Entonces—dijo Moro—¿hará usted esa revelación en su testamento?

—Pienso morir intestado—contestó Pío Cid.— La dejaré en una tragedia que tengo ya escrita, y cuya acción se desarrolla precisamente aquí, en la Alhambra.

—¿Y cómo se titula esa tragedia?—preguntó Ceres, que no concebía nada sin título.

—No se titula de ningún modo—contestó Pío Cid.—Interinamente la pueden ustedes llamar *Tragedia*, pues en realidad no es una tragedia particular, sino la tragedia invariable de la vida.

—Hombre, nos ha excitado usted la curiosidad de tal modo—dijo Gaudente el viejo tomando un vaso de agua con azucarillo,—que vamos, sin quererle á usted mal, á desear que se muera pronto.

—Yo me moriré cuando quiera—dijo Pío Cid, —y aun soy capaz de aligerar á morirme por dar gusto á ustedes.

—Eso no—dijo Raudo;—por ahora nos contentamos con leer su artículo, que tiene bastante miga. Es una medicina que hay que tomar á pequeñas dosis.

—Pues para mí es como agua destilada—replicó Castejón.

Después de la lectura de Pío Cid y de los comentarios á que dió lugar, hubo aún tiempo para que leyera Miranda su linda y breve novela *La cáscara amarga*, cuadro primoroso de costumbres del Albaicín, y Castejón el capítulo primero de la leyenda árabe que tenía entre manos desde hacía mucho tiempo. Con lo cual se hizo de noche, y acordamos subir á merendar á un ventorro de la Alhambra, donde Moro, que además de poeta era gran guitarrista, nos hizo pasar un rato delicioso oyéndole rasguear unos jaleos de su invención. La literatura y la música nos abrieron el apetito de par en par, y bien pronto estuvimos todos de acuerdo para declarar que nuestros trabajos juntos no valían lo que la pescada en blanco y el jamón con tomate con que no regaló el pico el amable ventorrillero. Hubo derroche de líquidos, discursos y su poquito de cante, y acaso nos hubiera amanecido si no estuviera ya resuelto nuestro viaje. El viejo Gaudente se achispó é hizo consideraciones muy sentidas acerca de la brevedad de nuestra vida y de la conveniencia de aprovechar el tiempo para divertirse cuanto buenamente se pueda.

—Yo no soy aficionado á filosofías—concluyó dirigiéndose á Pío Cid,—y no me he hecho cargo de lo que usted nos ha leído; pero creo que cuando un hombre aprende á pasar ratos tan agradables como éste de hoy, ha aprendido cuanto necesita para vivir, y todo lo demás le sobra. Su receta será buena; pero este vinillo blanco es mejor. Brindo, pues, por el dios Baco y por su distinguida esposa la diosa Alegría, en cuyo seno se olvida uno de todas las ciencias y de todas las artes inútiles inventadas por los tontos.

Fué tal el brío con que quiso apurar la copa, que le saltó el botón del cuello de la camisa, y como el cuello era postizo, se le quedó suelto por gola, dando al alegre viejo un aire cómico que nos hizo reir á carcajadas.

Pío Cid tomó pie de ello para pronunciar una tremenda filípica contra los puños y cuellos postizos, que, en su opinión, eran la expresión más ridícula que cabe concebir de la triste instabilidad de las cosas humanas.

—Ese botón que se ha roto—añadió—es como la alegría invocada por el amigo Gaudente. Si pudiéramos ir sin botones, y aun sin camisas, yo sería el primero que me pondría en cueros vivos; pero un botón que se rompe nos obliga á buscar otro, y lo mejor es usarlos de metal duro para que no se rompan jamás. ¿De qué sirve romper la triste monotonía de la vida con una alegre borrachera, si á poco hemos de volver á la monotonía, quedándonos sólo el amargor de boca del pequeño abuso que cometimos? Esas alegrías, postizas como los cuellos, á mí no me satisfacen. Busque-

mos la alegría en lo hondo y en lo íntimo de nuestro espíritu, y si llegamos á hallarla nos parecerán despreciables esos breves aturdimientos con que antes distraíamos nuestra tristeza. Ya sé que el hombre aturdido, que se ríe de todas las cosas, es más simpático que el grave predicador, el cual muy fácilmente se lleva los títulos de pedante y burro. Yo he pasado con vosotros uno de los días más alegres de mi vida; pero mi alegría no proviene del beber, porque no he bebido; ni del comer, porque apenas he comido, bien que por el olor comprendiera que el amo de este castillo no es rana; si voy á decir la verdad no he comido más que aceitunas, que me gustan al perder desde pequeño; y aun os he de declarar que este plato, andaluz por esencia, por ser nuestro suelo el más olivífero del mundo, es mi plato favorito, y os lo recomiendo porque desarrolla la energía cerebral con caracteres originales. Los grandes filósofos griegos fueron devotos de la aceituna. La cultura griega debe más al olivo que á ningún otro árbol ó planta; y la nación más apta hoy para ejercer en el mundo la supremacía ideal es España, por ser la nación que produce mayor cantidad de aceite. Pero dejando á un lado estos perfiles, os aseguro que hoy he estado yo alegre, y que mi alegría no viene de excesos que no he cometido, sino de una complacencia puramente espiritual. Ya sabéis que amo el aire sano y la luz natural, el agua cristalina y el arte puro. Para mí, la verdadera civilización es la que florece en medio de la Naturaleza. Si hubierais estado en un salón de sesiones, con un presidente que os diera y os quitara

la palabra á campanillazos, hubierais visto cuán pronto escurría yo el bulto; mientras que en una asamblea acéfala, y bajo la bóveda del cielo, me figuraba que no éramos cultivadores artificiosos de las letras, sino más bien como un grupo de braceros del campo que suspende sus faenas un momento y se pone á la redonda para fumar un cigarrillo. Si tuvierais paciencia para seguir muchos años estas saludables prácticas, veríais surgir verdaderos portentos; porque el arte original nace siempre al aire libre, cuando el hombre se remonta al ideal, sin separar los pies del terruño, ni los ojos de la contemplación de las bellezas naturales.

Este breve discurso mereció la aprobación del auditorio y fué la señal de la dispersión. Todos quisieron despedirnos, y juntos bajamos por las cuestas de la Alhambra en grupos. Yo vine todo el camino con Miranda comunicándonos nuestras impresiones.

—Si quieres que te diga mi verdadera opinión —me dijo,—Pío Cid me ha parecido un hombre extravagante. No es un tipo vulgar, pero tampoco es lo que tú nos habías anunciado. Mucho más valen los versos de Moro y el relato de Antón, que la sarta de incoherencias que él nos ha enjaretado en su *Ecce homo*.

—No es posible comparar una cosa con otra— repliqué yo.—Lo que han leído Moro y Sauce son trabajos literarios, á los que ya está hecho nuestro paladar, y lo que ha leído Pío Cid es cosa nueva, que no es ciencia ni arte.

—Pues ¿qué es entonces?—me preguntó Miranda.

—Es una creación—le contesté.—Es incoherente como una receta, en la que un médico combina diversas sustancias que nada tienen que ver las unas con las otras; pero si la receta cura, ¿qué más se puede apetecer?

—¿Y tú crees que la receta de Pío Cid puede reconstituir el carácter y robustecer la voluntad, ni que haya quien pueda seguir los consejos de la receta.....?

—Si no hay muchos que los sigan, habrá alguno; y basta para el caso que uno los siga y los demás aprendan á tener amplitud de criterio para comprenderle y no censurarle. Lo que á primera vista parece extravagancia, puede muy bien ser como el sabor desagradable de ciertos medicamentos; quizás después de varias lecturas desaparezca el mal sabor, y entonces, asimiladas ya las ideas, serán como el espigón de una estatua que se nos ha metido dentro del cuerpo. Yo creo que Pío Cid conoce el espíritu del hombre; que así como un mecánico monta y desmonta una máquina, cuyo mecanismo es para los profanos incomprensible, así él manipula en el espíritu humano y lo transforma.

—Pero si eso fuera cierto, Pío Cid sería un hombre distinto de los demás.

—Todos los hombres son iguales, y los que descubren algo nuevo son tan hombres como los otros. Tienen cierta superioridad momentánea hasta tanto que el invento se divulga y caemos en la cuenta de que la idea misteriosa es como el huevo de Colón. Desde que el mundo es mundo ha habido hombres que han influído sobre el espíritu

de otros hombres; lo han hecho á ciegas, tanteando, á la manera de los pedagogos. Figúrate que se logra descomponer el alma del hombre, como se descompone la luz en el prisma, y descubrir la variedad de fuerzas que la constituyen, y combinar estas fuerzas para producir estados originales. Conocida la ley fundamental de la creación, ¿quién sabe adónde podrían llegar las consecuencias?

—¿Y es ese el invento de tu amigo?—me preguntó Miranda.

—No es ése—le contesté yo.—Hablo por hablar, pues no estoy más enterado que tú. Y casi creería que no hay tal invento, y que Pío Cid es un humorista serio, que ha tomado el mundo por vaina. Pero, aunque así fuera, él hace cosas que no es capaz de hacerlas nadie.

Después de pasar un rato con mi familia, volví á reunirme con mis amigos en la Puerta Real cuando ya iba á salir la diligencia. Nos acomodamos Pío Cid y yo en la berlina, y con sendos apretones de mano nos despedimos de nuestros ilustres compañeros, ofreciéndoles volver al año próximo. Así terminó la notable jornada, de la que aún conservo vivísimo el recuerdo; pues aunque son muchas las que he pasado alegremente en la grata sociedad de estos buenos amigos, ninguna fué tan bien aprovechada como la de este día, la cual influyó, además, en el rumbo de mi vida del modo que verá el que leyere.

Nada de particular nos ocurrió durante el viaje. Yo no tenía sueño, y quise entablar conversación con Pío Cid, pero éste me dijo que una de las condiciones del trabajo intelectual, que por

olvido no había consignado en su receta, era dormir ocho ó diez horas de un tirón todas las noches, sin lo cual el cerebro no se limpia bien de sus impurezas, y funciona con lentitud y pesadez. Esto era lo mismo que decirme que le dejara en paz, y así lo hice. Tampoco pude pegar la hebra con el mayoral, porque éste era hombre de pocas palabras. Era tuerto y de genio áspero, y, según las ideas de Pío Cid, podía ser considerado como un silencioso activo; sólo despegaba los labios para chupar, y más que para chupar para morder y mascar la negra tagarnina que llevaba constantemente en la boca; pero no dejó en paz un momento el látigo, que tampoco producía gran efecto, pues en particular las mulas de lanza lo recibían sobre las costillas como un suave pasamano. En resumen, íbamos igual ó mejor que en un tren expreso. No volcamos, ni salieron á robarnos, ni nos sucedió nada de lo que cuentan ciertos viajeros mentirosos. El mayoral y sus mulas, influídos por las ideas de progreso de nuestra época, funcionaban con la misma regularidad que una locomotora, y por añadidura no había miedo de que descarriláramos.

En Jaén fuimos á parar á casa de una amiga mía, que vivía en la calle Maestra, y se nos fué el tiempo tan sin sentir que me faltó para dar un vistazo á la catedral, y tuve que dejarlo para otra ocasión, contentándome con ver la fachada. En cuanto á Pío Cid, creo que con la fachada tendría bastante para figurarse cómo era la iglesia por dentro, á juzgar por un rasgo sorprendente que tuvo aquel mismo día, cuando salimos de

Jaén con dirección á Espelúy, donde debíamos tomar el correo de Andalucía para Madrid. Hacía calor, y para ir más ventilados nos metimos en un coche de tercera, de compartimientos corridos. Pío Cid, sentado frente á mí, leyó en el testero del coche el letrero que decía: «40 asientos», y me hizo notar que habían raspado la *i*, la *e* y la *t*, y habían dejado: «40 asnos».

—¿Ahora te enteras de eso?—le dije yo.—Desde que hay ferrocarriles en España, todos los coches llevan la marca de los 40 asnos. Esa es la protesta nacional contra el mal servicio que tenemos, y quién sabe si será también una queja contra el sistema moderno de viajar, que parece más propio de bestias que de hombres.

—Pues á mí me coge de nuevas—me contestó;—mira qué atrasado estoy de noticias.

En esto entró en el coche, y se sentó de espaldas en el extremo opuesto, una mujer que, vista por detrás, tenía el aire de buena moza. Era alta, fornida y ancha de hombros; la cabeza bastante gorda, con abundante cabello negro, y las orejas muy bonitas; llevaba un pañuelo negro, de seda, caído sobre los hombros; pendientes de corales, y una peineta grande de concha. Yo me quedé mirándola un buen rato, y Pío Cid me preguntó que qué miraba.

—Es una mujer que ha entrado. No le he visto la cara, pero tiene mucho trapío, y por detrás da gran golpe.

—Voy á ver—dijo Pío Cid, volviéndose para mirar. Y al punto añadió:—Es mejor la cruz que la cara. Tiene los ojos juntos, el entrecejo cerrado, la boca grande y su poquito de bigote.

—Pero ¿le has visto la cara?

—No hace falta. ¿No hay quien reconstituye un animal por un hueso? Pues dame una oreja, y te reconstituyo una fisonomía.

—Lo que es ésa no pasa. No tan calvos que se nos vean los sesos.

—Supónte—me dijo—que te enseño dos duros por la cruz, y tú, sin necesidad de fijarte, me dices: éste es isabelino y éste es alfonsino. ¿Cómo sabes esto, si no has visto los bustos de Alfonso y de Isabel? ¿Si no has leído tampoco las inscripciones? Lo sabes porque los escudos son diferentes, y has adquirido el hábito de asociar tal busto á tal escudo. Del mismo modo puedes acostumbrarte á asociar los diversos rasgos fisonómicos. Esto requiere mucha experiencia, porque las combinaciones son infinitas; pero como posible, es posible: no tengas la menor duda.

Largo tiempo duró mi incertidumbre, porque la mujer de la cabeza gorda no dejaba ver la cara, bien que su reservada actitud fuera ya indicio de que no tenía grandes atractivos que mostrar; al fin bajó del tren en la estación de Menjíbar, y con asombro vi que era tal como Pío Cid me la había descrito: cejijunta, bigotuda y de aspecto agrio, como de persona que padece del estómago ó del hígado. No paró el incidente aquí, pues, excitada mi curiosidad, quise que mi amigo me explicase cómo adivinaba las fisonomías, y él me dió la primera lección de este arte extraño, y para mí desconocido hasta de nombre. No recuerdo ahora lo que me dijo; sólo tengo idea de que habló de las diversas razas que han habitado nuestra penínsu-

la á partir de los trogloditas, precursores de iberos y celtas, y de los caracteres plásticos de cada una, sola ó en las diversas combinaciones á que pueden dar lugar. Así, de la mujer cabezuda me aseguró que era una amalgama, triple, irregular y poco fecunda, y que, descompuesta en diez partes, daría el resultado: $10 = 1\,T + 7\,R + 2\,M$. Es decir, que tenía una unidad raíz, base túrdula; siete románicas, que daban carácter á la mezcla, y dos moriscas, apenas indicadas en los ojos. Esto, dicho por mí, quizás no tenga gracia, pero en la forma en que Pío Cid me lo explicó, sería más gracioso y entretenido que la más chispeante comedia.

Llegamos á Espelúy, y encontramos atestados de gente todos los coches de segunda, que era la clase en que nosotros viajábamos. Yo pensé pedir suplemento, pero Pío Cid se había quedado sin un real y no quería que yo pagase por él. Sin embargo, nos salió la misma cuenta, porque á última hora, por falta de asientos, un revisor, que me conocía, nos colocó, sin pagar más, en un coche de primera, donde iban sólo dos viajeros. Apenas nos sentamos se puso el tren en marcha, y entonces me fijé en nuestros compañeros de viaje. Eran un hombre y una mujer; el hombre estaba tumbado á la larga frente á mí, y dormía con la cara tapada con un pañuelo; la mujer estaba sentada en un rincón frente á Pío Cid, y era joven y muy simpática. Vestía como una señora, pero su tipo era más bien popular; era alta y delgada, pero no enjuta, pues tenía muy buena pechera, y la manga ajustada (aun no había venido

la funesta moda de las mangas en forma de jamón), acusaba unos molleros muy bien hechos. Llevaba un traje claro, sencillo, y una mantelettilla roja suelta sobre los hombros. Los ojos negros, vivos; las cejas muy arqueadas, la nariz graciosa, un poco gruesecilla, y la boca fresca y risueña. Era bella y arrogante, pero lo más singular de su persona era el peinado, de raya partida; el cabello negro, ondulante, caía en dos pabellones, tapando casi las orejas, y luego se recogía por detrás en cordón para formar una especie de rodete de estilo bizantino, y del centro del rodete salía, á modo de plumero, un mechón de pelo rizado. Era un peinado original; transición del bizantino al griego, con añadiduras fantásticas, y un poco churriguerescas, pero que revelaban cierta independencia de carácter y gusto en aquella joven interesante. Pío Cid la miraba con el descaro fraternal con que solía mirar á todas las mujeres, y por último le dijo:

—Usted me dispensará la libertad que me tomo, pero tiene usted un tiznoncillo en la cara.....

—Da pena viajar en estos trenes—dijo la joven con voz armoniosa, sacando del bolsillo un pañuelo para limpiarse.

—Más acá....., más allá.....—decía Pío Cid, sin apartar los ojos del pañuelo; y por último:—Ya está bien.

—Gracias—dijo la joven inclinando levemente la cabeza.

Yo hacía esfuerzos para no reirme de la ocurrencia de Pío Cid, y me figuré que era sólo un pretexto para entrar en conversación con la guapa

viajera. Pero al verle quedarse ensimismado, le pregunté en voz baja:

—¿Para qué le has dado esa broma?

—Era para ver el pañuelo—me contestó,—y para saber, si era posible saberlo por la marca, el nombre de la joven, á la cual al punto he querido reconocer..... Ahora estoy seguro. Ésta es Mercedes, la hija del ciego Juan de la Cruz.

Dijo Pío Cid estas palabras con impasibilidad absoluta, y yo las escuché con tanta sorpresa y emoción, que me corrió un escalofrío por todo el cuerpo. Era la primera vez en mi vida que veía enlazarse el arte con la realidad, y al saber que aquélla era la hija de Juanico el ciego, reapareció ante mis ojos el cuadro de dolor y miseria trazado por Antón del Sauce, y vi en Mercedes una mujer distinta de la que antes había visto, cuya belleza no me inspiraba ahora simpatía, sino más bien lástima. Examiné con detenimiento al hombre que iba acostado, y aunque no se le veía la cara, me produjo un sentimiento inexplicable de aversión: era algo obeso, y el vientre, que descansaba sobre el asiento, se le movía con el traqueteo del tren. Sus manos, finas y ensortijadas, daban á entender que era hombre todavía joven.

No tardó en despertar el viajero, y al incorporarse me saludó con cierto embarazo, como no sabiendo si debía hacerse el desconocido ó si hablarme con confianza. Era aquel joven antiguo compañero mío de estudios; pero sólo habíamos estudiado juntos un año, porque él se rezagó, y desde hacía ocho ó diez no nos habíamos vuelto á hablar, aunque en Madrid nos veíamos con fre-

cuencia en los teatros. Era granadino y se llamaba Juanito Olivares, y no sé con fijeza si terminaría al fin los estudios de Derecho, porque bien que se matriculara siempre, rara vez se examinaba. Pero aunque los hubiese terminado, él no vivía de su carrera ni de ninguna profesión conocida, y en Madrid le teníamos todos los paisanos por una mala persona. Era jugador y andaba siempre metido con la gente del trueno, que pasa la vida en continua francachela, unos días derrochando á lo príncipe, y otros dando sablazos á diestro y siniestro. Tenía también fama de Tenorio, pero Tenorio achulado, puesto que siempre andaba entre mujeres de mal vivir, y aun se decía que las explotaba. Sentí, naturalmente, deseo de saber cómo y por qué caminos había sacado á la hija del ciego del poder de su viejo protector, el montañés Estirado, y al contestar á su saludo, lo hice con amabilidad y llaneza, diciéndole:

—Duda usted, quizás, si soy ó no soy un antiguo condiscípulo. Yo le he reconocido á usted al momento; usted es mi compañero de Derecho canónico, Juan Olivares, y me alegro de que hagamos juntos el viaje á Madrid.

—Yo también le he conocido á usted—me contestó,—y al contrario, estaba en duda de que usted me recordase después de tantos años. Ya veo que es usted buen fisonomista. ¿Ha venido usted por Jaén para evitarse el calor?.....

—En efecto, he venido en la diligencia con este amigo y paisano....., D. Pío Cid—añadí, presentándole.

—Tanto gusto en conocerle—dijo Olivares.—

He leído su nombre en los periódicos..... Supongo que usted será el diputado electo por Aldamar..... Yo tengo parientes en el distrito, y aunque hace años falto de Granada, leo siempre algo de lo que pasa en nuestra tierra.

—Entonces no viene usted ahora de Granada.....—preguntó Pío Cid, asintiendo á las palabras de Olivares.

—No, señor—contestó éste;—vengo de Sevilla, donde he pasado una temporada. Y luego añadió, dirigiéndose á su compañera de viaje:

—Mercedes, estos señores son paisanos y amigos; vamos, como quien dice, en familia.

—¿Es también granadina?—pregunté yo, señalando con el gesto á Mercedes, por no calificarla de ningún modo.—Yo conozco allí á todo el mundo, y juraría no haberla visto nunca......

—Es de Málaga—dijo Olivares.—Este es el primer viaje que hace á Madrid.

—Va usted á dejar bien puesto el pabellón de Andalucía—le dije á la joven, que nos miraba algo inquieta, desde que al oirnos hablar comprendió lo falso de la situación en que á nuestros ojos se encontraba.

—La verdad es—dijo Olivares—que nosotros los andaluces somos la gente más descastada del mundo. Hace años que vivo yo en Madrid, y ustedes también, sin duda, y no nos hemos visto nunca, ó nos hemos visto como si no nos conociéramos. Esto no es cosa de nosotros solos, sino de todos los paisanos. No tenemos ningún centro donde reunirnos, ni queremos ayudarnos, ni siquiera tratarnos. Así es tan difícil que hagamos

carrera, y se ve todos los días que muchachos muy aventajados, que con algún apoyo subirían á los primeros puestos, tienen que huir de Madrid con el rabo entre las piernas, para que al llegar á sus provincias les digan que no valen un pitoche y que si no se han abierto camino es porque en la corte se hila muy delgado, y muchos que en provincias parecen algo, aquí se quedan en nada. Ya ven ustedes, cuando el alma me duele á mí de ver cómo ponen por las nubes á muchos zanguangos que en sus pueblos no servirían ni para limpiar botas. El busilis es la protección y el bombo, y eso es lo que nosotros no entendemos todavía, y por eso nos dejamos apabullar.

—Estamos conformes—agregué yo;—pero el mal no tiene remedio, porque á nosotros nos falta espíritu de fraternidad, y sin él, lo más derecho es que cada uno trabaje por su cuenta, y ya que no ayude, que tampoco haga daño á los otros. Ya he pensado yo en que varios amigos fundáramos en Madrid un Centro andaluz; pero luego desistí de mi idea, porque vi que me iba á costar muchos disgustos y quizás salir entrampado, si daba la cara, aunque no fuera más que para los primeros gastos.

—Para sostener un Centro en Madrid hay que permitir el juego — dijo Olivares. — Todos los círculos echan mano de ese recurso, porque más da una mesa que doscientos socios. Si no fuera por eso, ¿creen ustedes que habría en Madrid un círculo para un remedio?

—Claro que no—asentí, no queriendo contradecir al pícaro de Olivares.—Y según la máxima

xima que se atribuye á los jesuítas , de que el fin justifica los medios, yo permitiría jugar á los prohibidos si así se lograba sostener una sociedad útil para el progreso del país.

—Para mí, la nación ideal es Mónaco—sentenció Olivares.—Ahí tiene usted una nación donde no hay cobradores de contribuciones; el juego da para todo, el arte prospera, y milagro es el año que no se estrenan obras de mérito, hasta óperas, para que nada falte.

—Lo único malo que encuentro—dije yo,—es que ocurran tantos suicidios.....

—Se exagera mucho—replicó Olivares,—y además, alguna vez tiene uno que morirse, porque no somos eternos. Entre morirse de viejo apestando al prójimo, ó suprimirse de un pistoletazo después de sacarle á la vida todo el jugo posible, ¿qué le parece á usted?..... Yo, por mí, les aseguro que no llegaré á oler á rancio.

—Cada cual entiende la vida á su modo—dijo Pío Cid,—y nadie la entiende bien.

—Ahora ha dicho usted una verdad como un templo—dijo Olivares.—Lo mejor es dejar que cada uno viva como quiera y que se mate, si ese es su gusto, cuando le venga la contraria. Con prohibir las cosas nada se sale ganando, porque lo que no se hace á ojos vistas se hace de ocultis, y es peor lo roto que lo descosido.

No he de aburrir al lector relatando lo mucho y malo que se habló durante el viaje. Pío Cid habló poco, y Mercedes nada. Olivares y yo hicimos el gasto, y sin darnos cuenta pusimos la moral hecha una lástima. Olivares era muy listo y á

ratos ocurrente, y daba pena verle tan desatinado y tan sin compostura. Con él no valían predicaciones, porque todas se las sabía de memoria, y al minuto de oirle se comprendía que su desquiciamiento moral era incurable. Sus ideas era tan lógicas desde su punto de vista, que para combatirlas había que remontarse á los fundamentos de la filosofía y demostrar que Dios existe, y que existen también el deber y la justicia, y una porción de cosas que para Olivares eran música celestial. Yo no me hallé con fuerzas aquel día para meterme en estas honduras, y hube de seguir la corriente para intimar con aquel simpático tunante y ver si podía meter las narices en el embrollo de sus relaciones con la bella Mercedes. Mi deseo debía ser el mismo de Olivares, porque nos dió su tarjeta y nos ofreció su casa, y mostró gran empeño en que fuéramos á visitarle, y su empeño fué mayor con Pío Cid que conmigo, porque creería ver en él más materia explotable. Este detalle y otros muchos me fueron convenciendo de que Mercedes iba á Madrid á hacer el Cristo en manos de su desalmado amante. Á ratos pensaba que quizá la hija del ciego estaría ya completamente hundida en el vicio cuando Olivares la cogió por su cuenta; pero me hacía dudar el aire modoso y serio de la joven y el disgusto que manifestaba cuando Olivares nos hablaba sin miramientos de los encantos de la vida alegre, libre de trabas y de compromisos. Bien podía ser que Mercedes se hubiera enamorado y dejado engañar, porque mi paisano era hombre de mucha labia y de agradable figura; aunque era demasiado grueso

no tenía el aire pesado y mochilón; al contrario: las carnes le daban aspecto de caballero rico; como iba completamente afeitado, representaba menos años que tenía (que debían ser alrededor de los treinta), y en su tipo había algo de cura, de cómico y de torero; las facciones correctas, aunque vulgares, y el pelo castaño, tirando á rubio, cortado á estilo flamenco, de ese que llaman pan y toros; en suma, una estampa fina y rumbosa, muy á propósito para hacer honda mella en el corazón de una mujer de poca experiencia, que no comprendiese lo podrido que estaba por dentro aquel galán tan vistoso.

En Alcázar bajamos del tren Olivares y yo para tomar unas copas; Mercedes no quiso acompañarnos, y Pío Cid pretextó que no le gustaba beber, para quedarse á solas con ella y hablarle y saber algo por donde orientarse acerca del estado de ánimo de la jóven.

—Ya habrá usted visto—le dijo apenas se quedaron solos—cómo me he apresurado á aceptar el ofrecimiento de su amigo de usted, al que pienso corresponder yendo á visitarle con frecuencia; pero mi interés no es por él, es por usted.....

—¿Por mí?—preguntó Mercedes, sin comprender adonde iba á parar aquella conversación tan bruscamente comenzada.

—Por usted—repitió Pío Cid.—Deseo hablar con usted de historias antiguas. Usted no me conoce; pero yo la conozco mucho y deseo ser su amigo.

—Yo no sé qué contestarle, ni comprendo cómo puede usted conocerme.

—Ahora no hay tiempo para entrar en explicaciones. Yo la he conocido á usted hace años y la he reconocido en cuanto la he visto, y usted sabrá las razones que tengo para interesarme por usted. No es curiosidad ni deseo de penetrar en las interioridades de su vida; es un deber que tengo de defender á usted si necesita defensa y de protegerla si necesita protección. Cuando hablemos despacio sabré si usted conoce su verdadera situación y si la acepta gustosa, pues en tal caso nada me quedaría que hacer; pero más bien creo que va usted engañada y que quizá agradezca hallar un amigo en Madrid, donde no conocerá á nadie.....

—Siempre es bueno tener amigos, aunque sea en el infierno—contestó Mercedes entre confusa y amable.

—Pero hay amigos, y amigos, y los amigos de una mujer pueden llevar buenas y malas intenciones. Las mías son buenas, y si le hablo así es porque creo que otros las tienen malas. Yo la conozco á usted, ya se lo he dicho, y no comprendo que, á pesar de su mala estrella, haya caído tan bajo que se deje explotar por un mal vividor.....

—¿Qué me dice usted?—preguntó Mercedes.

—Le digo lo que siento. Mi paisano Olivares es un perdido que va á Madrid á divertirse á costa de usted. No parece muy decente que yo aproveche estos minutos para herirle por la espalda, pero dice el refrán que el que roba á un ladrón tiene cien años de perdón, y no he de tener yo escrúpulos para trabajar por el bien de usted, cuando él no los habrá tenido para engañarla.....

—Yo he nacido con mal sino.....—dijo Mercedes, con voz triste y apagada.

—Contra el sino está la voluntad—repuso Pío Cid con energía.—Si usted no la tiene, la tengo yo. Y si usted no me agradece la intención me la agradecerá su padre, que, aunque tuvo también mal sino, fué siempre un hombre honrado. El pobre Juan de la Cruz no merece que su hija única le afrente de ese modo.....

Estas palabras impresionaron vivamente á la joven y le hicieron comprender que quien le hablaba no era lo que ella al principio se había figurado.

Mercedes conocía sin duda á Juanito Olivares, y sabía ó presentía el papel que iba á representar en Madrid. Se hallaba ligada á él y resuelta á pasar por todo, y acaso se justificaba en sus adentros viéndose condenada por la fatalidad, que parecía ensañarse con ella como se había ensañado con su padre. Así, al oir á Pío Cid se quedó turbada, sin saber qué pensar de aquella inesperada simpatía y de aquella protección generosa que le brindaban. Al principio creyó que Pío Cid comenzaba á iniciarse como amigo; uno de los muchos amigos que en Madrid frecuentarían el trato de Olivares; luego se figuró que Pío Cid quería jugarle á éste una mala pasada, y pasó rápida por su mente la comparación entre ambos y la idea de abandonar al uno si el otro ofrecía una situación más decorosa; por último, oyó con extrañeza el apóstrofe duro y amenazador de Pío Cid, y se halló por completo desorientada. En cambio, Pío Cid había seguido atentamente todos estos movi-

mientos, y sabía ya á qué atenerse, más aún, conocía á la joven como si la hubiera tratado toda la vida. Porque la atracción misteriosa que Pío Cid ejercía sobre todo el mundo sólo se explicaba por la rapidez con que penetraba en lo íntimo del espíritu de los demás. Cuatro palabras le bastaban para conocer á una persona y para descubrir el punto vulnerable y dominarla. Y en ninguna ocasión, ni cuando engañó á Martina y se la llevó á la casa de huéspedes como si fuera una niña de pocos años, estuvo tan diestro como al apoderarse del alma de Mercedes, quizás porque al fijarse en ella era más pura la intención que le animaba. El único escollo que temía era que la joven estuviera desmoralizada y subyugada por el atractivo de la vida que su amante comenzaba á darle á conocer; pero al ver cruzar por los ojos de Mercedes la idea de la traición, se convenció de que el dominio de Olivares era sólo material. La esclavitud sin amor es germen perpetuo de rebeldía, y Pío Cid pensó en el acto suscitar en la joven el deseo de libertad.

—Dispense usted la rudeza con que me he expresado—dijo después de una breve pausa.—Yo sé que usted no tiene la culpa de lo que le ocurre, porque sola, sin tener en el mundo nadie que se interesara por usted, ¿qué iba usted á hacer sino dejarse arrastrar adonde quisieran llevarla? Pero ahora varía la situación; si usted se halla á disgusto en la vida que lleva y se decide á abandonarla, cuente usted con un amigo, que soy yo, y con una casa, que es la mía..... ¿Qué puede usted perder en el cambio? Nada. Si no le fuera á usted

bien conmigo y con mi familia, es usted libre para hacer lo que más le agrade. El mayor mal que puede ocurrirle es el que ahora le está ocurriendo. Usted es muy bella y graciosa, y hallará siempre hombres á montones para vivir como vive. La desgracia de usted no ha sido dar los malos pasos que ha dado; ha sido caer en manos de un tronera, que quizás, después de sacarle á usted el jugo, la tire á la calle cuando ya no sirva usted para su especulación. Si al menos la quisiera á usted....., pero no lo creo. Hombres como Olivares, y mucho mejores, los encontrará usted en cualquiera parte á todas horas; pero una casa amiga no se encuentra fácilmente, y puesto que usted la ha encontrado no debe vacilar. Pruebe usted á ver si puede dominar ese mal sino que cree que la persigue..... Yo le ayudaré.

—¿Tiene usted familia?—preguntó Mercedes.

—La tengo y numerosa, y esté usted segura de que será recibida en mi casa con la mejor voluntad. Á usted quizás le extrañe esto, porque no es corriente que una joven desconocida éntre en una casa si no es como criada ó institutriz, ó con algún cargo que justifique su presencia; en mi casa no hay servidumbre, y usted entraría como lo que es, como una huérfana, á la que se desea dirigir y educar; ese sería mi gusto y es también mi obligación, según verá usted cuando yo le explique las razones que tengo para hablarle como ahora le hablo. Pero ahora lo que interesa es que usted sepa donde vivo..... No tengo tarjetas; lo pondré en esta misma—añadió, sacando la que le había dado Olivares y dándosela á Mercedes, después de escribir con lápiz su nombre y señas.

—¿Ha leído usted las señas de la casa donde voy á vivir?—preguntó Mercedes, mirando la tarjeta.

—Calle de Fuencarral, conozco la casa—contestó Pío Cid.

—¿Está muy lejos la calle de Villanueva?—volvió á preguntar Mercedes.

—Lo cerca ó lo lejos no importa. Usted no conoce Madrid, y lo que haría sería tomar un coche y dar la dirección al cochero. Yo iré á visitarla á usted; pero no está de más la precaución, porque pudiera convenirle á usted apresurar su escapatoria. Cuando un hombre como Olivares tiene casa puesta en Madrid, es seguro que no está solo, y quizás encuentre usted algo que no sea de su gusto.

—Dice que tiene un ama de gobierno paisana suya.

—Puede que sea así—asintió Pío Cid.—Pronto lo verá usted.

—Pero aunque yo quisiera romper.....—dijo Mercedes.—¿Con qué cara me presentaría..... teniendo usted familia?

—Si no estuviera mi familia por medio—replicó Pío Cid,—podría usted creer que iba á salir de Herodes para entrar en Pilatos..... Yo no soy ningún vejestorio y usted es muy guapa, y si le propusiera vivir sola conmigo..... Pero ahí están; cortemos la conversación.

Hasta Madrid, adonde llegamos al amanecer, seguimos Olivares y yo en vivo coloquio, como grandes amigotes. Pío Cid no habló más con él, porque le sería penoso fingir amistad ó confianza,

después de la treta que acababa de jugarle. Mercedes siguió silenciosa, rumiando la idea de rebelión que Pío Cid le había metido en la cabeza. No hay nada que impresione á la mujer tanto como las verdades útiles y de sentido común; y Pío Cid, á vueltas de proyectos moralizadores, indicados sólo para justificar su intervención, había deslizado la idea esencial, la única que Mercedes podía comprender entonces: con Juanito iba á sacrificar todo lo que puede sacrificar una mujer y á sacar lo menos que puede sacar una mujer; aunque al plantar á Juanito tuviera que irse con otro hombre, más de lo perdido no podía perder, y en cambio podía salir gananciosa. Juanito le había gustado mucho los primeros días, y ya comenzaba á hacérsele empachoso. Mercedes no se explicaba el porqué, siendo como era una infeliz, á pesar de su aparente señorío y de su finura contrahecha; pero lo que sentía era el disgusto natural é instintivo que causa el egoísmo descarado, que no oculta sus bajas intenciones. Juanito estaba acostumbrado á manejar mujeres completamente perdidas, y había tomado á Mercedes por una de tantas, y acaso en una de tantas la hubiera convertido en poco tiempo si Pío Cid no se le hubiera atravesado en el camino. Nuestro encuentro fué providencial, y más que suceso verídico parecerá á muchos combinación novelesca, no sólo por la perspicacia que demostró Pío Cid al reconocer á Mercedes, sino por la circunstancia singular de estar nosotros al tanto de su historia por el relato que de ella nos hizo Antón del Sauce. En este concurso de felices coincidencias no ha de verse,

sin embargo, la mano de un novelista; ha de verse la mano oculta que gobierna las cosas humanas, la cual quiso darle á Mercedes un amigo y defensor que luchara contra la fatalidad misteriosa que llevaba dentro de su sér la hija del desgraciado Juan de la Cruz.

Llegados, pues, á Madrid, nos despedimos de Olivares y de Mercedes, anunciándoles que iríamos á verles pronto, y pensamos tomar juntos un coche que nos llevara primero á casa de Pío Cid y después á la mía. Pero no contábamos con que estaban esperando á la salida Martina y su madre, D.ª Candelaria y Paca. Candelita no había querido venir, y Valentina se quedó con ella para que la falta fuera menos notada. Aunque yo apenas las conocía, las saludé á todas y me retiré para no servir de estorbo. Pío Cid buscó quien le llevara la maletilla para ir á pie, paseando con la fresca, y para evitar que tuviera que dividirse en dos coches la comitiva de las cuatro mujeres, las cuales venían ya divididas, según fácilmente se notaba.

—Al diablo se le ocurre—dijo—venir á estas horas á la estación; y además que yo aseguré que vendría hoy.

—¿Crees tú que yo no huelo?—replicó Martina.

—Yo estaba segura de que vendrías en cuanto recibieras mi última carta. ¿Las has recibido todas?

—He recibido cinco—contestó Pío Cid.—Por cierto que ninguna se ha acordado de ponerme ni unos malos recuerdos.

—¡Como Martina escribía por todas!.....—dijo Paca.

—Bueno, vamos andando—agregó Pío Cid,—y andando hablaremos.

Echó á andar delante Martina, y Pío Cid se puso á su lado; D.ª Justa, que iba á alcanzar á su hija, se hizo atrás para reunirse con su hermana y sobrina, que venían las últimas.

—Te encuentro muy bien—dijo Pío Cid á Martina;—de buen color y un poco más gruesa.

—Pues yo creía lo contrario—contestó Martina.—Con los disgustos que han pasado.....

—Tempestades en un vaso de agua—dijo Pío Cid.—¿Te parece bonito que vayamos en dos secciones?..... Por lo visto, no os habláis siquiera.

—Con Paca sí.....—dijo Martina.—La culpa no es mía..... Ellas no quieren ceder, y no voy á ser yo la que me rebaje.

—Todo eso va á terminar hoy mismo.

—Ya lo creo que terminará—aseguró Martina.—Como que tienen buscado cuarto y esperaban que tú vinieras para irse á él. Don Florentino, el hermano de Pablo, se va á Barcelona en cuanto se celebre la boda, y mi tía y Candelita se van con él para ir más acompañadas. Dice mamá que la prima tiene ya la contrata segura. Yo no sé nada más que lo que oigo; pero me parece muy bien que se vayan si es por su gusto.

—Ya hablaremos de eso. Voy á decirle algo á tu tía, no sea que tome á desprecio el que yo las deje á un lado.

—¡Y qué te importa! Que lo tome por donde quiera.

—Me importa, y á ti debía importarte más, porque, al fin, es tu tía, y el desprecio que yo le

hiciera recaería sobre una persona de tu familia. Nosotros estamos siempre cumplidos, y con tu tía tengo que guardar más miramientos..... No es gran cosa lo que tengo que preguntarle.....

Sujetó un poco el paso para acercarse á doña Candelaria. Doña Justa y Paca se pasaron al bando de Martina, y Pío Cid continuó sus trabajos de diplomacia peripatética.

—¿Cómo es que no han venido las otras niñas? —le preguntó.—¿Están buenas?

—Candelita está un poco echada á perder..... —contestó D.ª Candelaria.—No es cosa mayor.

—No me ha escrito usted nada sobre el disgustillo que ha habido.

—No he escrito por no distraerle á usted con cuentos..... Más valiera que no se hubiera usted ido, pues, según me ha dicho mi hermana, viene usted como fué. Ha hecho usted mal en seguir los consejos de Martina.

—¿De qué consejos habla usted?

—Dice mi sobrina que le escribió á usted que se dejara de política, y que, como ha ocurrido con Gandaria lo que usted sabe, usted no querría nada que viniera por su mediación.

—No está mal pensado; pero la verdad no es ésa, sino que me he convencido de que no sirvo para esas andancias. La política les da á muchos de comer, y á otros les cuesta el dinero, y yo no tengo ningún dinero que perder. Y ahora voy á decirle algo que importa más, y es que no comprendo que usted, que es una mujer de carácter, haya tenido tan poca espera y haya hecho tanto caso de las necedades de Martina.

—¿Usted sabe lo que esa niña ha hecho? Porque supongo que ella le habrá pintado las cosas á su capricho.

—Sólo me ha hablado del cambio de muebles y de..... no recuerdo bien.

—Eso fué lo primero, y eso y mucho más lo hubiera yo pasado; que, á Dios gracias, no me falta aguante. No le habrá dicho que exigió el dinero que usted nos dejó, diciendo que ella quería ser el ama; y que luego que tuvo el dinero nos dijo que, puesto que habíamos recibido la pensión de Murcia, nos arregláramos con lo nuestro; ni le habrá dicho que la tomó con Candelita y que le arañó la cara, como usted lo verá.

—Y ¿cómo fué eso?

—Fué porque mi hija se cansó de oir sus indirectas y le dijo que era una envidiosa..... Esa es la única palabra que ha podido ofenderla. En cambio ella ha dicho cuanto le ha venido á la boca, y hasta ha tenido la osadía de asegurar que mi hija lo estaba soliviantando á usted, y que le ha visto á usted darla un beso..... ¿Qué le parece? Con las pocas chichas que tiene mi Candelita, y Martina que tiene más fuerzas que un toro....., le digo á usted que si no ando lista, Dios sabe si hubiera ocurrido una desgracia..... Por prudencia, por consideración á usted he seguido en la casa hasta que usted viniera; pero ya tenemos apalabrado un cuarto en la misma calle, y hoy mismo nos mudamos.

—¿Cuál es el plan de usted?—preguntó Pío Cid con mucha flema.

—Muy sencillo—contestó D.ª Candelaria to-

mando aliento.—Candelita tiene ya contrata en Barcelona. Yo me voy con ella en cuanto se case Paca. Todo está ya arreglado; hoy es viernes, el domingo puede ser la boda.

—¿Usted y D. Florentino serán los padrinos?

—Sí; D. Florentino ha venido á eso principalmente.....

—Y ¿piensa usted dejar á Valentina con los recién casados?

—Así tiene que ser. Yo no puedo llevármela, porque serían los gastos mucho mayores.

—Pues bien—dijo Pío Cid recalcando la palabra;—todo eso me parece un disparate, impropio de una mujer tan avisada como usted..... Usted sabe lo que se ha gastado para arreglar nuestra casa, y no hay en ella nada del otro jueves; y estaba casi amueblada cuando yo entré en ella..... Ponga usted en un cuarto á tres criaturas con un sueldo que, con el descuento, no llega á 15 reales diarios, y dígame qué apuros y qué miserias no van á pasar en estos primeros meses, que deben ser de miel y van á ser de acíbar, de vinagre y de rejalgar. Paca es una mujer de su casa, como hay pocas, y Pablo no es mal muchacho; el matrimonio reune las mejores condiciones para ser bueno, y usted lo va á echar á perder con esas prisas. Usted habrá visto un nido de pájaros, y habrá visto que cuando los pájaros son culoncillos se están pegados los unos á los otros, y que cuando son volantones comienzan á revolotear por los bordes del nido, hasta que, al fin, se echan á volar; y algunos, por volar demasiado pronto, se caen y se estrellan. No saque usted las cosas de su paso na-

tural, y déjeme á mí hacer lo que se debe hacer. Aunque usted no me deje, yo quiero á Paca como si fuera mi hija, y no consiento que salga de donde hoy está sino para que esté mejor que está. Ese casamiento es precipitado, porque no tenemos las dos ó tres mil pesetas que harían falta para poner otra casa.....

—Eso es cierto—interrumpió D.ª Candelaria.—Malo es empezar con boqueras, porque, como suele decirse, donde no hay harina todo es mohina; pero las cosas se han presentado así.

—Yo estoy conforme en que se casen—prosiguió Pío Cid.—Les cedemos una ó dos habitaciones de la casa, y siguen comiendo en familia como hasta aquí. De este modo pueden dedicar el sueldo á comprar lo mucho que les hace falta y á divertirse un poco en estos primeros meses, y de aquí á fin de año tiempo tendrán de buscar piso y de empezar á vivir por cuenta propia.

—Y ¿no cuenta usted con Martina?

—Martina querrá lo que yo quiera. Al verse sola ha pretendido ser jefe de la casa, y para hacer visible su autoridad ha cometido algunos abusos; pero ahora estoy yo aquí y ya no hay autoridad; yo no mando, pero no tolero que manden otros; quien debe mandar es la razón, y si usted me demuestra que lo que yo digo no es razonable, obedeceré las órdenes de usted. Hay que despedir ese cuarto que han tomado y dejarse de niñerías. En cuanto á Candelita, no quisiera que comenzara como va á comenzar; pero las cosas no pueden ser pintadas, y aunque la compañía sea de verano y quizás de poco fundamento,

nada se pierde con probar fortuna. Lo que yo deseo es que si ocurre una contrariedad cuenten conmigo. En cuanto yo sepa que en un apuro acuden á otro y no á mí, les niego mi amistad para siempre. Y si por culpa de Martina me vuelven las espaldas, le aseguro á usted que me iré á vivir solo.....

—Eso no—interrumpió D.ª Candelaria.—Usted tiene obligaciones.

—Yo tengo la obligación de darles á todas ustedes para que vivan, porque así lo he ofrecido; pero no estoy obligado á vivir con una persona á quien le estorba todo el mundo. Solo se vea el que solo se desea; y si Martina quiere estar sola conmigo, yo la dejaré sola sin mí..... Pero esto es hablar de la mar..... Usted guíese por mí, y no le pesará. Ahora me voy con Martina, porque ya sabe usted que es picajosa y se ofenderá si hablamos demasiado.

Volvió de nuevo al lado de Martina, que, en efecto, iba ya rezando, y la apaciguó diciéndole que ya estaba resuelta la crisis doméstica y explicándole el plan concertado con D.ª Candelaria. Esta no había dicho claramente que sí ni que no; pero el que calla otorga, y Pío Cid dió la cosa por hecha, aunque añadió que la había dejado pendiente del pláceme de la principal interesada en los asuntos caseros, que era y debía ser la propia Martina. La cual no puso ningún reparo, pues para ella lo importante era que Candelita se marchara, cuanto antes mejor. En esto los dos grupos antagónicos se habían aproximado tanto, que Pío Cid, sin apartarse de Martina, pudo decirle á D.ª Candelaria:

—Martina está conforme y contenta, y yo creo que, una vez que no hay diversidad de pareceres, estos piques y desavenencias deben cesar.

—Yo por mí.....—dijo D.ª Candelaria.

—Es que ustedes les han dado á las cosas un color.....—agregó Martina.

—En todas las familias hay sus dimes y diretes—afirmó D.ª Justa.—Yo no me he mezclado en el asunto, y comprendía que todo quedaría en agua de cerrajas.

Mientras Martina le decía á Paca que el arreglo era seguir viviendo juntos, Pío Cid entablaba un nuevo diálogo con D.ª Candelaria.

—Una cosa se me ha ocurrido—le dijo.—¿Con qué nombre va á figurar Candelita? Porque Candelaria no es propio para una tiple.

—Ese punto no está decidido aún—contestó la mamá.—Don Narciso nos ha dicho que habrá que anunciarla con nombre italiano.

—El apellido es bueno, inmejorable, y no hay que cambiarlo. El nombre es el que no sirve. Si fuera, Valentina Colomba ó Paca..... Es decir, Paca no, Francesca..... Ahí tiene usted el nombre. No hay más que hablar: Francesca Colomba. Suena un poco fuerte, pero eso da importancia.

—Está usted en el torno y en las monjas—dijo D.ª Candelaria.—Yo no sé lo que saldrá de este arreglo que usted acaba de hacer; pero por usted lo acepto todo con el alma y la vida..... ¿Quién lo había de pensar cuando nos conocimos?

Salieron de la casa en són de guerra, en dos bandos, y volvieron en paz y en uno solo.

Todos entraron en el comedor para tomar un

ligero desayuno. Valentina acudió también, y Pío Cid le preguntó por Candelita.

—Está levantada—dijo la muchacha,—pero no sale porque le duele la cabeza.

—Hoy no es día de dolerle á nadie la cabeza—replicó Pío Cid.—Dile que salga, ó si no iré yo mismo á decírselo.

—Señorita Francesca—dijo en voz alta, acercándose al cuarto de la futura tiple,—tenga la bondad de acompañarnos. Las paces están firmadas, y sería de muy mal gusto desairarnos á todos.

Francesca no contestó, y Pío Cid tuvo que entrar en el cuarto á buscarla. La vió de pie junto al balcón, y se quedó un momento embobado mirándola. Estaba la joven vestida de blanco, con una bata suelta, sobre la que caían los rizos de cabello rubio como rayos de sol; el rostro pálido, y la mirada de los ojos azules triste, melancólica. Pío Cid se acercó, y sin decirle una palabra más, la cogió de la mano y la trajo al comedor, cerca de donde estaba Martina.

—Ahora mismo—dijo—os tenéis que abrazar delante de todos. Siempre os habéis querido como hermanas, y ahora que pronto os vais á separar, no estaría bien que os quedara ningún rencor.

—Yo no me acuerdo ya de lo que hice—dijo Martina, abrazando á su prima y llorando.—Es que tengo mal genio, lo reconozco; pero después que se me pasa el arranque, me pesa.....

—Vamos, no seas tan guardosa—dijo D.ª Candelaria, viendo que su hija se mantenía tiesa y sin ablandarse por las lágrimas de Martina.

—Yo también lo olvido todo—dijo al fin la ofendida.

Y abrazó á su prima, aunque sin perder su aire serio y grave.

—Ahora sólo falta—pensó Pío Cid—que no queden rastros de lo ocurrido. Es menester que la casa vuelva á estar como yo la dejé.

Y con esta idea añadió en voz alta:

—¿Sabes, Martina, que estoy pensando que la sala no puede seguir como está? El día de la boda habrá convidados, y aquí, en el comedor, no se cabe. No hay más habitación grande que la sala, y siempre es bueno para este y otros casos tenerla libre. Nosotros nos podemos arreglar en el cuarto que antes teníamos.

—Yo no tengo interés.....—contestó Martina.—Lo hice para que tú tuvieras una habitación más grande para escribir.

—Yo escribo aunque sea sobre la tabla de lavar—dijo Pío Cid.—Por mí no hay que molestarse.

—Pues entonces—dijo la impaciente Martina—vamos á mudar los muebles.....—Ahora mismo—añadió, dirigiéndose á sus primas.—Venid conmigo..... Á mí me gusta revolver.

Aquel mismo día volvió la casa á su estado normal, y el silencio reconcentrado de los días de disensión se desató en charla inacabable y en vehementes manifestaciones de afecto. Todas rivalizaban en atenciones cariñosas para destruir el recuerdo de las pasadas ofensas. Pío Cid sólo salió un instante para llevar á *El Eco* una revista que escribió en un dos por tres y cobrar el mes caído,

pues halló la bolsa de Martina en los apures. Pablo y D. Florentino vinieron por la tarde y se quedaron á comer, y de sobremesa quedó resuelto que la boda fuera el domingo por la mañana, y que por la noche salieran para Barcelona las dos viajeras, acompañadas por el honrado comerciante de San Sebastián.

—Todo nos ocurre á nosotras al revés—decía D.ª Candelaria.—Siempre, después de una boda, el viaje lo emprenden los novios, y aquí los novios se quedan y nosotras nos marchamos.

Pío Cid había pensado ir á visitar á Mercedes después de la boda, cuando la casa estuviera más tranquila, y por sí ó por no estaba sobresaltado y deseoso de explicar á Martina su pensamiento de proteger á la pobre huérfana, no fuera ésta á presentarse de repente y diera lugar á un escándalo. Pero tuvo que ir á casa de la Duquesa de Almadura á entregarle el regalo de su antiguo administrador, y cumplido ya el encargo, volvía paso entre paso á su casa, á tiempo que vió cruzar á lo lejos á Juanito Olivares con otro amigo. Comprendió, por la dirección que llevaban, que no iban á la calle de Fuencarral; y como se le presentaba una tan buena ocasión de hablar á solas con Mercedes, cambió en el acto de rumbo y se decidió á adelantar la entrevista. Llegó á casa de Juanito, subió al tercero y preguntó por él, y la criada contestó que el señor había salido hacía poco, pero que estaba D.ª Adela.

—¿Quién pregunta?—dijo, saliendo al recibidor una señora muy bien puesta, todavía joven, guapa y algo ajamonada.

—Un paisano de Olivares—dijo Pío Cid,—y de usted si la vista no me engaña.

—¿Su gracia de usted?—preguntó D.ª Adela mirándole, sin acertar á reconocerle.

—Muy cambiado debo de estar—contestó Pío Cid—cuando usted no me recuerda. Yo la he conocido al momento, particularmente por el lunar que tiene usted en la mejilla. Pero cuando yo la conocí era usted Adelita y costurera, y yo era estudiante y me llamaba *D. Pitopito*.

—¡Jesús!—exclamó D.ª Adela.—Usted es el hijo de..... Entonces usted es de quien me ha hablado Juanito. ¡Si seré yo torpe, Señor! Pase usted, y no se esté más en esa puerta. ¡Digo! ¡Pues poco que me acuerdo de cuando iba á su casa á coser, y de usted, y de las diabluras que hacía, y de..... Es para mí un alegrón—añadió estrechándole la mano con desenvoltura.—Verle aún rodando por estos mundos, y por lo visto sin haber sentado todavía la cabeza..... Así me gusta. Los hombres han de ser hombres.

—Y ¿cómo es que la encuentro aquí?—preguntó Pío Cid, entrando en una sala pequeña que vio abierta y sentándose.—¿Está usted con Olivares?

—¡Uy, uy! ¡Pues no es larga la fecha!—contestó D.ª Adela.—Hace más de ocho años que nos vinimos á Madrid. Yo ya me recogí á la buena vida..... De todo quiere Dios un poquito. Pero ¿dónde ha estado usted metido? Pues no hace más que la friolera de..... ¡Qué! Más de quince años. Quizás de todos los hombres que yo he conocido, el que recuerde mejor es usted..... ¡Cuántas veces

se lo he dicho á Juanito! ¿Se acuerda usted de un día que aquel criado viejo que tenían se puso una falda negra y unas enaguas blancas, como un cura, y nos casó á los dos en broma? Yo creo que no se debe jugar con las cosas de Dios, y que si yo no he sido una mujer regular, casada como Dios manda, ha sido por castigo..... Sí, señor..... ¿Y sus hermanos de usted?

—Ya no queda vivo ninguno—contestó Pío Cid.

—Vaya con *D. Pitopito gorgorito*—dijo lentamente y con cara risueña la ex modista.—Y ¿cómo es que le vemos por aquí?

—Venía á hacer una visita á Olivares y á la joven que le acompañaba.....—contestó Pío Cid, fingiendo aire pícaro.—Hicimos juntos el viaje.

—¿Le gusta á usted la Merceditas?—preguntó D.ª Adela con tono despreciativo.

—Es algo simpática y parece poco corrida—respondió Pío Cid sin dar importancia á sus palabras.

—Fíese usted de estas pavalacias—replicó doña Adela.—Dentro de un mes será ésa peor que las demás..... Yo creo que cada día tienen ustedes los hombres más mal gusto. No se fijan más que en cuatro arrumacos. En particular esta Mercedes es un animalucho, que ni siquiera sabe presentarse. Yo no sé cómo va á arreglarse cuando baje al principal.....—¡Mercedes!—exclamó de pronto.—Sal, que preguntan por ti.

Mercedes debía estar en la habitación próxima, pues salió al punto. Saludó con cortedad y se sentó en una silla distante del sofá donde estaban Pío Cid y D.ª Adela.

—Ya ve usted—le dijo Pío Cid—que no he olvidado lo que ofrecí. Siento no hallar á Juanito. Otro día volveré. ¿Ha paseado usted ya algo por Madrid?

—Ayer dimos una vueltecilla, poca cosa—contestó D.ª Adela.—Esta se cansó en seguida. Pero, Mercedes, hija, acércate, que parece que estás como un huésped despedido.

Mercedes se acercó; pero, en vez de sentarse, se puso á mirar el cielo al través de los visillos del balcón. Pío Cid se levantó y se puso detrás de ella, y D.ª Adela no tardó en escabullirse suavemente, dejándolos solos.

—¿Qué tal se encuentra usted aquí?—le preguntó Pío Cid en seguida.

—Muy mal—contestó Mercedes.—Hace un día que vine, y ya tengo á la tía esa atragantada.

—Y ¿cómo no se le ha ocurrido á usted marcharse?

—¿Cree usted que es tan fácil? Y luego que del dicho al hecho hay gran trecho, y yo no sé si lo que usted me dijo es posible. Yo creo que no me dejarán que me vaya.

—Claro está que no la dejarán; pero usted puede irse aunque no la dejen. No tiene usted que llevarse nada consigo, para que así no digan que los ha robado usted. Se lleva usted lo puesto nada más.

—Pero ¿cómo va á ser eso, si estoy aquí como presa y no me dejan ni pie ni pisada?

—Cuando baje usted de visita al principal, doña Adela no estará con usted..... Entonces puede us-

ted decir que ha olvidado cualquier cosa y que va por ella en un momento, y en vez de echar escaleras arriba, echa escaleras abajo. Puede llevar en el bolsillo un pañuelo de seda y ponérselo en la cabeza para no llamar la atención..... Sigue andando á mano izquierda hasta que encuentre una parada de coches, le da las señas al cochero y pleito concluído. Yo estoy siempre en mi casa: á cualquier hora que llegue usted es buena. Á ver si el lunes se presenta la ocasión.....

—Todo eso está muy bien; pero y en casa de usted, su familia, ¿qué dirá?

—Dejemos eso á un lado. Usted confíe en mí. Yo no quiero forzar su voluntad, y si usted tiene interés por Juanito..... ¿Cuánto tiempo hace que le conoce usted?

—Un mes, y estoy ya hasta la coronilla..... Por ese lado.....

—¿Cómo fué el conocerse?

—La culpa la ha tenido D.ª Rufina. ¡Malhaya sea!.....

—Y ¿quién es D.ª Rufina?

—Es una criada vieja de D. Gonzalo que vivía conmigo para acompañarme. Ella fué la que me llevó á malos sitios.

—Ese D. Gonzalo Estirado fué el que la sacó á usted de Granada.

—¿Cómo lo sabe usted?—pregunto Mercedes sorprendida.

—Ya le dije que yo la conozco: la conocí á usted cuando era niña, cuando iba llevando de la mano á su padre ciego. Yo la he besado á usted muchas veces..... No le dé á usted vergüenza de

que yo sepa que su padre fué mendigo; entonces usted no podía hacer más de lo que hacía, y su padre no podía ganar el sustento trabajando. Quizás lo más noble que ha hecho usted en su vida ha sido servir de lazarillo á su padre; y si de algo se debe de avergonzar es de verse como se ve, y más aún de querer continuar en esta vida después que yo, como amigo, le ofrezco mi apoyo para que salga de ella. Yo recuerdo que mi madre, que ya murió, quiso muchas veces recogerla á usted para educarla é impedir que le ocurriera lo que le está ocurriendo; y mi idea es hacer hoy lo que no pudo hacer mi madre, y por esto le dije á usted que al acogerla en mi casa creía cumplir una obligación.

—Yo no recuerdo su cara de usted—dijo Mercedes, impresionada por el tono fuerte y sincero con que le hablaba Pío Cid;—quizás de su madre me acordaría si la viera.

—Mi madre se llamaba D.ª Natalia, y á mi casa iban ustedes todos los lunes.

—Sí, recuerdo ese nombre.....—dijo Mercedes, cuyos ojos parecían eclipsados.—Yo me voy á poner en manos de usted, y usted hará de mí lo que quiera.

—Ya le dije á usted que peor que hoy está no podrá estar nunca.

—Eso es verdad—dijo Mercedes resuelta.—Esto es lo peor. Nada, yo voy á escaparme, como usted me ha dicho.

—Hágalo con precaución, no vayan á conocerle el deseo..... Aunque, puestos de malas, yo la sacaría á usted por encima de todo el mundo. En fin,

me voy ya. Si le pregunta D.ª Adela qué hemos hablado, dígale que yo deseo frecuentar la casa como amigo de usted, y que usted me ha contestado que eso no es posible por el compromiso que tiene con Olivares.

—Y ¿qué va á pensar D.ª Adela?

—Pensará que es usted una bobalicona; pero más vale que piense esto que no que sospeche de mí. Conque adiós; lo prometido es deuda. ¡Cuidado con faltar!

—Ya verá usted que, aunque mujer, también tengo palabra—afirmó Mercedes, estrechando con fuerza la mano que le tendía Pío Cid.

Salió éste al pasillo y tosió para que acudiera D.ª Adela, la que no se hizo esperar.

—Pero ¿cómo tan pronto?.....—le dijo.—Yo creía que iba usted á esperar á Juanito.

—Ya volveré—contestó Pío Cid,—no sólo por Juanito y por Mercedes, sino por usted, para que hablemos de cosas de nuestros buenos tiempos. Ahora tengo que hacer, y además, la Mercedes parece que está hoy de mal aguaje.

—¿No le dije que era una pavona?—apoyó doña Adela.—No tiene más que fachada.

—Hay que dejar que poco á poco se despabile. Dígale usted á Olivares que he estado aquí y que soy conocido antiguo de usted, y todo lo que quiera usted de mi parte.

—¡Vaya que se lo diré!—dijo D.ª Adela, reteniendo entre las suyas la mano de Pío Cid.—Y no olvide que tiene aquí una paisana dispuesta á servirle.

—Igualmente.

De vuelta á su casa estuvo Pío Cid dando rodeos para poner á Martina en autos de la para ella inesperada decisión de meter un nuevo huésped, y lo que es peor, huéspeda, y del género de Mercedes. Al fin decidió dejarlo para el domingo.

—Tengamos la boda en paz—pensó,—y luego que los novios estén durmiendo y los viajeros viajando, lanzaré la noticia. De cualquier modo, nadie me libra de una reprimenda; y no es esto lo que siento, sino la llegada de Mercedes. Si fuera otra clase de mujer, ó si hubiera medio de conocerla antes de verle la cara..... Lo que es el primer espetonazo será terrible, porque esa criatura no tiene más que fachada, como dice D.ª Adela, pero la fachada es monumental.

Se celebró la boda pacíficamente, y no sin cierta solemnidad á la que era muy dado D. Florentino. Todo lo que Pablito tenía de informal y sin gobierno, lo tenía su hermano de grave y sesudo. Era D. Florentino un hombre chapado á la antigua, amante de dar tiempo á los negocios y enemigo de que le espolearan. Aunque tenía dejado á Pablo como cosa perdida, vino á Madrid dispuesto á deshacer la boda proyectada, que le pareció un disparate más, el último y el mayor que podía cometer aquella calamidad de hermano, al que jamás pudo hacer andar derecho. Cuál no fué su sorpresa al verle tan cambiado y tan metido en sí, hecho todo un funcionario público y con una novia como Paca, la cual le daba ciento y raya á la propia mujer de D. Florentino, modelo de señoras serias, apañadas y económicas.

Como D. Florentino era muy aficionado á la

ropa negra, su satisfacción se tradujo en un vestido de seda que regaló á la novia, y en un traje de levita que regaló al novio, amén de otras pequeñas atenciones y de correr con todos los gastos del casorio.

Simpatizó grandemente con Pío Cid, y entre ambos dieron á la comida de boda un carácter casi sacramental para producir efecto en el espítu volátil del novio y hacerle comprender el cambio que debía operarse en su vida, á partir de aquel día memorable.

Don Florentino, que no tenía hijos, anunció que si Pablo se enmendaba y se hacía hombre de provecho, le dejaría la mayor parte de sus bienes, y Pío Cid ofreció asimismo trabajar para que el joven concluyese su carrera y pudiese obtener un destino de más sueldo

—Sin necesidad de esto—añadió—no tardará Pablito en aumentar sus haberes. Mi amigo Cándido Vargas confía ser muy pronto catedrático de Derecho, porque así se lo han ofrecido, y si lo consigue tendrá que dejar la dirección de un periódico tan avanzado como *El Eco*. Para entonces tratamos de fundar un nuevo diario que se titulará *La Juventud*, y es cosa convenida ya que Pablo se encargue de la sección bibliográfica. Así, pues, el porvenir se presenta muy sonriente para esta dichosa pareja, y quizás reserva á Pablo del Valle un papel lucido en el renacimiento ideal de España.

Terminado el banquete, nos retiramos los dos únicos convidados que á él asistimos: el estudiante Benito y yo; y la familia fué á acompañar á la

estación á los viajeros, dando lugar la separación á una triste escena de lágrimas que aguaron en cierto modo las alegrías de la jornada.

Martina lloró también el separarse de Candelita, y ahora que la veía partir le parecía incomprensible haber dudado de ella, y casi se arrepentía de haber provocado con su imprudente conducta aquel repentino viaje.

Pío Cid vió en este estado de ánimo una coyuntura que ni pintada para hablar de Mercedes, y de vuelta á casa, apenas se quedaron solos, se aventuró al fin á decir:

—Te voy á poner sobre aviso de algo de que no me había acordado hasta ahora, para que en caso de suceder no digas que obro sin tu consentimiento.....

—¿De qué se trata?

—Se trata de que, viniendo de Granada, encontré á una pobre joven á quien yo conocí cuando era niño; venía acompañada por un individuo paisano mío, que según todas las señas es un truhán, y la trae á Madrid para pervertirla. Yo se lo dije así á la muchacha apenas tuve ocasión de decírselo, y ella se sorprendió, pues por lo visto venía engañada y consentida en que su seductor se casaría con ella, ó por lo menos viviría con ella decentemente. La joven es huérfana y sola en el mundo, y cuando vivía su padre, que era un buen hombre, mi madre quiso recogerla y darle educación; así, recordando esto, le dije que si no quería seguir con el tunante que la ha engatusado y se veía en Madrid desamparada y sin tener adonde volver los ojos, que viniera á refugiarse en esta casa y que nosotros la admitiríamos.....

—Tantos rodeos—interrumpió Martina—para decir que quieres meter otras faldas en casa. ¿Crees tú que vendrá?

—No lo sé; pero mis informes respecto de mi paisano son malísimos, y la joven esa me parece que no está pervertida todavía por completo; si lo estuviera, claro está que se reiría de mí; pero también puede suceder que venga cuando menos la esperemos. Por eso te lo anuncio, para que si viene la recibas bien. Ahora hay una cama de sobra; ¿qué se pierde con admitir á esa pobre muchacha y darle de comer hasta que podamos tomar una determinación?

—No sé cómo te arreglas—dijo Martina incomodada—que tu bondad es siempre en favor de las mujeres. Si te dejasen, harías de esta casa una colmena.

—Ahí tienes á Pablito, que venía antes á comer.

—Ese es el único; pero en cambio siempre tienes al retortero varias amigas; amigas ó lo que sean..... Acabamos de salir de una y quieres meterte en otra. Porque cuando tú hablas con tanta anticipación..... aquí hay gato encerrado.

—Te lo digo porque pudiera venir esa joven estando yo fuera, y sería ridículo que habiéndole yo ofrecido esta casa tú le cerraras la puerta.

—Pero esta casa ¿es un convento de arrepentidas? Yo tengo tanto corazón y tan buenos sentimientos como el que más; pero si fuéramos á meternos á redimir el mundo, frescos estábamos.

—No es redimir el mundo; yo tampoco iría buscando mujeres malas para recogerlas y traérte-

las aquí; pero he encontrado una que no es mala, sino que está en camino de serlo, y la he encontrado por azar y la he conocido.....; esto no es buscar las cosas, es verlas, porque se nos ponen delante de los ojos. El mayor placer que puedes darme es acoger con buena voluntad á esa pobre muchacha y hacer con ella lo que no pudo hacer mi madre. Yo en esto no he de meterme: has de ser tú la que lo tomes por tu cuenta.

—¿Pero es seguro que vendrá?

—Te he dicho que no lo sé; yo le aconsejé que se escapara y le dí mis señas..... Si no viene, no hay más que hablar.

—No sé cómo te las compones—dijo Martina con voz quejumbrosa,—pero siempre me contrarías en todos mis gustos. Yo no quiero nada, no envidio nada; sólo deseo estar sola, vivir en paz, quitarme tantos testigos de vista. Y tú parece que dices: «¿No quieres caldo? Dos tazas llenas.» Mire usted que querer que yo tome por mi cuenta á una cualquiera, recogida en medio de la calle. ¿Qué más me hace á mí falta que aguantarte á ti, que eres un tabardillo andando? Otro hombre agradecería haber dado con una mujer buena; esto no es hacerme favor, pero busca otra como yo..... Tú no agradeces nada, ni te fijas, porque no me quieres. ¿Qué más prueba que lo que ha pasado con el tal Gandaria? Si tú me tuvieras amor le hubieras conocido la intención en la cara, y no que, dándotelas de sabio y de listo, eres un verdadero papamoscas.

—¿Crees tú que no se la he conocido? Se la conocí, y sabía y sé que no te faltará nunca al res-

peto. El decirte que eres guapa es decir la verdad, y no es delito para que se le ahorque.

—¿Y el leerme versos?

—Conozco esos versos. Te habrá leído una serenata en la que me llama *moro salvaje*, y te habrá hablado de un *cazador herido* y de mil simplezas más. Peor sería que en vez de leerte versos te hubiera escrito alguna carta llena de tonterías. Tú has hecho bien en ponerle en lo ancho de la calle, y yo si viniera haré mejor en seguirle admitiendo.....

—¡Cómo! ¿Serás capaz de volverle á admitir?

—Yo tengo fe en la libertad, y todo lo resuelvo por la libertad; él ha entrado aquí libremente, y tú libremente le has despedido. Quizás si yo, al conocerle la intención, hubiera roto con él, tú le tomaras lástima, y por la lástima se comienza muchas veces. Si fuera posible que tú, tratando á ese joven ó á otro, te enamoraras y me abandonaras, ¿no era esto prueba segura de que no me querías á mí? Prefiero saber la verdad á vivir á ciegas confiando en el amor de una mujer que acaso me es fiel porque no tiene libertad para engañarme.....

—Si tú me quisieras no hablarías con esa frialdad, ni verías las cosas tan claras.

—Yo te quiero, y sé además que tú no puedes querer á otro hombre, aunque me dejes de querer á mí, por lo mismo que eres libre de abandonarme cuando te plazca. Si fueras legalmente mi mujer podrías engañarme, porque tendrías la disculpa del ligamen que no podrías romper y la seguridad de ser siempre respetada; pero ahora, por orgullo, estás más obligada á mantenerte derecha;

y luego que á una mujer casada se le pueden hacer promesas impunemente y rebelarla contra el tirano de su esposo; pero tú tienes un medio sencillo de probar la sinceridad de un galanteador: dile que eres libre, que se case contigo, y le verás salir huyendo como alma que lleva el diablo, y al verle huir le conocerás y le despreciarás.....

—¡Oh, astuto zorro!—gritó Martina.—¡Ahora te voy conociendo! Tú me tienes así para tenerme más segura. Eres malo—añadió abrazándose al cuello de Pío Cid;—pero de puro malo mereces que yo te quiera y te querré cada día más, porque á tu lado todos los hombres me parecen unos muñecos.....

Al otro día por la tarde se presentó Gandaria en casa de Pío Cid. No sabía si le recibirían bien; pero pensó que volviendo las espaldas sin explicarse se declaraba reo, y que lo mejor era quedar dentro ó fuera de una vez.

Quizás Martina, á pesar de sus alharacas, no habría dicho nada á Pío Cid; y supuesto que éste no se diera por enterado, Gandaria iba prevenido para contarle la historia de ciertos falsos amores con una aventurera, por donde Pío Cid comprendería que el joven diplomático no se acorbaba ya de Martina.

—¡Qué perdidos andamos!—le dijo Pío Cid al verle entrar receloso.—Yo creía que le había ocurrido á usted algo para no haber venido á la boda..... Pablito contaba con usted.

—Mucho sentí no poder venir—contestó Gandaria, serenándose;—pero estos días ha habido en casa un gran disgusto..... ¿No sabe usted que mi

hermana se nos va á un convento? Figúrese usted cómo estará mamá..... Papá aprueba la idea, pero á mamá se la puede ahogar con un cabello.

—¿Y á usted qué le parece la resolución?

—Yo no he dicho nada; cada uno es libre de seguir sus impulsos, y siendo firme la vocación..... Después de todo, para las cosas que se ven, más vale encerrarse entre cuatro paredes. Yo casi, casi me alegro.

—De todos modos pudo usted venir un momento. Era una comida de familia, y no lo hubiera pasado usted mal.

—Para serle franco—dijo Gandaria bajando la voz y mirando á la puerta, tras de la cual se oyó, en día no olvidado aún, el grito lastimero de Martina,—tuve ayer un compromiso ineludible. No ha mucho fuí presentado á una joven extranjera que, según dicen, es querida de cierto diplomático; una mujer asombrosa, créame usted, y parece que le he sido simpático, porque me invitó á pasear un rato y á charlar tomando una taza de té en su casa..... Precisamente venía á consultar con usted algo que me interesa, salvo que á usted le moleste oir hablar de estos ligeros devaneos.

—No me molesta usted—contestó Pío Cid pacientemente, comprendiendo que Gandaria no decía verdad.

Porque el joven tenía la flaqueza de que cuando mentía le temblaban los párpados del ojo derecho, y cuando comenzó á hablar de la aventura comenzó el tembloreo sintomático. Sin esta circunstancia hubiera conocido también Pío Cid que la relación era mentirosa de cabo á rabo; y, aun-

que mentirosa, la oía con gusto viendo los progresos que hacía la imaginación del incipiente poeta.

—Pues ha de saber usted—prosiguió Gandaria—que el amigo que me presentó le dijo á la joven que yo era poeta, y me veo en un gran aprieto; la joven quiso que yo le dedicara una poesía, y yo le dije que no me gustaba improvisar; pero me vi forzado á prometer que le compondría una; y recordando lo que usted me dijo del motivo poético, le rogué que me diera un pensamiento, para que así la poesía compuesta sobre él fuera en cierto modo obra de los dos. Ella sacó entonces un libro de poesías en alemán (porque la joven, aunque dicen que es italiana, es del Tirol y educada en Viena, y para el caso como si fuera austriaca).....

—Pues ande usted con ojo—interrumpió Pío Cid,—porque ésas se pegan como lapas, y cuando cogen á uno, no le dejan ni á tres tirones.

—Ya veremos. El caso es que me tradujo un pensamiento de Lenau..... ¿Conoce usted este poeta?

—Es un poeta húngaro de verdadero mérito. He leído algunas poesías suyas, y sé que murió loco á consecuencia del abuso del tabaco. Bueno es que usted lo sepa, porque está usted siempre fumando y escupiendo, y eso no hace ningún bien á la salud.

—Hombre, nunca le cojo á usted desprevenido. Quizás conozca usted también el pensamiento que me ha servido para mi poesía; yo lo traduje libremente, cambiándolo bastante, y sobre él he escrito unas estrofas, que le voy á leer para que me diga si sirven.

—Ya escucho—dijo Pío Cid, con curiosidad.

Gandaria sacó un papel, y después de estirar el cuello y de mirarse los zapatos de charol, leyó:

CANTO DE PRIMAVERA.

¡Oh humano corazón! ¿Qué es tu ventura?
Un momento fugaz, irreparable,
Un enigma que surge indescifrable,
Un amor que no más que un beso dura.

Brilla el sol, y en los yertos corazones
Renueva las pasiones.
Ya se visten los campos de verdura
Y el alma de ilusiones.
¡Oh humano corazón! ¿Qué es tu ventura?

Los pájaros, cantando en la enramada,
Despiertan á mi amada
De un deliquio dulcísimo, inefable,
Arrullo de alborada:
Un momento fugaz, irreparable.

El mundo de su sueño ha despertado,
Y ya en su esquife alado
Vuela el amante, inquieto, infatigable,
Tras un amor soñado,
Un enigma que surge indescifrable.

En la noche callada navegamos,
Con ansia nos besamos;
De lo inmenso nos llena la amargura,
Y en el mar sepultamos
Un amor que no más que un beso dura.

—¿Recuerda usted—le dijo Pío Cid, después de terminada la lectura—lo que le dije cuando leí *El beso eterno*? Le dije á usted que rasgara aquellos versos, que eran demasiado sensuales, y que con el tiempo la idea reaparecía más depurada.

Ahí la tiene usted. Los amantes que se iban al espacio á formar una estrella, se arrojan ahora al mar para transformarse en un cetáceo.

—Me ha reventado usted—dijo Gandaria un tanto corrido.

—Mi idea es sólo hacerle notar el espíritu económico que rige las creaciones de los poetas, como las del último zapatero remendón. Así somos, y no hay por qué afligirse. Yo le aseguro que esta poesía de hoy, aunque tiene poco carácter español, es preferible á la primera. Pero le diré asimismo que lo que usted ha compuesto no es una poesía, sino una glosa, y que si esto en un aprieto como el presente puede pasar, no es bueno como sistema, pues por ese camino sería usted un poeta de salón. Una poesía debe de ser parte de nuestra sustancia, no una agrupación convencional de versos alrededor de una idea convencional también. Y lo que yo saco en conclusión es que á usted no le interesa la joven austro-húngara, y que por no interesarle ha salido usted del paso con esas rebuscadas estrofas.

—Ya ve usted—asintió Gandaria.—Persona conocida de ayer, como quien dice, ¿qué interés puede despertar? Lo que yo deseo es no quedar en blanco. ¿Cree usted que no me pondré en ridículo con esta glosa?

—Para el uso á que usted la destina viene como anillo al dedo.

—Pues entonces no hay más que pedir—concluyó Gandaria guardando los versos.—Y ahora le voy á preguntar algo que me ha metido en confusión..... Me ha dicho Pablo que ha retirado us-

ted su candidatura, siendo así que yo había leído en la prensa su nombre entre los diputados electos. ¿Cómo se explica esta contradicción?

—Ha habido á última hora actas cambiadas que han alterado el resultado del escrutinio. Una zahurda, amigo Gandaria, de la que yo estoy menos enterado que usted. Lo cierto es que le dije al Gobernador que no quería ser diputado con acta sucia, y allí la dejé para que otro la recoja.

—¡Es usted terrible, amigo mío, es usted terrible!—exclamó Gandaria.—Yo no sé qué tomará usted en serio en la vida; usted se divierte hasta con su sombra. Si todos los hombres fueran como usted, el mundo sería un espectáculo graciosísimo..... Pero eso que me dice, ¿es cierto?

—Y tan cierto. Ya lo verá usted. De esto he de ir á hablar con su padre en cuanto tenga un momento libre.

—Cuando usted quiera; ya sabe que en casa se le estima; y mi deseo—añadió levantándose y cogiendo el sombrero para retirarse—es que nos veamos con frecuencia y que hablemos de poesía y de arte, dejándonos de politiquerías inútiles.

Llamaron á la puerta, y Gandaria mismo abrió para salir; pero se hizo algunos pasos atrás cuando vió aparecer la figura aparatosa de Mercedes, la cual venía puesta de tiros largos y con pañuelo á la cabeza al modo chulesco.

—¿Está D. Pío Cid?—preguntó con su voz suave, espiritual, que engañaba más aún que su rostro.

—Pase usted, Mercedes,—contestó Pío Cid asomándose á la puerta de la sala.

Gandaria la vió pasar boquiabierto, y salió cerrando la puerta y diciendo para sus adentros:

—Este sí que es un enigma de verdad, no el enigma estúpido de mis versos. ¿Qué será? ¿Qué no será? Ya lo hemos de saber. ¡Valiente hembra! Casi estoy por decir que es mejor que Martina..... Es decir, eso no, Martina es Dios, y Mercedes es su profeta. Pero á este hombre..... habría que nombrarle investigador de la belleza oculta. ¿De dónde saca este hombre estos monumentos?

Martina vió á Mercedes pasar y entrar en la sala, y salió del comedor como una flecha.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó con furia.

—Es la joven huérfana de quien te he hablado —contestó Pío Cid, cerrando la puerta de la sala y dejando dentro á Mercedes.

—¡Esta casa no es ningún asilo!—gritó Martina recio para que la oyesen.—Esa es una mujer tirada: no hay más que verla.

—No grites—dijo Pío Cid en voz baja,—ni te dejes llevar de las apariencias. Esa mujer viene como viene porque la habrán vestido así, y no iba á desnudarse en medio de la calle. Habla con ella y te convencerás de que es una pobre muchacha.

—¡Ah! ¡Maldita sea la mala hora!....—exclamó Martina abofeteándose.—¿Por qué habré yo conocido á este hombre, por qué?

—No te irrites sin motivo, mujer.

—No, si no me irrito; lo que voy á hacer es echar á esa individua á la calle.

—Si la echas—dijo Pío Cid muy sereno,—me iré yo también.

—¿Te importa esa mujer más que yo?

—Me importa mi dignidad. Basta que yo haya traído á esa mujer á esta casa para que comprendas que no hay mala intención; si la hubiera, no la traería aquí, la llevaría á otra parte. Habla con ella, te repito, y verás que es una infeliz.

Pío Cid se fué al comedor, y Martina entró en la sala y se quedó mirando frente á frente á aquella moza, cuya insolente hermosura, vista al refilón, le había encendido la sangre en las venas.

—¿Es usted la joven de quien me habló mi marido?—le preguntó no sabiendo qué decir.

—Sí, señora—contestó Mercedes, que estaba de pie en medio de la habitación.—Yo temía servir de molestia y, si es así, no quiero que nadie sufra por culpa mía; me iré adonde Diós me encamine.

—No, yo me sorprendí al verla porque me figuraba..... Como creía que era una pobre huérfana, vamos, me extrañó su aparato.

—Ya ve usted, estaba como de visita, y así me salí—dijo Mercedes quitándose el pañuelo de la cabeza.

—¿Según parece la han traído á usted engañada? ¿Cómo ha sido eso?

—Cosas que hacemos las mujeres por nuestra poca cabeza. ¡Yo estaba tan bien en Sevilla..... Mi Sevilla de mi alma!—exclamó infantilmente Mercedes, poniendo los ojos en blanco.

—¿Es usted de Sevilla? De allí es mi mamá. Dicen que es muy bonita.

—Vaya si lo es..... Mil veces mejor que esto.

—¿No le gusta á usted Madrid?

—Déjeme usted de Madrid. Si aquí no hay

nada. Ya ve usted, ni siquiera hay mar, ni un río que vaya por mitad de la población.

—¡Si viera usted Cuba, que es una isla, con mar por todas partes!

—En Sevilla da gusto de meterse en una barca y de irse á pasear por el Guadalquivir.

—¿Y usted quiere volver á Sevilla? ¿Tiene usted allí familia?

—No tengo á nadie más que á un señor viejo, que era como mi tutor; pero ahora no querrá mirarme á la cara después del disparate que he hecho. He perdido mi bienestar. Tenía un piso tan hermoso, con una sala como ésta, con cuadros y también mi piano.....

—¿Toca usted el piano?

—Casi nada; empecé cuando era ya muy grande..... Toco la malagueña, las sevillanas, algunos tangos y valses..... Decía mi profesor que tengo buen oído, pero que es más para el canto.

—Pues tiene usted que tocar algo para que yo la oiga. ¿No sabe usted tocar las guajiras?

Diciendo esto se había acercado Martina al piano y comenzó de pie á teclear. Pío Cid que la oyó se levantó en seguida y dijo á D.ª Justa, Paca y Valentina, que estaban conferenciando sobre el resultado probable de aquel embrollo:

—Yo me voy, no tardo en volver.

—¿Me deja usted á mí ese lío?—preguntó doña Justa asustada.

—La cosa debe marchar bien cuando Martina toca el piano. Si pregunta por mí, dígale que he ido al teatro á buscar las localidades.

—Pero ¿quién piensa en teatros con estas escenas que hay en casa?

—Yo le he ofrecido á Paca llevarla al teatro de la Zarzuela, donde conoció á su marido, y hoy es la función de despedida. Conque.....

—Por mí no se preocupe usted—dijo Paca.

—Iremos todos—aseguró Pío Cid,—y este será el mejor medio para que se pase la noche pronto.

Las rabietas de Martina tenían dos soluciones: la música ó las lágrimas. Cuando no se calmaba llorando, se desahogaba cantando guajiras, de las que tenía un riquísimo repertorio, recogidas de boca de los mismos guajiros; algunas eran sátiras intencionadas, y á veces mordaces y cruentas, contra los peninsulares, y de éstas se servía para maltratar indirectamente á su marido, el cual, lejos de incomodarse, tomaba el asunto por el lado musical y gracioso. Así, pues, no se equivocó Pío Cid al pensar que el tecleo era indicio de que el encuentro formidable entre Martina y Mercedes se resolvía en lamentaciones armónicas.

—¡Oh bestezuela admirable é incomprensible, llamada mujer!—murmuraba, bajando las escaleras;—si no existieras, sería necesario emborracharse tres veces al día para sobrellevar la pesadez y sosera de la vida. Tú eres el único sér digno de amor noble y sincero, porque eres lo incoherente, lo que se escapa de la lógica, siendo lo más lógico de la creación.

En esto oyó la voz de Martina que cantaba; se detuvo y, apoyándose en la perinola de la baranda, escuchó un momento, sin comprender lo que

decían las palabras confusas que á sus oídos llegaban; sólo, al final, oyó distintamente dos versos pronunciados con más brío:

..... tienen las patas muy largas
y también son cabezones.....

Y, después de un breve intervalo, la voz, ahora más lánguida y cadenciosa, lenta como si fuera muriéndose poco á poco, repitió:

Tienen las patas muy largaaas
y también son cabezoneees.....

———

TRABAJO SEXTO.

Pío Cid asiste á una enferma de frivolidad.

—¿Conque usted es amigo tan antiguo de Miralles?—preguntó distraídamente la Duquesa después que hubo leído la carta del Gobernador.

—Sí, señora—contestó Pío Cid,—le conocí hace ya muchos años en Inglaterra.

—¿Ha vivido usted en Inglaterra?

—Bastante tiempo.

—¿Qué puntos son los que conoce usted?

—Casi todas la ciudades importantes; pero de asiento he estado sólo en Liverpool y en Londres.

—Hermoso país aquél, ¿no es cierto?

—Los niños ingleses son bonitos; pero cuando crecen y se hacen hombres ó mujeres.....

—No me refería á eso. Hablaba del país en general.

—El país es triste y demasiado prosaico. Es más agradable vivir bajo este cielo de España.....

—Eso es verdad; pero el cielo es cosa de Dios y no de los hombres. A lo que yo me refería—insistió la Duquesa, que deseaba hacer confesar á Pío Cid que Inglaterra era mejor que España—era á la vida inglesa, á la prosperidad, á los adelantos, á las comodidades de aquella vida.....

—Hay de todo, como en todas partes—contestó Pío Cid, sin ceder al deseo de la Duquesa;—y casi estoy por decir que, por lo mismo que hay mayores bienes, hay también mayores males. Yo, puesto á elegir, elegiría España, sin que por esto piense que aquí estamos bien.

—Es usted muy patriota. Yo vivo la mayor parte del año en el Extranjero, y los meses que paso aquí me parecen tan largos.....

—Habrá perdido usted el gusto por las cosas de España. Yo no encuentro esto tan despreciable.

—Vamos, no diga usted..... Pues si hay para no acabar. Desde que llega usted, nota ya el cambio en los trenes. Aunque viniera usted en el mejor tren de Europa, no sé lo que pasa que, al cruzar el Pirineo, cambia la decoración. Parece que entra usted en un mundo diferente..... y luego este estado de abandono de las ciudades.....; En fin..... creo que dijo muy bien quien dijo que la mayor prueba de amor que se puede dar á España es vivir en ella cuando se tiene para vivir en otra nación.

—Pues yo, para irme á otra parte, me iría á África.....

—Mira, Jaime—interrumpió la Duquesa, dirigiéndose á un niño como de ocho años que entró corriendo en el despacho donde Pío Cid había sido recibido,—aquí no haces ninguna falta. Vete á jugar al jardín.

—Déjele usted que se acerque—dijo Pío Cid. —Tiene usted ya un hijo tan espigado.....

—Es el primero y el único—contestó la Du-

quesa;—y crea usted que se basta y se sobra para no dejarme en paz. Es muy travieso y desaplicadillo.

—¿Qué estudia este mozo?—preguntó Pío Cid mirando á Jaime, que se había acercado á pesar de la orden de su mamá.

—Todavía no ha empezado á estudiar—contestó la Duquesa.—Hasta ahora ha estado entretenido con los idiomas.

—Es algo endeblito y no conviene apresurarlo. Tiene un gran parecido con su padre.....—añadió Pío Cid, mirando un retrato que estaba en el testero principal de la habitación.

—Muchísimo—asintió la Duquesa, diciendo en voz más baja á su hijo que se retirara.—Pues sí, señor—prosiguió, sin acertar á recoger el hilo del diálogo interrumpido por la llegada de Jaime,—es necesario tener mucho patriotismo....., porque..... Vea usted si no este ejemplo..... Ahora estoy preocupada con los estudios de mi hijo..... Me confesará usted que en España no hay medios de educar bien á un joven. En este punto, nuestro atraso es vergonzoso.....

—Según los estudios que ustedes piensen darle.

—Cualesquiera que sean—replicó la Duquesa.—Por mi gusto sería ingeniero. Yo estoy con el espíritu de la época. El Duque desearía prepararle para la diplomacia.....

—¿Y cree usted que de España no pueden salir grandes ingenieros?

—No sé qué le diga; pero no es sólo el estudio de las Academias. Se requieren otros estudios anteriores, dirigidos por un preceptor inteligente.

Hasta ahora Jaime ha estado á cargo de una institutriz inglesa. Habría que traer un profesor extranjero también.....

—Es cierto que en España es difícil hallar buenos preceptores—interrumpió Pío Cid;—esto ocurre porque los que hubiera no tendrían empleo, ni quizás serían tan bien considerados como los de otros países; pero precisamente está usted hablando con un preceptor, y, aunque peque de inmodesto, le aseguro que soy capaz de dirigir á un discípulo como el maestro más entendido.

—¿Es usted preceptor?

—No lo soy de oficio, pues nunca he tenido necesidad de enseñar; pero ahora las circunstancias me obligan á ello, y no tendría inconveniente en dar lecciones.

—¿Á qué enseñanza se dedica usted?

—Á todas las que usted quiera. Aunque en el caso de su hijo, antes de enseñarle hay que descubrirle las aptitudes para no perder el tiempo en balde. ¿Á qué es á lo que muestra mayor afición?

—Hasta ahora á nada, porque es muy desaplicado.

—No crea usted, señora, que haya nadie desaplicado en el mundo. Cuando un maestro dice que un discípulo es desaplicado, debe de entenderse que el maestro es tonto y no sabe hablar al discípulo de cosas que le interesen. Fuera de los casos contados de idiotismo congénito, no hay niño que no muestre interés por algo, y en cuanto hay interés hay aplicación.

—Pero á veces no se logra descubrir la aptitud.

—No se logra porque el maestro sabe poco ó de pocas materias, y cuando ha agotado su pobre repertorio, declara que el alumno carece de aptitudes definidas; si supiera hablar de todo, desde los trabajos manuales hasta la alta filosofía, iría cambiando de asuntos hasta que el discípulo se descubriera. Sin embargo, lo corriente es que no sean necesarias tan largas pruebas, y que pocas palabras bastan para conocer el espíritu de un niño. Yo me comprometería á darle á su hijo dos ó tres lecciones, y á decirle á usted á qué estudios deberían dedicarlo para que llegara á ser un hombre de mérito.

—Yo aceptaría con mucho gusto y agradeciéndole el interés que demuestra por mi Jaime; pero tampoco querría que usted se molestara..... Como profesor podría usted darle algunas lecciones, eso sí. Usted conocerá idiomas; le hablará en francés y en inglés, para que no los olvide ahora que se queda sin institutriz, y luego, más adelante, veríamos. El Duque tiene cierto empeño en llevarle á Francia á un colegio de jesuítas, donde él se educó también.

—Yo me pongo á las órdenes de usted, y usted dispondrá de mí en la forma que más le plazca.

—Yo sólo deseo que usted no se incomode inútilmente. Puesto que usted, según dice, se dedica á la enseñanza, creo que nada se pierde por hacer un ligero ensayo..... Siempre es útil conocer las aptitudes de los niños; á ver si usted descubre las de Jaime.

—Eso puede usted darlo por hecho á las primeras lecciones.

—Pues, cuando á usted le sea posible, venga por aquí; yo le encargaré á mi secretario que se ponga de acuerdo con usted para lo relativo á honorarios..... Y cuando le escriba usted á Miralles, dígale que estimo mucho su presente—dijo, para terminar, la Duquesa, haciendo un movimiento para levantarse.

—No lo olvidaré—asintió Pío Cid, levantándose y despidiéndose con un movimiento de cabeza ligeramente ceremonioso.

Así comenzaron las relaciones de Pío Cíd con la duquesa Soledad de Almadura, las cuales no pasaron, por lo pronto, de este primer cambio de palabras superficiales. Pío Cid volvió á los pocos días y se encargó de dirigir los estudios de Jaime; pero la Duquesa, aunque tanto interés había mostrado por la educación de su hijo, no volvió á acordarse de este grave asunto. No le pareció mal que el niño tuviera un preceptor interino, hasta que se decidiera más adelante los estudios que había de seguir; pero seguramente estos estudios los seguiría en el Extranjero, porque era cuestión resuelta ya que en España no era posible que un joven ilustre recibiera una educación apropiada; y ni Pío Cid, ni un preceptor bajado del cielo, serían capaces de destruir la mala opinión que los Duques tenían de su país. Era éste, quizás, el único punto en que los Duques coincidían; en lo demás siempre estaban en desacuerdo ó lo habían estado, puesto que á la sazón rara vez se veían juntos, y más rara vez aún se dirigían la palabra. Sin embargo, no tardó la Duquesa en desear ver de nuevo á Pío Cid, porque recibió una carta de

D. Estanislao Miralles en la que hablaba de él con extraordinario encomio, sin olvidar lo relativo á la elección, y asegurando que era para Jaime una fortuna haber caído en manos de tan buen maestro. La Duquesa tenía una fuerte dosis de vanidad, y su vanidad más saliente era la pretensión de conocer á las personas con sólo echarles la vista encima. Aunque no parezca bien aplicar á una tan bella señora una tan fea palabra, hay que decir que la Duquesa se creía á sí misma «psicóloga», y que su idea de la vida se reducía á la perspicacia psicológica y al arte de hablar espiritualmente y al desarrollo del sistema muscular por medio de los ejercicios elegantes. Así, pues, no pudo tolerar que Pío Cid se hubiese escapado á su observación; ella le tomó por un preceptor (y para la Duquesa un preceptor estaba á poca más altura que un ayuda de cámara), por un hombre vulgar y medianamente educado, y de los informes de Miralles se desprendía, al contrario, que era un ave rara en España. Quizás, dadas las ideas de Pío Cid, lo más pequeño que hizo en su vida fué renunciar el acta de diputado; y en cambio á la Duquesa le parecía incomprensible que quien podía ser padre de la patria se aviniera al obscuro oficio de preceptor; y de todos los elogios que escribía D. Estanislao para recomendar á su amigo, el único que produjo efecto fué éste, que demostraba que Pío Cid era persona de categoría y á la vez hombre desinteresado.

Un día, al terminar la lección, cuando Jaime, y Pío Cid tras él, salían del gabinete donde tenían sus coloquios, se asomó la Duquesa á la

puerta del despacho, que estaba contiguo, y, como quien hace una pregunta sin importancia, dijo, tomando la cara á Jaime:

—¿Qué tal el discípulo? ¿Le da á usted mucho que hacer? ¿Es muy desaplicado?

—Es la aplicación misma—contestó Pío Cid deteniéndose.—Aprende la mitad ó más de lo que le enseño, que es cuanto se puede apetecer.

—¿Qué le enseña usted ahora?—volvió á preguntar la Duquesa.—Pero pase usted..... Y tú, Jaime, vete á comer, que ya será hora. ¿Conque es tan aplicado? Así me gusta.

—Sí, señora—dijo Pío Cid, entrando en el despacho y sentándose en una silla que le señalaba la Duquesa,—adelanta mucho, y vamos á sacar de él una notabilidad.

—¡Una notabilidad!—exclamó la Duquesa con admiración un poco forzada.—¿Pero notabilidad en qué? ¿Qué le enseña usted ya?

—Le estoy enseñando en primer término á hablar—aseguró Pío Cid gravemente.—Jaime ha empezado muy pronto á estudiar idiomas, y el que menos conoce es el suyo propio; lo habla como un extranjero.

—Dicen que esta es la mejor edad para estudiarlos.....

—Sí es la mejor, á condición de que al estudiar los idiomas extranjeros no se olvide el propio, y de que con las palabras extranjeras no éntre también el espíritu extranjero.

—Usted es españolista rígido por lo que se ve.

—Soy español nada más, y no me asusto de que abramos las puertas de par en par á todas las

ideas, vengan de donde vinieren. Lo que no me parece bien es que perdamos nuestra personalidad y seamos imitadores serviles. Jaime ha tenido una institutriz inglesa, y es casi por completo un inglesito, y yo no veo la razón de que esto sea así. Cada cual debe de ser por fuera lo que es por dentro; el que se retoca para no parecer lo que es da mala idea de sí mismo, puesto que él mismo empieza por despreciarse.

—Eso está muy bien; sin embargo, no crea usted que sea hoy por hoy ninguna gloria nacer en este rincón de España. En otros tiempos fuimos algo, pero ahora ya ve usted adónde hemos venido á parar.

—Usted, señora, cree sin duda mucho de lo que por ahí se dice en contra nuestra, y la mayor parte de lo que se dice, somos nosotros los que lo decimos. Para mí la primera nación es España.....

—¿Primera en qué?—interrumpió vivamente la Duquesa.

—No es necesario ser primero en nada para serlo en todo. Hay naciones que tienen muchos barcos, un ejército poderoso ó grandes riquezas, y en esto son superiores á nosotros; pero tontos seríamos si aceptáramos como puntos de comparación esas exterioridades. Hay una *Guía de España*, donde están los nombres de nuestras personalidades más distinguidas, con sus títulos, cargos y honores. Si busca usted allí mi nombre, no le encontrará; y ¿cree V. que valgo yo menos que todas esas personalidades? Si se quiere hacer la prueba, que se nos ponga en un sitio donde haya que desarrollar plenamente nuestras facultades; en un

lugar apartado de la influencia de nuestra civilización; en el centro de Asia ó de África, donde no tuvieran valor ciertos prestigios convencionales que entre nosotros lo tienen. Casi estoy por decirle á usted que en nuestro tiempo los títulos y honores, conseguidos de ordinario por el camino de la adulación y de la bajeza, son indicio de pequeñez espiritual; de igual suerte que la supremacía de las naciones, fundada en el abuso de la fuerza material, revela una inferioridad palmaria. ¿Conoce usted el dicho popular de que «la gracia del barbero es sacar patilla donde no hay pelo?» Pues esta gracia es la gracia de España. Nosotros somos capaces de hacer más que nadie, con menos medios que nadie, sin duda porque la falta la suplimos con algo nuestro propio, con algo que está en nuestra sangre y que constituye nuestra fuerza y nuestra superioridad.

—Es usted un hábil polemista, amigo mío; pero si en otros tiempos hicimos algo grande porque teníamos fe, y ya se dice que la fe hace milagros, ahora no hacemos más que copiar, y copiar mal lo que otros inventan. Han cambiado los tiempos.....

—¿Piensa usted, pues, que nosotros, que hemos sido capaces de crear cosas muy altas, no serviríamos para componer ciertos artefactos modernos? Todo sería que nos lo propusiéramos. Si usted quiere puede tener en casa un inventor; precisamente Jaime tiene aptitudes naturales para la Mecánica.

—¿De veras?

—Y tanto. La primera afición que ha descubierto es á la Agricultura. Esto debe de ser en parte

por instinto, porque su constitución es bastante delicada y exige una vida enteramente rústica por lo menos hasta los veinticinco ó treinta años; más que seguir carrera, lo que al niño le convendría, como á la mayoría de los hijos de los aristócratas, sería vivir y estudiar en el campo é interesarse por los progresos de la Agricultura en general y por los de sus haciendas en particular. Usted me dijo que por su gusto el niño sería ingeniero; podía ser ingeniero agrónomo y tener su correspondiente título; aunque con el de Duque que heredará le sobra, y lo que más falta le hace es saber. Saber cosas bellas y útiles, y luego iniciarle en el secreto de las invenciones, para que ilustre su apellido con alguna hazaña moderna de esas que á usted tanto le seducen.

—Ahora que me habla usted, recuerdo que Jaime, cuando estuvo la última vez en el campo, construyó un molino (cosas de muchachos), y todos los que lo vieron decían que estaba muy bien y que revelaba mucho ingenio. Pero ¿cómo es posible aprender á ser inventor? Yo creía que los inventos eran obra del azar; es decir, hay también que estudiar, pero entre tantos como estudian, uno por casualidad tropieza con algo nuevo.

—El inventar—aseguró Pío Cid con aplomo—es cuestión de independencia y de audacia. Usted habrá notado que yo en materia de educación dejo mucho que desear. Soy mal educado, lo reconozco; y si usted me lo dice no me ofendo, porque, á mi juicio, la educación es una de tantas rutinas. Pues bien; en la ciencia hay sabios mal educados, y éstos son los inventores; no siguen las reglas

usuales, sino que piensan ó manipulan á su antojo, y así revelan su originalidad, sacan á luz hechos ocultos, inventan. ¿No se le ha ocurrido á usted pensar que yo sea un inventor desconocido?

—Me ha parecido usted un tipo extravagante —contestó la Duquesa con sonrisa amistosa.— ¿Cuál es el invento de usted, vamos á ver?

—Quizás se imagina usted que mi invento es como el de una señora que yo conocí, la cual andaba revolviendo oficinas para obtener patente de invención en todas las naciones, y luego supe con sorpresa que el invento consistía en una red emplomada para embalar y resguardar las seras de carbón ó los canastos de fruta..... No es mi invento de esta clase, ni es un invento sólo, sino que son más de veinte, y con cualquiera de ellos, si yo quisiera darlo á conocer, podría hacerme millonario.

—Pues si no los ha sacado usted á luz por falta de medios—dijo la Duquesa en un tono entre burlón y benévolo,—yo le ofrezco mi protección. He aquí algo original que no me disgusta del todo. En vez de proteger artistas, ¡cuánto más me satisfaría que por mi mediación tuviera España la honra de contar entre sus hijos á algún inventor famoso!

—No es protección lo que necesito—contestó Pío Cid inclinándose en señal de gratitud,—pues algunos de mis inventos podrían proporcionarme dinero en abundancia sin exigir grandes desembolsos. La dificultad está en que yo creo que los inventos son perjudiciales al hombre, y en que los míos lo serían también, y el aliciente de la ganan-

cia no basta á decidirme á echar sobre mí la gran responsabilidad de hacer un daño positivo á mis semejantes.

—Eso es según y conforme. Hay inventos utilísimos..... Tantas máquinas para ayudar al hombre en sus trabajos....., el ferrocarril, el telégrafo....., centenares podrían citarse.

—A mí, al contrario, me parece que es tanto mejor la vida cuanto más sencilla y natural. Si continuamos por el camino que hoy seguimos, bien pronto será la existencia una carga tan pesada que no habrá quien la soporte. Los nervios, sacudidos por tantas y tan fuertes excitaciones, harán de nosotros autómatas despreciables, cuando no nos lleven á la locura. Hay inventos útiles, los pequeños inventos de la industria humana, que más que inventos son aplicaciones de las fuerzas naturales que están á la vista y al alcance del hombre; pero las invenciones verdaderas, las que versan sobre fenómenos ocultos y misteriosos, son perjudiciales porque sacan las cosas de quicio. Vea usted, por vía de ejemplo, una de mis invenciones. Usted no ha pensado nunca, ni quizás ningún sér humano pensó jamás, que en nosotros hay luz latente; más claro, que somos focos de luz espléndida y admirable que hasta el día ha permanecido invisible. Pues bien; yo he descubierto esa luz, á la que podríamos llamar «luz humana».

—¡Usted!—exclamó la Duquesa con curiosidad.

—Yo—afirmó Pío Cid con acento convincente.— Y no crea usted que le doy importancia á mi des-

cubrimiento. Sé que las más altas concepciones de la idea pura, á la que yo profeso culto y amor, interesan ahora menos que una innovación insignificante en los velocípedos; figúrese usted qué revolución no armaría en el mundo mi invento de la luz humana. El aparato para producirla cuesta menos de dos pesetas y dura una infinidad de años; y la luz es eterna, puesto que dura tanto como la vida del hombre; el que se muere ya no luce más; pero nacen otros que empiezan á lucir, y la luz aumenta conforme crece la humanidad..... Y ahora que tanto se habla de negocios, ¡qué negocio éste si se piensa en la millonada que el mundo gasta en alumbrarse, y que se ahorraría por completo con la nueva luz, que no cuesta absolutamente nada!

—Pero eso parece un cuento fantástico.

—Es una realidad tan insignificante, que, una vez conocida, nos sorprende haya podido permanecer oculta. ¿Usted tiene corazón?

—¡Qué pregunta!.....

—Me he explicado mal. Quiero decir que si usted se ha fijado alguna vez en su corazón. ¿No se ha puesto usted la mano sobre él y no le ha sentido latir?

—Naturalmente—dijo la Duquesa, llevándose la mano al corazón por movimiento maquinal.

—Pues bien; donde hay movimiento hay luz en germen. No sé si usted sabrá que los sabios ya no admiten varios agentes ó fuerzas; los reducen todos á un fenómeno único: la vibración de éter. Con el tiempo se llegará á ver claro que no hay tal éter ni tal vibración. Pero sin meternos en

honduras, para que usted no se fatigue, le diré en dos palabras que mi invento consiste en un aparato sencillísimo, con el que saco del latido casi imperceptible, y hasta aquí no utilizado, del corazón un fluido transmisible, á semejanza de una corriente eléctrica, aunque nada tiene que ver lo uno con lo otro.....

—¿Y de ese fluido sale la luz?

—Aun no. Ese fluido del corazón es la mitad de la nueva luz. Para que haya tormenta ha de haber dos electricidades que se atraigan y choquen, y del choque nacen relámpagos y rayos, que son como miradas é imprecaciones del universo. También la luz humana brota de un choque de dos corrientes, aunque brota más silenciosa y serena.

—¿Y de dónde sale el otro fluido?—preguntó la Duquesa con el mismo interés con que un niño pregunta el descenlace de una historia.

—Sale del cerebro; está oculto en las sienes, como el otro estaba oculto en el corazón. Enlaza usted ambos fluidos por un conductor..... Un cordoncillo tan fino como ése (dijo señalando el de que pendían los impertinentes de la Duquesa), y ya está creada la luz humana.

—¿Usted la ha visto? ¿Ha hecho la experiencia?

—La ha hecho una sola vez, y la vi en forma de arco sobre mi cabeza; vi un nimbo de luz roja como la sangre, con franjas amarillentas; y no obstante lo subido del color, aquella luz alumbraba como una estrella que fuera descendiendo y acercándose más y más á la tierra; porque el asom-

bro agitaba todo mi sér, y conforme aumentaba el latir de mi corazón y la punzada de mis sienes, aumentaba la fuerza de la luz, hasta tal punto que creí arder y consumirme en mi propia llama, y asustado rompí el hilo que enlazaba las dos corrientes.....

—Eso parece un invento infernal—dijo la Duquesa, mirando asustada á Pío Cid, quien al hacer la revelación había tomado involuntariamente un aire misterioso y diabólico.

—Yo me he jurado á mí mismo no descubrir jamás el secreto de mi invención; pero sin descubrirlo sería capaz de mostrarle á usted, en usted misma, esa luz maravillosa, brillando en su ensortijada cabellera como una diadema de fuego; fuego del cielo ó de los infiernos, ¿qué importa?—agregó Pío Cid, como burlándose del miedo infantil que en el rostro de la Duquesa se retrataba.

—Sólo de pensarlo me da miedo—dijo la Duquesa levantándose.—Es usted un hombre verdaderamente original..... Usted no es lo que parece....., aunque dice que todos debemos parecer lo que somos.

—¿Qué cree usted, pues, que soy yo?—preguntó Pío Cid, levantándose también, como para retirarse.

—Usted vale demasiado para simple preceptor..... Usted debía aspirar á cosas más altas; por más que ya sé que no es usted ambicioso y que no há mucho renunció usted á un cargo político brillante, por el que tantos otros se afanan..... Lo sé por Miralles, quien me ha hablado de usted como usted se merece.

—Usted tiene quizás, señora, una idea demasiado alta de la política. Yo creo que enseñar vale más que gobernar, y que el verdadero hombre de Estado no es el que da leyes, que no sirven para nada, sino el que se esfuerza por levantar la condición del hombre. Quienquiera que haga de un tonto un discreto, de un haragán un trabajador, de un tunante un hombre de bien, ha hecho, él solo, más que diez generaciones de hombres políticos, de esos que se contentan con ver funcionar por fuera el mecanismo de las instituciones.

—Esa idea será todo lo noble que usted quiera; pero vengamos á la realidad, y dígame si los hombres de entendimiento superior no tienen su puesto marcado en la política, y si un preceptor, en el hecho de serlo, no se condena él mismo á ser un cero á la izquierda.

—Eso piensa todo el mundo; pero yo pienso lo contrario, y sigo mi parecer. Supuesto que yo valiese algo, no valdría tanto como Aristóteles, por ejemplo; y Aristóteles fué preceptor, y nada perdió con serlo.....

—Pero, amigo mío—interrumpió la Duquesa, dándose aires de bien enterada,—Aristóteles fué preceptor del hijo de un rey.

—Y yo soy preceptor del hijo de usted—replicó Pío Cid, dando intencionadamente á su galantería el tono de una réplica escolástica.

—Tiene usted salida para todo—asintió la Duquesa, esponjándose al oir el argumento, mientras Pío Cid aprovechaba la ocasión para despedirse, sin añadir una palabra más.

No era asunto fácil despertar interés en el es-

píritu superficial y voluble de la Duquesa, y no fué escaso mérito en Pío Cid acertar; la revelación del invento de la luz humana (que no era broma, como alguien podría suponer, sino invento real y verídico, como otros que por amor á la verdad, ya que no á la ciencia positiva, se declararán en el curso de estos trabajos) fué un medio muy eficaz, empleado muy hábilmente por el original preceptor para conseguir su objeto. La Duquesa pensó varias veces en la famosa ocurrencia de convertir á los seres humanos en farolas ambulantes, y aun deseaba saber si también todos los animales tendrían luz latente como el hombre. Este punto no lo había tratado Pío Cid; pero á la Duquesa con la primera lección le bastaba para comenzar á tener ideas personales. Dos ó tres veces estuvo para entrar de nuevo en el despacho y preguntar al maestro por los adelantos del discípulo, pero lo dejaba para otro día por no familiarizarse, ni menos mostrar curiosidad.

Hubo al fin un motivo natural para que la Duquesa hablase de nuevo con Pío Cid: el de despedirse para emprender la acostumbrada excursión veraniega, que casi siempre se prolongaba hasta fines de año, y recomendarle eficazmente que no dejase de la mano á Jaime, cuya aplicación y apego al maestro eran ya notorios.

Estaba la Duquesa en un gabinete contiguo al despacho, leyendo un libro muy lindo de poco volumen, y al ver entrar á Pío Cid y á Jaime, se asomó un momento para que su presencia fuera notada, y dijo:

—Den tranquilamente la lección. Cuando ter-

minen, tengo que hacerle á usted algunas indicaciones; no es cosa de importancia.....

Después se retiró con el libro abierto y continuó su lectura, aunque más atención que al libro prestaba á las explicaciones que dió aquel día Pío Cid, las cuales eran las últimas de una curiosa serie sobre el tema tan útil como poco estudiado de la elaboración del pan, comenzando desde que se siembra el trigo, hasta que sale la hogaza cocida del horno.

Había tomado pie el maestro para estas lecciones, de la noticia que le dió la Duquesa de que Jaime había construído un molino de juguete. Los Duques tenían en una de sus posesiones varios molinos, y el niño gustaba de ir á jugar con los hijos de los molineros, y se había aficionado á sus entretenimientos y habilidades. A las primeras palabras notó Pío Cid el interés del discípulo, y decidió explicarle á fondo estas artes útiles, cuyo conocimiento da al hombre una idea más grave, noble y humana de la vida; porque, le decía, hay hombres que viven sin saber los esfuerzos y sudores que cuesta el pedazo de pan de que diariamente se nutren, y estos hombres no pueden comprender la verdadera fraternidad, que consiste en considerarnos ligados á los otros hombres, altos y bajos, pobres y ricos, de tal suerte, que nuestra existencia sea imposible é infecunda sin la de los demás. Hay hombres presuntuosos que creen merecer que la humanidad se hinque ante ellos de rodillas porque han tenido alguna idea nueva que redunda en provecho común, y no piensan que esa idea no la hubieran tenido si la comunidad no les

hubiera libertado de la esclavitud de otros trabajos más penosos y menos brillantes, que consumen las fuerzas de tantos como luchan, piensan y se sacrifican generosamente en silencio.

Después de aprender, una por una, en lecciones anteriores todas las faenas de la molinería y panadería, con ejemplos muy claros y dibujos explicativos, en que Pío Cid le trazaba los diversos aparatos y herramientas de ambas industrias, quiso Jaime enterarse también de la producción del trigo, sobre la que tenía ideas muy equivocadas. El maestro le explicó un compendio de cosas agrícolas en términos tan expresivos, que Jaime oía todo aquello con mayor atención que si fuera un cuento de hadas. Y lo que más le sorprendió fué la noticia de la rotación de los cultivos ; porque él creía que las tierras producían siempre lo mismo, y que la que criaba trigo, por ejemplo, no podía llevar maíz ó habichuelas. Pío Cid le hizo notar que á semejanza del hombre que ha de variar la alimentación y alterar los diversos estudios y esparcimientos para no fatigarse y para que su organismo se desarrolle armónicamente, la tierra exige períodos en descanso y variedad en los cultivos, para ir recuperando las fuerzas que gasta, á fin de no agotarse por completo. Porque todo cuanto existe—decía,—desde la última planta hasta el animal más perfecto, proviene de la tierra; todo es tierra en varias formas, y aunque las diferencias aparentes sean muy grandes, todo viene á ser lo mismo. El labrador que cuida de sus tierras y el cocinero que cuida de tu alimentación, y, yo mismo, que trabajo para enseñarte, somos tres

personas distintas y un solo hombre verdadero. Y lo peor es, que se nota con facilidad, que el labriego abandona y pierde sus labores, y que el cocinero guisa mal y echa á perder los estómagos, y nadie se fija en lo que es más frecuente y más grave, en que el maestro estropee la cabeza de los discípulos y la convierta en un erial, que esto, y no otra cosa, es el cerebro de la mayor parte de los hombres.

Con estas sanas consideraciones terminó el coloquio de aquel día, y la Duquesa, que los había estado escuchando, casi se sintió pesarosa de no haber asistido á los anteriores y de no poder seguir, á causa de su viaje, aquellas utilísimas conferencias.

—Ahora comprendo—dijo á Pío Cid cuando éste entró á saludarla y á recibir sus instrucciones— la razón que usted tenía al decirme que la aplicación del discípulo depende del profesor. En este buen rato que yo he estado oyendo á usted— añadió cerrando el libro que tenía en la mano— he aprendido más que si hubiera leído diez tomos de agricultura. ¿Qué digo de agricultura? Si lo que usted enseña es filosofía de la labor, ó qué sé yo cómo explicar. No es lisonja, pero si mi viaje no estuviera decidido, ya tenía usted en mí un nuevo discípulo. Dicen que las mujeres somos frívolas, que no pensamos más que en cosas superficiales..... Yo seré una excepción, pero le aseguro que me entusiasman los estudios....., esos estudios agradables é instructivos.....

—¿Está usted, pues, de viaje?—interrumpió Pío Cid, sentándose con familiaridad.—Cuánto

siento, señora....., que el viaje me prive de sus enseñanzas. Porque tiene usted un talento tan claro, que de emprender esos estudios sería yo el que aprendiera; por lo menos aprendería yo más, mucho más que usted.

—¡Qué error! Yo soy un pozo de ignorancia.

—Ignorancia en agricultura; pero esto, ¿qué interés tiene para una mujer ni para un hombre? Es bueno para los niños, para moldearles el cerebro y para infundirles el sentimiento de la naturaleza, de la realidad. A una mujer es otra ciencia la que le conviene, y en esta ciencia las mujeres son doctoras de nacimiento.

—¿Qué ciencia es esa?—preguntó la Duquesa saboreando anticipadamente algún atrevido concepto de Pío Cid.—Supongo que no tendrá nada que ver con la creación de la luz humana.

—¿Aun se acuerda usted de mi invento?

—Me acuerdo, y después de pensar en él, me interesa mucho más. Al principio me pareció un disparate, y después lo imagino como algo naturalísimo. Usted tiene el dón de hacer comprender y de obligar á creer. Si hubiera leído escritas sus explicaciones, dudaría de usted, y oyéndole veo esa luz como si la tuviera delante de los ojos.

—Como verdad, lo es, yo se lo aseguro; pero como importancia, yo no creo que tenga ninguna. Le puse ese ejemplo como pude ponerle otro, porque me entristecía ver que una inteligencia privilegiada como la de usted, estuviera sugestionada por el atractivo de ciertas novedades. Estas invenciones dan dinero y poder, dominio material; pero esto, ¿qué vale? ¿Qué importa que salga luz

del corazón y del cerebro, si para ver lo que vemos sería preferible vivir á obscuras? Si yo supiera crear fuego en todos los corazones é ideas nobles y generosas en todos los cerebros, ¡ésta sí que sería una invención maravillosa! Los inventos materiales desprécielos usted; todo eso, después de aturdirnos y molestarnos, pasa y muere sin dejar más que silencio y polvo.

—Y esa invención maravillosa, ¿tiene algo que ver con la ciencia de que usted hablaba antes y que yo no conozco, aunque usted crea que las mujeres la poseemos infusa?

—No puede usted conocerla porque no está en los libros; la posee usted porque está en la naturaleza. La ciencia que está escrita en el papel, envejece con el papel; pero esa otra ciencia, que más debe llamarse sabiduría, es eterna; es quizás lo único eterno.

—¿Pero cómo se llama esa ciencia?—le preguntó la Duquesa, mirando la cubierta del libro elegante que aún tenía cerrado en la mano.

—No tiene nombre ni debe de tenerlo. Es un saber raro.....

—¿De qué trata al menos?—insistió la Duquesa sin apartar los ojos del libro.

—Es difícil de explicar. ¿Qué pensaría usted si le dijera que trata del aprisionamiento del espíritu?

—Tiene usted la especialidad de los pensamientos extravagantes.....—dijo la Duquesa, y variando repentinamente de idea, añadió:—Hay muchos que se llaman poetas y piensan en prosa, y usted es un hombre que se dedica á oficios pro-

saicos, y quizás sea un poeta de verdad. ¿No se le ha ocurrido á usted nunca componer novelas ó escribir versos? Ya que tiene en tan poca estima los inventos materiales, podía inventar poesías, leyendas bonitas.

—Algo de eso he compuesto, pero lo rompo después. Casi me gusta más destruirlo que inventarlo.

—¿No queda usted satisfecho de su obra?

—Sólo los tontos quedan satisfechos de sus obras y se encariñan con ellas.

—¿Y usted, como no es tonto, no se encariña?

—Yo pienso que todo muere. ¿No sabe usted que la Divinidad tiene dos principales atributos: el de crear y el de destruir? Un hombre que creara una gran obra y luego la destruyese antes que ella sola pereciera, sería un hijo predilecto de Dios. Esto no será del agrado de usted, porque la mujer es refractaria á la destrucción (y á la creación también).

—Entonces, ¿para qué servimos?—preguntó la Duquesa sonriendo.

—Ustedes son las encargadas de la conservación.

—¡Bello modo de decirnos viejas! Yo le aseguro que no soy conservadora. ¡Quite usted allá! Soy de ideas avanzadas, y no me asusta la república, ni aunque sea la federal..... Vea usted. ¿Dónde cree usted que voy yo á pasar la mayor parte del verano?..... Pues voy á Suiza, á los Lagos. Conozco aquéllo muy bien, y le digo que me alegraría de que nuestro país fuera una república como aquélla....., aunque tuviera usted que llamarme ciudadana Soledad.

—En tal caso yo la llamaría á secas Soledad..... Pero no llegaremos nunca á tan dichoso régimen.

—¿Por qué no?—dijo la Duquesa con aire malicioso.

—Porque en Suiza la mayor parte de los ciudadanos se dedica á fabricar relojes, y así han adquirido hábitos de regularidad y de orden, que nosotros no tenemos, y sin los cuales no hay república posible.

—Es usted, lo repito, un polemista formidable. En verdad que tiene usted unas salidas.....

—Son hechos vulgares, y como ése hay mil. Por ejemplo: yo he estado en Suiza tres días; fuí con un conocido á las fiestas del Tiro federal. ¿Qué le parece á usted de un país cuya mayor distracción consiste en afinar la puntería, en apuntar precisamente para no matar? Ese es un país pacífico, donde se puede vivir sin gobierno. Pero nosotros que apuntamos siempre á dar donde más daño podemos hacernos, necesitamos para andar derechos un dictador y una batería en cada bocacalle.

—Entonces nos quedamos sin república. Pero, ¿qué estaba yo diciendo?—agregó la Duquesa como si quisiera recordar.—¡Ah!, sí; decía que usted debía ser autor, pero no para romper sus obras. Si usted escribiera un libro que se hiciera famoso..... Vea usted algo que no muere tan fácilmente. No es menester que fuera un libro grande. A mí, las obras largas me horripilan. Un libro como éste que yo leo ahora y que es uno de mis favoritos. ¡Cuántos siglos hace que le escribieron, y se lee siempre con el mismo encanto!.....

—dijo, tendiendo á Pío Cid el precioso volumen, que era una edición francesa ilustrada de la Pastoral de Longo. —¿Conocerá usted el *Dafnis y Cloe*, sin duda?

—Lo leí hace muchos años—contestó Pío Cid, cogiendo el libro.—Aunque á usted le desagrade oirlo, le diré que no es santo de mi devoción. Es demasiado femenino ó afeminado; es una obra de decadencia.

—¡No diga usted eso, por Dios! Es un idilio delicado y con un perfume silvestre que encanta.

—A mí me parece una imitación sensual y profana de la historia de Adán y Eva. Sólo que la serpiente engañó á la mujer para que ésta engañase al hombre, y Liconia (creo que se llama Liconia la mala mujer que interrumpe el idilio) engaña al hombre para que éste engañe á la mujer.

—No había oído jamás esa comparación, y no deja de ser curiosa.

—Si quiere usted se la escribiré en unos versillos que se me ocurren ahora mismo. Usted cree que yo debo de ser poeta.....

La Duquesa hizo un leve signo de asentimiento, y Pío Cid la miró rápidamente, como para cerciorarse de algún detalle de su rostro: un rostro ovalado, de facciones suaves, encerrado en el marco que formaban los obscuros bucles cayendo flotantes en estudiado desorden, con cuya sombra contrastaba la luz azul intensa de las pupilas. Era más bien rubia, y á ratos parecía morena, cuando le daba la sombra; producía la impresión de mujer graciosa, porque su estatura era mediana y sus movimientos veleidosos, y á ratos tomaba

aires de majestad, irguiéndose con adusta rigidez. Parecía muy joven, aunque á veces, al reir con cierto dejo de presunción, se le marcaba desde la nariz á la comisura de la boca una arruga honda, que le descubría los años. Este era quizás el único defecto de su rostro, y la Duquesa debía conocerlo muy bien, y por esto se violentaba para mantenerse seria y grave. Pío Cid miró, pues, y tomando una pluma la apoyó sobre la primera hoja blanca del libro con la misma sana intención con que el cirujano empuña la lanceta, y escribió unas cuantas líneas, que dió luego á leer á la Duquesa, la cual, después de examinar atentamente aquellas palabras, que más parecían palotes muy finos puestos en hilera, leyó lo que decían:

«Cloe es la flor ideal que va á nacer
En Dafnis, tallo tierno y floreciente;
Liconia es la fatídica serpiente
(Primera arruga en rostro de mujer)
Que arrastra con sigilo su impureza
Y se oculta en lo obscuro cautelosa,
Como eterno traidor, que, generosa,
Abriga entre sus pliegues la belleza.»

Después de la lectura volvió á mirar lo escrito, y ahora vió como una contradanza de patas de mosca, en la que sólo se distinguía el verso puesto entre paréntesis. ¡Pérfido paréntesis, que, en vez de quitar importancia á las palabras metidas en él, las sacaba de su sitio y las lanzaba al rostro de la lectora! Ésta se quedó sorprendida ante aquella inesperada ofensa, que á ella le pareció acción grosera y villana, propia de un miserable plebeyo;

pero se rehizo al instante para no descomponerse, y dijo con frialdad:

—Está bien. Ya proseguiremos nuestras críticas.

Pío Cid se levantó, é inclinándose ante la Duquesa, dijo:

—Yo le deseo un feliz viaje, y aunque valgo tan poco, me ofrezco para todo cuanto me ordene. Á muchos tendrá á quien ordenar; pero nadie obedecerá con la eficacia que yo. Aunque sea un imposible, pídamelo, y lo haré.

—¿Aunque sea un imposible?—articuló la Duquesa maquinalmente, midiéndole de arriba á abajo.

—Aunque sea un imposible—repitió Pío Cid retirándose.

Con razón sobrada decía Martina que su marido sería un hombre perfecto si no se tratara con nadie. Aquel verano fué Pío Cid un modelo de esposos, y Martina, que, bien que sin motivos fundados, estaba siempre inquieta con sus salidas y entradas, y más desde que supo que andaba la Duquesa por medio, vivía ahora sin temores. Porque lo más curioso era que Martina hablaba de Pío Cid casi con desprecio, considerándole como hombre incapaz de enamorar á nadie, ni siquiera digno de que una mujer pusiera en él los ojos, y, sin embargo, los celos se la comían y los dedos le parecían huéspedes.

—Mirando las cosas con calma—pensaba ella, —Pío es un hombre sin gracia y sin agarradero, y hasta parece soso y bobalicón en materia de amoríos; pero alguna virtud secreta debe de tener

cuando á mí me pasó lo que me pasó y cuando á todo el mundo lo baraja como quiere. Quizás será que hoy los hombres son muy malos y muy inútiles, y Pío al menos es generoso y formal..... Como bueno, no es bueno; porque si lo fuera, no me daría tantos disgustos ni tendría empeño en mortificarme llevándome siempre la contraria; pero es que todos los hombres son unos tiranos, y las mujeres somos débiles y no tenemos tesón para sostener una cabezada. Primero chillamos mucho, y después nos conformamos y obedecemos como unas cabritas.

Supo, pues, con extraordinaria satisfacción que la Duquesa se iba al Extranjero y que Jaime, que había quedado á cargo de una vieja aya y de un criado de confianza, suspendía las lecciones algunos días después para ir á tomar baños de mar al Mediterráneo, cuyas aguas, por ser más templadas, las había recomendado el médico en vista de la endeble constitución del Duquesito, aunque es posible que la templanza de las aguas fuese un pretexto de la Duquesa para no llevar consigo á su hijo á los balnearios del Norte, y evitarse así cuidados y molestias. También se fué Benito á pasar las vacaciones á Fuentesaúco, y, por último, Gandaria, aunque no quería moverse de Madrid, hubo de acompañar á sus papás á San Vicente de la Barquera por complacer á su mamá, inconsolable desde el día que Consuelo tomara la resolución de entrar en el convento. Así, durante los tranquilos meses de aquel verano yo solo iba á casa de Pío Cid, de quien por este tiempo era, además de amigo, vecino y casi como de la familia.

El mismo día de la boda de Paca, quejándose D.ª Candelaria de los abusos de los caseros de la corte y de que le exigieran un mes de alquiler por el piso que había apalabrado para trasladarse á él con sus hijas cuando Pío Cid volviera de Granada, tuve yo la idea repentina (por algo se dice que de una boda sale otra y que un casamiento hace ciento) de dar cuerpo á los vagos planes de vida nueva que desde tiempo atrás acariciaba, y le propuse á la suegra de Pablo del Valle quedarme yo con el piso para ahorrarle á ella el pago del alquiler y ahorrarme yo el trabajo de buscar casa, sin contar con que ésta tenía el aliciente de estar en buen sitio y á dos pasos de la de Pío Cid, cuya amistad quería yo estrechar. Celebrado felizmente el traspaso á la hora de los postres, al día siguiente me instalé en mi nueva casa, y para que el cambio fuera más radical, me traje conmigo á Anita y á su madre y hermano. Anita no debía coser más chalecos, sino estudiar y afinarse, para lo que me lancé á alquilarle un piano y á darle yo mismo algunas lecciones; D.ª Gracia era la directora de la casa, y á Joaquinito, cuya vista era cada vez más endeble, lo quité de la imprenta del periódico y lo matriculé en una Academia preparatoria de carreras especiales, con ánimo de que fuera estudiando para ingresar en el Cuerpo de Aduanas.

Como comprenderá el lector prudente, yo procedía como un verdadero mono de imitación y copiaba con mis escasas luces lo que veía en casa de mi amigo, sin comprender que lo importante no era la exterioridad, sino algo íntimo que él sabía infundir en sus obras, sin lo cual todo se vendría

prontamente abajo, como se vino mi edificio. Mas, de todas suertes, algo bueno hay siempre en las cosas humanas, y aunque no recomiende á nadie que se meta en tales enredijos, debo consignar que el nuevo régimen familiar fué muy ventajoso para mi salud, y que mis amigos y compañeros de Redacción, aunque me criticaban, reconocían que estaba más grueso y de mejor color que nunca, gracias á los cuidados y atenciones de D.ª Gracia. Pero no se escribe este libro para sacar á luz mis pequeños y obscuros trabajos, sino los grandes y memorables de Pío Cid, y téngase en cuenta este paréntesis sólo para explicar cómo fuí yo á vivir en la vecindad de mi amigo y por dónde llegué á tratarle íntimamente á él y á todos los suyos, circunstancias todas que refuerzan la veracidad de mi relación.

No era Pío Cid hombre que se rigiera por pautas establecidas; y aunque la costumbre es tomarse vacaciones en el estío y descansar de las faenas del año, él no descansó, sino que, al contrario, se aplicó con más ganas á sus *comentarios del Código* para rematarlos cuanto antes y ganar lo convenido con el editor. Aparte los gastos de la casa, tenía que enviar 50 duros mensuales á D.ª Candelaria para que cubriesen ella y su hija los gastos más apremiantes, puesto que Candelita, aunque, según escribía su madre, estaba satisfecha y orgullosa de la acogida que el público barcelonés la había dispensado, ganaba poco, y lo poco y cobrado con retraso se lo tenía que gastar en trajes para no confundirse con las coristas; á esto había que agregar lo que se le iba á Martina de las ma-

nos comprando cintas y moños para el hatillo del esperado fruto de bendición, tarea previsora á la que consagraba sus días y sus noches la futura madre, auxiliada eficazmente por todo el enjambre, en particular por Mercedes y Valentina.

Todas las jóvenes que se hallan en estado interesante tienen sus manías y antojos, y Martina, por no ser menos, tenía los suyos; los principales, la costura y el amor á la vida del campo. Las conversaciones durante las largas horas de labor versaban siempre sobre este bello tema, que Martina dominaba á fondo; antes de marcharse Candelita ó Francesca, como ya comenzaban á llamarla, á la ciudad condal, el deseo de Martina era dejar Madrid, donde decía estar muy á disgusto, é irse á vivir á Barcelona, á una torrecita por San Gervasio; pero ahora había cambiado de rumbo, y sus ojos se fijaban en Aldamar y ponía allí su nido de amor, apartado del mundo y de las miradas de los hombres.

—Si tú quisieras darme gusto—decía á su marido,—ya que eres tan amante de las cosas naturales, acabarías ese trabajo, y con él y un poco más, haciendo economías, tendríamos para comprar en tu pueblo una casita con su huerto, y allí viviríamos felices. Ya sabes que yo me contento con poco. ¡Lo que me gustaría tener una buena bandada de gallinas, una vaca y una cabra! ¡Qué gusto ir al corral y recoger los huevos frescos, acabaditos de poner, y no que aquí casi no los pruebo porque me repugnan! ¡Y luego la leche! Aquí lo que venden es agua, que no alimenta ni tiene gusto á nada. Á mí sólo me satisface la le-

che que veo ordeñar, y bebérmela calentica y con espuma, que se quede pegada á los labios.....

—¡Calla, hija—interrumpía D.ª Justa,—que se le ponen á una los dientes largos de oirte!

—Tienes un gran talento descriptivo, que le llega á uno á lo hondo del estómago—agregaba Pío Cid.—Parece que te has propuesto mortificarnos.

—Eso porque quieres—replicaba Martina.—En tu mano está todo eso y mucho más. Sólo que tú hablas mucho contra la vida falsa de las ciudades, y luego todo se queda en conversación.

—¿Crees tú—decía Pío Cid—que lo natural está sólo en el campo? En el centro de la corte de España estamos viviendo nosotros más naturalmente que muchos que viven en el campo, donde también hay mentiras y artificios, peores quizás, por ser más pequeños. Reconozco que este piso es un jaulón más propio para aves que para personas; pero nos queda el recurso de irnos á pasear por las afueras, que, aunque no son ninguna maravilla, algo tienen que ver.

—No faltaba más sino que defendieras las vistas de Madrid—interrumpía Martina.

—No las defiendo, y, además, te diré que yo también estuve decidido, cuando fuí el año pasado á Aldamar, á quedarme allí para siempre; pero luego me daba lástima de D.ª Paulita, y pensé que lo mismo se vivía en una parte que en otra, y volví, y si no hubiera vuelto no te hubiera conocido.

—¡Ojalá hubiera sido así! No estoy tan contenta de mi suerte; pero, de todos modos, aquello pa-

só, y ya no tienes necesidad de conocer á nadie más.

—Yo creo que sería una cobardía volver las espaldas. Ya tengo aquí ciertas obligaciones. Ni es posible tampoco que todo el mundo viva en el campo, ni que los hombres se consagren á comer y á beber; alguien ha de pensar y ha de luchar para que la humanidad no se embrutezca por completo.

—Señores—decía Martina dirigiéndose á la reunión,—sepan ustedes que este caballero está encargado de arreglar el mundo. ¡Valiente imbé.....!

—Para ti sólo tiene importancia la vida vegetativa; te aplaudo el parecer y sigo con el mío.

—Yo creo, Martina—intervenía Pablo,—que exagera usted. El hombre que escribe un libro de esos que forman época y que cambian el sér de la sociedad, es digno de que se le admire. Si todas las mujeres pensaran como usted y los hombres siguieran sus consejos, ¿adónde iríamos á parar?

—Usted, Pablito—le contestaba Martina,—dice eso porque tiene la manía de los papeles; pero como usted no hay cuatro; y todos esos librotes, hoy unos y mañana otros, todos servirán para envolver. Y usted que se calienta la cabeza, y yo que me río de esas necedades, nos quedaremos lo mismo.

—También se queda lo mismo la mujer que se casa y la que no se casa—argüía Pablo,—y, sin embargo, todas están deseando de casarse.

—Para tener un tonto que las mantenga—replicaba Martina haciendo una mueca burlona,

mientras la asamblea se reía de ésta y otras mil picardigüelas que la inteligente criatura iba aprendiendo en el trato íntimo de su esposo.

Estas escenas públicas tenían casi siempre una coletilla, y cuando Pío Cid se quedaba á solas con su díscola mitad, el tema de la vida campesina remataba por una discusión que á Martina le llegaba más á lo vivo: la de saber cuándo iba á quedarse sola en su casa, según era su deseo.

—Cuando yo salga de mi cuidado—le decía,—habrá que tomar una niñera, y no se cabrá en la casa. Esto te lo aviso con tiempo. Por Pablo y Paca no hay que preocuparse, porque ellos están decididos á tomar cuarto muy pronto, y se llevarán á Valentina. Mercedes es la gran dificultad... Es muy buena y callada, y me da lástima de que tuviera que irse; pero tampoco vamos á seguir siempre así. Ayer decía la vecina del tercero á mamá que cómo era que la teníamos en casa no siendo de la familia..... Á todo el mundo le extraña, como es natural, y dicen también que una mujer casada no debe tolerar esas cosas, porque á veces por hacer una obra de caridad se busca una su perdición. Una mujer..... así como Mercedes, es un peligro en una casa. Por algo se dice que «de fuera vendrá quien de casa te echará».

—De suerte—decía Pío Cid con calma—que aquí quien gobierna es la vecina del tercero. No hables más de esa vecina, porque te me haces fea y antipática.

—El feo y antipático serás tú, y el desaborido y el....., ¡más vale callar!

—Pues callemos.

—¿Cómo voy á callar viendo que pasa un mes y otro, y que estamos condenados á huésped perpetuo? Siquiera, si trabajara en algo.

—¿No te ayuda á hacer el hatillo? Criada no puede ser; aunque ella quisiera yo no lo permitiría.

—No; lo que tú querrías es que le sirviéramos de criados los demás.

—Lo que yo quiero es que seas juiciosa alguna vez y comprendas que esa criatura, que está aquí sin ocuparse en nada al parecer, está haciendo algo que vale muchísimo. Acuérdate de cómo era cuando llegó y cómo es hoy.

—Claro está que ha cambiado mucho.

—Pues bien, eso es lo que está haciendo; cambiarse. No todos los trabajos tienen nombre, y aunque Mercedes no hiciera absolutamente nada más que estar aquí, haría algo que, aunque no se viera, no por eso valdría menos. Mercedes, á pesar de su planta, es una niña, y no tiene noción de la dignidad personal, porque la han considerado hasta aquí como un mueble, un accesorio; es un edificio sin cimiento, que se caerá con solo que le soplen; mientras no tenga ese cimiento no es posible dedicarla á nada, porque, en saliendo de nuestras manos, á los pocos pasos volverá á caer.

—Pues ese cambio, amiguito, me parece que se me debe á mí.

—Razón de más para que no hables de arrojarla de tu lado. Teniéndola junto á ti no te echas, ciertamente, ningunos cinco duros en el bolsillo; pero ganas la gloria, para contigo misma, de haber contribuído con tu ejemplo á dignificar á una mujer.

—Yo reconozco que á veces llevas razón; pero las gentes son tan mal pensadas.....

Mas no porque Martina se doblegase de palabra, seguía menos decidida á soltar la carga de Mercedes; no por maldad de corazón, pues con el alma y la vida haría por ella cuanto pudiese, desde lejos, sino porque era incapaz de comprender una situación sin nombre, fuera de los usos corrientes de la sociedad. Mercedes no era de la familia, ni de la servidumbre, ni una niña huérfana adoptada por caridad; era una mujer que por donde quiera que iba llamaba la atención, y faltaba averiguar si Pío Cid la había traído á la casa por los motivos que decía ó por otros que no quería decir.

Martina tenía confianza á ratos; mas á ratos pensaba que había allí algún misterio, y aun le parecía adivinar en su marido algo que no salía á la superficie.

Pío Cid tenía, en verdad, una idea secreta, que era la de proteger á Mercedes, no por pura filantropía, sino también por luchar contra la fatalidad, bajo la cual él creía que la pobre hija del ciego había venido al mundo.

El fin de Mercedes, como el de sus padres, debía de ser trágico, y él se determinó á combatir por ella contra el destino, para ver si lograba vencerlo; de aquí su temor á impulsarla en esta ó aquella dirección, por donde siempre iría á fondo, y su firme resolución de guardarla junto á sí y de servirle de escudo contra la adversidad.

Mas estas razones se las reservaba, porque Martina no las querría comprender aunque las oyera, y

Martina las sentía instintivamente y las interpretaba como inclinación oculta, que algo participaba del amor, de Pío Cid por la pobre huérfana; así no cejaba en un pensamiento que se le había ocurrido, y que, á su juicio serviría, para matar dos pájaros de un cañazo.

Mercedes, con lo que ya le había pasado, no podría casarse con un hombre de bien; y en vez de ir á dar, esto sería lo más probable, con un pillo que la maltratara y la acabara de echar á perder, casi sería para ella una fortuna hallar una persona de posición que la recogiera y la considerara, y esta persona muy bien podría ser el moscón de Gandaria, al que sería fácil decidirlo con sólo hacerle algunas insinuaciones. En cuanto á Mercedes, más fácil sería aún, porque no tenía voluntad propia.

Cuando á fines de verano regresó á Madrid Gandaria y se presentó en la calle de Villanueva, empezaron los manejos de Martina.

Por estos días había también Jaime reanudado sus lecciones, y el tiempo que Pío Cid estaba fuera de casa no lo desaprovechaba el joven diplomático. Antes la treta no le valía, y lograba sólo hablar con Valle; pero ahora Martina se deja ver algunos momentos con sus primas y Mercedes. Gandaria no volvió á cometer ninguna imprudencia con Martina, sea porque se convenciera de que perdía el tiempo, sea porque se le calmaran los ímpetus viéndola tan áspera y, á la sazón, hecha un tonel, próxima á ser madre de familia; en cambio no tardó en poner los ojos en Mercedes, cuya belleza y méritos le ponderaba Martina.

—Es lástima—pensaba Gandaria de Mercedes —que esta mujer tenga esos desplantes. En cuanto uno se acerca y cruza cuatro palabras, se pierde la ilusión; pero el trapío es soberbio, y á distancia, vista en el palco de un teatro, por ejemplo, produce un efecto monumental. La verdad es que tampoco ha estado bien dirigida, y que aquí empieza á ganar mucho. Si yo la cogiera por mi cuenta, en un vuelo la convertía en estrella de primera magnitud.

Pío Cid notaba estos trabajos de zapa, pero no quería poner á Mercedes sobre aviso, porque le conocía el flaco y pensaba que era mejor callar que abultar las cosas con prevenciones inútiles. Á Martina sí le decía algunas veces:

—Hay que tener cuidado con el tonto de Gandaria, no vaya á tomarla ahora con esa criatura. Sería lo último que podía ocurrirle á Mercedes, dar con un hombre vano, que es incapaz de quererla porque la ve pobre y poco instruída, y que pensaría utilizarla como hembra de lujo. Yo sé que te estorba Mercedes, y te advierto que si le ocurre algo, á ti te haré responsable.

Pero no se atrevía tampoco á hablar recio por no sofocar á Martina, la cual ya estaba fuera de cuenta, y en cuanto no se hacía su gusto ó se le decía algo que no le sonaba bien, lloraba y pronosticaba que entre unos y otros la harían abortar, y aun le quitarían la vida; pues, como decía su madre, se pintaba sola para meter la peste en un canuto. Mas no eran casi nunca ciertos sus augurios, y menos esta vez.

El alumbramiento fué felicísimo y sorprendente

por varias circunstancias. Acaeció el día de los Finados, al amanecer, á los nueve meses justos de la famosa fiesta de la Candelaria, y nacieron dos gemelos: una niña y un niño, ambos de extremada belleza. Estaba decidido que si era hembra se le pondría Natalia, y si varón Natalio, en recuerdo de la madre de Pío Cid; mas siendo dos, no era cosa de repetir el nombre, y Pío Cid quiso que la niña, que había nacido la primera, se llamase Natalia, y el niño Angel, como yo; pues además de ser el amigo íntimo de la casa, me empeñé en hacer todo el gasto de la gran fiesta que hubo para celebrar el fausto acontecimiento.

Martina no cabía en sí de gozo, y se consideraba casi una celebridad europea por haber dado á luz dos niños de sexo diferente, que se propuso criar ella misma para coronar con este esfuerzo su fecunda obra.

Pío Cid hablaba poco y se mostraba preocupado, pensando, quizás previsoramente, en el porvenir de aquella su tardía descendencia.

Algunas semanas después del parto fué Pío Cid por la tarde, como tenía por costumbre, á dar la lección á Jaime, y se halló con la novedad de que la Duquesa, de regreso de su larga excursión, le hizo subir á sus habitaciones para darle las gracias, muy amablemente por el interés con que había tomado la educación del niño, cuyo viaje al Extranjero estaba dispuesto para el siguiente día, por haberlo ordenado así el Duque.

—Siento mucho esta determinación—dijo la Duquesa,—porque veía con gusto los visibles progresos de Jaime. Aunque los niños tengan poco

fundamento, no está de más escuchar su opinión, y Jaime se halla tan contento con usted..... Pero el papá tiene empeño en que el niño se eduque en Francia, donde él se educó.....

—Yo lo siento por el niño—dijo Pío Cid, sin ocultar su disgusto,—y si estuviera aquí el señor Duque le hablaría para convencerle de que está mal aconsejado. Es un dolor que los padres se atribuyan esta autoridad sobre sus hijos, sin tomarse la molestia de hablar con ellos ni conocerles, ni saber lo que les sería más provechoso. Igual disparate sería llamar á un médico para que nos asistiera en una enfermedad, y luego romper las recetas y tomar lo primero que se nos antojara.

—Sin embargo, le advierto á usted que el colegio á que va Jaime tiene fama.....

—No digo que no, pero la educación de colegio es siempre una educación de cuartel, que da pobres resultados. La formación del espíritu de un niño es una obra de arte, y en el arte, la creación verdadera es la que ejecuta uno solo. Figúrese usted, señora, la cara que pondría un escultor á quien le quitaran una escultura á medio hacer, para que se la terminasen en una cantería..... En fin, quien manda, manda, y dispénseme usted el desahogo.

—Al contrario de dispensarle, le repito que le agradezco su interés. Y ahora le voy á rogar que deje sus señas á mi secretario, para en caso de que más adelante..... En casa se tienen siempre muy en cuenta los servicios prestados, y más cuando son de la importancia y de la significación de los de usted..... Yo no sé si á usted podrán agradarle cargos de otra índole.....

—De cualquier índole los aceptaría por complacerla á usted; pero por mí no se preocupe. En estos últimos días ha sido para mí una dificultad grave tener que acudir á las lecciones de Jaime, y las seguía sólo por amor al arte, como suele decirse. Tengo obligaciones á que atender, es verdad, y no se sabe lo que nos reserva el porvenir; pero yo tengo fe en el trabajo, y como la tengo, el trabajo cae sobre mí y me da para salir á flote.

—Pero un hombre como usted no debe contentarse con ir cubriendo sus atenciones penosamente. Eso es triste. ¿Son muchas las obligaciones que tiene usted á su cargo?

—Más bien son muchas que pocas. Y no me pesa, porque á mí me gustan las familias grandes...

—Según eso, tiene usted mucha familia. Yo no sé por qué me había figurado que era usted un hombre solo. No se ría usted—añadió con malicia,—pero los solterones suelen ser, con el transcurso de los años de soledad, los tipos más estrambóticos.

—Pues aquí ha quebrado la regla; si soy estrambótico, no será por falta de familia.

—¿Tiene usted mujer, hijos, y quizás padres ó hermanos?.....

—Por mi casa soy yo solo; pero tengo mujer y dos hijos, suegra (que es buenísima), dos primas de mi mujer, una de ellas casada, una muchacha huérfana algo pariente y, por último, la niñera.

—¿Nada más?—preguntó la Duquesa sonriendo.—Me gusta la frescura con que lo dice usted. Y la niñera será, naturalmente, porque tiene usted algún niño pequeño.

—Tengo dos, los dos que le he dicho; nacieron no hace un mes, el día de los Difuntos.

—Entonces son gemelos. ¿Son niños ó niñas?

—Una niña y un niño, para que haya de todo.

—¡Es usted un hombre admirable!—exclamó la Duquesa mirándole fijamente.—Piensa usted cosas que no piensa nadie, y le ocurren cosas que no le ocurren á nadie.

—Si hay en esto algún mérito, será de mi mujer más que mío. Ella sí es una mujer admirable. Para empezar ha tenido dos mellizos, y además los cría ella sola. ¿Qué le parece?

—Será más joven que usted.

—Es casi una niña; pero es muy mujerona.

—Aunque sea cosa fea la curiosidad, le confieso á usted que la tengo, y grande, por conocer á su esposa, sólo por eso que acaba de decirme de ella. Y en parte también por ver el gusto de usted, porque es usted tan raro que debe de haber elegido una mujer que no se parezca á las demás.

—Diga usted más bien que soy hombre afortunado, y que he tenido la fortuna de dar con una mujer de las que hoy ya no se estilan. Aquí, en esta cartera, tengo un retrato suyo, y lo va á ver usted; aunque le advierto que lo mejor de Martina no es la cara, sino algo que no hay fotógrafo que lo saque mientras no se invente un sistema nuevo para retratar los corazones.

La Duquesa tomó el retrato que Pío Cid le mostraba, y, levantándose, se fué á sentar en el otro extremo del sofá que estaba más próximo al balcón para examinar mejor la fotografía; la cogió entre ambas manos como para formarle un marco de

sombra, y después de mirarla despacio, disimulando su impresión, comenzó á pasarle por encima la yema del dedo meñique como para quitarle alguna pelusa, y arañó suavemente con la sonrosada uña un lunarcito que Martina tenía en la mejilla izquierda, muy bajo, cerca de la nariz; y, al fin, preguntó:

—¿Está aquí mejor ó peor que en el natural, á juicio de usted?

—Está bastante parecida para lo que una fotografía puede expresar..... El natural vale más, naturalmente, y aun creo que ahí la han sacado de más edad que la que ella tiene.

—Eso iba yo á decirle á usted; que no la encontraba tan niña. ¿Y se peina siempre así, con ese peinado tan raro?

—No, señora; ese peinado es idea mía, y no se lo pone más que cuando está de buen humor ó cuando quiere que le compre algo.

—¿Con que esas tenemos?—dijo la Duquesa, sin poder contener la risa.—¡Inventa usted también peinados! Este será para instalar la luz humana. ¿Creía usted que había olvidado el invento? Pero si este peinado parece chino ó japonés.

—Es el peinado del porvenir—contestó Pío Cid en tono de burla.—Feo ó bonito, tiene la ventaja de que es complicadísimo y se tarda muchas horas en hacerlo, y en esas horas la mujer no piensa en nada y deja tranquilo al hombre.

—¡Pero, hombre!—exclamó la Duquesa con aire regocijado.—¡Si ahora va llegando la moda de cortarse el pelo las mujeres, para no perder tiempo! En el Extranjero hay muchas con el pelo

corto. Por supuesto, con usted no rezan ni las modas ni las costumbres. ¡Dichoso usted, que tiene la suficiente frescura para reirse del mundo y hacer lo que se le antoja! ¡A todos, á quién más, á quién menos, nos vienen veleidades de saltar por encima de las conveniencias! Pero..... ahora sí; por ser usted tan franco le voy á decir con franqueza que me ha sorprendido este retrato. Yo creía que su señora sería muy distinta de las demás, y me parece un tipo corriente, casi vulgar.....

—No es vulgar la palabra propia: más bien debía usted decir humana; pero, aun siendo vulgar, no sería una mujer vulgar, sino la vulgaridad personificada, es decir, un tipo universal tanto ó más admirable que un tipo excepcional, extraordinario. La mayor parte de los hombres (hombres y mujeres, se entiende) somos seres vulgares con alguna facultad saliente que nos distingue, pero que no nos libra de caer con frecuencia en la vulgaridad de que huímos. ¡Cuánto mejor no es ser vulgar en absoluto y atenernos á lo que nos da espontáneamente nuestra naturaleza! Martina es así; es la realidad pura y, para no ser un genio portentoso, es lo mejor que se puede ser.

—Pero lo que yo veo difícil—replicó la Duquesa, sin dejar de mirar el retrato—es que usted se entienda con «su Martina». Porque usted es un idealista, casi un soñador; por lo menos sus ideas no son ideas hechas, de esas que tienen curso en la sociedad y oye una á diario.

—Lo difícil sería lo contrario. Ella y yo, salvo alguna que otra riña, nos entendemos muy bien porque nos necesitamos. Una mujer debe de ser

como la tierra, y un hombre como un árbol; una tierra sin árboles se convierte en un arenal infecundo, y un árbol sin tierra muere porque se secan sus raíces; la vida que la tierra le da al árbol, el árbol se la devuelve con su sombra protectora. Así la mujer mantiene al hombre ligado á la realidad, para que no se aparte de ella ni se pierda en estériles idealismos, y el hombre en cambio protege á la mujer con la sombra de sus ideas para que no se aniquile como se aniquilaría dejándola sola, á merced del viento de los caprichos fugaces.....

—Es bonita la comparación, ingeniosa.....—dijo la Duquesa, quedándose pensativa.

—Lo esencial es que sea verdadera, y yo estoy en que lo es; ¡y tanto! Conozco á muchos hombres que arrastran una vida artificiosa por haber dado con mujeres sin jugo, que no sirven más que para lucir cuatro trapos; y á muchas mujeres también que no viven mejor por falta de un hombre que sea el centro de su vida y el imán de sus deseos. Creen esas mujeres frívolas ser felices porque salen y entran libremente, llevando de acá para allá su aburrimiento oculto bajo las satisfacciones aparentes que proporciona la vida exterior; para mí todas esas alegrías son como los aleteos del pajarillo que se asfixia por falta de aire dentro de la campana pneumática. Sin amor profundo no hay aire para la vida espiritual.

—Quizás da usted excesiva importancia al amor. Yo misma no me oculto para decirle que siempre he considerado el amor como una estupidez. Es una idea mía.

—Pues entonces no conocerá usted nunca la vida. Hay cosas muy pequeñas que se las ha descubierto con microscopio, y otras muy apartadas que se las ve cerca con el telescopio; y hay un instrumento que sirve para descubrir el alma de todas las cosas, y ese instrumento es el amor. Si usted amara—añadió como reconviniendo á la Duquesa,—usted vería mucho que no ha visto; porque para una mujer no hay otro medio de penetrar en las cosas que simbolizarlas en el hombre amado.

—De suerte que para usted lo primero en el mundo, casi lo único, es el amor.

—Hay algo más grande; pero para llegar á ello no hay más camino que el amor. El mejor amor es el espiritual, y si éste no basta, el amor corpóreo. Hay semillas que sólo germinan en hoyas muy abrigadas, y casi todos los hombres son semillas así.

—¿Y usted comprende el amor puramente espiritual? Sería usted el único. La mujer sí; yo, sin ir más lejos, yo he soñado siempre con un amor espiritual; es el único que yo podría sentir. ¡Pero los hombres! No digo que no. Un señor ya anciano, un consejero, un confesor..... Mas yo hablo de un amigo con quien se pueda tratar de igual á igual, íntimamente, como con una amiga; eso no es posible. Yo he intentado la prueba, y me he convencido de la falsedad del hombre. Y si yo tengo en poca estima á los hombres..... (no crea usted, yo también soy un poco misántropa)....., pues es por eso mismo.

—Yo la admiraba á usted, y ahora que ha

dicho eso la admiro más; pero ¿está usted segura de que la mujer sea más fuerte que el hombre? Suponga usted una amistad espiritual, pura, y con un hombre que tenga su mujer; ¿cree usted que la amiga vería impasible á la mujer del amigo? ¿No sería quizás este amor causa de que se rompiera la amistad ó de que se transformara en un sentimiento exclusivista?

—¿Y usted sería capaz—preguntó á su vez la Duquesa—de ver á una amiga suya amante de otro hombre, y seguir siendo amigo noble y leal?

—Yo sí.

—Permítame usted que lo dude.

—No quiero contradecir á usted.

—Y á su esposa, ¿qué amor le tiene usted? ¿Espiritual también?—preguntó la Duquesa, levantándose y dándole el retrato á Pío Cid, después de mirarlo con cierta picardía.

—Yo no siento ya más amor que el espiritual, y aun éste con trabajo—contestó Pío Cid con cierto dejo misantrópico, y se levantó también, guardándose el retrato en el bolsillo interior de la levita, estrenada por cierto aquella misma tarde.

—Ya que hemos hablado de retratos—dijo la Duquesa, notando que Pío Cid se disponía á retirarse,—tendría mucho gusto en que usted me diese su opinión sobre uno que me han hecho á mí. ¿Usted entiende algo de pintura? Pase usted aquí al salón..... Aun no está bien colocado, como usted ve. Lo han puesto ahí por el momento..... Me lo han hecho últimamente en París..... Es de un artista de gran fama.

—Ya veo, ya veo la firma—dijo Pío Cid, mien-

tras examinaba el retrato, que era de cuerpo entero y estaba colocado sobre una mesa en un ángulo del salón.—Es un buen retrato, pero me gusta más el original. Quiero decir que el artista conoce su oficio muy bien, pero que no ha acertado á conocerla á usted, y ha tomado de usted la cáscara..... Esa que hay ahí es una señora, arrogante y majestuosa, y hasta un poco teatral, pero no es una mujer, no es la mujer que hay dentro de usted.

—¿Usted distingue entre mujer y señora?

—Como entre hombre y caballero. Varias veces, viendo el retrato del Duque, el que está en el despacho, he pensado que tiene toda la estampa de un caballero, de un gran señor, pero que como hombre es muy poca cosa. Y es que los dichosos artistas no se quieren tomar la molestia de profundizar. De su esposo de usted no puedo decir nada, porque no le conozco; pero de usted sí aseguro que no la han comprendido; yo mismo, que no soy artista, me comprometo á hacer un retrato mucho mejor que ése: un retrato en que se adivine la mujer delicada, graciosa y espiritual, que se oculta en la señora Duquesa de Almadura.

—¿Sería usted capaz verdaderamente.....? Por supuesto que no me extrañaría que supiera usted también pintar, por saber de todo.

—No sé más que dibujar, y apenas si acierto á combinar los colores; pero yo no hablo de componer una obra, como la gente del oficio; con que usted esté en el retrato me doy por contento. Y además, se pueden hacer retratos con la pluma, y como tengo más hábito de escribir, ¿quién impide

que mi retrato sea una composición poética, en que la describa á usted tal como es?

—A mí me gustaría más que fuera un retrato de verdad—dijo la Duquesa, recordando los versos de la arruga (si es que los había olvidado por completo).

Y después, como volviendo sobre su idea, añadió:

—La poesía también me gusta, y no debe de ser tan fácil describir en verso á una persona.....

—Ni tan difícil cuando se la conoce bien y se sabe con precisión lo que se ha de expresar. Ahora mismo se me ocurren, de repente, unos versos que, si no son un retrato acabado, pueden servirme de boceto si usted les otorga su pláceme.

—¿Cómo son? Dígalos.

—No son muchos; pero si á usted le agradan, con esa idea puedo hacer luego el retrato. Son, como si dijéramos, la postura que ha de tomar el modelo.

—Bien, bien, dígamelos, que me ha metido usted en curiosidad.

Pío Cid hizo una leve pausa, y al fin recitó en tono familiar el soneto que había improvisado, y que decía así:

Su fino rostro en luz azul bañado
De sus grandes pupilas luminosas,
Se recata en las ondas caprichosas
Del mar de sus cabellos encrespado.

Su mirar dulce, suave, está velado
Por plácidas visiones amorosas,
Y un rumor leve de ansias misteriosas
En su boca entreabierta ha aleteado.

Su talle esbelto, airoso se cimbrea:
Ora se yergue altivo, dominante,
Ora se mece en lánguido vaivén,

Cuando le arrulla la fugaz idea
De abrir su pecho á un corazón amante
Y decirle: estoy sola y triste, ven.

—Me gustan esos versos—dijo resueltamente la Duquesa.—Va usted á escribírmelos antes que se le olviden. Casi estoy por decir que me satisface más su boceto que este retrato que me han hecho, después de dos semanas de molestarme..... Si su retrato sale como el boceto.. ..

—Yo haré cuanto esté de mi parte; pero tendrá usted que darme una fotografía; yo la recuerdo á usted muy bien con la imaginación, mas para los detalles no está de más.

—¿Cómo es eso? ¡Pues si yo creía que me iba usted á tener varios días de modelo! Me sorprende en usted la sencillez con que hace las cosas. Todos los artistas son algo cómicos; quiero decir, que fingen bien la comedia y nos asustan con sus preparativos; y usted trabaja con tanta naturalidad que casi, casi me figuro yo que, si cogiera la pluma, escribiría versos como los de usted. Pero voy á darle á usted á elegir la fotografía entre las varias que tengo—dijo la Duquesa, pasando al gabinete seguida de Pío Cid.

Tocó un timbre y ordenó á una de sus doncellas que trajese recado de escribir y un álbum que estaba sobre la mesa de su tocador.

Mientras Pío Cid escribía el soneto, ella recorrió rápidamente las hojas del álbum y sacó de él varias fotografías. Cuando el soneto estuvo ter-

minado, lo tomó de la mesa para leerlo otra vez y dió á Pío Cid los retratos, diciéndole:

—A ver si le parece á usted bien ése que está encima, el del sombrero. Son mi manía los sombreros; lo único á que yo doy importancia en el traje.

—Pero en este retrato mira usted á los hombres como objetos—replicó Pío Cid con viveza.

—¿Y no le satisface á usted? Pues así soy yo..... Usted ha hallado una frase que á mí no se me había ocurrido; yo miro á los hombres como objetos—concluyó recalcando las palabras.

—Más me gusta éste de los ojos bajos.

—Ese me lo hice á poco de tener á mi Jaime. ¿Y el escotado?

—Este tiene alguna semejanza con el que ha traído usted de París. Me gusta más, mucho más, éste de los claveles en la cabeza.

—Ahí era yo aún soltera.

—¡Qué lejos estamos!.....

—¿Ve usted?—interrumpió la Duquesa familiarizándose.—Siempre hay algún veneno en sus palabras.

—¿En qué palabras?

—Eso de decir que estamos lejos, es claro; lo dice usted como si hubiera pasado medio siglo.

—No era ésa mi idea—replicó Pío Cid, dando á sus palabras una entonación melancólica que hasta entonces no le había notado nunca la Duquesa.—Aunque sólo hubiera pasado un mes, este mes sería largo, como un siglo entero, para el hombre que ve á una mujer casada ya y contempla la imagen de esa misma mujer cuando era

pura como una flor que comienza á entreabrir su cáliz á la luz que ha de marchitarla.

—¿Entonces elige usted el de los claveles?— preguntó la Duquesa; y sin esperar la respuesta, se puso á leer el soneto con gran atención.

—Me decido por el de los ojos bajos—dijo al fin Pío Cid, después de examinarlos todos de nuevo. —Este es el más propio, el que mejor se armoniza con mi idea.

—Hay en estos versos intención; en todo lo que usted hace hay intención, mala, por supuesto—dijo la Duquesa, doblando el papel.—Cada día me convenzo más de que usted no es lo que parece. Quiere usted parecer un hombre tosco y vulgar, y lo que usted es realmente es un hombre de mundo; desprecia usted la educación, y es usted un caballero discretísimo cuando quiere serlo.

—¿Lo dice usted quizás por los versos? Ahí no me muestro yo como soy; por no ofenderla á usted he tomado un carácter falso, plegándome á las circunstancias; mas cuando yo encuentro en el mundo una mujer hermosa como usted, mi primer impulso, el que es en mí natural, no es ciertamente discretear con ella.....

—Entonces, ¿cuál es?

—Cogerla debajo del brazo y llevármela á mi casa—contestó Pío Cid con tono violento.

—¡Horror!—exclamó la Duquesa, y se levantó riendo á carcajadas.—Usted es un salvaje, ó por lo menos tiene la coquetería de parecerlo..... Porque los hombres también tienen sus coqueterías, y peores que las de las mujeres..... Va usted á conseguir inspirarme miedo.

—Pues para tranquilizarla me voy—dijo Pío Cid, levantándose y estrechando la mano que la Duquesa le ofrecía.—¡Ojalá que el retrato le agrade y me congracie de nuevo con usted!

—Yo estoy segura de que saldrá bien.

Al decir esto, la Duquesa se imaginaba ya que el retrato sería algo por el estilo de los versos: la imagen de una mujer melancólica soñando en vagos amores. Sorprendióse, pues, no poco cuando al cabo de algunos días de espera se presentó Pío Cid con su trabajo. Era éste un pequeño dibujo al lápiz, ejecutado con tal maestría y perfección, que parecía desde lejos una miniatura de estilo original. El parecido era perfecto, y la compostura la misma que la de la fotografía de los ojos bajos; pero los ojos de ésta se fijaban en un abanico, cual si contaran el varillaje, y en el dibujo contemplaban amorosamente, ¡cómo había de imaginarse esto la Duquesa!, un niño en pañales. La madre le apretaba con el brazo izquierdo contra su seno, y se cubría éste con la mano derecha, en tanto que el niño parecía mamar muy satisfecho, mirando con el rabillo del ojo. La Duquesa veía el retrato con inquietud, sin saber si aquello era una broma intolerable ó una ocurrencia espiritual, y al fin, sugestionada por el casto y noble sentimiento que de la estampa se desprendía, la comenzó á mirar con ojos de benevolencia y dijo:

—Quien no le conociera á usted, no creería que esto es verdad aunque lo viera. La verdad es que no hay en todo el mundo un tipo tan extravagante como usted.

—¿A eso le llama usted extravagancia?

—Extravagancia con asomos de locura, que algo de loco tiene usted también.

—Así se escribe la historia. Y, sin embargo, ese retrato es copia del boceto que mereció su aprobación.

—¿Que está tomado del boceto?

—Naturalmente. En los sonetos la idea madre está al fin, y la idea del mío era esa misma:

..... abrir su pecho á un corazón amante,
Y decirle: estoy sola y triste, ven.

.....¿Qué mejor amigo, qué corazón más amante y más tierno para una mujer que el de un hijo suyo, sobre todo cuando es pequeño y no siente ningún otro amor que haga sombra al amor que siente por su madre?

—Ahora comprendo—dijo la Duquesa, por decir algo, sorprendida por la astucia con que Pío Cid se le escabullía de las manos.

—No hay para la mujer refugio más seguro que el amor maternal. ¡Cuántas mujeres, quizás usted misma, sufren el hastío de la vida porque buscan la felicidad en frívolos pasatiempos, cuando la hallarían en el amor de madre! Y esa frivolidad es tanto más perniciosa cuanto que además de no aturdir por completo, ni ocultar el vacío de la existencia, desarraiga y seca los sentimientos, y llega hasta cortar el ligamen natural entre padres é hijos. Yo comprendería que se destruyera ese amor de la sangre para levantarse al amor espiritual y poder amar al hijo del vecino como al propio; pero destruirlo para no amar á nadie es buscarnos nuestra perdición.

—Muchas veces se nos juzga mal—dijo la Duquesa, como hablando consigo misma,—porque no se conoce nuestro pensamiento. ¡Mujeres hay que parecen frívolas, y que quizás llevan en el fondo de su alma grandes penas, tan grandes que no se olvidan ni en medio de esos aturdimientos buscados justamente para olvidarlas!

—¿Cómo se van á olvidar, si las penas no se olvidan sino cuando se las destruye transformándolas? Buscar el aturdimiento es una cobardía. El que por no oir la verdad se tapa las orejas, ¿ha destruído la verdad? Lo que ha hecho ha sido afirmarla sin conocerla. Y el condenado á muerte que está en capilla y oye con angustia cómo va el reloj dando las horas, y para no oirlas se pone á gritar, ¿retrasa con eso la hora de subir al patíbulo? Más vale afrontar la verdad entera, porque, aunque la verdad sea dolorosa, el dolor es fecundo y crea alegrías que las agradables ficciones no crearán jamás. Si usted sufre, declárese á sí misma, sin engañarse, cuál es su sufrimiento; recójase y medite luego sobre él, y verá salir de él un deseo que la llevará, como de la mano, á un placer nuevo, desconocido y tan hondo como el sufrimiento que lo ha engendrado.

—No sabía de cierto lo que era usted—dijo la Duquesa con aire grave;—pero ahora que me ha hablado usted así, pienso que usted es lo que se suele llamar un amigo de las mujeres. Sabe usted inspirar confianza como un confesor y vale usted más que un confesor, porque los confesores lo juzgan todo con arreglo á la religión, y hay cosas que corresponden al tribunal de la psicología.....

Una mujer casada, sin que se haya consultado su voluntad, contra su gusto, por razón de Estado, como si dijéramos (que esto suele ocurrir no sólo en las familias reales, sino también en las aristocráticas, y aun en las simplemente ricas), no puede, aunque quisiera, amar á su marido. He aquí un caso que no es nuevo. Un confesor le dirá á esa pecadora: «Esfuércese, y ya que no amor, tenga al menos estimación por su esposo; éste es su deber.» Y, sin embargo, pregunto yo: ¿no puede haber casos en que un hombre no tenga derecho ni aun á esa estimación por indigno de ella?

—Claro está que los hay—contestó Pío Cid con tono resuelto.—El derecho á amar es el más sagrado, y quien lo infringe es un criminal peligroso..... Esa mujer que se casó sin amor, acaso no podrá amar tampoco á los hijos que tenga con el hombre á quien no ama. La sangre tiene también sus misterios.

—¿Qué diría usted de un hombre que, creyendo á una mujer culpable, la perdona y luego se dedica á mortificarla diariamente con alusiones groseras?

—Diría que es un cobarde, ó quizás un infeliz, que creyó tener fuerza de alma para perdonar sin tenerla, y que, por no atreverse á hacer un gran mal de una vez, va haciendo el mal á pequeñas dosis..... Pero hay también que saber si la mujer era ó no culpable. Si era culpable, no hay disculpa para la bajeza del hombre; mas si no lo era, casi me inclino en contra de la mujer.

—¿Cómo? Siendo inocente y ofendida por una inculpación infundada.....

—Por eso mismo. Si hubiera sido culpable se humillaría, y el hombre que se ensañara con ella sería un miserable; pero si era inocente, el perdón ha debido irritarla más que la ofensa, ha debido tomar odio contra el hombre, y así es natural que el hombre se haya vuelto con ella duro y despiadado. Hay algo peor que una falta: la apariencia de la falta; porque de la falta, por ser una realidad, puede salir algo bueno; mas de la apariencia no pueden salir más que ficciones, sentimientos sin apoyo en la naturaleza..... Así, á la mujer de que usted me ha hablado yo le diría sin vacilar: cometa usted inmediatamente la falta que no ha cometido, humanícese, y todo lo arreglaremos.

—Pero, por Dios, Sr. Cid—interrumpió la Duquesa,—no eche usted á perder sus atinadas razones con esas salidas de tono. No sé qué gusto saca usted de lanzar adrede esos disparates.....

—¡Disparates! ¿Cómo explica usted entonces que el público se complazca en impulsar con sus murmuraciones á convertir en faltas reales las simples apariencias? ¿No ocurre todos los días que una mujer comienza á coquetear inocentemente, y que muy pronto, presa en las garras de la murmuración, es arrastrada al adulterio?

—¡Es verdad!—exclamó espontáneamente la Duquesa.—¡Es verdad! Ese es el caso en que se dice que el público hace de Gran Galeoto.

—Pues bien; yo creo que el público lleva razón, porque el público la lleva siempre que obra por instinto. Una mujer que da lugar á que se murmure de ella, es casi seguro que es desgraciada; no falta á sus deberes por miedo, y el público se lo

quita hostigándola con anticipadas é injustas censuras.

—Si en vez de hablarme usted á mí le hablara á una mujer sin experiencia, sería usted peligroso —dijo la Duquesa levantándose y poniendo sobre un velador el retrato que aún conservaba en la mano. Y ya de pie, añadió en són de reprimenda:

—Con esas ideas de usted, adiós religión, leyes y moral. Todo se vendría abajo. Porque no hay escapatoria: lo que usted sostiene es el derecho al adulterio.

—Es que yo no soy sacerdote, ni moralista, ni abogado; yo defiendo los derechos del corazón.

—Pero esos derechos están en contra de la sociedad.

—No tanto. ¿Qué pueblos son los que matan á pedradas á la mujer adúltera ó la arrojan por un precipicio? Pueblos bárbaros donde jamás moró la belleza ni el arte. En cambio, vea usted en Grecia cuántas luchas antes de que fuera destruída Troya, baluarte del amor.

—Pero al fin fué destruída.

—Fué destruída porque sin el honor es imposible la existencia de un pueblo, como sin el amor es imposible la de un individuo. Pero si Troya hubiera sido aniquilada en breves momentos por un rayo de Júpiter, ni hubiera existido la *Ilíada*, ni el arte griego, ni acaso existiríamos nosotros. Lo hermoso en aquella lucha es que hay dioses que defienden el fuero del amor, y que el mismo Júpiter, el mayor de los dioses, se inclina ya á uno, ya á otro de los bandos, como si estuviera perplejo ante la gravedad del litigio.

—Y si usted hubiera vivido en aquellos tiempos—preguntó la Duquesa bromeando,—¿hubiera sido troyano?

—Hubiera ayudado á robar á Elena por antipatía contra Menelao, y después hubiera ayudado á destruir á Troya por antipatía contra Paris.

La Duquesa guardó silencio y se fué á sentar en una butaca junto al balcón, lejos de Pío Cid, como para desvirtuar con la distancia la gravedad de lo que se le ocurría decir; miró un rato al través de los visillos, y preguntó:

—Pero si yo no recuerdo mal, usted me decía ayer que el amor más noble es el del espíritu. ¿Cómo ahora justifica usted que una mujer falte á sus deberes? Le comprendería á usted si fuera usted un seductor, porque un seductor no se pára en barras para conseguir su objeto. Siendo usted un hombre serio, honrado y digno, me extraña su modo de pensar. Si usted supiera, voy á suponer, que yo tenía un amante, ¿le merecería yo el mismo concepto que hoy le merezco?

—Precisamente—contestó Pío Cid con desenfado—me han dicho, hace algún tiempo, que usted tenía un amante, y no le dí crédito á la noticia; y aun siendo cierta, no le hubiera dado importancia. Yo no podía aspirar al amor de usted por mil razones que saltan á la vista, principalmente porque yo he entrado en esta casa por la puerta de la servidumbre, y no ha sido para mí escaso honor alcanzar que usted, venciendo su prevención, me conozca y me trate como caballero. Y aunque yo aspirara á ganar su afecto, éste sería tan noble que no podría descender á envidiar otros afectos

vulgares. Porque yo pienso que si usted habla tan tristemente de la vida y no desdeña escuchar la palabra de un hombre de tan escaso valer social como yo, es porque no tiene puestos sus ojos en quien sea capaz de llenar el vacío que hay en su alma; y todo lo que no fuera esto, distaría tanto del verdadero amor como el guijarro del diamante.

—¿Y quién le han dicho á usted que es ese amante que me atribuyen?—preguntó la Duquesa sin darse por ofendida, para ver hasta dónde llegaba la frescura de espíritu de su interlocutor.

—Me han dicho que es un capitán de húsares, y esto mismo me convenció de que la noticia era falsa.

—¿Por qué?

—Porque la afición á las charreteras, espuelas, estrellas, galones y demás arreos militares es propia de la primera juventud. Cuando una mujer pasa de los veinticinco años, busca algo más hondo en el hombre.

—Tiene gracia eso que usted me dice. ¡Al fin, al fin, he encontrado un hombre franco en el mundo! Pero ya que es usted tan franco, le voy á rogar me diga sinceramente si cree que una mujer puede faltar á sus deberes sin dejar de ser digna, sin que la acuse su propia conciencia.

—Sí lo creo. La indignidad está en envilecerse por satisfacer bajas pasiones; no lo está en librarnos del yugo del deber cuando el falso deber nos envilece. Tiene además la Naturaleza leyes inviolables, y aunque quisiéramos no podríamos burlarlas. ¿Cree usted que el amor se resigne al perpetuo

sacrificio.....? Un hombre joven, inexperto, halla en su camino á una mujer caída y quiere generosamente regenerarla; mas esta generosidad es peligrosa, porque bien pronto el egoísmo amoroso, que es el más violento de todos los egoísmos, reflexionará así: «¿He nacido yo acaso para tapar faltas que otros cometieron? ¿He de satisfacerme con aspirar el perfume de una flor marchita, arrojada en el suelo, pudiendo deleitarme con la fragancia pura de una flor que yo mismo corte y coja el primero en mis manos?» Y ese egoísmo irá insensiblemente á buscar nuevos amores aunque la conciencia proteste. ¿Qué vale la voz de la conciencia cuando la ahoga la lamentación de la carne? En cambio, un hombre que ha cometido graves tropelías puede sin gran martirio emprender esa obra de redención, porque su sacrificio le parecerá una expiación voluntaria de sus propias culpas.

—¡Eso es verdad!

—Y lo mismo la mujer. Una mujer cuyos sentimientos han sido sacrificados, que no ama ni puede amar al hombre á quien debe de amar, está al borde de un precipicio. Por muy firme que quiera tenerse, ¿qué ocurrirá si un día se subleva contra ella su corazón esclavizado? ¡Si al menos esa mujer tuviera para defenderse el recuerdo de un día de verdadero amor! Una falta cometida por instigaciones del corazón, le daría fuerzas para soportar resignadamente los más largos y duros tormentos.

—¡Eso es verdad!—repitió la Duquesa levantándose con un movimiento nervioso.—Usted co-

noce el corazón humano. ¡Es verdad!—añadió, sentándose de nuevo; y apoyando la cabeza contra el respaldo de la butaca, cerró un instante los ojos, y reclinada sobre su esponjada cabellera, parecía dormir y soñar.

—¡Es triste que esté hecha así el alma humana! Mas, ¿qué remedio cabe? Lo mejor sería tener fuerzas para remontarse de un vuelo al amor espiritual; ¡pero son tan pocos los que las tienen! Cuando nos consume la sed de venganza contra una ofensa injusta ó nos muerde el ansia de desquite por un sacrificio demasiado penoso, y no tenemos ánimo para perdonar ni para resignarnos, es más noble dar salida á nuestras pasiones en algún acto censurable, que no guardar la protesta sorda que nos va envenenando poco á poco. Una falta es un hecho humano, y acaso tenga la virtud de aclararnos el entendimiento y permitirnos ver lo que antes no veíamos y darnos alas para subir adonde soñáramos.

—Yo no había oído jamás hablar tan sinceramente—dijo la Duquesa con lentitud y mirando de soslayo á un espejo, por el que veía á Pío Cid sin que éste lo notara.—Yo envidio su fuerza y su resolución, y desearía ser fuerte aunque fuera para el mal. Yo debía tener siempre á mi lado á un amigo como usted..... Quizás es usted el único á quien yo pudiera llamarle verdadero amigo. Pero en este vaivén de la vida todo pasa volando, y ni siquiera hay tiempo para que una amistad eche raíces..... Hoy he estado yo triste pensando en que he de emprender mañana mismo un largo viaje.....—añadió volviendo la cabeza y mirando al

balcón, por el que entraban las últimas luces de la tarde.

—¿Se va usted?—preguntó Pío Cid con aire de tristeza.

—Me voy—dijo la Duquesa, notando por el espejo la palidez del rostro de Pío Cid,—y lo que más siento es perder su conversación, que es para mí tan sugestiva..... Usted no sabe las veces que recuerdo sus palabras. Ojalá supiera yo discurrir como usted y ofrecerle ideas más atractivas; pero las mujeres somos tan.....

—Usted es una mujer adorable—dijo Pío Cid levantándose y mirándola con afecto,—y aunque me tenga por hombre tan fuerte, crea que ahora estoy impresionado como un niño de pensar que se va.....

—¿Qué hacer?—dijo la Duquesa, extendiendo la mano con abandono.

Pío Cid se acercó, y al mismo tiempo que cogía la mano y la estrechaba, miró á la Duquesa con aire tan dolorido, que ella se sintió vivamente impresionada; de repente se puso de pie, y mientras tenía cogida una mano, se pasó la otra por los ojos y luego la apoyó en el hombro de Pío Cid, como si se afianzara para no caer; por último, le echó el brazo al cuello, cerró los ojos y juntó con los labios de él sus labios entreabiertos, desplomándose como si estuviera completamente desvanecida. Pío Cid la sujetó suavemente por la cintura, la condujo en peso hasta el sofá, la tendió con cuidado, poniéndole un cojín debajo de la cabeza y se puso á mirarla de rodillas, temeroso de ver la tempestad que él mismo había desencadenado.

Ocurríansele los más varios y encontrados pensamientos; aun llegó á suponer que la Duquesa no estaba desmayada, sino muerta y convertida en estatua yacente. Esta idea, junta con el temor, el silencio y la obscuridad de la noche, que ya enviaba sus primeras sombras, le enardecieron el espíritu, y sintiéndose de súbito inspirado comenzó á recitar, con voz apagada, una canción, á cuyos conceptos la Duquesa, incorporándose lentamente, apoyó un codo en el cojín y cruzó las manos para escucharle en la actitud del que reza:

Bajo la verde bóveda sombría,
La luz del claro día
Llega á mis tristes ojos, tenue y vaga;
Espléndido la envía
El sol, y el bosque lóbrego la apaga.

Bajo la verde bóveda del cielo,
Una luz de consuelo
Llega á mi pobre espíritu insegura;
Rasgó el amor su velo,
Mas su imagen quedó en la noche obscura.

Yo solo sé lo que es amor humano:
Vislumbro muy lejano
Otro amor que, sin verlo, me fascina;
Un amor soberano
Que al creyente consuela é ilumina.

Yo sé lo que es amor; el amor santo,
El puro y noble encanto
De la madre que al niño arrulla y mece
Al són de un suave canto,
Que canción del espíritu parece.

Pero no sé lo que es amor divino,
Ese amor que imagino
Como ardiente latir de un corazón
Que rige el torbellino
De los astros con mística atracción.

Yo sé lo que es amor: la viva llama
De un corazón que ama,
Prisionero de amor en fuertes rejas,
Y, humilde, llora y clama,
Sin que otro corazón oiga sus quejas.

Pero no sé lo que es amor divino;
Ese amor que imagino
Como luz refulgente de los cielos,
Espejo cristalino,
Donde el amor refleja sus anhelos.

Yo sé lo que es amor: el firme lazo
Que con nervioso abrazo
Mi amada en torno de mi cuello anuda,
Palpitante el regazo
Y el universo en la mirada muda.

Pero no sé lo que es amor divino;
Ese amor que imagino
Como éxtasis sublime de la mente,
Resplandor diamantino,
Que brilla, sin quemarse, eternamente.

Yo sé lo que es amor: el noble fuego
Que me roba el sosiego,
Cuando una idea radiante, en la penumbra
Surge, y yo, absorto, ciego,
Miro, sin ver, su luz que me deslumbra.

Pero no sé lo que es amor divino;
Ese amor que imagino
Como fuego sagrado de la idea,
Artista peregrino,
Que con llamas de amor sus obras crea.

Yo sé lo que es amor: ¡Cuántos amores,
Pálidos como flores,
Que viven sepultadas en la umbría,
Soñando en los colores,
Con que la luz del sol las bañaría!

Mas yo quiero otro amor, un solo amor,
Un fuego abrasador
Que derrita este hielo en que cautivo;
Un brillante fulgor
Que disipe estas sombras en que vivo.

¡Oh amor divino, ten de mí piedad,
Muestra tu caridad
Con el que en tierra se postró de hinojos;
Rompe esta obscuridad,
Haz que un rayo del cielo abra mis ojos!

Cuando Pío Cid oyó extinguirse los últimos ecos de su canción amorosa, se deslizó sin ruido, dejando á la Duquesa absorta y como embebecida en la contemplación de lejanas visiones. Largo tiempo duró aquel sereno éxtasis, cuya virtud sobre el alma de la Duquesa fué tal y tan maravillosa, que al salir de él se halló como en un mundo nuevo, ideal y soñado. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y su corazón de ansias temblorosas é inexplicables. Creía haber despertado de un sueño profundo, y no sabía fijar el punto en que el ensueño había huído y la realidad había recobrado su imperio.

Se levantó con lentitud y se encaminó hacia la puerta por donde Pío Cid había desaparecido; pero no acertó con ella y comenzó á mirar á todos lados como si se encontrara en una casa desconocida; luego se dirigió al balcón para asomarse á la calle, pero retrocedió impresionada por el espectáculo de la bóveda celeste, en la que brillaban nuevos astros que ella nunca había visto y que ahora con su concierto de luz la anonadaban y le sugerían sentimientos de humilde y piadosa tri-

bulación; por último, se volvió á sentar, y ocultando el rostro entre las manos se preguntaba á sí misma quién era aquella mujer que dentro de ella estaba y que le parecía una criatura nueva en el mundo.

Sólo acertaba á comprender claramente el ritmo espiritual que dejara la canción de amor, cuyas estrofas se diría que flotaban esculpidas en las ondas de aire; y entre todas, una, la evocación del dormido amor materno, vibraba con tanta fuerza que la Duquesa no sólo la oía, sino que creía verla por doquiera en letras brillantes:

Yo sé lo que es amor; el amor santo,
El puro y noble encanto
De la madre que al niño arrulla y mece
Al són de un suave canto,
Que canción del espíritu parece.

Mientras tanto Pío Cid se había dirigido á buen paso á su casa, aunque gustosamente se dirigiera á un desierto donde poder meditar sosegadamente sobre las raras impresiones que le agitaban, no obstante ser su espíritu tan fuerte y tan avezado á los misterios de la vida. Sacóle de su abstracción el estudiante Benito, que topó con él en las escaleras de la calle de Villanueva y le detuvo diciéndole:

—Una noticia le espera á usted que le disgustará de seguro. ¿No sabe usted que la buena Mercedes acaba de largarse de la casa?

—¿Cómo ha sido eso, pues?—preguntó Pío Cid sorprendido.

—Yo no sé. Creo que todos estaban fuera de casa, excepto D.ª Justa. No sé más que lo que me

ha dicho Valentina..... Yo no quiero meterme en nada; pero creo que Gandaria anda en el ajo. Á mí me ha dado en la nariz, y.....

—Bien está. Esa criatura ha nacido por lo visto para rodar pelota.

—¿Qué es lo que le ha caído á usted aquí?—preguntó Benito, tocando á Pío Cid en el hombro y cogiéndole después por la solapa de la levita para olerla y cerciorarse de lo que fuese aquel extraño polvillo.—Parecen polvos de rosa. Tienen un olor finísimo.

—No sé lo que será—contestó Pío Cid sacudiéndose con un pañuelo y agradeciendo en su interior aquel aviso, que le libraba de una gresca con Martina.

—No le detengo á usted más—dijo Benito bajando las escaleras;—esta noche volveré un rato.

Entró Pío Cid en su casa malhumorado, y doña Justa se apresuró á repetirle la noticia de la fuga de Mercedes.

—Ya me lo han dicho, y no debe sorprenderme que haya aprovechado para irse de aquí la misma idea que yo le dí para escapar de casa de Olivares. Así son las cosas de esta vida. ¿No le dijo á usted nada antes de irse?

—No. Vino llorando á la cocina y me dijo que sentía mucho dejarnos. Casi no podía hablar la pobre. Dijo que esa sería su desgracia, pero que había nacido con ese sino y que qué iba á hacer. Y se fué hecha una Magdalena.

—Bueno; no hablemos más de lo que ya no tiene compostura. Ya sabremos de sobra dónde está y cómo le va.

—No me mires tan serio—interrumpió Martina.—Yo no he tenido arte ni parte.

—No te miro de ningún modo ni te echo la culpa. Si la tuvieras, allá tú te las avengas contigo misma.

—¿Qué olor es ese que traes?—preguntó entonces Martina, que desde que entró Pío Cid no cesaba de aspirar con extrañeza el delicado perfume.—Esto parece cosa de mujer—añadió acercándose.—No lo parece, sino que lo es. ¿Á ver?..... Esta mano es la que más te apesta.

—Será de haber saludado á la mamá de Jaime, que se ha despedido de mí. Se va al Extranjero con su hijo.

—Lo dices así como con sentimiento. ¿Es de verdad que se va? Porque te comunico que la señora esa, ó la tía esa, me está dando muy mala espina.



—Yo no vuelvo más á dar lecciones, y si se va ó no se va, no es cuenta mía ni tuya. Y ten la bondad de no requisarme más, porque no estoy para que me quemes la sangre—concluyó con tono seco, metiéndose en su habitación.

Supo al día siguiente por Valle que Mercedes se había ido á vivir á la calle de Claudio Coello, á un segundo piso con vistas al campo, que Gandaria había hecho amueblar muy decentemente; y en el acto decidió escribir á la joven, no para disuadirla, sino para quedar con ella en buena armonía, pensando en el porvenir, y darle de paso algunos útiles consejos, el primero y principal de los cuales era que no contara nunca á Adolfo las miserias de su vida, ni menos que ella y su padre

habían pedido limosna, porque estas confidencias darían al traste con el afecto que su amante pudiera tenerle. Le decía, por último, que, en caso de verse abandonada, pensara siempre en él y en su casa, que estaba siempre abierta para recibirla; y á fin de que por su flaca memoria no olvidara este ofrecimiento, le enviaba con la carta una moneda moruna de extraordinarias virtudes, diciéndole que no se la daba por ser recuerdo de familia; pero que se la prestaba á condición de que le fuera devuelta por la misma Mercedes en persona, en el caso de que las relaciones con Adolfo terminaran.

Escrita la carta, fué él mismo á llevarla al correo, cruzándose en la calle, sin conocerle, con un criado de la Duquesa que le traía una esquela de su señora, para entregársela en propia mano. Martina la recibió y la dejó en el despacho de su marido, no atreviéndose por el momento á abrirla; pero después de dar muchas vueltas y de disculparse á sí misma con la razón de que entre un hombre y una mujer que se aman no debe de haber secretos, rasgó el tentador sobre y leyó una sola línea de firme y resuelta escritura, que decía no más:

«Esta tarde estaré en casa.—S.»

—¡En casa!—exclamó Martina, como si le hubiese picado una víbora.—¡Y S!, P debía de firmar, y Pu....., y Dios me perdone. Esto no pasa de aquí..... Ahora se verá quién es Martina de Gomara.

Y en un vuelo se calzó, se echó una falda y se puso el abrigo y el sombrero que halló más á mano, y se lanzó escaleras abajo resuelta á acudir á la

cita y verse cara á cara delante de aquella mujer que tan impúdicamente trataba de robarle el padre de sus hijos. Mas pocos pasos había andado cuando, al pasar por delante de una peluquería, vió en el escaparate dos cabezas de mujer, tan linda y primorosamente peinadas, que la hicieron detenerse un instante á contemplarlas; vió también su propia imagen multiplicada en varios espejos y se acobardó y perdió su resolución. ¿Cómo presentarse de aquel modo delante de una encopetada señora, que quizás ni querría hablar con ella, tomándola por una criada? Volvió, pues, á desandar lo andado, y entró en su casa como una flecha y comenzó á revolver los armarios y los cajones de la cómoda para vestirse con los trapicos de cristianar. Se puso los zapatos de charol y el vestido negro de seda, y el sombrero de castor con plumas verdes, regalo de su marido; los mejores zarcillos y el velo de motas grises; las pulseras y el aderezo de perlas y esmeraldas, sin olvidar el manguito y el precioso quitasol de encaje. Aun con todos estos adornos le pareció su figura poco expresiva, y tuvo por primera vez en su vida la idea de pintarse; halló en un cajón del tocador un pedazo de corcho quemado, que le servía á Valentina para untarse de negro las cejas, que de puro claras apenas se le conocían, y subiéndose el velillo se pintó un poco las cejas y pestañas, con lo que sus grandes y rasgados ojos se asemejaban á dos simas infernales.

En estas idas y venidas topó, sin pensarlo, con la ropa de su marido; y como de repente se le había despertado una terrible desconfianza, la regis-

tró, y para colmo de su desventura halló en el bolsillo interior de la levita el retrato de la Duquesa, el de los ojos bajos, que Pío Cid, por no parecer desatento, no quiso devolver. Gran esfuerzo tuvo que hacer para no echarse á llorar, y acaso no lloró por no descomponerse el rostro; mas su rabia fué tal, que del despacho fué derecha á la cocina, y con ideas siniestras cogió un cuchillo que escondió dentro del manguito. Entró en la alcoba á dar un beso á los niños, que dormían como dos ángeles. Su mamá, que estaba allí cosiendo, le preguntó:

—¿Adónde vas tan compuesta?

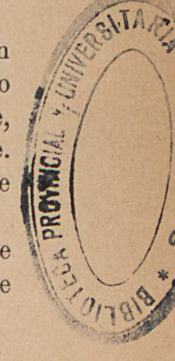
—Voy á buscar á Pío para dar un paseo. Me duele la cabeza, y yo creo que es de estar siempre encerrada en casa.

Volvió Pío Cid á poco, y lo primero que vió al entrar debajo de la mesa de su despacho fué el sobre de la carta de la Duquesa, cuya letra conoció al punto; entró en la sala y halló todas las cosas por medio; preguntó por Martina y supo que había ido á buscarle.

—No hay duda—pensó;—el buscarme es un pretexto, y adonde va es á mover un escándalo. Vamos allá.

A mitad de camino la divisó marchando tan erguida y gallarda que para verla más tiempo aflojó el paso y le fué haciendo la ronda hasta que, cerca de la casa de la Duquesa, le dió alcance. Antes que él le hablara volvió ella la cabeza y se detuvo.

—Hace un rato que te sigo—dijo él;—¿adónde diablos vas á buscarme? Al menos tu madre me



acaba decir que ibas en busca mía para dar un paseo.

—Algo más que un paseo—contestó Martina agriamente.—Voy á devolver á su dueña un retrato que he encontrado en tu ropa. Tú no tienes aquí nada que hacer.

—Siempre tomas las cosas por donde queman. Ni siquiera me acordaba de tener tal retrato. Por olvido no lo devolví.

—Y te lo dieron y lo tomaste por olvido....., ó es que ibas á formar una galería de bellezas. Mal gusto has tenido para empezar, porque tipos como ése los encuentras en medio de la calle á cualquier hora.

—No seas majadera, mujer. Ese retrato me ha servido de modelo para hacer un dibujo; no me lo han dado á mí, ni había para qué..... Pero vamos andando, y no estemos aquí de plantón.

—¿No dices que no te importa nada la sociedad?

—No me importa; pero tampoco me agrada dar espectáculos en la vía pública. ¡Y que no estás llamativa en gracia de Dios!

—Pues con irte está resuelta la dificultad.

—Me iré; y tú te vienes conmigo, y andando me dirás todo lo que quieras.

—Antes tengo que entregar el retrato y hablar cuatro palabras con esa..... señora.

—El retrato se le puede enviar por el correo. Yo se lo enviaré, diciendo que me dispense el olvido.

—¿Pero tú crees que yo me mamo el dedo?

—Lo que es ahora te pasas de lista. La señora

esa supo que yo era algo dibujante, y tuvo la ocurrencia de que le hiciera un retrato á la pluma. Esto es todo.

—Y ¿cómo no has lucido esa habilidad conmigo?

—Porque tú no estimas esas cosas. No les haces caso; dices que son tonterías. Ayer, sin ir más lejos, te dí á leer algo mío, y dijiste que no te gustaba perder el tiempo en cosas inútiles.

—Pero un retrato si me gustaría que me lo hubieras hecho.

—Pues te lo haré hoy mismo..... Pero vámonos de aquí, que si no nos van á dar cencerrada.

—No me muevo si antes no me ofreces que mañana mismo te vas á Barcelona á arreglar casa para que todos vivamos allí. Es una idea que se me ha ocurrido hoy—agregó Martina, que no quería descubrir lo de la carta de la Duquesa;—no es por nada. Es que no quiero más Madrid, ni engarzado en diamantes. Esto es una zahurda; aquí no se respeta á nadie. Ahora, al salir de casa, venía siguiéndome, ¿no lo has visto?, un viejo verde que podía ser mi abuelo. ¿Qué le parece á usted? Ganas me han dado de volverme y meterle la sombrilla por los hocicos.

—Ya veremos despacio lo que conviene. No tengo interés por estar aquí ni en ninguna parte del mundo. Todo me parece lo mismo y en todas partes me encuentro como el pez en el agua....., en agua sucia, se entiende. Si puede ser me iré.

—No es si puede ser; has de decirme que sí, y que mañana mismo, sin falta.

—Bueno; ofrecido—afirmó Pío Cid echando á andar.

—Pero no creas—agregó Martina, siguiéndole recelosa—que te vas á ir á vivir donde está mi prima.

—Tu prima no está en Barcelona.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No me diste tú á leer una carta en la que decía que se iba contratada á Bilbao y después á Oporto?

—Es verdad—asintió Martina;—no sé lo que me digo. Tú tienes la culpa de lo que me pasa. He perdido la fe en ti, y me parece siempre que vas á engañarme. Yo no puedo ser ya feliz—añadió, á punto de llorar.—Te creía un hombre leal, y veo que eres falso como todos. Luego te quejarás de que te pierda el cariño que te tenía..... ¡Sí! Te lo voy perdiendo; te lo juro.

—Esas son niñerías. Mañana no te acuerdas más. Y yéndonos de Madrid, con mayor razón.....

—Una idea se me ocurre para celebrar la despedida—dijo Martina al salir por la calle del Barquillo á la de Alcalá;—vamos á comer juntos donde primero se nos antoje. Con el disgusto se me ha abierto el apetito..... Pero no lo eches á broma; cree que cuando vi el retrato me dió un vuelvo el corazón. Pero, hombre—agregó sacando el retrato del manguito,—si no vale nada la mujer ésta; yo creía que era otra cosa. Vamos, ¡bah! (rompiéndolo en varios pedazos), ni siquiera vale la pena de devolverlo. Supongo que no te ofenderás porque lo tire por ahí (tirándolo por la boca de una alcantarilla). Después de todo.....

—No me ofendo por nada; pero ¿qué es lo que llevas ahí en el manguito?

—Un cuchillo. Quizás si no me alcanzas, á estas horas hubiera hecho con el original lo que acabo de hacer con el retrato. Y si no te vas mañana, así, así, riendo, haré algo gordo. ¿No te he dicho que tú no me conoces á mí?

—Sí te conozco, y sé que tienes sangre y que la sangre te ciega y te hace ver lo que no existe más que en tu imaginación. Pero ¿y ese apetito?

—No es de comer muchos platos—dijo Martina, cogiéndose del brazo de Pío Cid;—es un deseíllo que me ha venido de comer fuera de casa, ¿te acuerdas cuando el embarazo? Entonces eras más amable. Vosotros los hombres, en cuanto una mujer tiene chiquillos, la jubiláis, como si ya no sirviera para nada. ¿Sabes lo que más me apetece? Unas ostras y una copita de manzanilla.

—Pues si quieres entraremos aquí.

Martina soltó el brazó de Pío Cid y entraron en Fornos. Como entraron en un cuarto reservado, no ha sido posible averiguar la interesante conversación que allí tendrían; pero el viaje debió quedar decidido, porque al día siguiente bajaron los dos á la estación del Mediodía á la hora del expreso, en el que salió Pío Cid para Barcelona, donde el porvenir le reservaba nuevos y utilísimos, al par que famosos trabajos. Martina no le dejó pie ni pisada hasta verle partir, desconfiada y temerosa de que, si le dejaba solo, fuera á despedirse de la Duquesa.

Pío Cid partió contento, porque en estos cambios decididos por el azar, y á los que él nunca se opuso, creía ver la acción de la fuerza misteriosa que rige la vida de los hombres, encaminándoles

hacia sus verdaderos destinos. Sin embargo, la idea de haber vuelto á la Duquesa las espaldas sin una mala excusa le preocupaba, é iba pensando remediar esta involuntaria desatención con una carta de despedida. Como lo pensó lo puso por obra; en la parada de Alcalá de Henares pasó al coche-comedor, y pidiendo avíos de escribir urdió una original y piadosa misiva, que echó en el buzón al detenerse el tren en Guadalajara.

Á otro día, por la tarde, volvía la Duquesa á su casa, después de tener una larga y secreta entrevista con su galanteador favorito, el arrogante capitán de húsares, y créese que, no obstante lo que las malas lenguas murmuraban, no había habido nunca en estas relaciones nada pecaminoso, y que fué este día, y no antes, cuando se rindió la fortaleza de la virtud y del recato de la Duquesa, la cual dicen también que, por descargar su conciencia del peso de su falta, echaba la culpa de ella á los consejos liberales de Pío Cid. No fué leve su sorpresa cuando halló el mensaje de éste, escrito fuera de Madrid á juzgar por el sobre. No era carta, ni tenía fecha ni firma; no era poesía ni prosa; era una gota de bálsamo envuelta en una alegoría, cuyo sentido íntimo escapaba á la penetración de la Duquesa, aunque el efecto que le produjo fué de arrepentimiento por el mal paso que acababa de dar, y de nueva y más honda desilusión por el amor de los hombres; era un diálogo entre una *Sombra* y un *Enamorado*, y decía así:

SOLEDAD.

La Sombra.

De amor soy mensajera
Que á consolarte viene.
La mujer que tú adoras
Me envía á ti y á ti vine volando
En un suspiro que nació en su pecho.

El Enamorado.

¿Vienes de un pecho amante?
¿No vendrás de unos labios mentirosos?

La Sombra.

Yo soy como el espacio en noche obscura
Cuando están escondidas las estrellas.
Aire parezco y sombra,
Mas el fuego amoroso va en mí oculto.

El Enamorado.

Ya no hay fuego ni amor;
Sólo queda una sombra en un desierto:
El desierto es el frío de la vida,
Y la sombra es el humo de las almas.

La Sombra.

¡Vagar sin esperanza por la tierra!
¿Á qué la vida si el amor perece?

El Enamorado.

Aun, si me fueras fiel,
Me quedas tú en el mundo, Sombra amada.

Muere el amor, mas queda su perfume.
Voló el amor mentido,
Mas tú me lo recuerdas sin cesar.....
La veo día y noche.
En mi espíritu alumbra
El encanto inefable
De su mirada de secretos llena.
Arde en mis secos labios
El beso de unos labios que me inflaman,
Y cerca de mi cuerpo hay otro cuerpo
Que me toca invisible.
Mis manos, amoroso
Extiendo para asirla
Y matarla de amor entre mis brazos,
Y el cuerpo veloz huye
Y sólo te hallo á ti, ¡mujer de aire!

La Sombra.

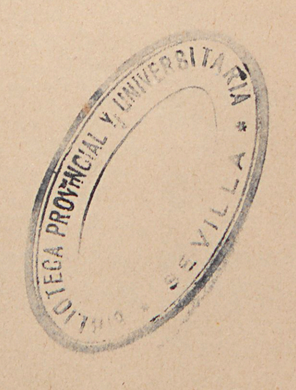
De amor soy mensajera;
Cree y confía. ¡Sígueme!

El Enamorado.

Ya no hay fe ni esperanza;
Todo murió; mas tú no me abandones.
Murió al pensar en los amores vanos
Que siembran nuestra vida
De tormentos crueles.
¡Sombra amada! Mi amor es siempre tuyo.
Como no tienes cuerpo eres eterna.
Sé tú el veloque nubla mis sentidos;
Yo seré para ti la luz piadosa
Que de la nada crea la ilusión.
Voy lejos, no sé adónde;
Mas no voy solo, tú vas junto á mí.
Vas flotando, flotando
Como una sombra que eres,
Una estatua esculpida en noble espíritu,
Pura idea de amor

Con larga cabellera luminosa.
No puedes fatigarte;
Mas si te fatigaras, como á un niño
Te tomaré en mis brazos con ternura,
Te meceré, poniendo tu cabeza
Junto á mi corazón,
Y dormirás soñando en un misterio.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.


BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA
SEVILLA

OBRAS DE ANGEL GANIVET.

ESTUDIOS.

Granada la bella.—Edición privada.—Helsingfors, 1896.
Idearium español.—Granada, 1897.
La vieja Europa.—(En preparación.)

OBRAS NOVELESCAS Y DRAMÁTICAS.

La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid.—Madrid, 1897.
Los trabajos del infatigable creador Pío Cid.—Tomos I y II.—Madrid, 1898.
La Tragedia.—Testamento místico de Pío Cid. (Inèdita.)
La casa eterna. (Comedia de costumbres andaluzas.)

COLECCIONES DE ARTÍCULOS.

Cartas finlandesas.—Granada, 1898.
Hombres del Norte.—Semblanzas críticas de literatos noruegos, dinamarqueses, suecos y finlandeses.—(En publicación.)

Se hallan puestos á la venta: *La conquista* y *Los trabajos* á 3 pesetas el tomo, y el *Idearium español* á 1,50.

Diríjanse los pedidos: En Madrid, á Victoriano Suárez, Preciados, 48, y en Granada, á Viuda é hijos de P. V. Sabatel, Mesones, 52.